



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGIA  
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA Y SALUD

¿CÓMO SE CONSTRUYE LA PATERNIDAD? ELEMENTOS  
INTRASUBJETIVOS, RELACIONALES Y SOCIOCULTURALES QUE DELIMITAN  
LAS PRÁCTICAS PARENTALES EN VARONES MEXICANOS

TESIS  
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
DOCTORA EN PSICOLOGIA

PRESENTA:

ROSA MARÍA RAMÍREZ DE GARAY

TUTORA PRINCIPAL:

Dra. María Emily Reiko Ito Sugiyama, Facultad de Psicología, UNAM

TUTOR ADJUNTO:

Dr. Francisco Antonio Morales Carmona, Facultad de Psicología, UNAM

TUTORA EXTERNA:

Dra. Irene Beatriz Meler, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales,  
Buenos Aires.

MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR:

Dr. Rafael Luna Sánchez, Facultad de Psicología, UNAM

Dra. Bertha Blum Grynberg, Facultad de Psicología, UNAM

CIUDAD DE MÉXICO. NOVIEMBRE 2021



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Mami Chayito, que nos enseñó tanto del cuidado mutuo y el cariño.  
Se nos fue en febrero de 2021 y no pudo verme presentar este trabajo como le hubiera gustado.  
Ahí habría estado, orgullosa, en primera fila, como lo hizo todas y cada una de las veces.  
Afortunadamente es una de esas pocas personas que, aunque ya no estén físicamente, siguen  
presentes en cada uno de los actos, las palabras y los pensamientos de aquellos seres cuyos  
corazones tocaron.*

## Agradecimientos

La elaboración de este trabajo tomó cuatro años y medio, más un año y medio de pandemia (hasta ahora), en el que todos los planes y tiempos se transformaron. Durante todo este tiempo muchas personas me han acompañado en este y muchos otros procesos de la vida, algunas siguen y otras ya no están presentes de la misma manera que en el inicio.

Cinco personas que nunca desistieron y han sido parte fundamental de este trabajo son mis tutores, tutoras y sinodales. A la Dra. Emily Ito mi infinito agradecimiento por todo su compromiso y apoyo a lo largo de este proceso. Una mujer sumamente generosa con su tiempo y sus conocimientos, de quien he aprendido muchísimo a lo largo de estos años. A la Dra. Irene Meler, quien siempre estuvo muy cercana a este proceso aún a la distancia. Sus agudas observaciones y su gran capacidad interpretativa forman una parte muy importante de esta tesis, así como sus comentarios alentadores. A la Dra. Bertha Blum, mi querida Bony, quien desde 2011 cuando nos conocimos, no ha dejado de impulsarme y de mostrarme de mil y un formas su confianza y su cariño. Sin duda una maestra que ha marcado no solamente mi formación, sino también mi vida personal y profesional. Ahora me doy cuenta al escribirlo, que si algo tienen en común estas tres mujeres es su brillantez y su generosidad. Muchas gracias también al Dr. Rafael Luna, siempre amable, atento y divertido. Por todas las lecturas recomendadas y por su análisis minucioso a este trabajo. Y al Dr. Francisco Morales, quien también estuvo acompañando este trabajo desde su concepción, por todas sus aportaciones y toda su paciencia.

También agradezco a quienes no han dejado de ser mis maestras porque no dejo de aprender de ellas, pero ahora también son mis amigas y compañeras: Lucy Solloa, Ana Fabre, Loanna Téllez y Dení Stincer. A la Dra. Eva Esparza, a quien también agradezco muchísimo su confianza en mi y los espacios que me ha abierto, así como su cariño y apoyo en todo lo profesional.

Muy especialmente gracias a Vicente Zarco, mi maestro y supervisor clínico durante muchos años, y ahora gran amigo, compañero y cómplice de múltiples proyectos. Muchas gracias por todas las enseñanzas, por todo el entusiasmo y tu impulso, y gracias por ayudarme a creer en mi y en mis ideas.

Gracias a Tania Rocha, quien tuvo un papel fundamental en mi incursión en los temas de género, en el inicio de este y muchos otros proyectos y en mi vida. Aún con la distancia, mi agradecimiento, cariño y reconocimiento prevalecen.

A todos y todas mis amigas, quienes han estado más presentes en uno y otro momento, y a quienes no han cedido a la distancia y al tiempo. En especial muchas gracias a Margarita Tovar y a Yessi Cienfuegos, que siempre me acompañan por lo alto y por lo bajo, pero sobre todo, que siempre expanden las fronteras de mi pensamiento. Nuestras pláticas sobre género y feminismo han sido desde hace ya muchos años una brújula muy importante para mí, que me lleva siempre a pensar desde nuevos lugares. Las admiro mucho a ustedes y todo lo que hacen. A Roberto y Jimena, por ser siempre testigos y acompañantes amorosos, sostenes en los momentos más complicados, pero también cómplices en los más felices. A Angie, con quien paso a paso nos vamos acompañando y aprendiendo la una de la otra. A Ana, Ámbar y Juanps, mis amigos más viejitos y de los más queridos también.

El cuidado es uno de los temas que fue tomando más fuerza dentro de este trabajo y en mi vida personal. Entender el valor del cuidado se ha vuelto fundamental para replantear mis relaciones y entenderlas desde otros lugares. Por ello agradezco a mi familia, los primeros que me enseñaron sobre ello. En particular a mi mamá, a mami Chayito, y a mis hermanos, Iván y David.

Agradezco muy muy especialmente a Lilian, que en estos últimos 3 años me ha enseñado tanto de la vida, me ha querido y sostenido tanto, que no se cómo hubiera podido lograr finalizar esto y atravesar una pandemia sin su presencia y sin toda su sabiduría. Gracias por estar aquí y por todo lo que hemos construido.

Y finalmente, un agradecimiento enorme a los participantes de este estudio, que me concedieron la confianza para compartirme una parte de su vida, sus

reflexiones, pensamientos, miedos y angustias. Fue un proceso sumamente enriquecedor para mi el poder acompañarles en esta experiencia, poder escucharles y pensar juntos sobre la paternidad. Gracias también a mis pacientes quienes sin saberlo fueron sembrando las primeras semillas de este tema y me acercaron también a nuevas reflexiones y a mis alumnos y alumnas, con quienes disfruto tanto de pensar en conjunto.

## ÍNDICE

Introducción.....	8
1. El padre como figura social.....	16
1.1. Las distintas representaciones del padre: un análisis histórico .....	16
1.2. Problematizar las masculinidades.....	27
1.3. Ser padre en el contexto actual: una mirada a los estudios sobre paternidad en Latinoamérica y México.....	39
1.4. Las legislaciones en torno a la paternidad.....	47
2. El padre desde una mirada psicoanalítica.....	53
2.1. Sobre sexualidad infantil y el desarrollo de la masculinidad siguiendo a Freud .....	53
2.2. Sobre el papel del padre en psicoanálisis.....	59
2.3. Miradas sobre la masculinidad desde el psicoanálisis contemporáneo.....	64
2.4. Miradas a la paternidad desde el psicoanálisis contemporáneo .....	71
2.5. Algunas dilucidaciones en torno al deseo de paternidad en el varón.....	76
3. Método.....	81
3.1. Planteamiento del problema.....	81
3.2. Pregunta de investigación .....	83
3.3. Objetivo general .....	83
3.4. Objetivos específicos .....	84
3.5. Tipo de estudio .....	84
3.6. Participantes .....	85
3.7. Diseño .....	88
3.8. Estrategia de obtención de información .....	92
3.9. Análisis .....	93
3.10. Consideraciones éticas .....	93
4. Padre por primera vez: la experiencia de varones de Ciudad de México (Análisis e interpretación de resultados).....	95
4.1. Análisis por caso .....	95
4.1.1. Caso AN.....	96
4.1.2. Caso IS.....	102
4.1.3. Caso IK.....	111
4.1.4. Caso OD.....	120
4.1.5. Caso TH.....	129
4.1.6. Caso GM.....	138
4.1.7. Caso GS.....	147
4.2. Análisis por fase .....	156
4.2.1. Análisis primera fase de entrevistas (3 meses previo al nacimiento) ...	158
4.2.1.1. Deseo de hijo(a) .....	158
4.2.1.2. El papel de la fantasía .....	164
4.2.1.3. Pareja .....	168
4.2.1.4. El enfrentamiento con un nuevo lugar: lo que implica convertirse en padre.....	175

4.2.1.5. El nacimiento y la angustia de muerte .....	<b>181</b>
4.2.2. Análisis segunda fase de entrevistas (entre dos y cuatro semanas después del nacimiento .....	<b>183</b>
4.2.2.1. La experiencia del nacimiento .....	<b>183</b>
4.2.2.2. El reto del paternaje .....	<b>191</b>
4.2.2.3. Funcionamiento de la unidad doméstica y vida laboral .....	<b>201</b>
4.2.2.4. Pareja .....	<b>206</b>
4.2.3. Análisis tercera fase de entrevistas (tres meses después del nacimiento).....	<b>210</b>
4.2.3.1. La experiencia de los varones frente a los primeros meses de cuidado.....	<b>210</b>
4.2.3.2. La formación de vínculos con el o la bebé .....	<b>214</b>
4.2.3.3. El duelo que atraviesa la paternidad .....	<b>220</b>
4.2.3.4. Organización de la unidad doméstica y vida laboral.....	<b>222</b>
4.2.3.5. Pareja .....	<b>232</b>
 5. Discusión .....	 <b>235</b>
5.1. La paternidad: un momento crítico en la vida de los varones .....	<b>235</b>
5.1.1. El rol social .....	<b>236</b>
5.1.2. El duelo en la paternidad .....	<b>239</b>
5.1.3. El encuentro con una afectividad desconocida .....	<b>241</b>
5.2. El deseo de paternidad .....	<b>243</b>
5.2.1. Narcisismo .....	<b>244</b>
5.2.2. Identificación con lo femenino .....	<b>246</b>
5.2.3. Reparación .....	<b>247</b>
5.3. La formación de vínculos a través del cuidado .....	<b>249</b>
5.3.1. Envidia .....	<b>252</b>
5.3.2. Celos.....	<b>253</b>
5.4. La crianza también es un espacio de poder .....	<b>254</b>
5.5. Los varones frente a la relación de pareja y la paternidad.....	<b>257</b>
 6. Conclusiones.....	 <b>260</b>
 Referencias.....	 <b>268</b>



## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tuvo como objetivo explorar la vivencia de la paternidad en varones mexicanos. El interés surge a partir de múltiples estudios en México, Latinoamérica y muchos otros países de occidente, que han propuesto que las representaciones de la paternidad están cambiando, dando lugar a que los varones al convertirse en padres sean más partícipes de la crianza y el cuidado de sus hijos e hijas (p. e. (p.e. Keijzer, 2000; Alatorre y Piñones, 2002; Gutmann, 1997; Montesinos, 2004; Rojas 2008; Salguero, 2008; Figueroa, 2004; Jiménez, 2003). Así, la figura del padre tradicional, cuyos roles principales y casi exclusivos eran la proveeduría y el ejercicio de la autoridad dentro de la familia, se ha visto cuestionada en diversos sectores de la población. Este fenómeno ha generado nuevas preguntas dentro de las ciencias sociales: ¿se está volviendo predominante un nuevo ideal de la paternidad? ¿qué tanto dicho ideal se traduce en prácticas? ¿en qué medida estas “nuevas” formas de paternidad generan relaciones más equitativas en el ámbito doméstico? ¿qué impacto tiene esta incorporación de los varones sobre la salud de sus hijos, las mujeres y ellos mismos?, entre muchas otras.

Estudiar la paternidad ha resultado interesante para mí por sus implicaciones en dos ámbitos, el teórico y el político, ambos estrechamente relacionados. Teóricamente, la paternidad es un tema reciente, pues hasta hace unos veinte años se seguía considerando, no sólo desde el saber común, sino también desde las ciencias sociales, que quienes debían de estar encargadas del funcionamiento doméstico, la crianza y el cuidado de los hijos eran las mujeres, y que eran ellas las gestoras de la salud y enfermedad de los niños, de su “sano” desarrollo e incorporación al mundo de lo social. Es por ello que el estudio de los vínculos entre padres e hijos ha quedado rezagado por mucho tiempo, y es reciente que se comience a considerar como relevante la presencia de los varones en la crianza, así como en el trabajo doméstico. Esto nos enfrenta con grandes retos teóricos, pues recién se comienzan a construir los marcos conceptuales desde los cuales podremos entender a mayor profundidad la vivencia de la paternidad en los varones

y sus implicaciones. Aunado a ello, incorporar la figura del padre desde esta nueva perspectiva implica también el cuestionamiento y la puesta a punto de muchos de nuestros preceptos teóricos sobre el desarrollo infantil y la crianza, particularmente, aunque no exclusivamente, en una teoría como la psicoanalítica.

En cuanto a las implicaciones políticas del tema, estoy convencida de que la incorporación de los varones en la crianza es fundamental en la construcción de relaciones más equitativas entre hombres y mujeres, por lo menos en dos sentidos. Por un lado, alivia la sobrecarga de roles que viven las mujeres, pues mientras ellas se han incorporado de manera significativa al ámbito público y las labores de producción, se siguen haciendo cargo también de lo doméstico en mucho mayor medida que los hombres, pues no ha habido una incorporación equivalente de estos últimos al ámbito doméstico. Por otro lado, parto de la hipótesis de que padres presentes, que cuiden y que sean modelo de relaciones más igualitarias pueden ayudar a construir subjetividades distintas en sus hijos, que tengan incorporadas y normalizadas relaciones de mayor paridad y respeto entre los géneros.

Hasta el momento, los estudios sobre paternidad se han abordado primordialmente desde una perspectiva construccionista que nos permite comprender diversos aspectos fundamentales sobre la construcción social de la paternidad y los significados y discursos que giran en torno a ella. Sin embargo, carecen de un marco teórico que brinde las herramientas necesarias para comprender cómo se ven involucrados otro tipo de fenómenos, los intra e intersubjetivos. Entonces, ¿cómo aproximarse a la paternidad a partir de la vivencia subjetiva de los varones de una forma que logre captar la complejidad de la experiencia? La propuesta teórico-epistemológica de este estudio consistió en generar una aproximación desde el encuentro entre los estudios de género y el psicoanálisis.

Los estudios de género y el psicoanálisis han sostenido una relación compleja desde sus inicios, en la cual han existido cuestionamientos mutuos, pero también serios y muy valiosos esfuerzos de incorporación de ambas perspectivas. A lo largo de este trabajo que parte de un posicionamiento teórico psicoanalítico

para poder dar cuenta de los fenómenos inter e intrasubjetivos relacionados con la paternidad, considero fundamental recurrir el género como un eje conceptual y una categoría de análisis que atraviesa tanto las teorizaciones que se han discutido a lo largo del trabajo como la experiencia de los participantes de este estudio. Mantener el género como un eje transversal permite así visibilizar las relaciones de poder entre varones y mujeres que se reproducen en nuestra sociedad y comprender su impacto en la conformación de la subjetividad de unos y otras, así como comprender la paternidad y la masculinidad como fenómenos culturales e históricos cargados de significaciones socialmente construidas.

Siguiendo a Joan Scott (1986), el término “género” tomó un sentido particular a partir de del siglo XX cuando comienza a retomarse por las feministas como una forma de referirse a una organización social basada en la diferencia entre los sexos. A partir de ello, dicho término se retoma para hacer un análisis crítico que revele cómo la historia y la construcción del conocimiento ha estado determinada por esa forma de organización social, en donde se ha privilegiado la voz y la experiencia de los varones por sobre la de las mujeres. Así mismo, el término género surge como una herramienta que permite a las feministas enfatizar la necesidad de rechazar el determinismo biológico y entender la diferencia sexual como una serie de significados y normatividades que socialmente se han construido alrededor de ésta.

Retomando las múltiples formas en las cuales se ha empleado la categoría género e incluso las formas en las que se ha pensado desde los distintos feminismos, Scott (1986) propone una definición del concepto que se compone de dos partes y varias subpartes interrelacionadas. Por un lado, está el género como constitutivo de una forma de regulación de las relaciones sociales basada en la diferencia de los sexos y la asignación de significados a dichas diferencias. Y por el otro, como una forma primaria de relaciones de poder que mantienen a ciertos actores sociales ejerciendo formas de subordinación sobre otros.

Con respecto al género como constitutivo de las relaciones sociales, Scott (1986) propone cuatro subcategorías de análisis. La primera, los símbolos y mitos culturalmente disponibles que evocan significados particulares sobre lo que debe

de ser una mujer o un hombre (por ejemplo, la Virgen María como símbolo de la maternidad glorificada). Segundo, los conceptos normativos que se expresan mediante doctrinas religiosas, educativas, legales e incluso, científicas, que establecen pautas unívocas, estáticas y normativas, sobre lo que puede y debe ser y hacer un hombre o una mujer, que a la vez excluye y rechaza toda expresión alternativa a lo “instituido”. En tercer lugar, los aspectos institucionales, referidos a la forma en la que la simbolización de la diferencia sexual se traduce en organizaciones sociales encargadas de regular dicha normatividad (familia, religión, matrimonio, etc.). Y finalmente, la identidad subjetiva, referida a la construcción identitaria del individuo que se encuentra en relación con la cultura, las elaboraciones e interpretaciones personales del individuo de los significados atribuidos al ser hombre o mujer.

Con respecto al segundo término, esto es, el género como forma primaria de articulación de las relaciones de poder, Scott (1986) señala:

El género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. Podría mejor decirse que el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder. No es el género el único campo, pero parece haber sido una forma persistente y recurrente de facilitar la significación del poder en las tradiciones occidental, judeo-cristiana e islámica. [...] El sociólogo francés Pierre Bourdieu ha escrito sobre cómo la ‘división del mundo’, basada en referencias a ‘las diferencias biológicas y sobre todo a las que se refieren a la división del trabajo de procreación y reproducción’, actúa como ‘la mejor fundada de las ilusiones colectivas’, Establecidos como conjunto objetivo de referencias, los conceptos de género estructuran la percepción y la organización, concreta y simbólica, de toda la vida social. (p. 10).

Resulta de suma importancia volver al ámbito de la identidad subjetiva en tanto es la subcategoría de análisis sobre la cual se pondrá énfasis a lo largo de este trabajo, sin que eso signifique, por supuesto, dejar de articularlo con el resto de las categorías mencionadas por Scott (1986), en tanto todas ellas están entrelazadas y pretender abordar una sola nos llevaría irremediablemente a la sobre-simplificación.

Es aquí, en el ámbito de la identidad subjetiva, donde el objetivo fundamental radica en comprender cómo el sujeto se constituye a partir de los significantes asociados a la diferencia sexual, donde, a mi parecer, no hay otra teoría de la subjetividad que pueda brindarnos tantas y tan útiles herramientas teóricas como el psicoanálisis. El psicoanálisis, como teoría de la subjetividad, nos brinda un marco teórico, un método y una práctica clínica que nos remite a comprender cómo el sujeto se constituye como tal y las dinámicas psíquicas que lo caracterizan.

Como ya mencionaba anteriormente, esto implica enfrentarnos al reto de poder articular teóricamente género y psicoanálisis. Dio Bleichmar (1997), logra teorizar de forma muy clara la importancia del género como un ordenador social que tiene que ser considerado en los desarrollos psicoanalíticos y, a su vez, la importancia de los conceptos psicoanalíticos para comprender la dimensión subjetiva (primordialmente, pero no por ello aislada de las demás) de la categoría género. Cito un fragmento de su texto “El feminismo espontáneo de la histeria” (1997), donde analiza esta articulación en relación con la feminidad y el estudio de la histeria:

Recapitulando, la incorporación del concepto de género a la teorización del desarrollo psicosexual nos ha permitido establecer la dimensión simbólica de la feminidad. A su vez, a través de este desarrollo, hemos podido situar el género como una representación privilegiada del sistema narcisista Yo Ideal – Ideal del Yo, y constatar que estas estructuras, así como el Super Yo, siguen cursos de estructuración y formas finales de organización diferentes en los distintos géneros, por lo que pensamos que el género es un articulador o una estructura mayor, a la cual tanto el Ideal del Yo como el Super Yo se hallan subordinados. (p. 22)

Así, no podemos entender la subjetividad sin aludir a las dinámicas de género y la diferencia sexual como un organizador fundamental en nuestra cultura, pero tampoco podemos comprender cómo el género se ha instituido como un organizador casi inmutable sin entender el profundo anclaje que tiene en la estructuración subjetiva:

Como teoría de los procesos mentales inconscientes, el psicoanálisis ofrece un punto de ingreso más promisorio para el análisis de esa estructura. Pero también, como hemos dicho el pensamiento de Freud, alberga las mejores racionalizaciones de la autoridad. El resultado es que en el psicoanálisis encontramos una ilustración de nuestro problema como una guía para abordarlo. (Benjamin, 1996, p. 19).

A partir de la coincidencia con la anterior afirmación de Benjamin, en este trabajo se ha retomado al psicoanálisis como teoría explicativa para comprender lo que se pone en juego en la subjetividad de los varones frente a la paternidad entendiendo al género como una variable cultural de suma importancia para la comprensión del fenómeno, pero a la vez, recurriendo al género como categoría analítica para revisar la teoría, desmontar y cuestionar múltiples postulados psicoanalíticos que no hacen sino reproducir el pensamiento patriarcal y la dominación masculina. Si algo han aportado el feminismo y los estudios de género a nuestras teorías, es precisamente la posibilidad de hacer visible lo que hasta el momento era invisible, de cuestionar y problematizar aquellos postulados que hemos dado por ciertos sin dar cuenta de que reproducen asimetrías simbólicas de género que no necesariamente están en la subjetividad de quien está siendo estudiado, sino en la mirada sesgada del teórico. Así mismo, han generado nuevas preguntas, problematizando aspectos de la teoría que habían sido dados por hecho o que simplemente no se habían cuestionado. Uno de ellos es precisamente la paternidad. Como menciona Burin (2018):

Finalmente, en la actualidad surgen las nuevas figuras de la paternidad: el padre cuidador, un padre que está presente en la vida de sus hijos, que 'les pone cuerpo a los hijos' y no sólo palabra y mirada. Son padres que transmiten ternura, además de cuidados y enseñanzas a sus hijos. Este ejercicio de la paternidad implicaría un quiebre de la clásica división dicotómica entre las así llamadas función materna y función paterna, propias de la modalidad actual de crianza compartida en las parejas parentales. (Burin, p. 14).

Así pues, para la presente investigación de carácter cualitativo, se entrevistó a diez varones residentes de Ciudad de México que se encontraban esperando un hijo o hija por primera vez. A siete de ellos se les entrevistó en tres momentos distintos para poder hacer un recorrido de su experiencia y del proceso de construcción de la paternidad. El primer momento fue entre el quinto y séptimo mes de embarazo, el segundo momento entre dos y tres semanas después del nacimiento del bebé, y finalmente, el último momento fue entre tres y cuatro meses después del nacimiento del bebé. A lo largo de las entrevistas, se exploraron diversos aspectos en torno a la experiencia de la paternidad, los cuales se detallan más adelante, y se hizo un análisis por cada fase de las entrevistas así como un análisis por cada caso.

Para comprender la experiencia de los varones desde la intersección que se planteó entre género y psicoanálisis, hubo que construir un marco teórico que entretijera ambas perspectivas. Por ello, se podrá observar que el primer capítulo de este trabajo está dedicado a desarrollar el contexto histórico y cultural de la paternidad y la masculinidad, ambos conceptos estrechamente relacionados, pues como se ha mostrado a partir de diversos estudios que se revisan en dicho capítulo, la forma en la que se ha concebido y significado la masculinidad define en gran medida lo que significa ser padre, aunado a que el ingreso a la paternidad es un momento fundamental de la consolidación de la identidad masculina en el varón.

En el segundo capítulo teórico, se aborda desde la teoría psicoanalítica cómo se ha concebido la masculinidad y el papel del padre, iniciando por supuesto con Freud, para revisar posteriormente propuestas actuales sobre el desarrollo de la sexualidad masculina. ¿Por qué remitirnos en este segundo capítulo a los caminos que recorre la sexualidad masculina para poder pensar la paternidad? Porque partimos de la premisa psicoanalítica de que toda vivencia adquiere su significación en dos tiempos, y uno de esos tiempos siempre remite a las vivencias infantiles. Así, Freud propone, por ejemplo, que el deseo de hijo en la mujer tiene que ver con una posible vía de salida al Complejo de Edipo, ante lo cual se plantearán preguntas tales como ¿por qué caminos se constituye entonces el deseo de hijo/a en el varón?

Posteriormente se podrá encontrar un capítulo dedicado a describir a detalle la estrategia metodológica que se llevó a cabo para este estudio y seguido de ello el análisis de las veinticuatro entrevistas. Finalmente, se encontrarán discusión y conclusiones, donde se exponen los principales hallazgos del estudio sobre aspectos de la paternidad como: los duelos que atraviesa, los afectos que emergen, cómo se constituye el deseo de paternidad, la experiencia del cuidado, la formación de vínculos con el o la bebé, la crianza como un espacio de poder, los nuevos ideales de la paternidad y su convivencia con los ideales anacrónicos, y paternidad y pareja.



# 1. El padre como figura social

## 1.1. Las distintas representaciones del padre: un análisis histórico

La forma en la que se ha significado la paternidad ha variado a lo largo de la historia en consonancia con los sistemas políticos e ideológicos dominantes. De ahí la necesidad echar una mirada atrás para comprender estas transformaciones, así como la manera en la que actualmente se constituye lo que con frecuencia se nombra en las ciencias sociales como “nueva paternidad”.

Sin embargo, ésta no es tarea fácil. Como menciona Laqueur (1992), sexólogo e historiador estadounidense, los discursos actuales sobre la paternidad han dejado de lado el tipo de relación afectiva que se predominaba entre padres e hijos en el siglo XIX y en cambio, han partido de la época Victoriana para describir al padre como una figura que se ubica fuera de la familia, ya dentro de una lógica de división entre la esfera pública y privada. Al respecto, Laqueur (1992) menciona:

Me incomoda que carezcamos de una historia de la paternidad, silencio que interpreto como el signo de una patología más sistémica de nuestro conocimiento acerca de lo que implica ser un hombre y ser un padre. [...] la historia ha sido escrita casi exclusivamente como la historia de los hombres y, por lo tanto, el hombre como padre ha sido subsumido bajo la historia de un patriarcado penetrante –la historia de la herencia y de la descendencia legítima, la historia de la autoridad pública, y de su transmisión a lo largo de las generaciones. (p.119).

Antropólogos como Lévi-Strauss, aseguran que la familia como organización social es universal y que ha existido desde tiempos inmemorables, implicando en su estructura dos ejes fundamentales: la alianza (en nuestra sociedad actual y judeo-cristiana entendida generalmente como el matrimonio), y la filiación

(gestación de una descendencia, no únicamente por medios biológicos, sino también simbólicos). En palabras del autor:

La vida familiar está presente en prácticamente todas las sociedades humanas, incluso en aquellas cuyas costumbres sexuales y educativas están muy distantes de las nuestras. De este modo, tras haber sostenido durante cincuenta años que la familia, tal y como la conocemos en las sociedades modernas, era la consecuencia reciente de una evolución lenta y prolongada, los antropólogos actuales se inclinan hacia la convicción contraria, es decir, hacia la idea de que la familia, constituida por una unión más o menos duradera y socialmente aprobada de un hombre, una mujer y los hijos(as) de ambos, es un fenómeno universal que se halla presente en todos y cada uno de los tipos de sociedad. (Lévi-Strauss, 1956, p. 2)

Sin embargo, dicha organización ha tomado distintas formas a lo largo de la historia y, sobre todo, una asignación distinta de roles y una repartición diferenciada del poder. Centrándonos en cómo ha sido representada específicamente la figura del padre, Micolta (2008) ha descrito tres herencias a partir de tres formas distintas de conceptualizar la paternidad en la antigüedad. La primera de ellas, la herencia helénica. De acuerdo con la autora, desde la cosmovisión helénica la maternidad es concebida como una fuerza de vida y de renovación. Asegura que “Las mujeres desempeñaban un papel importante, los niños pertenecían al clan de su madre y participaban de sus derechos, particularmente del goce de la tierra que poseía el clan” (p. 3). Por ello mismo, el embarazo y el parto adquirieron una gran importancia en tanto aseguraban la supervivencia de la comunidad. Como confirman otros autores (p. e. Meler, 2002), los nombres de las mujeres muertas en el parto se grababan en lápidas junto a los hombres más ilustres: los guerreros muertos en batalla, no obstante, varones y mujeres (madres) sólo eran pares en la muerte. De acuerdo con García (2014), a partir del estudio de la tragedia griega es posible concluir que en la familia había una clara jerarquía donde quien obtenía un trato preferencial era el padre. En este sentido, Vergara (2013) propone que:

Para la cultura griega, el padre era el causante de la estirpe, dando lugar a una concepción patrilineal de la familia. La esposa era solo el medio, el instrumento. La mitología divina de la partenogénesis o nacimiento a partir de un dios que no necesita del otro sexo para procrear afianzó esta idea. [...] Para la fisiología tradicional, y para la griega en particular, el semen o la semilla de la identidad biológica se producía exclusivamente con el hombre, la mujer era un recipiente en el que el varón depositaba su germen como préstamo. (p. 16).

Vergara (2013) también sugiere que la mujer estaba confinada al ámbito doméstico, donde podía encargarse del cuidado de sus hijos bajo la supervisión y la autoridad del padre, para que, al cumplir los siete años, el hijo (en caso de ser varón) fuese enviado a la escuela, mientras que las hijas permanecían bajo el cuidado de la madre hasta el matrimonio el cual, cabe decir, era un pacto entre hombres. Incluso Sullerot (1993) identifica la cultura helénica como una de las principales formadoras del patriarcado que aún heredamos y reproducimos hasta nuestros días.

Micolta (2008) ubica en un segundo momento la herencia latina, proveniente del Imperio Romano y su relativa absorción de la cultura helénica después de haber logrado la conquista de Grecia. En este caso, se sigue tratando de familias patrilineales donde la herencia se transmite del padre al hijo y todos están sometidos ante la autoridad del padre (Jenkins, 1998). Además, a diferencia de lo que ocurría en la cultura helénica, los romanos desligan la paternidad de lo biológico y se convierte en un estatuto legal, en una cuestión de pertenencia. El varón es padre por su decisión, no por el lazo biológico con su descendiente, de forma que puede negarse a criar a sus hijos biológicos e incluso adoptar a otros (Kraemer, 1991; Micolta, 2008). Las mujeres no transmitían ni el nombre, ni bienes, no podían adoptar ni ser adoptadas. Tampoco estaban necesariamente involucradas en la crianza, sobre todo en las familias acomodadas, donde dicho papel era llevado a cabo por las nodrizas.

Y finalmente, la herencia judeo-cristiana, donde se asigna por completo un nuevo lugar al padre, el cual se convierte en la imagen de Dios. El matrimonio se

convierte en una institución que pretende regular la sexualidad y la reproducción. La idea de lo que debe de ser una madre se constituye alrededor de la imagen de María, quien al cumplir con su deber de parir queda redimida. Se promueve la castidad femenina y la dedicación de las mujeres al cuidado de la descendencia, la imagen de la madre devota (Micolta, 2008):

Dios es designado como padre por el propio Jesús; el único verdadero creador de los niños que vienen al mundo es Dios, quien tiene derechos que predominan sobre los del progenitor. El padre sólo recibe a los hijos en consignación, pero debe proteger su vida, asegurar su educación y respetar su libertad. La única manera de aligerar las cargas de la familia es la castidad femenina, la que acompañada de la virginidad, son virtudes salvadoras por excelencia e infinitamente superiores a la fecundidad (Knibiehler, 1997). (p. 5).

Entre el siglo XII y el siglo XVI, la madre sigue siendo considerada como alguien inferior y subordinada a los poderes del padre. De acuerdo con Roudinesco (2003), el padre se convierte en un cuerpo inmortal a través de la filiación y del don del nombre, perpetuando así su poder simbólico más allá de la mortalidad, en el nombre que llevarán sus descendientes. En un análisis más a detalle, Micolta (2008) identifica diferencias importantes dependiendo de los medios socio-económicos. En el medio aristocrático, los hijos eran cuidados por nodrizas y su educación era asignada a un educador (un varón generalmente). Los hijos se iban a una temprana edad de casa y solo regresaban hasta haber terminado su educación, después de la adolescencia. En el medio campesino, la reproducción se vuelve masiva y se generaliza el infanticidio. La madre se ocupa de educar a las hijas y a los hijos más pequeños, mientras que el padre educa a los hijos varones a partir de que son capaces de trabajar, generalmente mediante un trato violento. Y finalmente, en las ciudades, hijos e hijas recibían su educación por parte del padre, quien era sobre todo un maestro que les heredaría un saber (un oficio). Por ello, es dentro de este ámbito donde se generan relaciones más cercanas entre padres e hijos con fuertes componentes afectivos.

Después de la revolución francesa, surge la “maternidad glorificada”. A partir del cuestionamiento de las ideas promovidas por el cristianismo, se comienza a dar un lugar distinto a la madre y a promover el cuidado de su cuerpo así como el del feto/bebé. Comienzan a ser objeto de consideración ante el trabajo pesado y la violencia masculina. “El amor materno, cuya expresión principal era la consagración total de la madre a su hijo, se convirtió en un valor de esta civilización y en un código de buena conducta” (Micolta, 2008, p. 11). Así mismo, se hace más evidente la división entre la esfera pública (donde el poder pertenece a los varones) y la esfera doméstica, donde, aparentemente, la mujer por fin podía tener un lugar de importancia, si bien seguía subordinada al varón (Micolta, 2008). La imagen del padre se transforma ahora en un padre que ya no ostenta un poder ilimitado, sino que se encuentra sometido a una ley que habrá de respetar, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano posterior a la Revolución Francesa. Así mismo, el matrimonio se convierte en un contrato libremente consentido entre un hombre y una mujer, instaurándose el derecho al divorcio y el lazo afectivo como el fundamento de ese vínculo (Roudinesco, 2003).

En México, fácilmente podemos identificar esa herencia judeo-cristiana y de la madre glorificada, como menciona Micolta (2008), con una fuerte división entre el ámbito público y el privado, y la imagen de la Virgen María como un pilar fundamental de las representaciones de lo femenino y la maternidad. No obstante, nuestro país atraviesa por un proceso particular, ya que la historia ha corrido de manera paralela a la europea, con muchas similitudes a partir de la conquista, pero con muchas particularidades también derivadas del mestizaje y el choque entre las culturas prehispánicas y la evangelización. Gonzalbo (1992) sugiere que, según la ley impuesta por la corona española, toda autoridad familiar recaía sobre el padre, quien a su vez ostentaba la patria potestad de todos los hijos menores de edad. Incluso, se decía que el padre podía vender a sus hijos como esclavos en caso de necesidad o incluso matarlos, si bien esto no era una práctica común ni abierta. La organización misma de la familia sufrió importantes transformaciones, pasando a ser estrictamente monogámica, cuando en varias de las culturas prehispánicas se practicaba la poligamia, en la que un mismo varón podía tener varias familias.

Cuestión fundamental en este proceso fue establecer un sistema de herencias, en el que el matrimonio y la legitimidad de los hijos eran fundamentales para poder asegurar el derecho “legítimo” a los bienes familiares. Aunado a ello, se ha estudiado que la misma noción de familia era muy distinta en las culturas prehispánicas, en tanto las relaciones de parentesco no eran concebidas bajo el término familia, sino que este concepto hacía referencia a la co-residencia, es decir, a un conjunto de personas que residían en un mismo espacio donde las relaciones de cooperación económica eran más importantes que las relaciones centradas en el parentesco. La familia era un grupo más amplio que se constituía por varias “familias nucleares” (Esteinou, 2004).

Aun así, la familia prehispánica era fuertemente patriarcal, e implicaba la sumisión de los hijos y las mujeres al poder del padre:

Dentro de la familia elemental, las relaciones familiares estaban estructuradas sobre la base de la división de los sexos y las edades; la ideología sexual tendía a reforzar la autoridad paterna casi absoluta sobre los hijos, de tal forma que el margen de decisión de estos últimos se encontraba seriamente limitado (Esteinou, 2004, p. 114).

Con la colonización, las familias indígenas extensas se van fragmentando, dando paso hacia el surgimiento y fortalecimiento de la familia nuclear, en correspondencia con el modelo europeo, si bien el modelo prehispánico de familia extensa siguió teniendo una presencia fuerte. Así mismo, el discurso católico-cristiano genera una fuerte tendencia hacia la individualidad y el libre albedrío, fomentando que el matrimonio sea una elección de la pareja conyugal (no tanto de la mujer como del varón) y no de la familia extensa. Aun así, menciona Esteinou (2004), aún hasta entrado el siglo XX era común encontrar en las comunidades rurales la “patrilocalidad” y la autoridad máxima del padre, como se mencionó anteriormente. Como refieren Tovar y Tena (2015), con la colonia se dio una articulación de dos sistemas que denominan “entronque patriarcal”, en el que lo que se conservó fue un sistema de dominación patriarcal que mantuvo los privilegios de los hombres y la sumisión de las mujeres.

Esteinou (2004) propone que la familia nuclear como la entendemos actualmente tiene su origen en México hasta mediados del siglo XIX:

[...] Comenzaron a surgir a partir del proceso de secularización que se inició a mediados de este siglo, manifestándose éste a través de la separación de la Iglesia y el Estado, de la conformación de códigos civiles republicanos, de la conformación de las escuelas como espacios específicamente destinados a la educación de los niños y de la instauración del matrimonio como contrato civil establecido a partir de la elección de los individuos, entre otras cosas. Estos fenómenos produjeron la separación más nítida del núcleo conyugal y sobre todo la conformación de la familia como un espacio en donde se desarrolló la domesticidad, la intimidad, el amor romántico, el cultivo de la niñez y el sentimiento de que la familia era un espacio afectivo. Fue en este momento cuando se definió de manera más precisa la delimitación de roles genéricos modernos, aunque profundamente desiguales [...] Las mujeres dirigieron sus esfuerzos hacia la atención de los hijos y el esposo, hacia el desarrollo de un papel más privado; los esposos, en cambio, definieron su rol público de proveedores y de agentes encargados de la movilidad social del grupo familiar. (p. 135).

LaRossa nos permite observar en sus estudios sobre la paternidad en los Estados Unidos de América, el impacto que las variaciones en el contexto político, económico y social del siglo XX han tenido sobre las representaciones alrededor de lo que significa ser padre. En 2007, publicó un artículo sobre la cultura de la paternidad en los Estados Unidos de América de 1800 a 1969. Este autor hace una distinción que me parece relevante entre la “cultura de la paternidad”, es decir, las normas, los valores, las creencias y los símbolos adjudicados a la paternidad, y “la conducta de la paternidad”, entendida como las actividades que los padres llevan a cabo con respecto a sus hijos. Marca como un parteaguas la llegada de la revolución industrial a los Estados Unidos de América como el momento en el cual los varones salen a trabajar a las fábricas y así se divide el espacio de trabajo del espacio

familiar. A partir de esto surge el rol del “buen proveedor” para los varones, así como la cultura de la “buena mujer” (sumisa, pura, dedicada al ámbito doméstico...).

Entre 1900 y 1939 este autor identifica una época de cambios drásticos, los cuales se encuentran asociados a la creación de una agencia gubernamental en Estados Unidos dedicada específicamente a mejorar las condiciones de vida de los infantes. A partir de esto, se generan campañas públicas para promover un mejor cuidado de los niños (que comienzan a verse como sujetos de derechos) que, aunque están dirigidas mayormente a las mujeres, también comienzan a generar cambios en las nociones de paternidad de los varones. Otro hecho histórico que impactó la forma de concebir la paternidad fue el surgimiento, desde principios de 1900, del movimiento feminista en Estados Unidos de América, logrando ya para 1920 el derecho al voto para la mujer. A partir de los años 20, este autor identifica también un incremento importante en los libros de crianza dirigidos a los varones específicamente. Sin embargo, vuelve a resaltar la importancia de distinguir entre la “cultura de la paternidad”, que se estaba volviendo más progresista hacia los años 30, y la conducta de paternidad, que pareció sufrir un retroceso a partir de la crisis de la Gran Depresión (LaRossa, 2007).

A partir del inicio de la segunda guerra mundial (y a causa del gran temor en la población que aquella despertó), toma fuerza la ideología del padre como protector (LaRossa, 2007). Entre 1945 y 1960, los Estados Unidos de América entran en una etapa de crecimiento que conllevó el llamado “baby boom”. La imagen de la familia en los medios de comunicación se volvió armónica, “perfecta”, lo cual no significa que esto fuera así. Por el contrario, LaRossa (2004) observa un proceso de resurgimiento de los valores más patriarcales y la naturalización de las disparidades de género, de tal forma que hacia fines de los 50 parece tomar fuerza la idea de la paternidad tradicional/patriarcal.

De manera contrastante con lo que LaRossa (2004) identifica en EUA como un refortalecimiento de la cultura tradicional patriarcal, Roudinesco (2003) describe los años 70 en Francia como la culminación del debilitamiento de la figura paterna como autoridad total y absoluta en favor de una autoridad parental compartida por



ambos miembros de la pareja, poniendo fin, desde su perspectiva, al histórico poder patriarcal:

Las grandes etapas de este debilitamiento son conocidas, sobre todo en el caso de Francia. En 1935 se abolió el derecho a los castigos paternos, como ya lo recordé. Tres años después, el padre perdió la potestad conyugal a la vez que conservaba plenos poderes sobre sus hijos, así como el derecho a autorizar o no a su esposa a ejercer una profesión. [...] En 1950 se lanzaron las primeras campañas de regulación de los nacimientos. [...] En 1955, en el momento en que Lacan hacía suya y modernizaba la teoría medieval de la nominación para afirmar que el Nombre-del-Padre designaba el significante mismo de la función paterna, como inscripción del orden simbólico en el inconsciente, los primeros análisis serológicos permitieron aportar la prueba de “no paternidad” [...]. La ciencia sustituía así el gran prestigio de la palabra para demostrar que el padre ya no era incierto, cosa que a fines del siglo XX confirmarían los exámenes genéticos. [...] En 1970, con la supresión de la expresión “jefe de familia”, la idea misma de la patria potestad queda definitivamente eliminada de la ley. En lo sucesivo, el padre comparte con la madre el poder sobre el hijo y sus antiguas prerrogativas, ya muy debilitadas con el paso de las décadas, se reducen prácticamente a nada. Por último, cinco años después, con la legalización del aborto ya vigente en muchos países de Europa, las mujeres arrancan la dominación masculina del control total de la procreación, y lo logran aun antes de haber conquistado la igualdad de derechos sociales y políticos. (p. 109-112).

En México, Katherine Bliss (1999) explora cómo se vieron transformadas las nociones de la paternidad en la época posterior a la Revolución Mexicana (alrededor de 1920), donde asegura, surgió un interés en los científicos sociales por estudiar los factores asociados a la criminalidad en los menores de edad. Curiosamente, en gran parte de estos estudios quien parecía tener el rol principal en la salud del hijo o hija era el padre. De acuerdo con la autora, esta visión de la paternidad patologizante se encontraba asociada a uno de los más grandes problemas

posteriores a la revolución, la promiscuidad generalizada de la población, sobre todo de los varones.

Entre 1911 y 1940, los legisladores, reformistas, y padres de familia, articularon por igual una variedad de posiciones alrededor de los modos adecuados de autoridad paterna. El padre mexicano se volvió una de las principales preocupaciones de los reformistas dado que las ideologías progresivas lo colocaban como el mediador apropiado entre su familia y una arena política más inclusiva. (p. 331).

Así mismo, lo que se conceptuó como una paternidad adecuada comenzó a girar en torno al respeto, el valor y el estatus social. A la par, la crisis sanitaria generó otras consecuencias, puesto que para detener el contagio de la sífilis específicamente (que creció de forma importante durante la Revolución), se generaron una serie de campañas publicitarias que señalaban al padre como el culpable de los contagios y de la epidemia, promoviendo que confesaran si padecían la enfermedad, pues de lo contrario podrían contagiar a sus hijos mediante una caricia, un beso, un abrazo. Otra de las consecuencias de la Revolución fue un crecimiento en la delincuencia juvenil, lo que llevó, por ejemplo, a la creación del Consejo Tutelar para menores infractores en Ciudad de México. El análisis de esta corte sobre la criminalidad juvenil se centraba en los siguientes aspectos:

1. El abandono del padre pone a los hijos y las hijas en riesgo de calle.
2. La falta de monogamia de los padres lleva la sífilis a las familias y ponen un mal ejemplo.
3. Los padres promueven el abandono infantil al acusar a sus hijas de promiscuas y expulsarlas de casa.
4. Los padres con frecuencia abusan sexualmente de sus hijos e hijas, forzándolos a preferir vivir en las calles.

A la par, en Ciudad de México se abrieron las cortes para la resolución de problemas familiares. Gran parte de estos casos consistían en mujeres acusando a sus parejas varones por acoso sexual con otros miembros de la familia. Como

menciona Bliss (1999), comprender los cambios en la familia a partir de este momento histórico resulta relevante porque Ciudad de México posrevolucionaria se encontraba en un proceso de reconstrucción y redefinición no solamente política, sino moral, familiar y nacionalista, lo cual impactó las relaciones sociales y específicamente, puso en cuestionamiento la función de la paternidad.

Está por ejemplo Sosenski (2014) quien estudia la transformación de las representaciones publicitarias de la paternidad en México entre 1930 y 1960. Mediante el análisis de los medios publicitarios, la autora da cuenta de cómo a principios de los años treinta, el discurso sobre la paternidad representaba al varón únicamente vinculado con prácticas de poder y dominio en la familia; mientras que a partir de los años cincuenta surge el discurso del padre moderno (mayormente ligado a las clases medias y altas) representado como aquel de disfruta del espacio hogareño, centrado en el cuidado de la familia y donde los hijos se vuelven un aspecto fundamental del ser varón.

Sosenski (2014) menciona que este estereotipo es nombrado por Anne Rubenstein como “el contramacho”:

Un hombre influenciado por los políticos mexicanos del periodo 1940 – 1960, que no estaban ansiosos por parecerse al macho al viejo estilo. La imagen que debía proyectar un hombre era la calma, la de la autocontención, como Manuel Ávila Camacho o Adolfo Ruiz Cortinez, que reflejaban la prudencia, el buen católico y el compromiso con la familia. El tecnócrata y el burócrata de traje se convierten así en esos hombres virtuosos que estaban muy alejados de la impulsividad de aquellos charros del ámbito rural. En la vida pública, estos nuevos hombres, ahora de la ciudad, no exhibirán su alcoholismo ni su lujuria; en cambio se presentarán como hombres monógamos, ordenados, sobrios, como esposos devotos y padres entregados. (p. 72).

El análisis de Sosenski (2014) resulta muy interesante porque relaciona este cambio en la imagen del padre con el hecho de que los varones se hayan vuelto alrededor de los años cincuenta un objetivo más del consumismo. Es decir, la

paternidad se comenzó a vincular con la adquisición de bienes, como proveedor de afecto a través de regalar objetos a sus hijos o a sus parejas y a ocupar así, el lugar del buen padre/hombre. Para los años sesenta, se revalora la domesticidad del padre y se convierte, en palabras de la autora, en una figura totémica, casi intocable. No obstante, por lo menos hasta los años 90, si bien los varones dejan de ser en su mayoría los únicos proveedores económicos, en tanto las mujeres se suman cada vez más y más a la fuerza de trabajo y por lo tanto a la proveeduría, éste sigue siendo un rol crucial para los varones que los valida como padres que pueden ejercer el poder y la autoridad. Aun con la incorporación de las mujeres al ámbito laboral y la proveeduría conjunta, la participación de los padres sigue siendo baja con respecto a las tareas domésticas y de cuidado, especialmente en los sectores educativos más bajos (García y Oliveira, 2001).

Todas estas transformaciones en las formas de representar, entender y ejercer la paternidad han ido de la mano de las distintas formas en las que se ha construido a lo largo de la historia lo que se entiende por ser hombre, y específicamente, la forma en la que la masculinidad ha sido representada. Por ello, resulta indispensable problematizar las masculinidades para comprender las formas actuales en las que se vive la paternidad.

## **1.2. Problematizar las masculinidades**

Hablar de masculinidades es ya de por sí problemático, en tanto existe un gran debate en torno al término y lo que pretende denominar. No obstante, es importante el uso del término y discusión continua en tanto permite evidenciar que no basta con nacer con ciertas características físicas para ser un hombre, sino que el ser varón se constituye a partir de múltiples procesos y conflictos, sociales y simbólicos, que dan lugar a la conformación de la subjetividad, como ya afirmaba Freud, pero también a un lugar, un sitio dentro del orden social y las relaciones. Autores como Gilmore 1990 (citado en Connell, 1997), afirman que es un hecho observado en diversas culturas alrededor de todo el mundo, el hecho de que la masculinidad, el

“ser hombre”, es difícil de lograr, y sólo se llega a ella a partir de involucrarse en una serie de ritos y logros que marcan la entrada al mundo de “lo masculino”, aunque este mundo sea representado mediante distintos significantes particulares para cada entorno y cultura.

A lo largo de los años desde que el género comenzó a ser un tema dentro de las ciencias sociales (entre los años sesenta y setenta del siglo pasado), se ha recurrido a distintas formas de definir la masculinidad, en un intento permanente por aprehender y desarrollar el concepto. Ramírez (2006) refiere cuatro formas fundamentales en las que éste ha sido abordado:

1. Mediante definiciones que están basadas en los atributos naturales/biológicos del hombre, y que, a partir de ello, explican sus comportamientos y expresiones sociales.
2. Desde la perspectiva positivista, en la que se ha buscado describir y caracterizar lo masculino a partir de lo que hacen los hombres, entendiendo la masculinidad como todo aquello que hacen los varones; por lo que se trata, digámoslo así, de una perspectiva “descriptiva”, pero que en dicho ejercicio termina siendo prescriptiva de lo que debe de hacer un hombre.
3. Entendiendo la masculinidad como un “deber ser”, una serie de ideales en torno a cómo debe de ser un varón en una sociedad específica. Tiene un carácter normativo, es decir, explora las normas en torno a la masculinidad, y al igual que la perspectiva anterior, a veces en este ejercicio al mismo tiempo las prescribe.
4. Y finalmente, desde el planteamiento semiótico, en el que la masculinidad es un sistema simbólico con diversas posibilidades de significación, que está permanentemente en relación con lo femenino. Se plantea que un símbolo puede ser comprendido solamente en términos de su relación con otros símbolos, por lo que la masculinidad sólo existe en un sistema de relaciones de género.

A estos posibles enfoques desde los que Ramírez (2006) ha propuesto que se ha comprendido la masculinidad, me parece que habría que agregar una quinta

perspectiva, que es la del género como performatividad, propuesta por Judith Butler. De acuerdo con esta autora (Butler, 2002), la diferencia sexual no existe fuera del discurso, es decir, ésta sólo existe a partir de la repetición reiterada de prácticas discursivas mediante las cuales el discurso produce los efectos que nombra y su materialización en los cuerpos. En este sentido, el sexo queda reemplazado por los significantes sociales que construyen lo masculino y lo femenino, así, el género absorbe y desplaza al sexo, no hay forma en la que podamos acceder al sexo como algo esencial, fuera del discurso, ambos, sexo y género, son un continuo, no hay posibilidad de distinguir uno del otro. En palabras de la autora:

Decir que el género es performativo significa decir que posee una determinada expresión y manifestación; ya que la “apariencia” del género a menudo se confunde con un signo de su verdad interna o inherente. El género está condicionado por normas obligatorias que lo hacen definirse en un sentido u otro (generalmente dentro de un marco binario) y por tanto la reproducción del género es siempre una negociación de poder (Butler, 2009, p. 322).

La performatividad del género alude justamente a que éste sólo se logra mediante la actuación y un discurso social continuo y reiterado que responde al marco de dominación masculina y de heterosexualidad obligatoria. Si entendemos que el carácter del género es performativo, entonces entendemos que hay muchas más posibilidades más allá de la lógica binaria masculino/femenino. Esta performatividad produce el efecto de una esencia, a lo cual solemos llamar sexo. Es importante no perder de vista que:

La performatividad no es un acto individual de un sujeto que da vida a lo que nombra, sino que se trata de un poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que nos regulan y que se nos imponen de modo tal que la construcción del género no es un acto único ni un proceso iniciado por un sujeto, sino que estamos ante procesos que se realizan en el tiempo. [...] Butler introduce la performatividad pero no como un acto singular, sino como la reiteración de una norma o un conjunto de las mismas, que mientras

adquiere la condición de acto, esconde las convenciones que la hacen una repetición. (Saxe, 2015, p. 7)

Butler llega a afirmar en este sentido que todo género es travestido, aludiendo a que el género siempre es una imitación del proyecto heterosexual y binario. No hay un original, el género siempre es una imitación de las idealizaciones sobre lo masculino y lo femenino (Saxe, 2015). Me parece que esta es una perspectiva del género (que abarca por supuesto el cómo entendemos lo masculino) novedosa y que no cabe del todo en la categorización que propone Ramírez (2006), si bien la perspectiva de Butler tiene similitudes y aspectos en común con lo que el autor propone como el planteamiento semiótico.

Pero entonces, ¿cómo definir la masculinidad? Para Ramírez (2006), la masculinidad se define mínimamente por dos elementos, el primero, en función de su diferenciación de las mujeres y del mundo de lo femenino, lo cual implica además la subordinación de éstas. En segundo término, se define a partir de la subordinación de otros varones, es decir, dentro del grupo de varones hay una gradación entre los que se consideran más cercanos a lo masculino y los menos, lo cual implica además la subordinación de unos sobre otros. Badinter (1993, en Ramírez, 2006) agrega a estos dos elementos que la masculinidad implica un proceso de constante afirmación como varón, el cual se constituye fundamentalmente a través de la diferenciación de lo femenino, pero también de la heterosexualidad, es decir, el sistema sexo/género está fuertemente anclado al mandato de la heterosexualidad.

Por otro lado, Wetherell y Edley (1999, en Connell, 2005) proponen que la masculinidad habrá de ser entendida como un lugar en el discurso en el que el sujeto se posiciona, de forma tal que la masculinidad no es aquello que representa a un cierto tipo de hombres, es decir, no es de orden descriptivo, la masculinidad no es “lo que hacen los varones”, sino una forma en la que éstos se posicionan con respecto a las prácticas discursivas. Para comprender las masculinidades desde la perspectiva del discurso, los autores retoman el concepto de “posicionamiento imaginario”. Este concepto, desarrollado por Lacan y Barthes, hace referencia a

que, mediante lo simbólico, es decir mediante el orden del discurso, continuamente creamos posicionamientos imaginarios, sujetos ilusorios. Hablamos de nosotros mismos como seres completos, coherentes, estables a través del tiempo, sujetos que coinciden con una imagen, una ficción, más no somos eso. El yo se convierte en un personaje con sustancia y unidad. Es a través de estos posicionamientos imaginarios en el discurso que podemos observar cómo los varones se relacionan con lo masculino, y sus distintas formas.

Izquierdo (2006) añade otro elemento fundamental en términos de los procesos que orientan moralmente nuestras conductas:

Su imperativo moral es el de proveer para que la vida sea posible, pero se trata de una provisión excluyente. [...] La subjetividad del hombre se construye en términos de acción, de capacidad para tomar, emprender, hacer, poseer, conseguir, concebirse como sujeto deseante. De ahí sigue la percepción del otro/rival, del otro amenazador, competidor, obstáculo a la realización de sus objetivos. El hombre protege, cuida, provee por la familia en una relación de competencia con otros. [...] La orientación moral del hombre favorece que tome a los otros no como medios, sino como fines. (p. 269).

Así, en nuestra cultura, la masculinidad está estrechamente vinculada, además del lugar de poder en relación con lo femenino y otras masculinidades como ya se ha venido hablando, con un imperativo moral para los varones que es el de la proveeduría. Este imperativo incorporado desde muy temprano, tiene importantes implicaciones en la constitución identitaria de los varones, derivando, como menciona Izquierdo (2006), en identidades caracterizadas por la competencia, el deseo, la posesión de otros como objetos y, agregaría yo, la violencia como medio de legitimación.

Uno de los sistemas que se ha propuesto subyacen al sistema sexo/género es lo que ha sido denominado desde las ciencias sociales como patriarcado. De acuerdo con Cazés (2006):



El patriarcado es el tiempo histórico -construido sobre nociones específicas de secuencia y transcurso-, del dominio masculino de las sociedades, de la dominación de los hombres en sociedades y culturas de una diversidad asombrosa. La estructura patriarcal de las relaciones ha sido una constante en todas las estructuras económicas, políticas y religiosas de las que tenemos conocimiento, pese a la enorme variedad de sus manifestaciones (p. 70).

Este sistema está basado en el sexo/género como un organizador fundamental de las relaciones sociales, que regula cuerpos, normas, discursos, cosmovisiones, entre otros. Así mismo, se apuntala en un antagonismo entre lo “femenino” y lo “masculino” y el dominio y opresión de lo segundo sobre lo primero. A final de cuentas, el patriarcado es una forma de organización y asignación del poder en nuestra sociedad, donde de acuerdo con autores como Cazés (2006), todos los varones, por el simple hecho de serlo, tienen poder potencial u operante sobre las mujeres, pero a la vez, como ya se había mencionado anteriormente, hay un manejo del poder diferencial hacia dentro del mismo género, donde los varones construyen y ejercen poder sobre otros hombres también.

Es a partir del estudio y la reflexión sobre estas relaciones de poder intragenéricas, que Connell (1995) propuso el término de masculinidad hegemónica. De acuerdo con la autora:

Reconocer la diversidad en las masculinidades no es suficiente. Tenemos que reconocer también las relaciones entre distintos tipos de masculinidades: relaciones de alianza, dominación y subordinación. Estas relaciones son construidas a través de prácticas que excluyen e incluyen, que intimidan, exploran y más. Hay una política del género dentro de las masculinidades. (Connell, 1995, p. 37)

Para Connell, la masculinidad hegemónica no es un tipo de masculinidad fija y siempre igual en todo contexto, se refiere más bien a la masculinidad que ocupa el lugar hegemónico dentro del sistema de relaciones sexo/género en determinado contexto. La hegemonía es una dinámica cultural en la que cierto grupo reclama

para sí y mantiene el mando en la vida social de la comunidad. Es una relación que está en movimiento a lo largo de la historia, en términos de que el grupo que se encuentra en la posición hegemónica es aquel que personifica o encarna la respuesta socialmente más aceptada (y valorada) en el momento para sostener la legitimidad del patriarcado y garantizar la posición dominante de los varones por sobre las mujeres. La hegemonía implica que habrá otros grupos que serán subordinados, y en este caso, no será solo el colectivo de mujeres, sino también otros grupos de varones, por ejemplo, en nuestra cultura los varones homosexuales quedan subordinados a los varones heterosexuales, en tanto la homosexualidad es simbólicamente asimilada a la feminidad, pero también se atraviesan en ello otras variables como la raza y el acceso al capital económico.

Si bien pocos varones pueden cumplir cabalmente con los estándares de la masculinidad hegemónica, muchos se benefician de los “dividendos patriarcales” de esta hegemonía, en tanto garantiza la subordinación de las mujeres y de otros varones aún más alejados de la masculinidad hegemónica. A este grupo, o más bien a este tipo de relación con la masculinidad dominante Connell le llama “complicidad”. Finalmente, acuña el término de “marginalidad” para referirse a aquellas masculinidades que son aceptadas o autorizadas por el grupo hegemónico, pero de alguna manera mantenidas como excepcionales, en tanto están atravesadas por otras variables como clase y raza. La autora pone como ejemplo a los grandes deportistas negros, quienes sin volverse parte del grupo de varones que ostenta la hegemonía en tanto son de raza negra, sí logran adquirir una posición importante en las relaciones de dominación y poder sobre otros varones y las mujeres.

En su propia revisión del concepto de masculinidad hegemónica, Connell (2005) aclara que ésta debe de ser entendida como una serie de prácticas que permiten perpetuar la dominación de los varones sobre las mujeres, y que no se trata únicamente de expectativas o identidades. También aclara que la masculinidad hegemónica no representa la normalidad en un sentido estadístico, en tanto sólo una minoría de hombres la representa, pero es normativa en el sentido

de que establece y representa una ideología legitimada para la subordinación de las mujeres. La masculinidad hegemónica no es una sola ni inamovible, sino que distintas formas de masculinidad van ascendiendo a ese lugar a lo largo de la historia, a partir de las condiciones sociopolíticas y económicas. Así mismo, la autora señala que también es posible que la masculinidad hegemónica no corresponda tan de cerca con la vida de algún hombre en particular, sin embargo, funciona como un modelo que refleja ideales y deseos en relación con las relaciones de género y de subordinación de los varones hacia las mujeres.

El concepto de masculinidad hegemónica ha sido sujeto de diversas revisiones y cuestionamientos por quienes estudian las masculinidades. Seidler (2006), por ejemplo, refiere que dicho concepto niega lo personal y lo emocional del sujeto, impidiendo que las luchas personales que los varones tienen con la masculinidad, tanto en su propio ejercicio de ésta como con aquellos ideales de masculinidad normativa se politicen, derivando en “un análisis reductor que sólo utiliza el lenguaje del poder” (p. 155). También se ha cuestionado la dificultad para definir el concepto, dificultad a la cual nos enfrentamos desde el uso del término masculinidades, incluso, y la dificultad para ubicarlo en el discurso y las prácticas reales de los sujetos varones. Principalmente desde el postestructuralismo, desde donde algunos autores han propuesto que el concepto es borroso, poco certero en su significado, esencialista, que sigue descansando en una visión dicotómica del sexo/género, que busca unificar una experiencia que en realidad es fluida e incluso contradictoria en sí misma (Connell, 2005). No obstante, me parece que sigue siendo un concepto útil para entender las relaciones de poder entre los mismos varones y el posicionamiento privilegiado en el discurso de ciertas formas de ser hombre.

Dentro de los últimos años se ha popularizado el uso del término “nuevas masculinidades” para señalar la emergencia de formas de ser varón que se alejan del modelo “tradicional”, aludiendo a características como el ser más expresivos afectivamente y tender hacia ideales de equidad con respecto a las mujeres. Si bien efectivamente los roles y las formas en las que se define el género se han ido

transformando a lo largo de la historia, me parece relevante poner en contexto que esta transformación no es nueva, pues precisamente como se revisó en el apartado anterior, la semántica de lo masculino y femenino, de la paternidad y la feminidad, no ha sido fija a lo largo de la historia, sino que continuamente ha ido adquiriendo nuevas formas y manifestaciones. En este sentido, Guevara (2008) critica que tanto se ha puesto énfasis en los cambios de los varones individuales y en estas “nuevas masculinidades” que desafían los roles tradicionales, que, al hacerlo, se invisibiliza que cuando hablamos de masculinidad y género se trata de configuraciones sociales que siguen reproduciendo una diferencia en el acceso y ejercicio del poder. Cuando hablamos de masculinidades, referimos irremediabilmente a “prácticas institucionalizadas localizadas en estructuras de poder” (p. 76).

Continuando con esta línea de pensamiento, Guevara (2008) incluso se manifiesta en contra del uso del término “masculinidades”, y sugiere la importancia de retomar “la masculinidad” como una categoría analítica que permita profundizar en las relaciones de poder e ir más allá del tono descriptivo, con el fin de comprender qué es lo que mantiene intactas las relaciones de poder, aún en su atravesamiento con otras variables como la raza. En este sentido, recupera como fundamental para esta comprensión el concepto que emplea Bourdieu (2000) de “violencia simbólica”, para explicar precisamente esta continuidad en las estructuras de poder organizadas a partir del género. La autora señala:

Habrá que recordar, asegura [haciendo referencia a Bourdieu], que lo que aparece como eterno sólo es el producto de un trabajo de eternización realizado por instituciones como la Iglesia, la familia, la escuela o el Estado mediante sus procesos de discriminación simbólica. El efecto de la dominación simbólica se produce a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción por medio de los cuales los dominados/as adoptan para sí mismos/as un punto de vista idéntico al del dominador y contribuyen, de esa manera, a su propia dominación, a veces sin saberlo y otras a pesar suyo. [...] La dominación masculina es el mejor ejemplo de esta violencia simbólica, es decir, tiene sus condiciones de realización en un tipo de ejercicio del poder

que se realiza a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación, del conocimiento, del reconocimiento y del sentimiento; violencia invisible para las propias víctimas, pero ejecutada con su connivencia y complicidad. (Guevara, 2008, pp. 80-81).

Así pues, a partir del concepto de hegemonía, propuesto por Connell, y el de dominación, propuesto por Bourdieu, nos encontramos frente a lo que Parrini (2007) denomina como “dos formas paradigmáticas de teorizar respecto al vínculo entre poder y masculinidad” (p. 97):

La *hegemonía* apuesta por una especificidad histórica para la masculinidad y una comprensión de la apertura de lo *social* (al menos en las sociedades capitalistas avanzadas y en las sociedades altamente complejas), así como por un posicionamiento contextual y variable de cualquier relación social, incluidas las de género. En tanto, la *dominación* postula un dominio transhistórico y transcultural de los hombres sobre las mujeres, y de lo masculino sobre lo femenino, no remitido a contextos sociohistóricos específicos, sino a relaciones estructurales constitutivas de *la* cultura y de *la* sociedad; la dominación masculina es conceptuada como la forma modélica, y tal vez primaria, de toda dominación (Parrini, 2007, p. 97).

En ambos casos, tanto en el de la hegemonía como en el de la dominación, el poder termina por ser comprendido no exclusivamente como una fuerza externa que actúa sobre ciertos sujetos, sino que éste se incorpora en la constitución subjetiva tanto de quienes dominan como de quienes son dominados, y desde ahí opera con el consentimiento antes que la coacción. No obstante, señala Parrini (2007), uno de los grandes problemas con la propuesta de Bourdieu en torno a la dominación masculina, radica precisamente en su intento de encontrar un único origen, transhistórico y transcultural, como ya se mencionaba anteriormente, de la desigualdad y el sistema sexo-género, reduciendo la complejidad social a una sola matriz explicativa. Es por ello que el autor termina decantándose por el uso del término hegemonía, y enfatizando la importancia de no emplear hegemonía y dominación masculina como sinónimos, señalando además la importancia de

comprender que el varón sólo se hace dentro de la especificidad de determinadas relaciones, esto es, dando un peso mayor al contexto y su especificidad, así como su variabilidad, más que a una explicación totalizadora.

Como probablemente ya se ha podido observar, a lo largo de este capítulo se ha privilegiado la perspectiva semiótica y performativa para comprender teóricamente la masculinidad. No obstante, me parece relevante señalar que en ninguno de los dos casos se puede excluir el peso de lo normativo. En otras palabras, todos estos aspectos semióticos de la masculinidad no excluyen el hecho de que ésta se traduzca en la adopción y proliferación de ciertos ideales. Adopción, refiriéndome al ámbito individual, subjetivo, en el que cada varón construye su identidad como hombre a partir de la introyección de ciertos ideales sobre lo que debe de ser un hombre “de verdad”, y proliferación, para referirme al hecho de que justamente estos ideales no son individuales, sino que son reproducidos dentro de una cultura que valora más ciertas características de lo masculino por sobre otras. Como proponen Téllez y Verdú (2011), se puede definir la masculinidad incorporando también la comprensión de estos aspectos:

La masculinidad, si se puede definir brevemente, es al mismo tiempo la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y la cultura. (p. 94).

Evidentemente al hablar de un proceso cultural, habrá de entenderse que éste no es fijo, sino que se encuentra en constante movimiento, y que está atravesado por múltiples variables que hacen que ese ideal de masculinidad tenga diferencias importantes en diversos sectores poblacionales. No obstante, Godelier (1986, citado en Téllez y Verdú, 2011) propone a partir del estudio etnográfico en diversas regiones del mundo que dentro de este ideal normativo de la masculinidad es posible encontrar ciertos elementos en común, como lo son:

- Estar dispuesto a luchar e infligir dolor (y en ello va de a mano la agresión, como un valor fundamental), pero a la vez, estar dispuesto a soportar y sufrir dolor con estoicismo.
- Buscar aventuras y situaciones que le permitan probar su coraje.
- Aceptar el peligro y demostrarse sin miedo frente a él.
- Mostrar su dominio sobre otros.
- Buscar el poder, la riqueza y el éxito.
- Recibir honores por su disposición, su sacrificio e incluso la muerte, si es necesario.

Es importante añadir a esta problematización de la masculinidad que de acuerdo con autores como Kaufman (1997), si bien los varones como colectivo gozan de este poder y lo ejercen, esta vivencia no es exclusivamente ventajosa para ellos, pues también genera una serie de pérdidas subjetivas asociadas a tener que sostener esa posición de poder. Una de las que con mayor énfasis señala el autor es la alienación de las relaciones tanto con otros varones como con las mujeres e incluso con sus hijos. Ese mundo de poder es potencialmente generador también de dolor y aislamiento con respecto de los otros.

Cabe hacer notar que esta forma de vinculación con los otros y la constante lucha por ser y demostrarse como hombre, tiene efectos en la salud de los varones. De Keijzer (1997) propone que ser hombre es un factor de riesgo en tres sentidos: de riesgo hacia las mujeres, niños y niñas, por su papel preponderante en la violencia doméstica, violencia sexual, embarazo impuesto y los altos niveles de alcoholismo en los varones que propician aún más situaciones de violencia; de riesgo hacia otros varones, dados los altos índices de muertes y accidentes infligidas entre varones así como los accidentes, por ejemplo, automovilísticos; y finalmente, de riesgo para sí mismos, con, por ejemplo, los altos niveles de adicciones, suicidios y falta de autocuidado que deriva en múltiples enfermedades.

Al mismo tiempo estos modelos tradicionales de masculinidad nunca habían sido tan visibilizados y cuestionados como en la actualidad, lo que sin duda ha generado movimiento en ellos e incluso, como mencionan algunos autores, una

crisis de la masculinidad. Olavarría (2007) ubica que esta crisis ha sido resultado del reconocimiento de los derechos humanos, los derechos de las mujeres y niños, las transformaciones económicas derivadas de la globalización y el reordenamiento en la distribución del trabajo y el tiempo. Entonces, ¿cómo ha impactado esta crisis de la masculinidad en las formas actuales en las que los varones entienden la paternidad?

### **1. 3. Ser padre en el contexto actual: una mirada a los estudios sobre paternidad en Latinoamérica y México**

Los estudios sobre paternidad en México y Latinoamérica han partido principalmente de la sociología, la psicología social y los estudios de género, produciendo interesantes investigaciones en torno a la masculinidad, el género y la paternidad. Y menciono estos tres temas porque existe consenso en cuanto a que no es posible estudiar el tema de la paternidad sin considerar que se encuentra estrechamente relacionado con las construcciones y significados alrededor de la masculinidad. Como menciona Parrini (2000), todo intento por pensar la paternidad remite inevitablemente a tres aspectos fundamentales: las relaciones de género; la constitución de la masculinidad y las relaciones de poder. De ahí la necesidad de retomar el concepto de paternidad siempre dentro de una perspectiva histórica y cultural.

Dentro de esta línea se encuentra la amplia producción de José Olavarría, quien ha trabajado temas relacionados con estudios de género, masculinidades, familia, paternidad, violencia, políticas públicas, sexualidad y salud reproductiva. Todo ello fundamentalmente a partir de entrevistas a profundidad y relatos de vida de varones con y sin hijos en Santiago de Chile, en su mayoría. De acuerdo con Olavarría (2001, en Valdés y Godoy, 2008), uno de los principales atributos de la masculinidad contemporánea son precisamente las nuevas formas de ser padre; sin embargo, también se observa la presencia de una importante discordancia entre el nivel discursivo y las prácticas reales que los varones llevan a cabo al ejercer su



paternidad, con lo cual no necesariamente hay una ruptura del patrón paterno tradicional en el que se privilegia el papel de proveedor sobre la afectividad y las responsabilidades domésticas. No obstante, es innegable que las transformaciones en el sistema de relaciones sexo-género han traído consigo transformaciones importantes en las representaciones de la paternidad entre los varones con y sin hijos.

Además de Olavarría (1999, en Cruzat y Aracena, 2006) en Chile, otros autores como Velázquez (2004) y Salguero y Pérez (2011) en México, coinciden en que resulta importante comprender que, en la actualidad, la paternidad sigue representando uno de los pasos fundamentales en el tránsito de la juventud a la adultez, una especie de culminación de la masculinidad o de tránsito hacia ella, en tanto el ser hombre se reafirma ante el reconocimiento de un hijo, y la posibilidad de demostrar que se es capaz de dar sostén al otro. Especialmente en sectores socioeconómicos medios de Ciudad de México, Velázquez (2004) encuentra que, en la representación de los varones, este tránsito a la adultez a partir de la paternidad implica ser responsables, resolver problemas y ser capaces de satisfacer las necesidades de la familia.

Aunado a este tránsito de la juventud a la adultez, la paternidad es también un lugar donde se construye y reproduce la masculinidad, se genera una nueva estructura de poder en relación con los hijos y la mujer, donde el varón tradicionalmente tiene la posición más privilegiada. Así mismo, se reactualizan las imágenes del propio padre y de su propia vivencia como hijo. La paternidad aparece como algo espontáneo ante lo cual los varones no se sienten preparados, pero que siempre se vive en referencia al propio padre, hacia el cual Olavarría (2001) ha encontrado en sus participantes una gran ambivalencia.

Valdés y Godoy (2008) señalan algunos otros aspectos sobre la paternidad que han resultado como una constante en sus diversos estudios con varones chilenos en torno al tema:

1. El padre centrado exclusivamente en su trabajo, distante y autoritario, ha sido reemplazado por la idea de un padre más cercano afectivamente y colaborativo en la crianza.
2. Un factor importante en la construcción de una nueva parentalidad es la inclusión de la mujer como sujeto, en tanto las concepciones de parentalidad están estrechamente relacionadas con las concepciones de pareja.
3. No obstante, estas nuevas representaciones no necesariamente se reflejan en las prácticas sociales.
4. Las resistencias masculinas a desplegar nuevas formas de paternidad conviven con las resistencias que imponen las mujeres a crear un lugar al padre, resultando así un fenómeno dinámico donde ambas partes juegan un papel importante en la forma en la que unos y otros se incluyen en la crianza.
5. Existe un conflicto intergeneracional importante entre la figura del padre autoritario, poco comunicativo y a veces violento y la exigencia de adoptar un nuevo modelo parental que refleje a un padre cariñoso y preocupado por sus hijos.

Por otro lado, Valdés (2009) observa que los varones que más parecen cuestionarse con respecto a los nuevos modelos de paternidad son los jóvenes, urbanos y con mayor escolaridad. En este grupo en particular, hay un fuerte cuestionamiento de la imagen de padre autoritario, proveedor y ausente afectivamente, lo que da cabida a la posibilidad de reinventar la paternidad; sin embargo, también genera mucha angustia carecer de un modelo a seguir. Lo que resulta claro a partir de los hallazgos de Valdés (2009), es que existe un nuevo mandato moral sobre la necesidad de establecer relaciones más cercanas e íntimas con los hijos, no obstante, muchos varones se sienten incapaces de responder ante dicho requerimiento, pues hay una fuerte ausencia de modelos de referencia.

Rafael Montesinos (2004) identifica en la cultura mexicana el surgimiento de una “nueva paternidad” que va de la mano de una “nueva masculinidad”. De acuerdo con este autor, la crítica a los modelos tradicionales de los géneros ha llevado a nuevas formas de concentrar y ejercer el poder en diversos ámbitos.

Particularmente, el modelo de paternidad ha pasado de un padre autoritario a un padre que ejerce “racionalmente la autoridad” con una mayor proximidad afectiva y respetuosa hacia el resto de los miembros de la familia. En este sentido, el autor propone que en el nuevo modelo de paternidad no se trata de renunciar a la autoridad paterna, sino de eludir las prácticas autoritarias.

Montesinos (2004) resalta también la importancia de comprender la paternidad como un proceso complejo en la construcción de la identidad y el intercambio simbólico entre el individuo y la cultura que le reta por lo menos a satisfacer una triple exigencia: amar a su mujer, amar a su hijo y asumir (dar el ancho) su papel social como hombre (confirmar su estatuto de masculinidad). Para este autor, el problema de la crisis de la identidad masculina (y de la paternidad) radica en que los varones tienen introyectados esquemas identitarios en los cuales ser hombre se define a partir de la desvaloración de los demás y de su subordinación, llámense mujeres, hijos u otros hombres que se alejan del mandato hegemónico.

Olavarría (2001) parece tener ciertas coincidencias con la propuesta de Montesinos (2004), pues reconoce que actualmente muchos varones se encuentran ante un escenario para el cual no fueron socializados, con demandas contradictorias y sin respuestas claras, crecientemente cuestionados en su relación con ellos mismos y con los otros. Plantea así mismo, la existencia de un “deber ser” como pares que no es heterogéneo ni claramente definido, sino que para muchos varones se va construyendo “al paso”, si bien hay mandatos que parecieran anacrónicos, como el ser proveedores (aspecto también analizado en México por de Keijzer, 2000).

¿Qué ha llevado a estos cambios en la forma de entender la paternidad? Benno de Keijzer (1998) señala que el surgimiento de estos nuevos ideales de la paternidad debe de entenderse en relación con las transiciones sociales producidas en los años noventa en México. Y refiere por lo menos a las siguientes:

- El deterioro del poder adquisitivo: el autor señala cómo este hecho ha generado una ruptura con el esquema tradicional del varón como único proveedor de la familia.
- Procesos de urbanización: de acuerdo con el autor, tan solo entre 1970 y 1990 la población urbana aumentó un 59%. Sin duda esto generó cambios en la estructura económico-laboral, de forma tal que ciertos sectores productivos tuvieron una importante apertura al trabajo de las mujeres.
- Migración: Keijzer identifica que hay tres tipos de migración que han afectado la estructura familiar tradicional, generando inevitablemente que surjan nuevos funcionamientos. Se trata de la migración de los varones como jornaleros a otros estados del país, la migración a las ciudades y la migración a Estados Unidos de América.
- Planificación familiar: sobre todo en el medio urbano, ha habido cambios en la estructura familiar a partir de la disminución en el número de hijos por pareja.
- El empoderamiento de las mujeres: a través del cual se han incluido en una amplia gama de campos y actividades de las cuales antes se encontraban excluidas, lo cual ha puesto en cuestionamiento el funcionamiento de las relaciones sexogenéricas.

Sin duda este modelo de paternidad del que tanto se habla incorpora un elemento clave que es la afectividad entre varones e hijos(as) (Mora, 2005; Salguero, 2014). No obstante, algunos autores como Gutmann (1997) han puesto en cuestionamiento qué tanto se trata de un “nuevo” modelo. A finales de los años 90 en Ciudad de México y sus alrededores, Gutmann realizó un estudio antropológico donde después de entrevistar a varones provenientes de diversos estratos socioeconómicos, el autor identifica que el ideal del padre afectivo ya existe desde entonces en los varones mexicanos, aunque se topa con dificultades y es poco llevado a la práctica. Señala además algo interesante, y es que, según sus observaciones, entre los varones de un estrato socioeconómico medio bajo parecen gestarse formas más cercanas de interacción con los hijos y las hijas en comparación con varones de un estrato medio alto a alto. El autor propone que esto

puede estar relacionado con los sistemas económicos, es decir, en estratos socioeconómicos bajos, los vínculos entre padres e hijos se ven reforzados por el entrenamiento y posteriormente, el trabajo conjunto en la actividad económica que se lleva en la familia. A diferencia de aquellos padres de clase media alta a alta, que se caracterizan por tener trabajos que absorben gran parte de su tiempo fuera del hogar, lejos de los hijos.

En relación con ello, en vez del uso del término “nuevas paternidades”, Robaldo (2016) propone referirse a las formas que ha tomado la paternidad en las últimas décadas mediante el concepto: *el padre emocional*. Con ello se refiere a formas de paternidad que no necesariamente han renunciado a su rol de autoridad y proveeduría, pero que han logrado transitar hacia una concepción de la paternidad en la que se valora también la afectividad, el cuidado y el intercambio con los hijos e hijas. Este padre, se involucra con las problemáticas de la familia no solamente en términos normativos y de castigo, sino como un agente que contiene y que participa afectivamente, ejerciendo un rol no tan distante del que tradicionalmente era entendido como exclusivo de las madres.

Los estudios, empero, no son conclusivos en torno a la fuerza y difusión que tiene este ideal de paternidad en México. Por ejemplo, Rojas (2008) identifica la coexistencia de dos ideales de paternidad muy contrastantes entre varones de Ciudad de México. Por un lado, el del padre tradicional (poco cariñoso, duro, distanciado, con un papel autoritario, lejanía física y emocional), encontrado sobre todo en padres mayores de sectores populares de la ciudad; y, por otro lado, el ideal del padre moderno, encontrado sobre todo en padres jóvenes de sectores medios y populares (aunque más mezclado con el ideal tradicional en el caso de estos últimos), caracterizado por un acercamiento importante en términos físicos y afectivos e involucramiento en el cuidado y la crianza, a la vez que optan por el diálogo y no por el castigo. De esta forma, Rojas (2008) sugiere que se están dando importantes transiciones en la concepción de la paternidad entre varones de Ciudad de México, sin embargo, dicha transición está llena de contrastes y atravesada por diversas cuestiones socioeconómicas.

Por otro lado, Correa, García y Saldivar (2013) y Torres, Ortega, Garrido y Reyes (2008) han encontrado que, tanto en adolescentes como en mujeres y hombres adultos, el ideal de paternidad que sigue predominando es aquel asociado al padre trabajador, capaz de proveer económicamente y sin una fuerte vinculación emocional y afectiva. Así mismo, sigue predominando una concepción de la madre como la principal encargada de proveer cuidados, amor y respeto. En un estudio con padres solteros que crían a sus hijos, Mena y Rojas (2010) observan que los varones siguen asumiendo que la madre de sus hijos sería mucho más capaz de darle afecto a sus hijos y mejor cuidadora que ellos, incluso, algunos de sus entrevistados refieren haber buscado entablar una nueva relación de pareja con una mujer dispuesta a cuidar de sus hijos para sentir que están mejor cuidados que con él solo.

Así mismo, aunque la madre de sus hijos no esté presente, lo que encuentran las investigadoras es que los entrevistados recurren a redes de apoyo que terminan siendo otras mujeres cercanas para que se hagan cargo de sus hijos, como lo son abuelas, madres o hermanas. Incluso, identifican que en los hogares de padres solteros con hijas, son éstas las que se hacen cargo de las actividades domésticas, por lo que la división sexual del trabajo termina reproduciéndose de la forma tradicional (Mena y Rojas, 2010). Un fenómeno similar ocurre con los varones que han atravesado un proceso de separación de sus parejas y cuyos hijos se han quedado con sus madres. Ante el cuestionamiento sobre el porqué de esta decisión, con frecuencia relatan que se dio por mutuo acuerdo y bajo la creencia de que los hijos siempre están mejor con su madre y que siempre requieren más a su madre que a su padre, volviendo a la asociación crianza-maternidad (Torres, Ortega, Reyes y Garrido, 2011).

Y es que si bien se hablado ya de la afectividad como uno de los elementos fundamentales de los modelos emergentes de paternidad, otro elemento que es imprescindible considerar es la repartición del trabajo de cuidado, el cual, hasta nuestros días, sigue recayendo en gran medida sobre las mujeres, sosteniéndose

la misma estructura de la división sexual del trabajo como un eje fundamental del funcionamiento de las sociedades occidentales. Como menciona Faur (2006):

Uno de los pilares que ha marcado la construcción social de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades modernas ha sido la prevalencia de una matriz de división sexual del trabajo que asigna al hombre adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico, incluyendo el cuidado de hijos e hijas. (Faur, 2006, p. 131).

En México, las estadísticas demuestran que este tipo de organización del trabajo sigue siendo vigente. Si bien se ha ido transformando poco a poco a través de los años, la realidad es que en la actualidad seguimos muy lejos de lograr una repartición equitativa de labores, al igual que en toda la región de América Latina y el caribe, en donde aún no hay ningún país en el cual las labores de cuidado tengan una repartición equitativa entre hombres y mujeres (IPPF/WHR y Promundo, 2017).

Las estadísticas en México señalan que en los hogares en los que habitan un hombre y una mujer, los varones dedican al trabajo no remunerado 31.3 horas a la semana, mientras que las mujeres dedican 68 horas durante ese mismo periodo. Así mismo, el trabajo doméstico para el propio hogar (p. e. actividades de limpieza) sigue siendo uno de los ámbitos en el que prevalece una mayor brecha de género. Los hombres invierten en promedio 11.1 horas por semana, mientras que las mujeres, 33.2 horas, esto es, casi tres veces más. El área donde en mayor grado se han acortado las brechas de género es precisamente la de los cuidados, donde los varones dedican 14.2 horas semanales en promedio, mientras que las mujeres dedican 25.5 horas semanales (INEGI, 2007).

Es importante comprender que no se trata únicamente de repartición de tareas sino de que éstas tienen una carga importante de poder y validación en relación con el género y, aunado a ello, se han vuelto componentes fundamentales de la identidad de hombres y mujeres. Por ejemplo, Salguero (2008) mostró en un estudio con varones de Ciudad de México, que si bien es posible observar que varios de los hombres entrevistados tienen un involucramiento importante en las labores

domésticas, esta participación sigue siendo percibida como una “ayuda” que le brindan a su pareja, en tanto más allá del discurso manifiesto, lo que sigue apareciendo es la idea de que lo doméstico es responsabilidad de la mujer, y siguen siendo tareas poco valoradas.

¿Cómo poder comprender estas contradicciones en torno a los modelos actuales de paternidad? Sefton (2006) reflexiona que:

A partir de los estudios de Michel Foucault, se puede pensar que otras paternidades diferentes de las citadas arriba [asociadas a la masculinidad tradicional] no sean tan recurrentes por no estar en el orden del discurso; esto es, aunque se perciban muchos cambios sociales en relación con las paternidades, las representaciones que más circulan son aquellas que definen a los padres a partir del discurso que los envuelve en una relación distante día a día con su prole. El autor afirma que ‘nadie entrará en el orden del discurso si no es desde el inicio, calificado para hacerlo (1996:37). (pp. 47-48).

Esto implica reconocer que el discurso es una construcción de significados impregnada de relaciones de poder y de legitimaciones donde algunos discursos ocupan lugares privilegiados y tal parece que, si bien las representaciones sobre la paternidad están en transformación, sigue predominando la de una paternidad distante, asociada al poder, aún en su integración de nuevos elementos como el afecto y el cuidado, en el que cada vez más hombres están interesados, particularmente los jóvenes, con mayor escolaridad y con actitudes favorables hacia la equidad de género (Aguayo, Barker y Kimelman, 2016).

#### **1.4. Las legislaciones en torno a la paternidad**

Los discursos predominantes sobre las formas de ejercer la paternidad no se reflejan únicamente en las prácticas y significados, sino también en las estructuras normativas que regulan a la familia. Por supuesto, estas regulaciones se encuentran atravesadas por las formas en las que en cada sociedad se significa el género, como



menciona Ramírez (2009): “Si el género es una variable de poder transversal a las sociedades entonces debe afirmarse que también está presente en el Derecho; el discurso jurídico reproduce las relaciones de poder en nuestras sociedades, incluidas las relaciones de género” (p. 4).

En este sentido, resulta interesante que no existan estándares internacionales para las licencias de paternidad a pesar de que éstas ya son consideradas un derecho por la Organización Internacional del Trabajo (OIT, 2014). Lo más que encontramos son múltiples recomendaciones de organismos internacionales como como la ONU y diversas convenciones como la de Beijing (1995) para que los gobiernos promuevan una repartición equitativa del trabajo doméstico y de cuidados. De las más recientes recomendaciones, está aquella establecida en los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la ONU en 2015, donde se enfatiza la necesidad de reconocer el valor del trabajo doméstico y la necesidad de promover la responsabilidad compartida de dicho trabajo dentro de la familia.

Actualmente Suecia, el primer país en establecer la licencia de paternidad en 1974, cuenta con las condiciones más favorables para los varones dado que el padre y la madre cuentan con 480 días para cuidar a su hijo o hija, y perciben el 80% de su salario hasta los 390 días. De los cuales 90 tienen que ser ocupados por el padre, quedando la repartición de los días restantes al albedrío de la pareja.

Sin embargo, la realidad en otros países como los latinoamericanos es muy diferente. En Colombia, por ejemplo, la ley establece ocho días hábiles de licencia de paternidad remunerada. En Argentina, los trabajadores varones cuentan únicamente con dos días de licencia posteriores al nacimiento de un hijo o hija, con excepción de los trabajadores del sector público, quienes cuentan con cinco días. No obstante, más allá de la ley, algunas empresas amplían la licencia de sus trabajadores. En Chile, el tiempo es de cinco días (Téllez, 2009).

En México, la Cámara de Diputados incorporó en 2014 a la Ley Federal del Trabajo (artículo 132, fracción XXVII bis) un apartado que especifica que es obligación de los patrones otorgar una licencia de paternidad de cinco días laborales

con goce de sueldo a los varones por el nacimiento de su hijo o hija o bien, por su adopción. En 2016, como producto de la Reforma Laboral, se ratifica este beneficio para todos los trabajadores formales (Secretaría de Trabajo y Previsión Social, 2017). En Ciudad de México, desde 2013 se estableció mediante la Ley de Igualdad Sustantiva entre Mujeres y Hombres una licencia un poco más amplia, que consiste en 15 días con goce de sueldo, para padres por adopción o consanguinidad; sin embargo, los únicos beneficiarios de ella son los empleados del gobierno local (Animal Político, 2013). Aún así, esta legislación sigue estando por debajo de los estándares de los países pertenecientes a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), en los cuales el tiempo promedio de la licencia de paternidad es de siete semanas (Vázquez, 2018).

Otro de los ámbitos legales en el que es posible observar estas disparidades de género que siguen asignando a las mujeres el cuidado de los hijos, es el del acceso a la seguridad social en México, donde también es posible encontrar diferencias sustantivas en cuanto a los derechos de padres y madres. Según la Ley del Seguro Social:

[El artículo 94°]...otorga dentro del seguro por maternidad las siguientes prestaciones: asistencia obstétrica, ayuda en especie por seis meses para lactancia, y una canastilla al nacer el hijo, cuyo importe será señalado por el Consejo Técnico. La ley otorga también prestaciones económicas: el subsidio por maternidad consistente en seis semanas pre y posteriores al alumbramiento con cargo al IMSS y por la cuantía del 100% del salario básico de cotización. Dentro de esta ley no se contemplan prestaciones por paternidad, por lo que estas serán pagadas por el patrón.

De igual forma, el artículo 3° de la Ley de Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, así como el artículo 149 de la Ley del Instituto de Seguridad Social para las Fuerzas Armadas Mexicanas establece como seguro con carácter obligatorio el de maternidad; sin embargo no existe dispositivo alguno en estas normas que se refiera a las prestaciones por paternidad. (García y Mendizábal, 2014, p. 42)

Como es posible observar, en nuestro país estamos muy lejos de una política equitativa en cuanto al derecho de padres y madres para contar con una licencia de trabajo y ciertas facilidades alrededor del nacimiento de un hijo. Otra de ellas es el acceso a las guarderías del sistema de seguridad social, al cual tienen derecho: “la mujer trabajadora, del trabajador viudo o divorciado o de aquél al que judicialmente se le hubiera confiado la custodia de sus hijos” (Ley de Seguridad Social, 2019), pero no un padre afiliado que viva con su pareja y quiera él ingresar a sus hijos al servicio de guarderías. Tras varios amparos impuestos por padres inconformes con esta ley, recién este año (2019) se aprobó la reforma de ley para que los varones afiliados puedan afiliar a sus hijos también, aunque esta modificación aún no se ve reflejada en la ley. Otra modificación reciente a las prácticas institucionales con gran impacto en la paternidad es que, a partir de febrero de 2019, se ha aprobado en Ciudad de México que los padres entren a las salas de parto para presenciar el nacimiento de sus hijos, acción que estaba prohibida en los hospitales públicos y lo sigue estando en el resto del país.

En este sentido y a partir del cuestionamiento de estas prácticas (algunas legisladas y otras no), Figueroa y Franzoni (2011) han desarrollado toda una serie de propuestas y teorizaciones sobre la importancia de hablar de los derechos de los varones en torno a la paternidad. Si bien ha resultado bastante polémico el reclamo de derechos reproductivos para los varones, en tanto pueden entrar en contraposición con los de las mujeres, por los que tanto tiempo se ha luchado, lo cierto es que para Figueroa el discurso tiene un peso importantísimo en la realidad social, y en ese sentido, propone que la paternidad no sea exclusivamente una responsabilidad, sino también un derecho, con el objetivo de involucrarlos más activa y responsablemente en la reproducción y la crianza.

Al discutir el tema de las legislaciones, vale la pena preguntarse si verdaderamente éstas tienen un efecto en la forma en la que los padres se involucran con sus familias. En este sentido, Rehel (2013) llevó a cabo una investigación muy interesante para dar cuenta del impacto que tienen las licencias de paternidad sobre el vínculo que los varones establecen con sus hijos recién

nacidos, con el objetivo de explorar los efectos que tienen estos nuevos discursos, en términos legales, sobre las prácticas cotidianas de los varones en la crianza. Para ello, entrevistó a varones canadienses y estadounidenses (países con diferentes políticas de paternidad) que hubieran tomado una licencia de paternidad por una semana (grupo 1) y por más de tres semanas (grupo 2).

Algunos de sus hallazgos más importantes son: a) las facilidades que el Estado establece para que los padres puedan tomar una licencia de paternidad tiene un importante impacto sobre la decisión de hacerlo (cuando hay mayores facilidades, los hombres dudan menos en tomar la licencia); b) a pesar de contar con dichas facilidades, hay varones que deciden no tomar la licencia porque les parece que no tiene sentido alguno quedarse en casa a cuidar a sus hijos o, por otro lado, se niegan a alargar el tiempo de licencia por temor a lo que sus jefes y compañeros de trabajo puedan pensar de ellos; c) el contar con (o decidir tomar) una licencia de paternidad de tres semanas o más, favorece de forma importante que los padres experimenten la transición a la paternidad de forma comparable a las madres, puesto que se involucran directamente con la realidad del cuidado del infante desde el comienzo y sin la presión del trabajo, lo cual les ayuda a desarrollar un vínculo con el hijo o la hija desde la responsabilidad y el cuidado cotidiano (Rehel, 2013).

Por lo que es posible observar a partir de este estudio, licencias más favorables de paternidad tienen un efecto positivo en que los varones se involucren en el cuidado de sus hijos y en la formación de vínculos afectivos. Aunado a ello, favorece una repartición más equitativa del trabajo entre hombres y mujeres. Sin embargo, otros estudios han mostrado que la existencia de licencias de paternidad no es suficiente. También es necesario fomentar una cultura en la cual los varones sean sensibilizados al por qué y para qué de las licencias de paternidad.

Así lo muestra el estudio de Johansson y Klint (2008) quienes exploran cómo se relacionan los varones suecos de distintos grupos sociales con la legislación sueca en torno a la paternidad. Esto surge a partir de una problemática que ha llamado la atención en este país, y es que a pesar de que Suecia concede

legalmente licencias de paternidad desde 1974 y ha llevado a cabo una importante campaña mediática al respecto desde mediados de los años 70, hasta el 2004 únicamente el 18.7% de los padres habían hecho uso de ella.

Los investigadores reunieron cuatro grupos focales de varones para discutir cuestiones referentes a las nuevas ideas sobre el género, el padre “moderno” y su papel como cuidador. Llama la atención que en todos los grupos existe un “ideal de equidad”, esto es, se comparte la noción de que los padres deben involucrarse más en la crianza y en las labores tradicionalmente asignadas a mujeres, por lo cual los autores proponen que las estructuras hegemónicas están cambiando. No obstante, el discurso se encuentra aún alejado de las prácticas. Es por ello que, como sugieren diversos autores y autoras (p. e. Kasymova, 2017), no basta con implementar licencias de paternidad y hacerlas de cierta extensión, sino que es necesario crear políticas públicas para sensibilizar a los varones en torno a su función y su importancia, para promover nuevos discursos en torno a la paternidad y que las licencias sean representadas como un derecho de los varones para ejercer su paternidad.

## **2. El padre desde una mirada psicoanalítica**

Para el psicoanálisis freudiano, la parentalidad es un acontecimiento estrechamente relacionado con la sexualidad, no únicamente en el sentido biológico, sino en el sentido psíquico. Por lo que para comprender cómo se plantea al padre desde la mirada psicoanalítica, es necesario comenzar por recorrer la propuesta freudiana sobre la sexualidad infantil.

### **2.1. Sobre sexualidad infantil y el desarrollo de la masculinidad siguiendo a Freud**

Uno de los planteamientos más revolucionarios de Freud fue proponer que la sexualidad no era algo que apareciera en la adultez sino una característica de la vida infantil, que se instaura a partir del placer que se desprende de los primeros cuidados del bebé. Así, la sexualidad va tomando diversas formas y manifestaciones a lo largo de la vida, pero sus orígenes siempre se encontrarán en la infancia.

Para Freud, la interacción de la madre con el bebé no solamente tiene que ver con la supervivencia de éste, sino que genera sensaciones placenteras tanto en el recién nacido como en la madre. Los cuidados de los que es objeto son para el bebé una fuente continua de excitación y satisfacciones sexuales: “[...] y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho.” (Freud, 1905, p. 203).

Es decir, entre la madre, a quien Freud asume como cuidadora principal, y el hijo o hija, hay una relación de placer que circula en ambas direcciones y que, además, es necesaria para el desarrollo subjetivo del niño. Como ya mencionaba, esos cuidados primarios no están dirigidos únicamente a la supervivencia del niño,

sino que van investidos de un “plus de placer”, a través de lo cual la madre introduce al sujeto en formación a la sexualidad. El desarrollo de la sexualidad en el niño atravesará por distintos momentos marcados por la predominancia de diferentes zonas erógenas: la boca, la zona anal y los genitales. No obstante, para Freud la diferencia sexual, esto es, la diferenciación anatómica de los sexos, llegará hasta la fase fálica. Antes, el niño es, como menciona Freud, un “perverso polimorfo”, y además, tiene una disposición bisexual, en tanto no hay todavía una diferenciación de los sexos ni tampoco elección de objeto.

Así, Freud teorizará sobre los fenómenos psíquicos que se dan durante la fase fálica, y cómo a partir de ello el psiquismo de niños y niñas tomará diversos caminos a partir del reconocimiento de la diferencia sexual. Para el psicoanalista, en el origen únicamente existe un sexo en el psiquismo del niño y la niña: el masculino. La niña es como un pequeño niño, en la cual el clítoris funciona como un pequeño pene que es fuente de la excitación sexual, siendo ésta la zona erógena rectora. No obstante, con el desarrollo de la feminidad y el reconocimiento de la diferencia sexual propio de la fase fálica, el clítoris habrá de ceder a la vagina su sensibilidad, por lo que la feminidad está marcada por un cambio de zona erógena producto de la represión, mientras que, en el caso del varón, la zona erógena, el pene, se mantiene y solo tendrá que continuar con su maduración (Freud, 1933).

Por otro lado, Freud señala que el objeto de amor también sufrirá transformaciones durante la fase fálica para ambos, tanto la niña como el niño, si bien los caminos que cada uno recorra serán diferentes. En el origen, el primer objeto de amor tanto para la niña como para el niño es la madre. Sin embargo, a partir del complejo de Edipo, el padre se convertirá para la niña en un nuevo objeto de amor “[...] y esperamos que en un desarrollo de curso normal esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto” (Freud, 1933, p. 110). Mientras que el niño, a partir de la amenaza de castración, habrá de resignar también su amor por la madre e incluso sus deseos de eliminar al padre como rival, pero conservará al mismo objeto, la mujer:

En este [el niño], el complejo de castración nace después de que por la visión de unos genitales femeninos se enteró de que el miembro tan estimado por él no es complemento necesario del cuerpo. Entonces se acuerda de las amenazas que se atrajo por ocuparse de su miembro, empieza a prestarles creencia, y a partir de ese momento cae bajo el influjo de la *angustia de castración*, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo. (p. 116).

Freud explica que justo porque los varones no llevan a cabo un cambio de objeto tan “radical” como la niña, éstos tienen una tendencia a escindir simbólica y eróticamente a las mujeres en dos representaciones, madre/hermana y prostituta. Las primeras no pueden ser deseadas sexualmente y representan aquella “buena” mujer con la que el varón se tiene que casar, mientras que la mujer prostituta es la deseada sexualmente pero prohibida socialmente. De tal forma que se protege la representación de la madre sexualmente pura, y las angustias edípicas de orden incestuoso. Así mismo, Freud propone que los varones pueden padecer impotencia en las relaciones con mujeres que representan psíquicamente a su madre (Chodorow, 1994).

Volviendo a la niña, ¿por qué ella cambia de objeto? De acuerdo con Freud, la explicación radica en la formación del complejo de castración durante el Edipo. Cuando la niña da cuenta de la diferencia sexual, le atribuye a la madre el no haberle dado un pene, como se lo otorgó al pequeño varón, por lo que surge lo que Freud llama “envidia del pene”. Esto genera en la niña una nueva oleada de hostilidad hacia la madre que deriva en una fuerte ambivalencia entre el amor y el odio. La vuelta de amor hacia el padre es la forma en la que la niña podrá resolver esta tensión, pues anhela el pene que la madre le ha negado y cree que puede recibirlo del padre. Este deseo del pene se sustituirá más adelante por el deseo de hijo, que aparece como un sustituto fálico. Para Freud, un hijo varón especialmente, representa el cumplimiento de ese antiguo deseo masculino en la mujer de poseer un pene.



Chodorow (1994) resume que, en la teoría freudiana, para lograr la feminidad “normal”, la niña tiene que transitar por tres procesos o cambios:

1. Pasar de un modo activo a pasivo
2. De lo fálico (clítoris) a lo vaginal
3. De la elección de objeto homosexual (madre) a la heterosexual (padre)

Por su parte, el niño reacciona ante el descubrimiento de la diferencia sexual mediante la desmentida, de la cual se desprenderá después el fetichismo masculino, en el que el sujeto desmiente la castración y fantasea a la mujer con falo, desmintiendo así también su propia castración. En el desarrollo normal, gradualmente aceptará la evidencia que le aportan sus sentidos (la falta de pene en la madre), y vivirá entonces bajo la amenaza de que él mismo podría perder su pene. El varón luchará contra la sumisión pasiva a otros varones y ambos géneros basarán sus posturas en el repudio a la feminidad y la primacía del falo.

Si bien este camino planteado para la niña ha provocado fuertes discusiones con otras corrientes teóricas como el feminismo, es fundamental reconocer que es el pensamiento psicoanalítico (en el mundo occidental) el que desarraiga por primera vez del terreno biológico el carácter simbólico y cultural de la sexualidad, aspecto que más tarde será ampliamente estudiado desde el campo del género. Para el psicoanálisis, lo masculino y lo femenino no son puntos de partida, sino de llegada. De entrada, ningún sujeto está constituido como sujeto (psíquicamente) sexuado, sino que la sexuación es resultado del devenir psíquico del sujeto, producto de la historia de relaciones intersubjetivas que el niño establece con quienes le rodean y los significados que adquieren para él mismo. Son, finalmente, constructos simbólicos que se imponen al sujeto como modelos ideales y que son introyectados en forma particular por cada sujeto. Como menciona Santos (2009): “Para el psicoanálisis, el ser humano es ante todo un cuerpo atravesado por símbolos, constituido en un universo de significaciones. Por fuera de lo simbólico no existe orden humano ni vida propiamente humana. Y a la inversa: en el mundo humano nada escapa a la significación, ni siquiera la necesidad” (p. 53). No obstante, también es cierto que la propuesta freudiana ha sido sumamente criticada

por psicoanalistas posteriores, aludiendo a distintos sesgos y atrapamientos sexistas que hay que cuestionar para poder convertir las teorías freudianas sobre la sexualidad en un terreno fértil en la actualidad. A continuación, se revisan algunas de estas críticas.

Por un lado, la premisa de partida según la cual, en el origen, la niña es como un pequeño niño. Lo originario es lo masculino, y la feminidad se decanta como una desviación de eso originario. Este “otro camino” tiene que ver, como ya decía, tanto con un cambio de objeto como con un cambio de zona erógena, donde de acuerdo con Freud, el clítoris deja de ser la principal zona erógena para dar lugar a la vagina. Actualmente es bien sabido que el clítoris sigue siendo la zona con mayor acumulación de terminaciones nerviosas en la mujer (p. e. Millings y Acosta, 2012), por lo cual, si ligamos esta prescripción freudiana a lo biológico, el argumento se desvanece. Tal parece que de nuevo la propuesta de Freud con respecto a este cambio de zona erógena rectora en la niña que tiene grandes implicaciones psíquicas, es más un deslizamiento ideológico misógino, como lo llama Meler (1998), que quizás, en todo caso, podríamos leer en un plano simbólico a partir de lo social, más no en un plano biológico. Silvia Bleichmar (2009) comenta al respecto: “Si por una parte la diferencia anatómica deviene modelo de todo descubrimiento de la alteridad y de la circulación del niño respecto a la sexuación, la ‘castración femenina’ pasa de ser teoría sexual infantil a teoría psicoanalítica, sosteniendo un sexo de partida, en este caso el masculino” (Bleichmar, 2009, p. 77).

Chodorow (1994) se pregunta, junto con otras autoras lectoras de Freud, ¿de dónde viene la preocupación apabullante de Freud en torno al pene y la castración, casualmente, órganos masculinos en los que recae gran parte de la valía simbólica de los varones? Probablemente, propone la autora, esa preocupación proviene no de las mujeres, sino de un varón pensando desde su mirada como varón, qué es la feminidad para los hombres. Se trata al final de una descripción de la subjetividad femenina en *la psique masculina*. En el mismo sentido, André (2014) reflexiona: “El primado del falo es una teoría sexual infantil; el varón adhiere a ella más que la

niña, pero ésta tampoco está al abrigo de sus efectos. Se trata menos de una teoría de la diferencia *de los sexos* que la teorización de *Un sexo* que hace *la* diferencia: se lo tiene o no se lo tiene” (p. 39).

Por otro lado, siguiendo las ideas de Silvia Bleichmar (2009), Freud plantea el desarrollo femenino y masculino a partir de una novela familiar muy particular que tiene que ver con los rasgos de la familia tradicional de su época. Continuar pensándolo actualmente en función de dicha novela familiar puede resultar un impedimento que no nos permite pensar más allá. La familia prototipo de la que Freud habla en su época no es la misma que vemos actualmente, y en este sentido, la aparente “naturalidad” de los cambios de objeto de amor en el niño y la niña que Freud propone se ve de nuevo cuestionada.

Sin embargo, me parece que hay elementos importantes que podemos sustraer de dicha “novela”. Uno de ellos tiene que ver con los planteamientos que aparecen en el texto “Tres ensayos sobre teoría sexual”, donde Freud (1905) explicará que lo femenino y lo masculino operan en el ámbito de lo psíquico, y no es algo propio de uno y otro sexo, sino una forma de funcionamiento pulsional, presente tanto en varones como en mujeres. Pensándolo en términos de las pulsiones y bajo la premisa de que para Freud lo femenino es la pulsión de meta pasiva y lo masculino la pulsión de meta activa, podemos pensar entonces que en el origen, tanto en varón como la niña son masculinos (de nuevo, en el sentido pulsional) y que la niña se feminiza a partir de la represión sexual que cae de forma más severa sobre ella a partir de un orden social donde la sexualidad de la mujer suele ser más reprimida que la del varón, o por lo menos, de forma diferente. Sin embargo, ¿por qué equiparar en la teoría lo “femenino” a lo “pasivo” y lo “masculino” a lo “activo”? ¿cuáles son las implicaciones políticas del uso de dichos términos? ¿cómo reformularlo?

Es posible también identificar un sesgo importante en la teoría freudiana donde la mujer aparece como el objeto de estudio por excelencia, como lo extraño a lo que hay que comprender, representante de la otredad. Esto lo vemos claramente en los desarrollos freudianos sobre la sexualidad, donde, como ya

mencionaba anteriormente, para Freud el desarrollo sexual masculino deviene prácticamente sin dificultades, como un proceso lineal, mientras que la sexualidad femenina representa la gran incógnita. En este sentido, Silvia Bleichmar ha cuestionado en los últimos años qué tanto sabemos realmente sobre la sexualidad masculina y si será que sigue un camino tan sencillo y libre de enigmas como parece haber pensado Freud en su época. Y asegura que: “La presencia del pene real ha operado como un obstáculo, al llevar a considerar que la sexualidad masculina recorre un camino lineal. Parece que la teoría sexual de la masculinidad no ofrecía grandes interrogantes ni estaba abierta a revisiones. Nos hemos acostumbrado a que las reflexiones acerca de la sexualidad femenina constituyan el eje de gran parte de las investigaciones psicoanalíticas” (Bleichmar; 2009, p.15). Un poco más adelante, seguiré trabajando sobre esta idea de Bleichmar (2009) y planteando desarrollos post freudianos en torno a la sexualidad masculina.

## **2.2. Sobre el papel del padre en el psicoanálisis**

¿Qué lugar ocupa el padre en la teoría freudiana? Definitivamente se trata de un sitio lleno de ambivalencia. El psicoanálisis ha colocado al padre como un eje fundamental de la estructuración psíquica del sujeto a partir de la fase fálica, y a la madre como gestora o responsable de la salud del sujeto durante los primeros meses y años de vida. Si bien ambos han sido fundamentales en la propuesta freudiana, el papel que cada uno juega es muy diferente, papel que por supuesto está cargado del funcionamiento social de la época victoriana y de significantes sobre aquello fue considerado propio de las mujeres y de los varones. No obstante, el concepto de paternidad va evolucionando y tomando diversos matices a lo largo de la obra de Freud.

Carballeira (2009) ha llevado a cabo una revisión exhaustiva sobre el lugar que ocupa el padre en distintos momentos de la obra de Freud, a partir de lo cual refiere que en textos como “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” (1910) y “El análisis de la fobia de un niño de cinco

años” (1909), el padre del que Freud habla es un padre preedípico, momento en el cual uno de los procesos fundamentales que se dan entre el hijo y el padre es el de la identificación. En estos textos es posible observar que Freud está hablando del padre como sujeto que establece vínculos con el niño y que funciona como un objeto de amor. Así, para Freud en estos primeros años de la vida de un ser humano, el rol del padre consiste en ser una figura de identificación, mecanismo al cual Freud define como la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto (Freud, 1921).

En este sentido, si bien el padre no es el objeto central de las exploraciones que Freud lleva a cabo en estos textos, es posible dar cuenta de que le asigna un lugar relevante en la economía afectiva del infante. Por ejemplo, en Dostoievski y el parricidio, Freud refiere lo siguiente:

La relación del muchacho con el padre es, como nosotros decimos, ambivalente. Junto al odio, que querría eliminar al padre como rival, ha estado presente por lo común cierto grado de ternura. Ambas actitudes se conjugan en la identificación-padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira (le gustaría ser como él) y porque quiere eliminarlo. (Freud, 1928, p. 181).

Siguiendo a Carballeira (2009), más adelante en la obra freudiana el padre toma un papel fundamental desde dos lugares distintos pero relacionados: el padre en su función edípica y el padre mítico. En textos como “Tótem y Tabú” (1913), “El malestar en la cultura” (1930) y “Moisés y la religión monoteísta” (1939), el padre es un tema central; sin embargo, en estos textos Freud no habla de un sujeto, sino del padre mítico, y de cómo éste se ha conformado en la cultura occidental. No obstante, en Tótem y Tabú, todavía Freud da señales del papel del padre como objeto de afectos, aunque no profundiza más en ello. Por otro lado, en textos como “El yo y el ello” (1923) y “El análisis de una fobia de un niño de cinco años” (1909), el padre cobra relevancia como parte fundamental del complejo edípico que funcionará como una figura de interdicción con respecto al vínculo entre el hijo y la madre, bajo la amenaza de la castración (Carballeira, 2009).

Es aquí donde el padre se convierte en una figura de autoridad simbólica que tendrá un papel fundamental en la constitución del sujeto psíquico. Aquel padre al cual el niño ha amado por identificación se convierte ahora en un rival en tanto es él quien posee a la madre (el objeto de amor erótico del niño) y quien establece la prohibición y la amenaza de castración, diciendo al niño que él no puede quedarse con su madre. De aquí se desprende una posición ambivalente hacia el padre. Sin embargo, ya desde Freud se hace muy claro que este movimiento y esta interdicción del padre en la relación madre-hijo es un movimiento estructurante, en tanto será un momento fundante y transformador de estructuras psíquicas como el super yo, el yo ideal y el ideal del yo. En este sentido Freud refiere:

El superyó conservará el carácter del padre, y cuanto más intenso fue el complejo de Edipo y más rápido se produjo su represión (por el influjo de la autoridad, la doctrina religiosa, la enseñanza, la lectura), tanto más riguroso devendrá después el imperio del superyó como conciencia moral, quizá también como sentimiento inconsciente de culpa sobre el yo. (Freud, 1923, p. 36)

Y más adelante menciona: “En el posterior circuito del desarrollo, maestros y autoridades fueron retomando el papel del padre; sus mandatos y prohibiciones han permanecido vigentes en el ideal del yo y ahora ejercen, como *conciencia moral*, la censura moral” (Freud, 1923, p. 38). De forma tal que en este fragmento queda más que claro que es el padre en la teoría freudiana, con sus mandatos y prohibiciones, el fundador de la conciencia moral del sujeto en su papel de autoridad. Este movimiento dará lugar también a la ambivalencia hacia el padre a la que se había hecho referencia anteriormente, en tanto este miedo edípico al padre y a la castración quedará mezclado con el amor preedípico por él, amor que Freud no desarrolla mayormente sino a través de la identificación.

Probablemente, sea posible identificar en este punto uno de los impasses de la teoría freudiana, donde se evidencia la dificultad de Freud para pensar la relación con el padre como objeto de amor. Tal parece que la paternidad pertenece al ámbito de “los impensables”, término acuñado por Fernández (1993, en Meler, 1998), para

referirse a aspectos difíciles de pensar en la teoría, que encubren la revisión de paradojas instituidas.

De acuerdo con Freeman (2008), estos postulados del psicoanálisis en torno a la paternidad han contribuido a sostener una importante paradoja del patriarcado, fundada en que se resalta y se le da un papel por demás importante al poder simbólico del padre, mientras que mantiene una marcada ausencia del hombre en su rol parental y como agente importante en la relación con sus hijos. Ejemplo de ello es el complejo edípico tal como lo plantea Freud, basado en un primer momento (preedípico) de ausencia del padre y su posterior aparición como autoridad, legitimando así la distancia de parte de los hombres de la esfera de la relación madre-hijo y su entrada predominantemente en términos de autoridad: “[...] en deferencia a la autoridad simbólica del padre ausente, el lugar marginal que se le otorga a la paternidad ha permanecido en gran medida sin oposición, y así el problema del patriarcado ubicado en el corazón del psicoanálisis permanece ahí.” (Freeman, 2008, p. 118).

Aunado a ello, Freeman (2008) señala la importancia de observar cómo ciertas escuelas dentro del psicoanálisis han centrado la atención en la relación maternal invisibilizando casi por completo el papel del padre (sobre todo durante la etapa preedípica). Tal es el caso, por ejemplo, de Melanie Klein y sus seguidores, donde la relación arcaica con la madre es prácticamente la única que cobra relevancia en sus teorizaciones. Otro caso similar es el de Winnicott, quien propone conceptos como el “holding”, el “self”, el espacio transicional, la preocupación maternal primaria, y la madre “suficientemente buena” en las cuales el padre no ocupa un lugar relevante, sino que la madre aparece como un todo, como única gestora de la salud y enfermedad del niño o niña.

Por otro lado, está la ola del psicoanálisis estructuralista, con pensadores como Lacan, Leclaire, Julien y Doltó, quienes retoman el tema de la paternidad, pero exclusivamente en su carácter simbólico, repitiendo esta dificultad (o desinterés) por pensar alrededor del padre real, del sujeto, y no solamente dar lugar al padre abstracto, el padre como función (Carballeira, 2009). Un claro ejemplo de

esta forma de pensar al padre es el planteamiento de Dor, quien en su libro “El padre y su función en psicoanálisis” (1989), totalmente orientado desde una lectura estructuralista, menciona:

En el campo conceptual del psicoanálisis, la noción de padre interviene como un operador *simbólico ahistórico*. Entendámoslo entonces como un referente que presenta la particularidad esencial de no ser asignable a una historia, por lo menos en el sentido de una ordenación cronológica. [...] La única historia que podemos suponerle lógicamente es una historia mítica. [...] En tales condiciones, ¿bajo qué insignia se sitúan los padres encarnados, es decir, los hombres puestos empíricamente en situación de designarse como padres? A lo sumo se presentan como *diplomáticos*, e incluso por lo regular como embajadores ordinarios. En el sentido habitual del término, el embajador representa a su gobierno ante el extranjero a fin de asumir la función de negociar allí todas las operaciones correspondientes. Ninguna definición sería más adecuada para los padres captados en su realidad y en su historia. Así pues, dejando a salvo la metáfora, designemos al padre, en lo real de su encarnación, como aquel que debe representar al gobierno del padre simbólico, estando a su cargo asumir la delegación de esta autoridad ante la comunidad extranjera madre-hijo. (pp. 11-12).

Ante esta visión, es claro cómo el padre de carne y hueso queda totalmente invisibilizado e incluso anulado en su subjetividad, siendo no más que un “embajador” de la autoridad con sus hijos. Y, como menciona Schneider (2003), en algunos momentos parece que ni siquiera éste es su papel, pues en algunas lecturas, dicha interdicción no depende ni siquiera de la presencia del padre real, sino de los significantes incorporados por la madre. En este sentido, la autora reflexiona: “Sin duda, esta sospecha de contagio feminizante invitará a escindir la identidad masculina en dos componentes: el hombre de la legalidad y el hombre del placer. Sólo este último se hallaría afectado por una piel que una visión heroica u ascética de lo masculino pretende desprender del cuerpo viril” (p. 283), frase enigmática que a partir de la revisión del texto de Schneider junto con otros textos



sobre la masculinidad y la paternidad, remite a una identidad masculina donde lo placentero, sobre todo lo placentero a partir del contacto con otros, del cuidado, del intercambio cuerpo con cuerpo, queda escindido, dando prioridad y mayor valoración a lo que la autora llama el “hombre de la legalidad”, aquel caracterizado por la legalidad y la aplicación de ésta.

### **2.3. Miradas sobre la masculinidad desde el psicoanálisis contemporáneo**

Si bien no ha sido de lo más común que los y las psicoanalistas exploren la sexualidad masculina y al padre como sujeto, en años más recientes esto ha comenzado a visibilizarse y a partir de ello algunos han teorizado al respecto, abriendo algunas nuevas líneas de pensamiento.

Iniciando con los caminos que recorre la sexualidad masculina, Silvia Bleichmar (2009) propone que la presencia del pene no se puede equiparar a la asunción de la virilidad en los varones, es decir, la primera no debe de dar por hecho la segunda, en proceso de constitución masculina tiene un recorrido que, de acuerdo con la autora, vale la pena problematizar. Bleichmar señala para comenzar, el papel del padre como generador de las primeras inscripciones en el bebé, a la par de la madre. Señala:

Podemos suponer que, tanto en la niña como el varón, los cuidados precoces compartidos en un comienzo, la proximidad del cuerpo del padre como metonimia del de la madre, inscriben representaciones residuales a los restos de percepción que no terminan de ser asimilados por los movimientos de pulsación que la madre ejerce. Por otra parte, el padre -o quien ocupe el lugar de tercero- interviene desde el inicio como separador del vínculo fusional inicial con la madre –captura del niño en el fantasma de escena primitiva a partir del posicionamiento que ocupa el padre como intervalo que separa del objeto primordial, como lo definió, en última instancia, Melanie Klein, al poner de relieve su función de corte aún antes de que se establezca su carácter de interdictor-. (p. 23).

En este sentido, lo que vale pena señalar es que el padre juega una función primordial desde muy temprano en la constitución del psiquismo del bebé, y una función doble: por un lado, como cuidador, que toma al niño como objeto de amor y por lo tanto ejerce movimientos de pulsación, pero a la vez, como interdictor, que desde muy temprano estará ejerciendo su función de corte en la relación madre-hijo al introducirse “en medio” de esta ecuación. Estas mociones amorosas dirigidas al padre desde muy temprano no son solamente de esta índole, señala Bleichmar (2009), sino también eróticas, las cuales deben sublimarse para lograr la identificación con lo masculino. Como menciona Bleichmar:

Aludimos anteriormente al carácter seductor y pulsante de los cuidados precoces, en los cuales el padre ocupa, respecto al cuerpo del hijo, un lugar no sólo de interdicción del goce materno, sino de ejercicio, él mismo, de su propio goce autoerótico. Sobre esta determinación se constituye la aspiración erótica primaria hacia el padre. (p. 32).

Éste me parece uno de los aspectos que propone la autora más novedosos para el pensamiento psicoanalítico con respecto al padre en tanto éste ya era pensado por Freud como objeto de identificación (y por lo tanto de amor), pero nunca en términos eróticos en su relación de cuidado con un bebé. Dio Bleichmar (1997) sostiene también esta aproximación, asegurando que:

El padre, en el momento que otorgue los cuidados –cualesquiera que sean– cargados de ternura y erotismo y, en función de los mismos adquiera un estatuto privilegiado para el trasvase narcisista hacia la cría, será preferido y celado de la misma forma en lo pertinente a esos cuidados. (p. 60).

Más adelante en el texto “Paradojas sobre sexualidad masculina”, Bleichmar (2009) puntualiza tres tiempos en la constitución masculina. El primero, es un momento previo al reconocimiento de la diferencia anatómica de los sexos en el cual se instituye la identidad de género. Este momento está caracterizado por el “ser identificado con”, es decir, por unos padres que identifican a ese bebé con uno u

otro género. Esto es, el Otro, padre, madre, le ofrece al niño una propuesta identificatoria, que en principio lo define como niño o niña.

Éste es un momento de identificación “precastratoria” en el que el niño, previo al Edipo, se identifica a la masculinidad del padre. Dio Bleichmar (1997) señala:

¿A qué aspecto de la masculinidad del padre Freud está apuntando? No se trata de su capacidad copulatoria, ni procreativa, aquello que denominamos virilidad, sino de la masculinidad inherente al ser social del padre encarnado en su singularidad [...] Repararemos más bien si la masculinidad del padre a la que el niño varón se identifica incluye conductas de cuidado – presencia, higiene, alimentación- en relación a los niños en el hogar o no, o si la masculinidad del padre tiene que ver, más bien, con un dominio del cuerpo vinculado con la fuerza. (p. 56).

El padre funge entonces en este momento preedípico como un ideal, específicamente, un ideal de género, aquel modelo en torno al cual el yo del niño tiende a conformarse. Al mismo tiempo, el niño es identificado por la madre con lo masculino (identificación primaria), en la que la madre proyecta sobre el cuerpo del niño su ideal de padre masculino, odiado o idolatrado, con características más o menos cercanas a lo socialmente significado como masculino.

En un segundo tiempo, nos encontramos frente al descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, en la que el niño descubre que tiene un atributo genital distinto del de el otro sexo, lo cual señala Silvia Bleichmar (2009), no es suficiente para establecer la masculinidad ni la potencia fálica. Para ello, es necesario un movimiento más, el cual consiste, de acuerdo con la propuesta de la autora, en recibir de otro varón (generalmente el padre) el atributo de la potencia fálica, generalmente mediante fantasías de incorporación del pene paterno. Esto da lugar a la instauración de la virilidad y de la potencia genital. De este proceso se desprenderá una paradoja, en la cual la virilidad de logra solamente a partir de la incorporación simbólica del pene paterno y, por lo tanto, de la aparición de una fuerte angustia homosexual en el varón.

Finalmente, en un tercer tiempo, se definen las identificaciones secundarias, en las que lo que se pondrá en juego es qué tipo de varón se quiere ser, donde entrará la conciencia moral y los ideales. Esta angustia homosexual en el varón que es prácticamente parte de la forma en la que se constituye la masculinidad en nuestra cultura, es señalada también por André (2013), quien propone que “la bisexualidad del niño varón se dibuja en ese sitio, a través de la identificación con el mismo sexo (poseer a la madre) y con el otro sexo (ser poseído por el padre)” (p. 34). Más adelante menciona:

El pene no se otorga, no se transmite sino a través del gesto que feminiza, aun cuando, para el hombre no espartano, sea el fantasma el que se ocupe de ello. Es necesario que la cosa entre por detrás para que después pueda salir por adelante. La identificación con el padre, con su potencia, se basa en el amor del padre por el niño, y en la forma sexual que tiene éste de manifestarse imaginariamente. (André, 2013, p. 40).

Silvia Bleichmar (2009) hace una interesante revisión de cómo este tránsito hacia la masculinidad aparece ritualizado en algunas culturas. Estos ritos de transición son constitutivos de la masculinidad, la cual no está dada por sentado a partir de tener un cuerpo biológicamente de varón, sino que se constituye mediante dichos ritos y en un doble sentido: como una función social a ejercer y, por otro lado, como la posibilidad de ejercer la función sexual del varón. Estos ritos se componen de dos significantes que son puestos en escena de diversas maneras dependiendo de cada cultura: por un lado, la expulsión de lo femenino y de la “leche materna” del cuerpo del varón, lo cual puede quedar escenificado mediante la generación de heridas en el cuerpo del chico que expulsen mediante la sangre todo lo relativo a la época de lo infantil y lo materno; y, por otro lado, la incorporación de lo masculino, que tiene que ver con una transmisión de un varón hacia otro y que los sambia de Nueva Guinea escenifican mediante los jóvenes haciendo felación a los hombres adultos e ingiriendo su semen como un símbolo de incorporación de lo masculino y acceso al mundo de los varones adultos. Como refiere Bleichmar (2009):

No está distante de nuestros propios descubrimientos en psicoanálisis el hecho de que el comienzo de este proceso que consiste en romper con la madre para dar fin a la infancia tenga como objetivo suprimir el anhelo de pasividad o dependencia e inculcar una agresiva autosuficiencia. (pp. 56-57).

Esta observación que hace Bleichmar con respecto a que uno de los significantes fundamentales de la masculinidad implica el distanciamiento de lo materno y de lo femenino es una propuesta trabajada desde diversos ángulos por otros autores psicoanalíticos. Schneider (2003), por ejemplo, señala que lo masculino se implanta sobre el trabajo de la negación, remitiendo a la forma en la que Freud comprende la negación como el mecanismo por el cual algo inconsciente solo puede acceder a la consciencia bajo la calidad del no, afirmando sin embargo para el observador atento, la enunciación que subyace a dicha negación. En este sentido, la autora propone que la masculinidad se caracteriza por diferenciarse de lo femenino a través de su negación, y en tanto no tiene un referente propio, lo masculino no puede ser encarado por sí mismo. Existe únicamente como identificación negativa con su contrario, lo femenino, lo proveniente de la madre. En otras palabras, lo que está al centro de la masculinidad vuelve a ser lo materno, lo fundamental. Esto hace pensar en la masculinidad como un significante que solamente se compone de negar al otro, ¿será posible que ese significante se constituya a partir de otros signos? Schneider (2003) señala que:

En la medida en que la negación postula al mismo tiempo lo que ella excluye, la estrategia dirigida a no ser la madre -o a afirmar, en un gesto conjugatorio, que no se trata de la madre- sólo puede adquirir sentido si se aprecia el movimiento antagónico, impregnado de una orientación antitética: ser la madre. (p. 27).

La seducción materna representa justamente la emasculación, y la autora retoma una frase de Freud en el texto sobre Da Vinci: “Ella le robó –escribe Freud- [...] un pedazo de su virilidad” (p. 28). Kilmartin (1994) resume esta paradoja de la masculinidad en torno a las identificaciones en una frase sumamente clara e ilustrativa: “[...] los chicos, por otro lado, no aprenden ‘yo soy lo que papá es’, tanto

como aprenden ‘yo soy lo que mamá no es’” (p. 73), de forma que los varones construyen su identidad de género en un sentido negativo, a partir de no ser todo aquello que se relacione con lo femenino. Badinter (1993) agregará que se trata además de una triple negación, pues hay que hacer valer la identidad masculina demostrando constantemente que no se es una mujer, no se es un bebé, y no se es homosexual.

Este juego identificatorio en el varón que llevará hacia la “adquisición” de la masculinidad, está atravesado por supuesto por la cultura y por el ordenamiento social en torno al sexo/género, donde un elemento fundamental es el poder. En este sentido, Chodorow (1978) señala que el niño, que tiene que renunciar a sus deseos por la madre para proteger su narcisismo (evitar la pérdida de su valioso pene, esto es, la castración), renuncia no solamente por su narcisismo y por el amor a la madre, sino también por la promesa de poder, mediante este movimiento, identificarse con el padre, y, a partir de ello, con la superioridad masculina y el privilegio sobre lo femenino. Renuncia a cambio de obtener un lugar de poder, asumir la masculinidad.

En una línea similar, Jessica Benjamin (en Chodorow, 1978) propone que los varones desarrollan una falsa diferenciación de sus madres basada en la denegación de la subjetividad materna y su objetivación. Esta objetivación de la madre junto con la necesidad que tiene el niño varón de ser reconocido por ella y a la vez romper la relación de dependencia, derivará en la necesidad de dominar a las mujeres (y la erotización de esta dominación) así como en la erotización de la violencia contra las mujeres, en casos más severos. Así pues, de acuerdo con Chodorow (1978), la “superioridad” masculina y la asimetría de género en la que se basan sobre todo las relaciones heterosexuales son una construcción defensiva del varón, que le permite lidiar con el miedo a la sexualidad femenina y el temprano vínculo de dependencia con la madre, pero que a la vez le dan al varón un lugar de privilegio y poder.

Donald Moss (2012) propone un elemento interesante a agregar en torno al tránsito hacia lo que se suele llamar las “nuevas masculinidades”. Menciona como un componente fundamental de éstas el repudio hacia las generaciones anteriores,

hacia sus predecesores masculinos. Esta es, en su entendimiento, la táctica de estas masculinidades emergentes, el repudio a sus predecesores, mientras que, señala, la táctica misma del repudio no es puesta en cuestionamiento. En este mecanismo del repudio, Moss observa que la masculinidad no ha llegado a la creación de nada nuevo, ninguna idea nueva o formas nuevas, sino que los elementos preexistentes emergen a través de nuevas combinaciones. Para Moss, la masculinidad es una máscara que los varones visten, una máscara que todo el tiempo necesita de la aprobación y la reafirmación de los otros, una especie de versión de “lo masculino” que siempre puede ser descubierta como falsa.

El autor refiere también que en la masculinidad los varones constantemente se están comparando con un ideal interiorizado del ser varón, lo que él llama “my guy” (mi muchacho), ese que representa lo que es ser cien por cierto hombre, con el cual el sujeto se compara constantemente y negocia, una figura, dice el autor, fantástica, es decir, de fantasía. Es una figura de la imaginación de cada sujeto, pero a la vez, compartida colectivamente. Este ideal, esta figura imaginaria “my guy”, da la pauta de acceso al grupo de varones, un grupo al cual no se pertenece automáticamente, sino mediante la acreditación de otros.

Pensar la masculinidad nos remite continuamente a pensar el lugar del padre y, a la vez, la paternidad no puede pensarse sin aludir a lo masculino en sus múltiples dimensiones. Como menciona Parrini (2000), la paternidad es un atributo de la masculinidad y, a su vez, la masculinidad hegemónica es un modelo que ordena en torno a la función del padre, el poder y el patriarcado, ordenador no únicamente de lo social, sino también de las subjetividades. Aunado a ello, la paternidad, menciona Parrini (2000), “es la culminación de la identidad masculina, su estado pleno, su mayor solidez. Cuando un hombre es padre, puede decir que es de verdad hombre” (p. 75). Por lo que ahora transitaremos de pensar las propuestas psicoanalíticas en torno a la masculinidad a pensar lo que el psicoanálisis contemporáneo tiene que decir sobre el ser padre.

## **2.4. Miradas sobre la paternidad desde el psicoanálisis contemporáneo**

En un texto llamado “On becoming a father: reflections from infant observation”, Emanuel (2002) reporta los resultados de un estudio psicoanalítico llevado a cabo a partir del método de observación de infantes de Esther Bick. El autor analiza el papel y la función del padre en el desarrollo psíquico del bebé durante sus primeros dos años y puntualiza varios aspectos interesantes. Para este autor, convertirse en padre es un proceso complejo para el varón, conflictivo en sí mismo, en tanto le exige desarrollar nuevas facetas de su personalidad y establecer todo un nuevo orden de vida en el cual se ven involucradas fantasías infantiles conscientes e inconscientes y se reactivan antiguos conflictos psíquicos del pasado. Esto, por supuesto, no ocurre sin un monto importante de dolor y angustia. Al atravesar este proceso, resulta de suma importancia la internalización que el varón tenga de las imágenes materna y paterna, lo que influirá en buena medida en la forma en la que él pueda desempeñar su rol parental.

Un aspecto para considerar radica en que durante todo su análisis, este autor está pensando en una familia “prototipo”, como él mismo la llama, donde la madre desempeña el papel de la cuidadora principal y el padre sale a trabajar (tal es el caso de las familias en las que se basan sus observaciones). En primera instancia, Emanuel (2002) reflexiona sobre el impacto del nacimiento del bebé en el psiquismo del padre y señala, sobre todo, la sensación de impotencia y angustia que el padre experimenta ante el dolor de la madre relativo al parto, sensación que puede resultar muy angustiante en sí misma. Aunado a ello, otros aspectos visuales y sensoriales relativos al parto pueden despertar imágenes traumáticas que incluso llegan a interferir en lo posterior con la vida sexual de la pareja.

Pasado este primer momento, la tarea principal de los padres radicará en la construcción de una nueva cotidianeidad, una situación de ajuste ante la presencia de un nuevo individuo. Emanuel (2002) señala que, durante este ajuste, con frecuencia el padre puede sentirse rechazado y excluido de la relación madre-hijo, sensación que puede resultarle intolerable, en tanto reaviva su propia experiencia edípica en la infancia. Frente a esta situación, el autor señala dos posibilidades.



Una, que el padre intente usurpar el lugar de la madre y ser incluso “mejor madre”. Dos, que el varón logre encontrar su lugar como contenedor primero de las angustias y los procesos que vive la diada madre-hijo, desarrollando un rol esencialmente protector y proveedor. Esto implica que el padre no se coloque en el lugar del rival, ni de la madre, ni del hijo, y que pueda lidiar con la envidia que puede resultar de ese sentimiento de exclusión.

Más adelante, el rol del padre adquirirá una nueva función que radica en separar la dupla madre-hijo, introducirse como la posición del tercero, permitiendo que el bebé dé cuenta de que hay otra relación además de la que la madre tiene con él, relación en la cual él no está incluido, es íntima entre el padre y la madre. Además, de esta forma el padre introduce al niño la noción de un mundo exterior en el cual el varón se desenvuelve y al cual el niño habrá de integrarse más adelante. Emanuel (2002) menciona: “Los padres muestran el mundo exterior al bebé en múltiples formas. Quizás sus más frecuentes entradas y salidas del hogar en muchas familias, al menos en los meses tempranos, sugieran al bebé que el mundo a donde el padre va, generalmente llamado ‘trabajo’, existe.” (p. 143).

Por otro lado, Irene Meler, autora que ha dedicado ya varios textos a repensar el lugar del padre y generar nuevos cuestionamientos hacia la teoría psicoanalítica desde una perspectiva de género, cuenta con varias observaciones con respecto al vínculo padre-hijo(a). Una de sus referencias es Chodorow (1984, como se citó en Meler, 1998), quien plantea que:

Es el varón que al elegir a su compañera sobre el modelo de su primer objeto de amor, la madre, aspira a una unión dual exclusiva. La niña, que ha debido cambiar de objeto libidinal pasando de su amor exclusivo hacia la madre a amar o preferir al padre, no realiza sin embargo este pasaje según lo relataba Freud, sustituyendo a un objeto por el otro. Ella conserva su amor hacia la madre y desea al padre y luego a los hombres, sin renunciar totalmente a su primer afecto. Esto ocurre así porque el padre no participa en los cuidados tempranos de la niña y, por lo tanto, nunca llega a ser tan importante para ella como lo es la madre para el varón. La situación ideal para las mujeres

así criadas es el triángulo, no la diada, y por lo tanto estas mujeres se sienten más felices cuando tienen hijos, quienes les permiten revivir su estilo de afectividad temprana, donde ambos padres eran amados aunque de distinto modo. (p. 17).

Meler (1998) relaciona esta propuesta teórica a conductas sintomáticas características de los padres primerizos como el aumento de peso o el involucrarse en una relación extramarital, todas ellas manifestaciones de la hostilidad y envidia que despierta el sentimiento de exclusión. Y añade, “[...] la atribución freudiana de un mayor montante de narcisismo a las mujeres fue un deslizamiento ideológico misógino, ya que la hostilidad hacia el semejante caracteriza la relación narcisista y constituye la prehistoria sombría del vínculo del padre con su hijo varón” (Meler, p. 12). De esta forma, Meler señala otro de los posibles sesgos e impedimentos en la teoría freudiana para pensar al padre, a partir de las preconcepciones ideológicas de Freud y su influencia sobre sus propuestas teóricas.

A partir de los desarrollos de Meler (1998) y de Emanuel (2002), es posible identificar como una línea de pensamiento el hecho de que, tanto para la mujer como para el varón, la relación con su progenie esté atravesada por la construcción de su propia sexualidad y por la interiorización de sus propios objetos de amor primarios. Cuestión que, si bien ya había sido planteada por Freud, no fue desarrollada en el caso del varón.

Por otro lado, Silvia Tubert (1999) señala en primer término que ambas representaciones, tanto la de paternidad como maternidad, son de carácter simbólico, es decir, ambas categorías son portadoras y productoras de sentido, pero éste también está determinado por la cultura. Con respecto a la maternidad, Tubert señala que una de las principales aportaciones del pensamiento psicoanalítico ha sido la desmitificación del deseo materno: “Es decir, el deseo de hijo no es natural sino histórico, se ha generado en el marco de unas relaciones intersubjetivas, resulta de una operación de simbolización por la cual el futuro niño representa aquello que podría hacernos felices o completas.” (p. 64).

Aquí resulta importante retomar el cuestionamiento de Flesler (2011) quien propone que mientras que el deseo materno y la maternidad han sido asumidos históricamente como algo natural en la mujer a partir del vínculo biológico, el deseo del padre con respecto a sus hijos, la forma en la que éste se va modelando a partir del desarrollo subjetivo y las dificultades para asumir la función paterna, son elementos que no han podido ser pensados de igual manera y que, sin embargo, son igual de relevantes.

Continuando con las formas en las cuales se ha pensado la paternidad psicoanalíticamente, Tubert (1999) propone que ésta se conforma alrededor del sentido que adquiere para un varón ser reconocido como padre de un niño/a, y el sentido que tiene ese hombre para ese niño, y en tanto estamos hablando de sentidos y significados, estamos asumiendo entonces que se trata también de una construcción. Como menciona Sonnabend (s/f): “Un hijo interroga siempre, haciendo emerger los fantasmas de cada uno de los padres.” (p.3).

Burin y Meler (2005, en Burin, 2007) proponen que un concepto fundamental para pensar la paternidad es el de la identificación. Señalan que los dos principales modelos identificatorios que han observado en padres son: uno en el cual la presencia del hijo o hija permite al padre elaborar situaciones traumáticas de la propia infancia; y otro en el cuál el hijo o hija se convierte en un vehículo para reparar el vínculo con su propio padre.

Finalmente, Burin y Meler (2005, en Burin, 2007) señalan la ambivalencia como uno de los principales conflictos de la paternidad en los varones. Esto ocurre cuando el sujeto se siente atraído a la vez que rechaza un mismo objeto. En el caso de los varones y la paternidad, esta autora ha observado que el desarrollo de la hostilidad en los varones como parte del proceso de diferenciación y separación genera un conflicto intrapsíquico ante las necesidades de la “nueva paternidad”, que exige un acercamiento afectivo. Esto genera que el hijo quede investido como rival, mientras que la pareja aparece como ayudante. Gilligan (1982) propone además que para los varones la separación es parte fundamental de su identidad de género, puesto que socialmente la masculinidad se construye a partir de la separación más

temprana de la madre en comparación con el proceso que sigue el desarrollo de la niña, en la que la unión fusional tiende a durar por más tiempo.

Parrini (2000) desarrolla un texto muy interesante sobre la paternidad y la subjetividad masculina incorporando una comprensión psicoanalítica. Para este autor, es imposible comprender la paternidad sin tomar en cuenta cómo se ve retroalimentada y determinada por los significados atribuidos a la masculinidad, ni tampoco se puede ignorar que vivimos en una cultura patriarcal en la cual el Padre es la “figura capital de nuestro imaginario”, es decir, es el personaje investido simbólicamente de los mayores poderes. Esta investidura cae y tiene efectos sobre cada padre real, generando siempre una distancia insalvable entre el padre real y el ideal, donde se abre un espacio de frustración y reclamo. Parrini (2000) agrega: “La identidad masculina, sufre en sus orígenes una fractura: nadie encarna el mandato de lo que se debe de ser en tanto hombre, el ideal es solo eso: aquello que suponemos existe detrás de las sombras que vemos” (p. 75). Es por ello que más adelante en este capítulo se hablará también de la importancia de incorporar a la mirada psicoanalítica el género y específicamente el concepto de masculinidad para comprender la paternidad.

Laqueur (1992), historiador y estudioso de la paternidad, cuestiona un elemento más que hay que considerar al pensar la paternidad, y esto es la naturalización del vínculo madre-hijo y la desnaturalización del vínculo padre-hijo a partir de la diferencia biológica, asumiendo que uno pasa por el cuerpo y el otro no. Al respecto cuestiona, “¿Con qué otra cosa puede uno sentir si no es con el cuerpo?” (Laqueur, 1992, p. 124). Reflexiona: “[...] gran parte del debate sobre la naturaleza de la semilla y de los cuerpos que la producen, no concierne a los cuerpos en absoluto, sino al poder, la legitimidad y las políticas de paternidad” (p. 127-128). Y Añade:

Hume sugiere que el interés y la acción morales están engendrados no por la lógica de la relación entre los seres humanos, sino por el grado en que han sido forjadas conexiones emocionales e imaginativas que conllevan amor y responsabilidad. El ‘hecho’ de la maternidad es precisamente el trabajo

psíquico que hay que realizar para hacer esas conexiones, para apropiarse del feto y luego de la criatura dentro de la economía moral y emocional de la madre. El hecho de la 'paternidad' es de un orden semejante. (p. 130).

Resulta interesante la propuesta de Laqueur en tanto desliga la paternidad y la maternidad de lo biológico (lo cual además es parte de los avances tecnológicos del mundo actual) y lo coloca en un plano distinto, como un trabajo psíquico que tanto el varón como la mujer tienen que llevar a cabo.

## **2.5. Algunas dilucidaciones en torno al deseo de paternidad en el varón**

Otro de los aspectos que ha permanecido poco explorado en el psicoanálisis en torno a la sexualidad masculina y la paternidad es el origen del deseo de hijo en el varón. Dentro del psicoanálisis se han propuesto múltiples interpretaciones sobre el origen del deseo materno, por ejemplo: el hijo como representante fálico, como una forma de recuperar a la propia madre e identificarse con ella, como el cumplimiento del deseo infantil de otorgar un hijo al padre, para revivir la propia infancia, etc. Y sin embargo no es posible encontrar teorizaciones paralelas en los varones y su papel sigue siendo representado como simbólico, imaginario o real (en términos lacanianos), pero nunca como el de un sujeto (Manzo, Vázquez, Jacobo y Tenorio, 2011). Es por ello que, a lo largo de este apartado se plantearán algunas posibles respuestas en torno a la siguiente cuestión: ¿sobre qué se constituye el deseo de hijo/a en el varón?

Primero que nada, vale la pena preguntarse cómo entender el deseo en la teoría freudiana. De acuerdo con Moss (2012):

El antecedente de un deseo es una 'experiencia de satisfacción', una experiencia en la cual una irrupción, una perturbación, es silenciada. Esta experiencia que antecede de satisfacción deja tras de sí una marca perceptual, una memoria. La siguiente ocasión en la que esa perturbación se manifieste, el sujeto deseante buscará replicar la experiencia original de satisfacción,

buscará 'recatectizar su imagen mnémica'. Esa imagen, el residuo de una experiencia más temprana de satisfacción, es guardada en la memoria, y es el primer objeto del deseo. [...] Sólo cuando esto no logra funcionar el sujeto experiencia la ausencia del objeto. Con esa ausencia, la estructura triangular del deseo se coloca en su lugar (p. 26-27).

De manera tal que el deseo está estrechamente ligado a las huellas mnémicas de aquellas primeras experiencias de satisfacción, esto es, aquellas experiencias que lograron aliviar una tensión. Sin embargo, esta tensión no es aliviada por cualquier objeto, sino por ciertos objetos en particular que después se hacen sentir por su ausencia. Esa ausencia es el motor del deseo. En estos términos, el deseo siempre estará ligado a algo que falta, a algo que no está más. Rabinovich (1988) señala que:

La realización del deseo aparta al sujeto del camino de la satisfacción, encaminándolo hacia una búsqueda infructuosa desde la perspectiva adaptativa, búsqueda signada por la repetición, búsqueda de una percepción primera que tiene como marco una mítica primera vez, un mítico primer encuentro entre el sujeto y el objeto de 'satisfacción'. Volver a evocar esa percepción es la meta propia de la realización desiderativa, la forma en la que el deseo se cumple, meta a la cual Freud bautiza como identidad de percepción (Rabinovich, 1988, p. 12).

Recordemos que, desde la teoría freudiana, cuando la niña da cuenta de la diferencia sexual, le atribuye a la madre el no haberle dado un pene, como se lo otorgó al pequeño varón, y surge la "envidia del pene". Esto genera en la niña una nueva oleada de hostilidad hacia la madre que deriva en una fuerte ambivalencia entre el amor y el odio. La vuelta de amor hacia el padre es la forma en la que la niña podrá resolver esta tensión, pues anhela el pene que la madre le ha negado y ahora lo espera del padre. De ahí se derivará el deseo de un hijo, como un sustituto del deseo del pene, un sustituto fálico. Pero entonces, ¿cómo se gesta el deseo de hijo en el varón si no es desde el complejo de castración femenino?

Piera Aulagnier es una de las psicoanalistas que se ha aventurado a explorar este tema. Para esta autora, el deseo del padre es el último elemento con el que el niño se encuentra que le permite terminar de estructurar psíquicamente el espacio exterior. Así mismo, coincide con los planteamientos anteriores al señalar que el lugar del padre como una de las paradojas del pensamiento psicoanalítico, donde si bien ocupa un lugar fundamental, se le ha concedido muy poca importancia al análisis y al papel de su deseo. Señala con respecto a la exclusión del padre, tanto en la teoría, como en las relaciones familiares:

Ello supone olvidar que, a menos que se comparta la ilusión infantil acerca de la omnipotencia de la madre, la exclusión del padre implica por parte suya una voluntad de exclusión, que el eventual deseo de castración de la madre en relación con él es tanto más eficaz cuanto que encuentra en el partenaire un deseo de desempeñar ese rol de víctima. (Aulagnier, 1994, p. 150).

Así pues, Aulagnier comienza a teorizar sobre el origen del deseo de hijo/a en el varón y sugiere que, tanto en el hombre como en la mujer, el deseo está íntimamente ligado a anhelos relacionados con la madre y la “era de su poder”:

[...] el anhelo materno, que el niño hereda, condensa dos relaciones libidinales: la que la madre había establecido con la imagen paterna y la que vive con aquél a quien, efectivamente, le dio un hijo. Que el niño llegue a ser padre puede referirse tanto a la esperanza de que se repita la función del padre de ella como a la esperanza de que el niño retome por cuenta propia la función del padre de él. (p. 151).

Resulta interesante en contraste con la propuesta estructuralista, principalmente lacaniana, donde es el discurso de la madre lo que designa y da lugar al padre (y por lo tanto a la metáfora paterna, el Nombre del Padre), Aulagnier introduce al varón como un sujeto que también produce discurso, un discurso que puede ir al encuentro del hijo, de forma paralela al de la madre, o que puede quedarse en el lugar de exclusión. Parte importante de ese discurso es justamente el deseo:

El deseo del padre catectiza al niño, no como un equivalente fálico (como se podría decir en relación con la mujer, pese a lo somero de esta afirmación), sino como signo de que su propio padre no lo ha ni castrado ni odiado. De allí deriva la importancia de la prueba que le proporciona el hijo acerca de la función fálica de su pene. [...] Se deduce que el deseo del padre apunta al niño como una voz, un nombre, un después: ve en él al que le confirma que la muerte es la consecuencia de una ley universal y no el precio que paga por su propio deseo de muerte en relación con su padre. (Aulagnier, 1994, p. 157-158).

Otra propuesta igualmente interesante es la de Meler (1998), quien sugiere que el deseo de un hijo es preedípico, y se apuntala en la identificación de niño y niña (independientemente del sexo) con su madre. La autora propone que las heces son el primer representante simbólico del parto para el niño, y el pequeño varón crece con un anhelo de embarazarse y parir que después será declinado a causa de la represión. Así mismo propone: “[...] la mayoría de las mujeres comienza a desear un hijo sobre la base del deseo de ser madre. En los varones, registramos que el deseo de origen narcisista no se expresaría tanto como ser padre sino como renacer” (Meler, 1998, p. 186). Así mismo, sugiere la posibilidad de que el deseo de hijo en el varón se sustente en una necesidad narcisista de reafirmar su potencia masculina, apuntalada en la identificación con el propio padre.

Si este apartado es breve, es justamente porque uno de los grandes retos que se ha encontrado en este trabajo es encontrar elaboraciones teóricas en torno al deseo de paternidad. Resulta incluso sintomático culturalmente que este sea un ámbito tan poco pensado, como si el deseo del padre no jugara un papel en la procreación, dejando todo del lado del deseo materno. A partir de los resultados de la investigación llevada a cabo se podrán aportar algunos elementos valiosos para comenzar a elaborar teóricamente alrededor del deseo de paternidad.

Desde un marco teórico psicosocial, no psicoanalítico, Rodríguez, Pérez y Salguero (2010), llevaron a cabo un estudio con varones mexicanos que también



aporta elementos interesantes para pensar el deseo de paternidad. A partir de entrevistas a profundidad, las autoras dan cuenta de que en los varones la paternidad siempre se piensa en relación con una pareja con la cual se desea un hijo (contrario a lo que es posible escuchar con cierta frecuencia en algunas mujeres, para quienes el deseo está exclusivamente dirigido a un hijo, y la pareja representa un papel secundario), este deseo no surge de forma “natural”, sino que muchas veces se construye después de la decisión de iniciar un embarazo; no hay referencia a un discurso de sus propios padres a partir del cual se fuese delineando su deseo de paternidad. Sin embargo, sí se alude al padre que se quiere ser en contraste con el que se tuvo.

A lo largo de este capítulo se han revisado diversas perspectivas desde la teoría psicoanalítica que aportan a la comprensión de la masculinidad desde el ámbito de la subjetividad, explorando tanto los aspectos intrasubjetivos como intersubjetivos. Así, se ha podido proporcionar un panorama bastante amplio sobre la sexualidad masculina, la paternidad y el deseo partiendo desde la perspectiva freudiana para llegar a las propuestas de psicoanalistas contemporáneos, generalmente desde una perspectiva crítica y que incorpora poco a poco, en algunos casos más que en otros, la comprensión de la identidad masculina y femenina como parte de un sistema social en el que se juegan otros aspectos como el poder y la desigualdad.

## 3. Método

### 3.1. Planteamiento del problema

A lo largo del marco teórico se han mostrado diversas perspectivas y abordajes de lo que entendemos por paternidad. Como ha sido posible observar, la forma en la que se ha significado ha variado a lo largo de la historia adaptándose a los sistemas políticos e ideológicos dominantes en uno u otro momento. Actualmente, observamos en América Latina y en muchos países de occidente un boom en los estudios sobre paternidad que aseguran que la forma en la que se representa y se le vive actualmente está cambiando y dando lugar a un “nuevo modelo” caracterizado por una vivencia más equitativa de la crianza, de los roles de género y de los aspectos afectivos y de cuidado (p.e. Keijzer, 2000; Alatorre y Piñones, 2002; Montesinos, 2004; Rojas 2008; Salguero, 2008). Sin embargo, como ha sido posible constatar en los capítulos anteriores, no basta con abordar la paternidad a partir de las prácticas que llevan a cabo o no los varones, sino que es de suma relevancia explorar los aspectos simbólicos, subjetivos y socioculturales que constituyen el escenario dentro del cual se ejerce.

Dentro de este complejo escenario, encontramos que la paternidad como fenómeno no puede comprenderse sin analizar sus anudamientos con conceptos como la masculinidad, el patriarcado, la división sexual del trabajo y el poder. En este sentido, ser padre se ha constituido como un eje fundamental del ser varón, y si bien lo que ser hombre significa es representado de maneras particulares en cada entorno y cultura, en todos los casos se haya anclado al sistema patriarcal. Entendemos este como el dominio masculino de las sociedades, una estructura temporal e histórica que se ha mantenido constante dentro de otras estructuras de funcionamiento político, religioso y económico (Cazés, 2006). Como es evidente, este sistema está basado en el sistema sexo/género como un organizador fundamental de las relaciones sociales, que regula cuerpos, normas, discursos, y

que se recarga en el supuesto antagonismo entre lo “femenino” y lo “masculino” y el dominio y opresión de lo segundo sobre lo primero.

Gran parte de los estudios psicosociales mencionados anteriormente han abordado el tema de la paternidad mayoritariamente desde una perspectiva construccionista que nos permite comprender diversos aspectos fundamentales sobre cómo se construye socialmente la noción de paternidad y cómo esto impacta en la subjetividad de los varones; sin embargo, carecen de un marco teórico que brinde las herramientas necesarias para comprender cómo se ven involucrados otro tipo de fenómenos, los intra e intersubjetivos.

Es por ello que habremos de sumar a lo anterior el ámbito de lo subjetivo, entendido como ese espacio en el cual se configuran dichos sistemas dando lugar a un cierto ordenamiento y funcionamiento psíquico que permite, o no, su reproducción, que genera ciertas dinámicas relacionales y malestares o manifestaciones sintomáticas en los individuos. ¿Cómo aproximarse a la paternidad a partir de la vivencia subjetiva de los varones de una forma que logre captar la complejidad de la experiencia? La propuesta teórico-epistemológica de este estudio consiste en generar una aproximación desde el encuentro entre los estudios de género y el psicoanálisis, entre lo sociocultural y lo psíquico.

Si bien, como ya se ha mencionado, la relación entre estos dos campos de saber ha sido compleja a lo largo del tiempo a partir de múltiples cuestionamientos mutuos, también ha habido esfuerzos muy serios de incorporar ambas perspectivas para dar cuenta de los fenómenos inter e intra subjetivos. Hablando específicamente de la paternidad, esta intersección puede dar lugar a comprender el impacto en la subjetividad de los fenómenos culturales e históricos cargados de significaciones socialmente construidas, pero traducidas a su vez en dinámicas psíquicas y relacionales, a partir de conceptualizaciones psicoanalíticas como el Super yo, el Ideal del yo, El Complejo de Edípico, la Identidad y el Deseo, entre otras.

Con respecto a la temporalidad, en una revisión exhaustiva del tema, es posible encontrar que la mayoría de los estudios que exploran los significados

alrededor de la paternidad lo hacen con varones con hijos en etapa infantil, donde ciertos patrones ya fueron construidos, pero ¿cómo se construyeron? (Eerola y Mykkänen, 2013; Magaraggia, 2013; Valdés y Godoy, 2008; Olavarría, 2001). La manera en que se construye la paternidad alrededor del nacimiento de un hijo(a) es un tema que ha sido pasado por alto durante mucho tiempo, aun siendo que los escasos estudios llevados a cabo para explorar la experiencia de los varones alrededor del nacimiento han demostrado que es un momento fundamental en la construcción de la relación padre-hijo(a) (Doherty, Erickson y LaRossa, 2006; Feinberg, 2002; Rehel, 2013). Hasta el momento, no he encontrado ninguno de este tipo en México.

Así, a partir de la problematización conceptual llevada a cabo a lo largo del marco teórico, y a partir de los estudios sobre paternidades y masculinidades que aseguran que nos encontramos frente a un cambio en los varones, surge la pregunta que guiará la presente investigación:

### **3.2. Pregunta de investigación**

¿Cómo experimentan y construyen algunos varones de Ciudad de México la noción de paternidad alrededor del nacimiento de un primer hijo o hija?

### **3.3. Objetivo general**

Conocer, analizar e interpretar desde una mirada psicoanalítica y mediante un estudio exploratorio, la forma en la que algunos varones de la Ciudad de México construyen su paternidad alrededor del nacimiento de un primer hijo o hija, mediante la exploración de los elementos intrasubjetivos, relacionales y sociales (específicamente aquellos vinculados con el sistema sexo-género) que intervienen en la configuración de dicha vivencia.

### **3.4. Objetivos específicos**

- a) Explorar los significados que los varones atribuyen a la paternidad.
- b) Analizar los elementos intrasubjetivos e intersubjetivos que dan forma a la representación de la paternidad.
- c) Identificar los elementos referentes al sistema sexo-género en nuestra cultura que impactan las formas en las que los varones construyen su paternidad.
- d) Proponer conceptualizaciones teóricas desde el psicoanálisis que permitan comprender las vicisitudes que algunos varones experimentan ante el nacimiento de un hijo/a.

### **3.5. Tipo de estudio**

El estudio llevado a cabo tuvo un abordaje interpretativo, dado que su objetivo principal fue arrojar luz sobre las formas en las cuales las personas dan sentido a sus experiencias y lo que sus comportamientos significan para sí mismos, al ocuparse de la cualidad y la textura de la experiencia humana y las formas en las que la gente construye y comunica significados en diversos contextos sociales (Willing 2012; 2013). Dicho abordaje se ubica dentro del paradigma construccionista, cuyas metodologías están basadas en la hermenéutica, la dialéctica y la interpretación, y donde se privilegia el enfoque cualitativo. Desde este abordaje se enfatiza que el ejercicio de interpretación que se hace a partir de lo escuchado en los participantes, los significados que emergen a partir de la interacción entre entrevistado/entrevistador y el marco teórico que comprende la investigación y que permitirá, precisamente, enmarcar y sustentar dichas interpretaciones (Lincoln, Lynham y Guba, 2011). Así, el presente estudio tuvo como objetivo llegar a generar un conocimiento más amplio del fenómeno estudiado, centrado en los significados y en el análisis de las relaciones, desde un marco teórico psicoanalítico y desde los estudios de género, que permita generar nuevas teorizaciones en torno a la vivencia de la paternidad. Todo ello bajo la premisa de que el individuo es portador de una realidad social y particular que logra ser representativa de la construcción simbólica alrededor de los fenómenos sociales estudiados (Velázquez, 2004).

### 3.6. Participantes

El estudio se llevó a cabo con 10 varones mexicanos que radicaban en Ciudad de México, y que al momento del primer contacto y la primera sesión de entrevista se encontraban viviendo entre el 5º y 8º mes de embarazo en una relación heterosexual. Todos los varones con los cuales se contó para este estudio iban a ser padres por primera vez.

Con respecto a la edad de los participantes, fue un aspecto que desde el inicio resultó difícil de definir, dado que como menciona Bourdieu (2002), cualquier división entre las edades termina siendo arbitraria, y toda frontera entre las mismas ha sido objeto de lucha en todas las sociedades:

La edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes [así como de cualquier otro grupo de edad] como de una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente. (Bourdieu, 2002, p. 164).

No obstante, se consideró relevante para este trabajo hacer un esfuerzo por establecer criterios de edad de los entrevistados con fines primordialmente metodológicos. Dicha delimitación de la edad de los participantes se basó en las reflexiones que se presentan a continuación.

Desde la perspectiva sociodemográfica, se considera que hay cinco eventos característicos de la transición de la juventud a la adultez: la finalización de la formación escolar, el ingreso al mundo laboral (primer empleo), la salida del hogar parental, la primera unión en pareja y el primer hijo nacido vivo (consultar Echarri y Pérez, 2008 y Bermúdez-Lobera 2010).

Sin embargo, como revelan diversos estudios elaborados con población mexicana, estos eventos raramente ocurren de forma ordenada en el curso de vida de los jóvenes, no necesariamente incluyen los mismos componentes para todos ni

la misma secuencia, así como no ocurren con respecto a un mismo calendario. Un ejemplo de ello es el estudio de Echarri y Pérez (2008), quienes encontraron que en México y en un contexto urbano, a los 29 años:

- El 59.7% de los encuestados ya habían salido de la escuela
- El 86.9% habían tenido su primer empleo
- El 35.2% salido del hogar
- El 27.3% tenido su primera unión
- El 22.5% primer hijo

Así mismo, estos autores observan que la primera transición que los jóvenes mexicanos experimentan es la entrada al mercado laboral, después salida de la escuela, salida del hogar, primera unión y finalmente primer hijo. Rojas (2008) propone que la edad promedio en la que los varones mexicanos tienen su primer hijo se ubica entre los 25 y los 34 años de edad, con base en el análisis de las estadísticas de derechohabientes del Instituto Mexicano del Seguro Social. No obstante, cabe mencionar que la edad en la que los varones se convierten en padres así como diversas estadísticas asociadas con sus tendencias reproductivas son datos sumamente vagos y difíciles de calcular, dado que tal parece que para las estadísticas oficiales del gobierno mexicano, el papel del varón en la reproducción sigue estando sumamente invisibilizado.

De acuerdo con criterios psicosociales, hay dos propuestas que resultan valiosas. Por un lado, la de Erikson (como se cita en Bordignon, 2005), quien propone que el adulto joven es aquel que oscila entre los 20 y los 30 años de edad y que se encuentra en un proceso de concretar la independencia del núcleo familiar y comienzan a tomar más relevancia aspectos como: la intimidad y la búsqueda de compañeros en el amor y en el trabajo, afiliaciones sociales concretas, lazos interpersonales basados en una mayor fortaleza ética, relaciones sociales de integración, compromisos institucionales, asociaciones culturales, etcétera.

Por otro lado, psicólogos del desarrollo como Feldman (2007), hacen una distinción entre diversos momentos de la adultez. Este autor ubica la adultez

temprana entre los 20 y los 40 años de edad, la adultez intermedia entre los 40 y los 60 años, y por último, la adultez tardía de los 60 años en adelante. El autor resume las tareas del adulto temprano mediante la siguiente tabla:

**Tabla 1**

*Las tareas del adulto de 20 a 40 años de acuerdo con Feldman (2007)*

<b>Adultez (20-40 años)</b>
1. Separarse psicológicamente de los padres
2. Aceptar responsabilidad de nuestro propio cuerpo.
3. Tomar conciencia de la historia personal y de las limitaciones de tiempo
4. Integrar la experiencia sexual (homosexual o heterosexual)
5. Desarrollar la capacidad de intimidad con una pareja
6. Decidir si se va a tener hijos
7. Tener hijos y relacionarse con ellos
8. Establecer relaciones adultas con los padres
9. Adquirir habilidades comercializables
10. Elegir una profesión
11. Usar el dinero para el desarrollo posterior
12. Asumir un rol social
13. Adaptar los valores éticos y espirituales.

Tomando en cuenta la propuesta de las teorías del desarrollo así como las particularidades del contexto mexicano y de las tendencias reproductivas de los varones en nuestro país y en un contexto urbano, se consideró para este estudio a varones en la adultez temprana (20 a 40 años). El rango de edad de los entrevistados se ubicó finalmente entre los 23 y 40 años, todos varones que, como ya se ha mencionado, estaban por ser padres por primera vez. Con respecto al nivel de escolaridad, se consideró como mínimo la educación media superior terminada.



De los 10 entrevistados, todos cumplieron con este requisito, llegando a tener desde participantes que tenían únicamente preparatoria concluida, hasta otros que tenían nivel maestría. Con respecto al nivel socioeconómico, todos los entrevistados presentaron un nivel socioeconómico medio, desde C- (nivel medio emergente), hasta C+ (nivel medio alto), siendo este último sector donde menos entrevistados se encontraban.

El número de participantes fue determinado mediante el criterio de saturación, con el objetivo de poder recopilar experiencias que aporten suficiente diversidad a las líneas de análisis mencionadas anteriormente y tomando en cuenta el criterio propuesto por Kvale (2011) para la investigación cualitativa de un total de entrevistas de 15+/-10. Así, se contó en total con 10 participantes, de los cuales siete completaron las tres fases de las entrevistas, mientras que tres de ellos, únicamente participaron en la primera fase y posteriormente declinaron la invitación para continuar en el estudio.

### **3.7. Diseño**

El estudio fue planeado para llevarse a cabo en tres tiempos en congruencia con la pregunta de investigación que señala una concepción de la paternidad como un proceso, como algo que se va construyendo en el tiempo. Es decir, la paternidad no se gesta de un momento a otro a partir de la concepción o del parto, sino que se conforma a partir de una serie de posicionamientos que el sujeto va tomando y de los significados que va construyendo a través del tiempo en relación con su hijo(a), su pareja, y lo social, en donde habrá diversos puntos críticos. Así mismo, como ya se mencionó en el marco teórico, es importante comprender que esta relación comienza a construirse desde antes del nacimiento; el trabajo psíquico que conlleva la paternidad es un trabajo que comienza probablemente desde la noticia del embarazo, en un plano primordialmente imaginario, que tendrá importantes consecuencias en la forma en la que se viva el encuentro con el hijo o hija real.

Por otro lado, en la revisión del estado del arte se evidenció que la mayoría de los estudios sobre paternidad se han llevado a cabo con varones con hijos en etapa infantil, donde ciertos patrones ya fueron construidos pero no se aborda la forma en la que se construyeron, siendo que los escasos estudios llevados a cabo para explorar la experiencia de los varones alrededor del nacimiento han demostrado que es un momento fundamental en la construcción de la relación padre-hijo(a) (Doherty, Erickson y LaRossa, 2006; Feinberg, 2002; Rehel, 2013).

Por ello, se entrevistó a los varones en tres momentos distintos, todos alrededor de un hecho particular: el nacimiento de un hijo o hija:

- Primer momento: el primer encuentro formal con los participantes del estudio se llevó a cabo entre el 5º y 8º mes de embarazo.
- Segundo momento: la segunda entrevista con los participantes se llevó a cabo entre dos y tres semanas después del nacimiento del bebé. Ello con el objetivo de explorar cómo los varones van metabolizando el impacto del nacimiento y cómo se va viviendo la confrontación con el hijo o hija real, es decir, cómo se ponen en juego todos los ideales, miedos y expectativas previos al nacimiento cuando el varón se encuentra de frente con un bebé y sus necesidades reales.
- Tercer momento: finalmente, se llevó a cabo una tercera y última entrevista entre tres y cuatro meses después del nacimiento del hijo o hija. Solo en uno de los casos, ésta se llevó a cabo hasta el quinto mes, dado que las ocupaciones del entrevistado no permitieron hacerlo antes. El objetivo de esta etapa final consistió en poder retomar el discurso de los varones después de una primera etapa de ajuste. De manera tal que se pueda observar el proceso de resignificación que se lleva a cabo con respecto a las primeras dos etapas y cómo se va configurando una nueva cotidianidad para el varón en referencia a su experiencia y sus prácticas en torno a la paternidad.

En la siguiente tabla se presentan las características generales de los entrevistados.

**Tabla 2.**

*Pseudónimo y descripción de las características generales de los varones entrevistados para este estudio.*

<b>Pseudónimo</b>	<b>Edad (años)</b>	<b>Nivel de estudios</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Tiempo en la relación de pareja actual (años)</b>	<b>Primera entrevista (Tiempo de embarazo)</b>	<b>Segunda entrevista (Tiempo después del nacimiento)</b>	<b>Tercera entrevista (Tiempo después del nacimiento)</b>
<b>IK</b>	35	Licenciatura	Empleado en una entidad gubernamental.	8	6 meses	2 y 1/2 semanas	3 meses con 3 semanas.
<b>IS</b>	30	Licenciatura y actualmente estudiando una maestría.	Labora en una ONG que trabaja con temas de género.	2 1/2	8 meses	2 semanas	4 meses después del nacimiento
<b>AN</b>	23	Licenciatura	Desempleado. Recién finalizó la licenciatura y está en busca de trabajo.	1	8 meses y medio.	2 semanas después del nacimiento	4 meses después del nacimiento
<b>GS</b>	38	Preparatoria concluida, actualmente cursando una licenciatura	Tiene su propio negocio.	6	6 meses	2 semanas después del nacimiento.	3 ½ meses después del nacimiento.

<b>TH</b>	35	Licenciado en Sociología, maestría no concluida	Trabaja como freelance en con temas de género.	7	5 meses	3 semanas después del nacimiento	3 meses después del nacimiento
<b>JS</b>	30	Preparatoria	Coordinador de área en un call center.	Información no disponible.	7 meses	Decidió no continuar.	Decidió no continuar.
<b>FR</b>	28	Licenciatura	Trabaja como freelance llevando asuntos jurídicos de personas y empresas	2	8 meses	Decidió no continuar.	Decidió no continuar.
<b>SV</b>	22	Bachillerato	Empleado en un pequeño negocio	7	8 meses	Decidió no continuar.	Decidió no continuar.
<b>OD</b>	40	Maestría	Trabajo independiente	8	6 meses	2 y ½ semanas después del nacimiento	5 meses después del nacimiento
<b>GM</b>	33	Maestría	Trabaja en una organización no gubernamental.	7	6 meses	2 semanas después del nacimiento	3 meses y medio después del nacimiento

### 3.8. Estrategia de obtención de información

Se llevaron a cabo entrevistas individuales y focalizadas en el tema de la paternidad, en cada uno de los tres momentos mencionados anteriormente. Las entrevistas tuvieron una duración aproximada de entre 60 y 120 minutos. Éste fue el método elegido con la finalidad de comprender el fenómeno desde la perspectiva del entrevistado, poder profundizar en los aspectos que se considerasen necesarios y desmenuzar los significados asociados a sus experiencias de vida (Álvarez-Gayou, 2003). Se elaboró una guía temática para la entrevista donde se definieron los temas a tratar con cada participante. Se consideró aquí la propuesta de Gutiérrez (2004), sobre la proyección del sentido analítico en las técnicas cualitativas. En este sentido, se privilegió el discurso del sujeto y los caminos que éste fue tomando dentro de la temática de la paternidad, siguiendo las dos reglas fundamentales para el diálogo psicoanalítico: la regla de las libres asociaciones y la regla de la escucha flotante.

Como menciona Gutiérrez (2004):

Se trata, en definitiva, de no avanzar por delante del discurrir conversacional, aceptando en lo posible no ver más allá de lo que se va viendo y desgranando a lo largo del proceso. Circunstancia ésta que permite además prestar una mayor atención por la *literalidad de lo manifestado* (Laplanche, 1979: 45), dando una oportunidad de obtener un producto discursivo abierto a todos los sentidos y/o recorridos, lo que en definitiva redundará en un preciosismo no exento de rigor y utilidad práctica, puesto que ello permite al investigador desprenderse de las redes previas de significación que siempre tienden a un excesivo reduccionismo y simplificación por influencia y apremio relacionados con los objetivos de la investigación e idiosincrasia del investigador. (p. 94).

### **3.9. Análisis**

Se empleó como eje de análisis de las entrevistas una perspectiva interpretativa, específicamente desde el enfoque que Willing (2013) propone y nombra como: fenomenológico-interpretativo. Dicho enfoque incorpora aspectos de la hermenéutica y se caracteriza por buscar comprender el significado de la experiencia de los participantes yendo más allá del análisis descriptivo para reflejar los aspectos más amplios de la experiencia del sujeto, buscando los significados sociales, culturales e intrapsíquicos, en este caso, desde una mirada psicoanalítica. En este sentido, la fenomenología interpretativa busca dar un marco crítico y contextual más amplio, es decir, busca tomar en consideración aquello que la experiencia del sujeto refleja de las estructuras sociales y económicas y cómo esto modela la experiencia del entrevistado (Willing, 2013).

### **3.10. Consideraciones éticas**

Para llevar a cabo este estudio, los participantes fueron informados desde un inicio sobre los objetivos del proyecto: explorar la construcción de la paternidad en varones mexicanos. Así mismo, se les explicó desde el inicio en qué consistía su participación y qué podrá aportar tanto a la investigación como en términos de impacto social. Se les incitó a que preguntaran sus dudas y se respondió a estas. Así mismo, se les solicitó firmar un consentimiento informado en caso de acceder a compartir sus experiencias.

La participación de los entrevistados fue completamente confidencial y se les identifica a lo largo de este trabajo mediante pseudónimos. Las entrevistas fueron grabadas en audio y se solicitó a los participantes su autorización para ello. Dichas grabaciones únicamente se utilizaron para el análisis de la información y no fueron ni serán difundidas por ningún medio. Dado que durante las entrevistas se abordaron algunos temas emocionalmente complejos para los participantes, se puso especial cuidado en el ámbito emocional, poniendo énfasis en no profundizar demasiado en temas a los que no se les podría dar un cierre durante la entrevista. Así mismo, se ofreció a los participantes canalizarles en caso de que fuera de su

interés a un proceso de atención psicoterapéutica accesible económicamente. Así mismo, en algunos casos, se tuvieron entrevistas extras por petición del entrevistado.

## **Padre por primera vez: la experiencia de varones de Ciudad de México**

En este capítulo se presenta el análisis e interpretación de resultados a partir de las entrevistas llevadas a cabo con los participantes del estudio. El trabajo de este apartado se organizó en dos grandes vertientes. Por un lado, un análisis al cual se denominó “análisis por caso”, para hacer referencia al estudio de las entrevistas en el cual se profundizará en la experiencia de cada uno de los varones que participaron y la trayectoria que su discurso y su experiencia siguió desde el primer encuentro, durante el embarazo, hasta el último, unos meses después del nacimiento. Por otro lado, se llevó a cabo un análisis por fases, al cual también se denominó análisis transversal, en el cual para cada una de las fases del estudio (tres meses antes del nacimiento, dos semanas después del nacimiento y tres meses después del nacimiento), se generó categorías y se analizaron las entrevistas de todos los participantes, obteniendo algunos aspectos comunes y otros diferenciados en su vivencia de la paternidad.

### **4.1. Análisis por caso**

A continuación, se muestra el análisis que se elaboró por cada uno de los siete casos que participaron durante las tres fases de entrevistas. El objetivo de este análisis fue observar el desarrollo que tuvieron a través del tiempo sus creencias, expectativas, conductas, relaciones, entre otras, en relación con el nacimiento de su primer hijo o hija. Este análisis ha permitido obtener mayor profundidad en cada caso, explorando sus propias dinámicas intra e intersubjetivas y cómo éstas se fueron transformando a lo largo de los tres momentos explorados.



#### 4.1.1. Caso AN

AN es un varón de 23 años que recién terminó una licenciatura en el área de ciencias de la salud y en el momento del primer contacto, se encuentra en búsqueda de empleo y con la intención de continuar con el siguiente grado en sus estudios. En la primera entrevista menciona llevar un año de relación con su pareja y 7 meses de embarazo.

El embarazo no fue planeado, sin embargo, cuando se enteran de éste, él y su pareja deciden continuarlo. AN refiere en varias ocasiones sentirse entusiasmado, pero a la vez muy angustiado. Tiene muchas dudas e inseguridades con respecto a poder asumir el papel de padre. Principalmente, pone en cuestionamiento poder cumplir como proveedor, dado que actualmente se encuentra sin empleo y vive en casa de sus padres. Reconoce que tener un bebé en estos momentos será complicado pues menciona (refiriéndose a ambos miembros de la pareja): “tenemos que trabajar, estudiar y dedicarnos al bebé”. Además, refiere también como causa de la angustia que siente, su inexperiencia que tiene ante lo que viene: laborar, ser padre, vivir en pareja, por mencionar los principales cambios.

Esta angustia, menciona él, es algo a lo que prefiere no darle demasiadas vueltas para que no lo rebase, sin embargo, a lo largo de la primera entrevista es algo que se manifiesta una y otra vez. AN se ve de alguna manera “obligado” a asumir y ejercer un rol para el cual no se hallaba preparado, lo cual implica llevar a cabo un proceso de maduración social y psíquica. Esto genera en el participante fuertes sentimientos de insuficiencia que desencadenan la angustia. Ser insuficiente para estar a la altura de lo que en su imaginario se espera de un padre: producción (proveeduría) y protección.

Dado que AN no se encuentra en posibilidades de cumplir con el rol de la proveeduría, durante el embarazo asume como rol principal el proteger/cuidar a su pareja para que el embarazo llegue a buen término, rayando por momentos, menciona él mismo, en la sobreprotección. Esto tiene relación con esa angustia que

por momentos siente que lo rebasa: le da mucho miedo que algo pueda ocurrirle a su bebé o a su pareja. Y, probablemente, confirmarse incapaz o insuficiente para enfrentar esta situación.

Cuando se le pregunta a AN sobre sus fantasías alrededor del bebé y del hecho de ser padre, le cuesta mucho trabajo expresarlas en comparación con otros varones, al parecer porque justo la angustia que experimenta el entrevistado obtura su posibilidad de fantasear: cada vez que se le pregunta al respecto, retorna al tema económico y a su preocupación por no tener un empleo y no ser capaz de darle a su esposa y su bebé lo que necesitan. Por otro lado, es posible que las fantasías de AN alrededor de su bebé, se mantengan en un plano inconsciente en tanto pueden contener elementos de mucha agresión, en tanto se trata de un embarazo no planeado (y probablemente no deseado, por lo menos no en ese momento de su vida), que llega a trastornar toda la vida del entrevistado. En este sentido, la sobreprotección que AN tiene hacia su pareja puede entenderse justamente como una defensa (formación reactiva) ante esas fantasías de agresión inconscientes.

Como ya se mencionaba, el entrevistado tiene muy interiorizado que él debe de ser capaz de sostener económicamente a una familia y ante la falta de certezas en este aspecto, se desata la angustia, aun contando con el apoyo de los padres de ambos. Menciona:

Una vez sí me puse un poco mal porque estaba muy estresado porque no conseguía trabajo, pues. Y pues... no vale la pena desgastarse por ese tipo de cosas, si ves que tu familia te está apoyando, si ves que la familia de [pareja] también nos está apoyando, entonces, eeeh... lo más lógico sería pues enfocarse en, en ayudarla... en ayudarnos mutuamente y seguir adelante. Entonces pues a echarle ganas. Y no hay nada más que... que pensar.

Fragmento en el cual se puede dar cuenta de que el entrevistado busca evadir el tema y “no pensar” por lo displacentero que le resulta. El mismo entrevistado menciona que no vale la pena desgastarse por ese tipo de cosas cuando cuenta

con el apoyo de su familia y la de su pareja. Con lo cual cabe la pregunta ¿por qué le angustia tanto? Me parece que habría que pensar que este varón se está enfrentando a un cambio sustancial en su vida, que como mencionan algunos autores, implica el paso a la adultez, al “hacerse hombre”. Y se trata de uno de los momentos en los que cae con mayor peso sobre el sujeto la expectativa sobre cómo debe de ser y con qué debe de cumplir un varón.

En este sentido, Olavarría (1999, en Cruzat y Aracena, 2006) propone que en la actualidad, la paternidad sigue representando uno de los pasos fundamentales en el tránsito de la juventud a la adultez, una especie de culminación de la masculinidad o de tránsito hacia ella, en tanto el ser hombre se reafirma ante el reconocimiento de un hijo, y la posibilidad de demostrar que se es capaz de dar sostén al otro. Tener hijos enfrenta a ese lugar, y en ese sentido angustia, pues esto que ha sido interiorizado por medio de identificaciones con las normas de género, se convierte en un mandato superyóico, en tanto aparece la posibilidad de no poder llegar a ser eso que se tendría que ser (Ideal del Yo), con lo que se tendría que cumplir al ser varón y padre.

No obstante, junto a este ideal tradicional en torno a la paternidad, coexiste en el entrevistado el ideal “moderno”, caracterizado por querer ser partícipe de la crianza y cercano afectivamente a su hija. Y, efectivamente, a partir del nacimiento de su bebé comienza a involucrarse en todo lo que implican los cuidados. Incluso cuidando no solamente de su bebé, sino también de su pareja a lo largo de la recuperación.

Cabe resaltar que al tratarse de un hombre que no se encontraba adscrito a un trabajo formal cuando nació su bebé, tuvo oportunidad de dedicarse al cuidado de tiempo completo durante aproximadamente los primeros dos meses de vida de su bebé, lo cual parece favorecer el que se familiarice con los trabajos de cuidado y que incluso, posteriormente, habiendo ya entrado a trabajar, continúe llevándolos a cabo y manteniendo una repartición equitativa con su pareja en este ámbito.

Así lo refiere en la tercera entrevista, en la que relata que tanto él como su pareja han encontrado un empleo, sin embargo, cada uno tiene un turno distinto, uno trabaja por las mañanas y otro por las tardes, lo cual permite que uno cuide a la bebé mientras el otro no está y viceversa. En este sentido AN termina siendo uno de los entrevistados que alcanza un acuerdo más equitativo al finalizar las entrevistas, en el sentido de que ambos aportan económicamente, dedican aproximadamente el mismo tiempo al trabajo y a las labores de cuidado que requiere la bebé. Y si bien de inicio mencionaba no tener experiencia en el cuidado de bebés, ya para la tercera entrevista reporta sentirse muy confiado en llevar a cabo todas estas actividades dado que se ha dedicado a aprender cómo realizarlas y no ha dejado de participar en ellas en ningún momento.

Es interesante además resaltar que estas tareas de cuidado son significadas por el entrevistado como algo que resulta placentero y que le ha ayudado a construir vínculos con su bebé, así como a explorar y expresar su propia afectividad:

Claro que sí (en tono gustoso), no sé cómo expresarlo, pero sientes bonito. No puedo decir otra cosa que decir que es muy reconfortante poder alimentar a tu hija, poder jugar con ella, poder cambiarle su ropita, poder bañarla, este... siento que voy a ser un papá que le gusta dar muchos abrazos, estando con ella, agarrándola de la mano, correr, saltar, brincar, bailar....

En este sentido, se ha observado cómo convertirse en padre ha conectado a AN con una afectividad con la que al parecer no estaba tan familiarizado anteriormente. El nacimiento de un hijo o hija despierta en los varones toda una serie de emociones y afectos con los cuales cada uno lidia de forma distinta. En particular AN parece no asustarse al reconocer estas emociones y, por el contrario, valorar la posibilidad de entender de forma distinta algunos aspectos de la vida, pudiendo conectarse en mayor medida con su afectividad:

Ya cuando tú te pones en el lugar del papá y ves al niño mal, ves que los papás están preocupados, ahí ves lo que la gente siente cuando se le enferma un familiar, en este caso sus hijos. Entonces eso fue lo que a mí me cambió, que

no era tan emocional en ese aspecto y terminé entendiendo por qué la gente sí.

Incluso menciona que la bebé se ha convertido también en un soporte emocional para él, pues, en sus propias palabras, lo motiva a salir adelante y a no dejarse rebasar por la angustia ante lo nuevo. En ese sentido refiere: “Yo lo veo en ese aspecto de que por ella no te rindes, por eso digo que nos ayuda emocionalmente”.

A lo largo de este proceso, AN ha contado muy de cerca con el apoyo de sus padres y los de su pareja, repartiendo también con ellos el cuidado de la bebé, pero a la vez siendo ellos cuidados y protegidos por sus padres. En este caso, se observa una transición a la parentalidad muy acompañada por la generación anterior, donde incluso los espacios influyen, dado que AN y su pareja viven juntos, pero en casa de los padres de uno de ellos. En este sentido, al ser una pareja joven y en las condiciones de vida en las que se encuentran, se trata de dos personas que no han dejado de ser hijos (en el sentido del rol que ocupan social y psíquicamente) para pasar, súbitamente, a ser padres. Como ya se mencionaba anteriormente, hay un proceso de maduración social y psíquica por el cual AN se ve obligado a atravesar.

AN y su pareja llevaban menos de seis meses de relación al momento de conocer que estaban embarazados. Es una relación que se modifica drásticamente pues, durante el embarazo, AN se vive más preocupado por cuidar de su pareja que con posibilidad de seguir disfrutando las actividades cotidianas, conociéndose, saliendo, etc. Y, hacia el tercer momento, se transforma nuevamente, ahora hacia una relación en la que la familia ha reemplazado a la vida en pareja. Esto se refleja en el siguiente fragmento, donde AN tiene un lapsus en el que habla en pasado del amor entre él y su pareja, y si bien corrige rápidamente, lo que permite entrever es esta transformación de la relación en la que, como ya mencionaba, la vida de pareja va quedando desplazada por otros aspectos:

Fue muy excitante ver que del amor que nos tuvi... que nos tenemos [pareja] y yo, pues nació la bebé y pues los nueve meses en los que estuvimos

cuidando a [pareja], checando a la bebé por los ultrasonidos, este... con las dietas, que durmiera bien [pareja], que comiera a sus horas, este... que todo eso pues sí dé fruto.

Así mismo, menciona:

Pues sí hay transformaciones porque ya nuestras actividades cambian, ya no son actividades de dos, ya son actividades de tres. Entonces, tratamos siempre de estar con la niña y llevarla a donde nosotros queremos ir. Si vamos a ir al cine a ver una película pues la llevamos, tratamos de que sea una película también que sea para niños o este... que no sean ambientes estresantes para la bebé. Si vamos a salir a caminar, pues la sacamos en la carriola, tratamos de estar siempre con ella, que se sienta siempre pues acompañada.

Vale la pena mencionar que AN fue el único varón de los entrevistados que no pudo estar presente durante el nacimiento de su bebé. AN tenía el deseo de presenciar el nacimiento de su hija sin embargo esto no fue posible debido a que el alumbramiento se llevó a cabo en un hospital público (que no permite el ingreso de los padres al quirófano). En este sentido se observa una experiencia muy distinta al resto de los varones, en tanto no hay una elaboración tan clara y manifiesta sobre lo que implica el nacimiento de un bebé. El entrevistado relata únicamente haberse quedado afuera, haber estado muy ansioso, no escuchar nada de ruido y aproximadamente media hora después de separarse de su esposa recibir la noticia de que su bebé había nacido bien. Relata: “Estaba muy nervioso porque no podía ver qué es lo que estaba pasando; pero pues nada más, estaba pues ansioso de ver a la bebé o al bebé”. De por sí se ha observado en el resto de los entrevistados que hay algo que parece irrepresentable en el nacimiento de un hijo o hija, al no estar presente, esto se vuelve todavía más complicado en AN y sus representaciones alrededor del suceso son muy básicas, incluso, infantilizadas.

Para finalizar, cabe resaltar que AN fue un entrevistado con el que resultó particularmente difícil profundizar en su experiencia emocional, en sus fantasías y

significaciones alrededor del embarazo y todo lo que fue ocurriendo. Se percibió defensivo a lo largo de las entrevistas, intentando ocultar sus emociones negativas y buscando mostrar una faceta de agrado y emociones positivas. Posiblemente porque en el proceso que estaba viviendo y con la fuerte angustia por la que reconoce estar pasando, reconocer sentimientos ambivalentes hacia el embarazo y el nacimiento de su bebé pudo resultar demasiado amenazante y desestabilizador. Así mismo, parece asirse de un discurso preelaborado en torno a lo que significa ser padre, un discurso que no parece ser suyo, propio. En este sentido, queda la sensación de que el participante está llevando a cabo un juego simbólico, en el que juega a ser padre o a ser familia sin que haya podido existir, por lo menos hasta el momento de las entrevistas, la posibilidad de elaboración y construcción de significantes propios, así como una apropiación de su experiencia frente a la paternidad.

#### 4.1.2. Caso IS

Es un hombre de 30 años. Tiene una licenciatura del ramo de ciencias de la salud y al momento de la primera entrevista se encontraba iniciando una maestría. Lleva dos años de relación con su pareja y labora en una institución que brinda atención a mujeres víctimas de violencia, por lo cual ha tenido acercamiento a temas de género y equidad.

Para IS el embarazo llegó de forma algo sorpresiva, más no inesperada, puesto que ya vivía con su pareja y ya habían hablado sobre su deseo compartido de tener un bebé. Por lo que relata el entrevistado, no lo planean con precisión, pero dejan de cuidarse y, de alguna manera, esperan a que el embarazo llegue. El entrevistado hace énfasis en que el deseo de hacer una pareja y tener hijos es un deseo con el cual llegaron ambos a la relación, deseo en el cual encontraron coincidencia y deciden compartir. Algo interesante es que ambos ya habían nombrado juntos a la bebé incluso desde antes de que estuvieran embarazados. El nombre que escogen tiene un significado muy particular: el brillo de la vida. Lo cual

representa para el participante justo el deseo que está colocado en el hecho de convertirse en padre y lo esperanzador que puede resultar esto incluso en un sentido de volver a nacer.

No obstante, IS manifiesta que este deseo también fue ambiguo, sobre todo antes del embarazo, cuando menciona: “queríamos embarazarnos, pero a la vez no”. Uno de los factores que participaban de esta ambigüedad tenía que ver con que le resultaba pesado pensar en la serie de renunciaciones que implicaría el serlo. Y aquí hace referencia a los discursos sociales a los que ha estado expuesto, según los cuales ser padre implica una pérdida de libertad en el varón. Por lo que actores cercanos a su vida como su familia, le recomendaban no hacerlo sino hasta que “hubiera hecho todo lo que él quisiera”, fortaleciendo esta connotación de que ser padre implica una pérdida para el varón.

IS enfatiza que para él ha sido importante cuestionar los discursos sociales en torno a la paternidad para poder sentirse parte del proceso. Durante la primera entrevista, reflexionó sobre cómo percibe muchos mensajes que todo el tiempo le dicen que la parentalidad es algo que corresponde únicamente a la mujer, donde el varón no reviste importancia. Por ejemplo, en el tradicional baby shower, que suele girar exclusivamente en torno a la mujer, IS se siente incluido por su pareja y esto le resulta sumamente valioso. Una forma de combatir estas ideas ha sido para IS el enunciar el embarazo como: “estamos embarazados”, incluyéndose en el proceso y participando lo más posible en todo lo que implica. Incluso ha llegado a presentar síntomas físicos característicos de las mujeres embarazadas, como náuseas y cansancio. En esta resistencia a asumir el proceso de parentalidad como algo únicamente de su pareja, IS reflexiona: “Es que no solamente es tu hija, es NUESTRA HIJA (enfatiza). También es mi hija. Simplemente en esta cuestión del lenguaje me parece que ahí este... es importante también hablarlo”. Refiere que en este proceso de sentirse parte y apropiarse del embarazo y del nacimiento de su bebé, ha sido muy importante compartir esta postura con su pareja, quién también lo alienta, lo incluye y comparte con él todo lo relativo al embarazo, “le da la mano”, en sus palabras.



En este sentido, IS relata una especie de ensoñación que tuvo en una ocasión cuando ya estaban embarazados pero aún no lo sabían. Iba en un auto cuando él se pierde por un momento y llegan dos imágenes a su cabeza:

Esas dos imágenes me quedaron muy claras, por un lado esta [pareja], me imagino como en un circulito, -como en un video, llamémosle así- pariendo, y este... yo la veo como en primera persona, y agarra y me sonrío y me da la mano. Entonces yo se la agarro y como que pasa otra imagen y veo, es un pasto, verde, un balón, y agarra y este... en ese momento, yo lo que vi fue un niño, y agarra y voltea –no tengo los rasgos muy definidos pero era un niño- y me dice: ¿Así, papi?.

Es interesante porque desde la mirada psicoanalítica se puede interpretar esta ensoñación como un cumplimiento de deseo. Es posible observar cómo este significante de “dar la mano” adquiere un sentido fundamental en la vivencia del entrevistado, sentir que su pareja le da la mano tiene que ver, como lo relata anteriormente, con sentir que lo invita a ser parte del proceso, que lo invita a la paternidad. Y, por otro lado, aparece la imagen de un niño varón que lo nombra y lo reconoce como su padre, que le da ese nuevo lugar tanto en un ordenamiento social como psíquico y que, nuevamente, habla del deseo de IS de tener un hijo.

En relación con esto último, con el deseo, vale la pena mencionar otra reflexión que IS tiene durante la tercera entrevista, y que hace referencia también a esta mirada y este reconocimiento al convertirse en padre:

Qué se siente que te digan que se parece a ti, ¿no? A ciencia cierta me parece que no transforma, pero creo que alimenta mucho; creo que sí es: ay, estoy yo ahí y este... eso alimenta mucho... y este... de cierta manera, me parece que permite meterte más, ¿no? Porque es este... pus sí, o sea, es una cosita mía, ¿no? Que quiero cuidarla, quiero besarla, ¿no?

Este reconocimiento implica poder ver (o imaginar) algo de sí mismo en su bebé, una similitud que le hace saber que es suya, que le permite reconocerla como hija y reconocerse a sí mismo como padre de esa bebé. Certeza y apropiación de

la paternidad que no viene a través del cuerpo (la madre pare al hijo y no hay duda de que es suyo), sino a través de la construcción de significantes que provienen de sí mismo y de los otros alrededor, principalmente la pareja.

El cuestionamiento y, sobre todo, el choque con los discursos sociales y familiares se hace presente en todo momento a lo largo del tiempo que se tuvieron las entrevistas con IS, sobre todo porque parece venir de una familia con una organización e ideales muy tradicionales en cuanto a los roles de género. El participante relata por ejemplo el fuerte choque que se dio con su madre cuando le comunicó que habían decidido tener un parto en casa y que, además, no querían que estuviera ahí nadie de la familia, sino que querían mantenerlo como un momento íntimo: sólo él, su pareja, la bebé y las parteras. Esto genera tensiones muy importantes con su madre quien, al parecer, asume que tradicionalmente su lugar es estar ahí “apoyando” a su hijo y a su nuera y ser de las primeras en conocer a la bebé. Esto resulta interesante porque, como se hace evidente un poco más adelante en el relato de IS, el espacio del nacimiento y la crianza de un bebé es entendido como un espacio de mujeres, con tareas que le “pertenecen” a la esposa y a las madres, donde el varón llega a ser percibido como un intruso. Esto mismo se evidencia cuando IS deja claro frente a su madre y la de su esposa, que él va a cuidar en el posparto de su bebé y su pareja, encargándose de tareas como la limpieza, la comida, y el mismo cuidado. Ante esto, ambas mujeres le expresan de distintas formas su molestia y su sensación de estar siendo expulsadas de un espacio que tendría que ser de ellas y que tradicionalmente lo ha sido.

La organización de la esfera familiar atraviesa cambios importantes a lo largo de las entrevistas. Durante la primera sesión IS menciona que ambos miembros de la pareja tienen la intención de volver al trabajo después del nacimiento de su bebé, organizándose para que ambos puedan continuar con su vida laboral y, a la vez, repartirse equitativamente los cuidados de la bebé, contando con el apoyo de los padres de ambos. No obstante, este plan cambió al llegar a la última entrevista. LA relata que su pareja se sentía incómoda de dejar a su bebé y negociar su educación y múltiples aspectos con su abuela, por lo que le propone a LA que alguno de ellos

deje de trabajar para dedicarse de tiempo completo a la crianza. Resulta interesante que a pesar de que ella tenía un mayor ingreso que LA, la decisión que toman es que sea ella quien deje de trabajar para cuidar de la bebé.

Una de las justificaciones que el entrevistado da ante esta decisión es que ella por haber estado casi tres meses (periodo de maternidad) cuidando a su bebé, tenía una mayor dificultad para separarse y un mayor deseo de estar con ella de tiempo completo, mientras que para IS resultó más fácil (ya que regresó a trabajar a las dos semanas del nacimiento, habiendo juntado vacaciones y licencia de paternidad) pues no sentía esta necesidad de estar de tiempo completo con su hija y se acostumbró relativamente rápido a pasar más tiempo fuera de casa. De forma que en una pareja que hace grandes esfuerzos por alejarse de lo tradicional, al final el acomodo que adquieren termina regresando a estos roles típicos de varones y mujeres, donde el primero se encarga primordialmente de la proveeduría, y la segunda del cuidado. El entrevistado reflexiona:

Imagínate como en esa escala. ¿no? Diez días de ser papá, así con ese de... de vida... es muy poco, ¿no? Entonces este... lo vi... no lo digo porque no desarrollen muchas cosas, ¿no? Al final creo que también está ahí... está ahí... ¡Je, je, je, je! Hasta ahí, como sociedad tú eres de afuera, ¿no? De adentro y de afuera creo que está ahí marcado, ¿no?.

Así, IS reconoce que 10 días de ser padre de tiempo completo no lo llevan a desarrollar el mismo vínculo que su pareja ha podido desarrollar tras más de dos meses cuidando a su bebé. Y a partir de ahí, es mucho más fácil para él separarse que para ella. Aunado por supuesto al peso de la expectativa propia en la cual, si alguien va a encargarse de la proveeduría, tendrá que ser el varón, incluso cuando él gane menos dinero que su pareja.

Para IS la idea de volverse proveedor tuvo un peso importante desde que se enteró de que sería padre. El entrevistado menciona que para él nunca había sido fundamental el aspecto económico, ni algo que le preocupara particularmente. Sin embargo, al saber del embarazo, su visión del aspecto económico y de su papel

como proveedor comienza a cambiar, de forma que, menciona: “he notado ya, yo ya estoy también ya... no huyéndole a este rol de proveedor, de verdad, eh”. Refiriéndose a que si bien era algo que no revestía mucha importancia para él en el pasado, actualmente es algo que ha integrado a su idea de ser padre. Así que si bien no era el plan inicial que IS cumpliera la función de ser el único proveedor en términos económicos, este rol ya había adquirido una significación distinta desde que el participante sabe que será padre, en donde parece que proveer deja de ser una opción para convertirse en un mandato superyóico: un buen padre es aquel que es capaz de sostener económicamente.

Dentro de estas cuestiones que se han transformado para el entrevistado a partir de saber que será padre, surge otra muy interesante: el autocuidado. IS reconoce que a lo largo de su vida no ha puesto mucha atención al cuidado de su salud, e incluso lo relaciona con el hecho de ser varón, reflexionando que a los hombres se les enseña a aguantar y no a cuidarse. Desde que supo del embarazo, su perspectiva en este sentido cambió. Ahora, menciona IS, es importante también cuidarse, estar bien para él y para poder cuidar de su bebé, y no caer en la idea de que ser padre implica renunciar a uno mismo, sino por el contrario, ser padre implica también voltear a verse, reconocer sus necesidades y actuar en consonancia con ellas. Es interesante porque nuevamente se observa cómo la paternidad cuestiona y pone en juego muchos de los preceptos de la masculinidad, algunos quedando reforzados, como la proveeduría, pero otros llenando hacia el sentido contrario del rol tradicional, como el autocuidado.

Dentro de estas cuestiones vinculadas a la masculinidad que pone en cuestionamiento el ser padre, está también el momento del parto. La descripción del entrevistado resulta muy interesante porque se enfrenta a sensaciones que lo cuestionan profundamente. Una de ellas es la impotencia al ver el sufrimiento de su pareja cuando la bebé ya se encontraba cercana a nacer. Observa el sufrimiento de su esposa y entra en desesperación por no poder hacer mucho para ayudarle. Por otro lado, refiere también haberse sentido débil y angustiado. Débil en el sentido de no poder soportar a su pareja, ni física ni emocionalmente, al sentirse él también

rebasado por la situación. Menciona: “veía su dolor y este... y lo sentía, a mí me dolía que le doliera y ya me estaba doliendo”. Esto por supuesto confronta con la imagen de la masculinidad hegemónica: ser el hombre fuerte, valiente que soporta todo dolor.

El entrevistado reconoce cómo esta experiencia puso esos pilares en juego y tuvo un impacto importante en cuanto a conocer y reconocer otros aspectos de su sensibilidad como varón. No sólo lo enfrenta a la vulnerabilidad de su pareja, sino también a la propia. Incluso recuerda la siguiente anécdota, en la que su madre le cuenta que le platicó a una de sus amigas que tendrían un parto en casa: “esta amiga este, que le dijo ‘pues a ver si IS tiene huevitos porque es bien difícil’. Esto mi mamá me lo dijo a mí, al final me parece que pudo haberlo no dicho, pero creo que también lo pensaba”. Frase en la que se observa de manera muy clara cómo la valentía y la capacidad de soportar el dolor pone en juego la masculinidad, el “a ver qué tan hombre eres” parece siempre estar en juego en los discursos familiares a los que IS está expuesto.

Aunado a ello, IS también reflexiona sobre la dificultad que ha encontrado para hablar de su experiencia como padre con otros hombres y encontrar resonancia en ellos. Menciona que conoce a varones que también están muy involucrados en la crianza, pero que aun así es muy difícil que se compartan sus experiencias. Menciona:

Creo que hay la cuestión, ¿no? Entre hombres se platica otra cosa... es la cuestión de género, ¿no? No sé si porque nos dé miedo, ¿no? No sé si porque esto implicaría reconocernos en otro lugar que no nos han dado, ¿no? No sé si este... si ese... entre estos hombres... también creo que para nosotros es: no, es que esto es de mamás.

De forma que la experiencia de la paternidad termina viviéndose aislada con respecto a otros varones, donde tal parece que, si bien algunos hombres se están involucrando más con la crianza e incluso con su emocionalidad, esto no puede ser compartido con otros varones en tanto parece que reviste un aspecto vergonzoso,

e incluso feminizado, lo cual sigue siendo mal visto, por lo menos en el imaginario de varios de los entrevistados.

Ser partícipe de los cuidados de su bebé es otro aspecto en el que IS busca alejarse del modelo tradicional del padre ausente. Sin embargo, reconoce sentir mucho miedo de enfrentarse a los cuidados una vez que nazca su bebé. En varias ocasiones menciona que para él es importante ser partícipe y tener una repartición lo más equitativa posible con su esposa, no obstante, el miedo es algo que se hace presente. Resultó interesante cómo IS fue haciendo frente a este miedo que, en realidad, se ha encontrado presente en casi todos los entrevistados. Un hecho fundamental salió a relucir durante la segunda entrevista. El entrevistado relata el momento del parto en el que la bebé nació. En estos momentos, las parteras pusieron a la bebé en el pecho de su madre, e inmediatamente después, le pidieron a él, le padre, que la cargara mientras ellas terminaban de hacer las curaciones. IS relata haberse sentido muy impactado y con mucho miedo de tener entre sus brazos a una bebé tan pequeña llorando, sin embargo, una de las parteras le dio una indicación sobre algo que podía hacer para que la bebé se calmara. IS lo hizo y la bebé se tranquilizó. El participante relata cómo ese momento inauguró algo muy importante para él, pues le hizo sentir que era capaz de cuidar a su bebé, y le dio una gran seguridad de que mientras estuviera con él, nada le pasaría.

Si bien la angustia no desaparece durante los primeros días después del nacimiento, IS manifiesta sentirse convencido de querer aprender y participar, y a partir de ello cuestiona estos discursos interiorizados sobre la incapacidad de los varones para proveer cuidados: “a ver yo soy hombre y también puedo, y si no sé pues le aprendo. Tampoco [pareja] sabe”. A partir de ello, IS se involucra con todos los aspectos del cuidado, tanto de su bebé como de su pareja, lo cual para él ha sido muy importante en este intento de ser un padre que se involucre. Sin embargo, también reconoce que el ámbito de los cuidados despierta mucha ambivalencia en él, por lo que no todo son sentimientos agradables o positivos, sino que también se lidia con el cansancio, a la frustración y el enojo, como aspectos que también ha vivido y atraviesan su experiencia día a día.

En cuanto a la relación de pareja, el entrevistado reconoce que, desde el embarazo, la transición de pareja a padres ha representado un reto. Para él ha sido difícil evitar el comenzar a pensar a su pareja como madre, más que como pareja, y ha implicado un esfuerzo para él el seguirla viendo de una manera erótica: “Es también mirarla desde estas facetas porque cada uno tiene su particularidad, así tan cerca, la cuestión del sexo, por ejemplo: con cuál de ellas te acuestas, te mueve simbólicamente, ¿no? ¿con la embarazada del bebé?”. Tal parece que la escisión del objeto (pareja), es una moción psíquica ante la cual IS tiene que hacer un trabajo consciente por resistir. Dicha escisión, me parece, habrá de pensarse como una defensa ante el fantasma que aparece de la propia madre cuando los varones se enfrentan al embarazo de sus parejas. Hacia el segundo momento de entrevistas, después del nacimiento de la bebé, el participante siente que ha podido integrar estas dos imágenes de su pareja, pudiendo incorporar la ternura y el erotismo que le despierta. IS vuelve a relatar que ha sido sorprendente para él darse cuenta de lo unido que se ha sentido a su esposa después del nacimiento, tanto de una manera tierna, en la que los cuidados se han vuelto muy importantes, como desde el aspecto sexual, donde el entrevistado menciona, el deseo está muy presente, sobre todo posterior al embarazo.

Otro reto que ubica el entrevistado es el referente a pasar de una relación de dos a una triada. Desde la primera entrevista el participante proyecta que esto representará un reto, pues reconoce que ha pensado que pueden aparecer sentimientos como la envidia, al sentirse el uno o la otra reemplazados por la bebé, y rivalidad, al competir con la bebé por la atención del otro. Es interesante que en esta proyección IS no se ubica como el único que puede ser (o sentirse) excluido, sino que reconoce la posibilidad de que él, en su relación con la bebé, termine por dejar fuera o dejar en segundo lugar a su pareja. Pone el siguiente ejemplo: “yo lo he visto, inclusive... no sé si te ha pasado, pero yo sí: que el papá vaya de la mano con la hija... muy felices y atrás la mujer, muy cultural, muy psíquico, pero hay un detalle: ya están haciendo una rivalidad y no estás mirando tampoco a la pareja”. Hacia la tercera entrevista, el participante vuelve a reflexionar sobre este punto y relata que no ha sido sencillo volver a encontrarse con su pareja, en tanto la bebé

aparece en medio, incluso en la literalidad del espacio en el que duermen, donde menciona son “mamá, bebé y papá”. Esto ha sido vivido por el participante como una separación que en lo racional es comprendida y tramitada como parte del proceso de ser padres, pero que en lo emocional y menos consciente, es vivida también de forma preocupante e incluso como una falta de amor, amor que ahora está concentrado en la bebé. Donde, además, el que suele vivirse como el excluido es justamente el varón. El entrevistado relata:

Así ya es de: ah, ya no me quieres. Sí, sí se siente, y creo eso también... a lo mejor tú dices: ay, bueno, no. Pero ay, ¿qué estará pasando? ¿no? Y creo que también ahí está lo depresivo, o sea porque también ahí pues se siente, como en esto que te digo de espacial de la cama: pues yo estoy acá y tú estás hasta allá.

Nuevamente esta experiencia está marcada por la ambivalencia, pues si bien aparecen estos momentos en los que se siente exclusión y, muy probablemente por lo tanto celos, el entrevistado menciona que también hay momentos en los que se da cuenta del amor que le tiene su pareja: “Y bueno, pues dentro de eso, pues también me siento muy querido por ella; muy protegido, muy apapachado, ¿no? este... en todas las circunstancias; muy apapachado en mi tarea de padre, ¿no? Muy apapachado también como pareja, ¿no?”.

#### 4.1.3. Caso IK

IK es un hombre de 35 años que trabaja en una entidad gubernamental como servidor público. Finalizó una licenciatura y ha dedicado buena parte de su vida a hacer deporte, llegando a practicarlo de forma profesional. Al momento de la primera entrevista, IK llevaba ocho años de relación con su pareja, y aproximadamente seis meses de embarazo.

Desde el inicio de las entrevistas, IK se muestra entusiasmado por el hecho de ser padre, cuestión que habló y planeó con su pareja desde un año atrás. El



actual es su segundo embarazo, pues previamente hubo un aborto espontáneo, lo que despierta y fortalece angustias en ellos relacionadas con la posibilidad de volver a perder a su bebé. Menciona que fue un proceso triste y marcado por la desilusión. Sin embargo, no abunda más en su experiencia afectiva y más bien parece colocar el malestar emocional en su pareja:

Pues una desilusión por completo, o sea... además a ella verla triste, porque entiendo que se embaraza y se nota que viene como una oleada hormonal durísima; y pues ella también tenía sus ilusiones, ¿no? Entonces pues verla triste me pone muy triste a mí.

Este manejo emocional es una constante a lo largo de las entrevistas llevadas a cabo con IK, quien menciona en varios momentos encontrarse frente a la necesidad de contenerse emocionalmente, como una forma que él ha encontrado de responder frente a situaciones donde los afectos son intensos. Esto no es lejano de la forma en la que se ha observado en otros estudios que los varones manejan sus emociones, donde la tendencia es a evadir o a anular la vida afectiva, dado que socialmente la masculinidad implica para los varones no expresar emociones; sin embargo, esto no significa que no las haya, sino que quedan desplazadas de distintas maneras (Boscán, 2008, en Olarte y Keijzer, 2016) . En este caso parece que para IK es más sencillo hablar del dolor de su pareja y reflejarse en él que hablar del propio.

Esto se vuelve a manifestar cuando IK habla del nacimiento de su bebé, donde relata que, si bien el evento desató muchas emociones, sintió que tuvo que mantenerse ecuánime para resolver las cosas que había resolver, es decir, vivió este proceso como una experiencia en la que tuvo que contenerse emocionalmente para funcionar “adecuadamente”. Relata:

Este... reaccionó increíble, o sea, salió llorando, este... la vi moverse inmediatamente y pues esa parte me dio muchísima alegría, ¿no? O sea, estaba así súper fe... o sea, estaba (tartamudea) ¡Lleno de felicidad! Sólo no podía estar gritando y brincando como yo quisiera, esa es la parte contenida

que no pude, o sea... este... Sabes, yo quisiera '¡Tomen eso, en su cara, doctores!'

IK es uno de los varones entrevistados que más abunda en sus fantasías y su deseo en torno a la paternidad, y es posible observar cómo su deseo se encuentra estrechamente ligado al narcisismo, en tanto habla con frecuencia sobre el ser padre como la posibilidad de trascender y ver pedazos de sí mismo en otro. IK hace varias referencias a su entusiasmo por poder transmitirle, enseñarle y compartir cosas de sí mismo con su hija. De diversas formas muestra cómo su deseo de hijo está atravesado por el narcisismo y la "promesa" de trascender y tener una especie de "otro yo". Menciona por ejemplo haber comprado ya una patineta para su hija, pues le quiere enseñar a usarla, así como diversas actividades deportivas. No obstante, ya con el nacimiento de su bebé se da algo interesante, pues el entrevistado comienza a diferenciar su deseo de lo que puede ser el deseo de su bebé. Dicho de otra forma, el deseo de hijo en IK implica pensar al bebé como una extensión de sí mismo, una especie de réplica, sin embargo, el nacimiento y la presencia ya real de la bebé, lo enfrenta con la otredad y la diferencia. Menciona:

También otra cosa que me preocupa es que yo tengo como mucho el sueño de enseñarle muchas cosas y yo no sé qué tanto ella quiera aprenderlas, ¿no? O sea, qué tanto me quiera escuchar, qué tanto quiera compartirlo.

Otro aspecto relacionado con el narcisismo es el relativo a que, desde la vivencia de IK, tener una bebé ha implicado también dejar de pensar únicamente en sí mismo para darle lugar a otro, dicho de otra forma, sacrificar un poco del propio narcisismo para volcarlo sobre su hija. En este sentido menciona:

Lo que sí ha sido es que mentalmente reta, porque durante los... yo creo que desde que nacemos estamos acostumbrados a pensar en nosotros mismo totalmente, ¿no? Y hasta... o sea todo lo que haces es para mejorarte a ti mismo, para ir a la escuela, para ser mejor, lo que sea, entonces esta vez ya no es para ti. Y está muy padre, o sea es muy satisfactorio hacer cosas para alguien más todo el tiempo, o sea no pesa, pero sí tienes que saber que no

eres prioridad absolutamente, o sea ni para ti mismo ¿no? O sea, sí eres importante, claro, pero sí ya tus hijos o tu hija va primero.

Elaborar este cambio de lugar fue todo un trabajo de orden psíquico para el entrevistado, quien ya en el tercer momento, refiere de nuevo a esta elaboración y reflexiona:

Es como entender tu lugar en el mundo, así de güey cálmate, importas mucho menos de lo que crees, ¿no? No es menospreciarme, solo es entender que no soy la prioridad en el mundo de nadie, pero [hija] sí es mi prioridad. Ese entendimiento sí me costó al principio tal vez, trabajo, chocaba con la realidad de [hija] va primero y con el quiero ver la tele, ¿no? Y de repente cuando me di cuenta que no importa y que [hija] sí iba primero y que estaba bien, como que eso me relajó mucho, como que ese chip me cambió mucho, entonces ése es el rollo.

Como es posible observar, IK hace referencia con frecuencia a las pérdidas que implica la paternidad, de acuerdo con la forma en que él lo ha vivido. En este sentido, el asumir la paternidad parece conllevar en algunos casos un proceso de duelo, en el que hay que renunciar a ciertos objetos e incluso a ciertos aspectos de la identidad para dar lugar a otros nuevos que tienen que ver con ocupar un nuevo rol social.

Es interesante también en estos procesos de fantaseo, cómo se significa el hecho de que su bebé vaya a ser niña. IK menciona sentirse temeroso en este aspecto pues al parecer su papel de autoridad puede verse dificultado por el hecho de que sea una niña. Tal parece que sería más sencillo ejercer este papel con un niño, posiblemente porque desde los estereotipos de género, se le ve como más duro y resistente, en comparación con la niña, a quien se le concibe como más tierna y frágil. Otra vía para pensarlo es que la emocionalidad parece entrar en conflicto con ejercer la autoridad, por lo que IK hace referencia que al estar “muy enamorado” de su hija, será difícil ponerle límites:

También las niñas me dan miedo, o sea tener una hija me da miedo porque yo doblo las manos muy rápido, o sea, me cuesta mucho trabajo... si me dicen: 'Quiero un chocolate' no dárselos, entonces, no puedo ser así como papá.

En cuanto a la repartición de tareas, en un inicio IK tiene una proyección que tiende hacia la equidad sobre cómo funcionará la esfera familiar. En un primer momento, refiere que ambos tienen la intención de seguir trabajando, por lo que han pensado en recurrir al apoyo de terceros para llevar a cabo el cuidado de la bebé e intentar repartirse los horarios entre ellos de forma tal que mientras uno trabaja, el otro cuide a la bebé. No obstante, esta proyección inicial se enfrenta con varias vicisitudes una vez nacida su hija. De inicio, después de las primeras semanas posteriores al nacimiento, IK manifiesta sentirse poco apto para cuidar de la bebé. Tiene acercamientos e intenta aprender de las tareas de cuidado, pero con frecuencia expresa sentirse torpe, sentir incluso que su cuerpo es inadecuado para ello. No obstante, habrá que pensar que el cuerpo también está socializado, es decir, no se trata de que tenga un cuerpo poco apto para ejercer cuidados, sino de que ese cuerpo ha sido socializado de tal manera que se vive como inadecuado o incapaz.

El entrevistado reflexiona sobre el contraste con su pareja, a quien dice, se le da de manera más natural. Explica esto porque a su pareja le ha tocado cuidar de otros bebés antes (sobrinos), mientras que él se ha vivido toda su vida alejado de esta esfera. De forma tal que él mismo puede reconocer cómo la socialización es un factor importante en cómo han vivido la crianza él y su pareja. Aunado a ello menciona un factor importante que no es considerado con tanta frecuencia: el tema del cuidado es un tema que se comparte, discute y socializa entre mujeres, sin embargo, entre varones (amigos, familiares...) no es un punto de discusión, algo que se socialice y se comparta. El entrevistado relata:

Yo creo que tuvo que ver con que jugó con muñecas, me lo imagino, ¿no? Y... pues tiene amigas, y sus amigas todas están... sabes... estaban en un proceso de... algunas tuvieron hijos y a ella le tocó acompañar procesos; entonces yo creo que aprendió bastante de eso... Tal cual, pues no platicamos

acerca de cómo cambiar pañales, ¿no? No sé si las chicas sí lo hagan, pero por lo menos con sus amigas que tienen niños y ella ha ido a visitarlos chiquitos, supongo que lo vio. Y... además pues ella si acompañó mucho a su hermana mientras sus hijas fueron creciendo y sí estuvo muy muy cerca. Yo supongo que agarró experiencia y agarró la onda.

Enlazado a estas sensaciones de incapacidad aparece el miedo, palabra que IK repite constantemente cuando se refiere a las primeras semanas de vida de su bebé y los cuidados. Miedo a que se caiga, a lastimarla, a no hacerlo bien, etcétera. Es interesante porque el entrevistado reconoce que estas sensaciones de miedo y de incapacidad lo han llevado a alejarse del ámbito de los cuidados, por lo menos durante los primeros momentos. Refiere que puede darse cuenta de cómo por momentos ha evitado estar en casa durante su licencia de paternidad para evitar estas sensaciones displacenteras. Además de su propia sensación de poca habilidad para llevar a cabo las tareas de cuidado, se suman los mensajes de su pareja quien, desde la mirada de IK, tiene un estilo mucho más aprensivo y le reafirma que él no está haciendo las cosas bien, incapacitándolo también para llevar a cabo estas tareas.

No obstante, si bien en el inicio fue complicado, hacia la última entrevista IK reflexiona sobre cómo la mejor forma de adaptarse y aprender a cuidar de su bebé fue no ceder en su deseo de hacerlo:

O sea, es fácil decir oye está llorando, ten, ¿no? (...) ten y ya me olvido, ¿no? Entonces es una decisión muy simple, pero me doy cuenta que a la larga no está padre, la verdad no está padre porque pues yo, las expectativas que yo tengo como de papá no son ésas, o sea, yo no quiero estar sentado frente al teléfono. Yo tengo muchas ganas de estar jugando, involucrarme; entonces, pues no... como que... el camino fácil no está padre, o sea, no lo veo como la expectativa de vida que quiero.

Como lo expresa el entrevistado, es fácil no involucrarse, es fácil autoexcluirse de las tareas de cuidado, dado que eso no es esperado de los varones y no tiene la

carga social que tiene sobre las mujeres. Sin embargo, lo que hace un papel importante aquí son las propias expectativas de IK, de ser un padre presente. Durante la tercera entrevista menciona:

Todas esas cosas es mucho más sencillo. Y sí ahora ya no solamente estoy nervioso de verla, sino que ahora ya yo quiero, así de 'a ver pásamela, pásamela', entonces sí también ya eso... ya no es un motivo de estrés sino al contrario, es así de qué emoción.

Finalmente, esto le ha permitido algo que va más allá de lo instrumental de los cuidados, le ha permitido generar un vínculo con su bebé, un vínculo particular, padre-hija, independiente del vínculo madre-hija. El entrevistado lo expresa de la siguiente forma cuando se le pregunta cómo han sido estos espacios en los que él solo cuida de la bebé:

Han sido super padres porque yo hago cosas distintas que su mamá, y aunque los dos estemos así como tranquilos y lo que sea, de mi espera cosas distintas la niña [...] me gusta tener mi propia relación con mi hija, no quiero que espere las mismas cosas de mí que de su mamá.

Este vínculo por supuesto atraviesa por lo afectivo pero también por el hecho de desarrollar su propia forma de interactuar con ella, diferente de la de su madre, que le permita sentirse más confiado e involucrado en los cuidados. Con referencia a esto, menciona:

Ya sé que la pongo aquí, ya lo que estoy haciendo es como que no pelo el: '¡aaah muévela así!' Cuando la tengas tú hazle como tú quieras. Yo la tengo aquí y a mí me gusta tenerla así. Porque también siento yo que... eh, tú a los niños les enseñas qué es cómodo, qué es incómodo y qué es ¿sabes? O sea, sí te van... o sea, siento yo que sí hay formas que la cargo que [pareja] no la puede cargar por su tamaño, por su forma de cuerpo, por lo que sea; y al revés: ella tiene bobbies, se la pone en pecho y la niña se acuesta en una

bubbie y está feliz, está dormida... o sea, yo no tengo colchones así; yo sí me puedo poner un cojín aquí y la pongo aquí y la tengo, ¿sabes?.

Otra vicisitud que apareció frente a esta primera idea del entrevistado sobre cómo funcionaría y se organizaría la dinámica familiar tuvo que ver con la proveeduría económica, la cual, hacia la tercera entrevista, ya recaía casi exclusivamente sobre él. La proveeduría es un tema que genera ambivalencia en el entrevistado con respecto a la paternidad pues parece que esta exigencia y este ideal sobre las capacidades que deben de tener los varones para proveer se vuelve una carga grande para él que, además, no necesariamente se cuestiona, sino que se asume para poder pensarse a sí mismo como un buen padre. Refiere:

¿Qué pasa? ¿Qué siento? Pues sí siento crecer una losa enorme en la espalda ¡La veo venir!, o sea desde pensar en qué se siente ser papá: es estar preocupado porque tienes que darle de comer, porque tienes que llevarla a la escuela, porque tienes que pensar en su universidad... o sea, ya ve pensando en esas cargas son las que sí preocupan.

En gran medida a lo que el entrevistado hace referencia con esta “losa” que crece sobre su espalda es a las responsabilidades económicas que implica tener una hija. Es interesante la expresión de IK dado que remite a esta exigencia que recae sobre los varones acerca de tener la suficiente capacidad económica, esto es, ser buenos proveedores, para poder reconocerse como buenos padres y buenos varones. Exigencia además que no necesariamente viene de fuera, sino que existe ya interiorizada en los varones, como un mandato superyóico y que se relaciona con la valoración del yo. Esta “carga” además se vuelve mayor hacia la tercera entrevista, cuando IK menciona que su pareja ha decidido no regresar a trabajar aún y, probablemente, no hacerlo por lo menos durante el primer año de vida de la bebé. Al respecto menciona:

Sí, también es eso, sí me preocupa. Me preocupa para [hija], o sea, tendrá que ir a la escuela, no sé, esa parte si me trae presionado respecto al futuro laboral, que no va tan mal por ahora. O sea, sí ha habido crecimiento y

desarrollo, no me he estancado, pero pues sentir el peso de la responsabilidad, que sea solo mía esa parte no me gusta. Sí me gustaría también compartirla.

Por otro lado, el regreso al trabajo es un momento complicado para el entrevistado, quien unió su licencia de paternidad (cinco días) con sus vacaciones para poder estar aproximadamente 15 días después del nacimiento de su bebé. No obstante, el momento de regresar a laborar es vivido como una separación muy temprana. Esta separación implica preocupación por no poder estar presente para participar en lo que se requiera. Como ya mencionaba, es vivida como una separación muy temprana, y como tal, hay un aspecto doloroso en ella. IK lo menciona como un “shock”, y refiere a lo difícil que fue para él regresar a la rutina cuando todo su interés (su energía libidinal, podemos pensar) estaba colocada sobre la bebé. Menciona haber estado sumamente emocionado por su bebé, con ganas permanentes de regresar a casa para estar con ella y a la vez con necesidad de contenerse emocionalmente para poder trabajar. De nuevo surge este aspecto de la contención emocional. La necesidad de contenerse para ser “funcional”, para resolver cosas, para trabajar. Tal parece que contener ha sido una forma recurrente para el entrevistado de lidiar con la afectividad a la que lo enfrentó el tener un bebé.

En cuanto a la relación de pareja, la trayectoria que se puede observar ha sido interesante, pues claramente ha habido transformaciones a lo largo del proceso de entrevistas. En un inicio, IK describe su relación como muy independiente, en la que se comparten muchas cosas como el gusto por el deporte pero también se viven muy libres, cada uno dedicado a su trabajo, sus intereses y sus amistades. Para IK este funcionamiento ha sido algo fundamental en la posibilidad de disfrutar su relación, aprecia mucho tener sus tiempos, actividades e independencia, cosa que de alguna manera se ve limitada desde el embarazo y, posteriormente, con la llegada de la bebé. En este sentido, IK reflexiona sobre cómo el embarazo ha implicado responder más a las necesidades de su esposa y dejar un poco de lado las suyas: “A veces me estresa, y no es ella, me estresa esa parte de que no tengo mi tiempo, y... lo que quiero es salirme, caminar, no sé, pasear al perro, algo así”.



También refiere cambios en la vida sexual, menciona cómo esta se ha dificultado por las alteraciones físicas que vive su pareja, no obstante, han aumentado las muestras de afecto entre los dos y menciona el entrevistado sentir mayor cercanía e intimidad, la cual ha estado apuntalada en otros aspectos de la relación de pareja y no necesariamente en la vida sexual. En la segunda entrevista, ya nacida la bebé, IK menciona que han surgido nuevas tensiones en tanto lo que deja de hacer uno u otro afectan a un tercero, y en tanto surgen nuevas facetas de la personalidad de la pareja con las que no se había convivido de la misma forma anteriormente. Así lo refiere con respecto a los cuidados, por ejemplo, donde el entrevistado menciona que cada uno tiene formas distintas de ocuparse de ello. No obstante, de nuevo menciona sentirse más unido a su pareja que antes, sintonizados ambos con un mismo objetivo.

En la tercera entrevista, IK significa lo que le ha sucedido a la relación como una evolución, la cual ha consistido en que ya no son dos personas únicamente, sino que hay una tercera. Es decir, se ha pasado de una relación diádica a una triada, y ambos, tanto él como su pareja, se han transformado en este proceso. Esto ha implicado que ni toda su atención esté sobre su pareja, ni la de su pareja sobre él, y, probablemente, que ambos queden investidos de una forma distinta, ya no como pareja únicamente, sino como padre y madre. Lo que parece es que en el momento en el que ese balance sea buscado, la pareja se enfrentará ante un reto importante, consistente en volver a mirarse el uno al otro más allá de la bebé que comparten, que puedan re-investirse libidinalmente.

#### 4.1.4 Caso OD

OD es un hombre de 41 años, con estudios en el área de ciencias de la salud, con nivel de maestría. Se encuentra empleado en su ramo, y vive con su pareja desde hace seis años. Ambos trabajan y sostienen el hogar.

Durante la primera entrevista, el participante relata la experiencia del embarazo como una vivencia con emociones complejas y contradictorias. Reconoce

haber sentido una gran alegría al enterarse de que él y su pareja estaban embarazados (así lo enuncia), pero a la vez identifica que se ha tratado de un proceso donde también aparece el miedo, la angustia y la incertidumbre. Para OD el embarazo se da en el contexto de una relación de más de seis años en la que ambos compartían el deseo de tener hijos. El entrevistado menciona que él ya había querido tener hijos anteriormente, cuando se encontraba en otra relación de pareja, sin embargo, ésta se termina y renuncia a la idea temporalmente, la cual retoma prácticamente diez años después. El entrevistado asocia su deseo de ser padre a la posibilidad de hacer cosas distintas a las que hizo su padre con él, al poder vivirse a sí mismo ahora en ese rol, en ese lugar, y reparar algo de sus vivencias como hijo, deseo que como ya mencionaba, se reactualiza a partir de volver a encontrarse en una relación de pareja estable.

La noticia de que va a ser padre ha traído para el entrevistado una serie de reordenamientos en cuanto a la forma en la que significa diversos aspectos de su vida. Uno de ellos tiene que ver con su vida laboral y sus actividades fuera de casa. A partir de saber que será padre, el participante decidió renunciar a algunas de las actividades que hacía anteriormente para poder estar más tiempo con su pareja y poder acompañarle a lo largo del embarazo. El entrevistado menciona: “Estar con mi pareja, dar un tiempo, darme un tiempo para vivir este proceso juntos, eso ahorita es mi prioridad”. Durante la primera entrevista el participante menciona reiteradamente su ideal de paternidad: él quiere ser un padre presente en todos los aspectos de la vida de su hijo, incluyendo por supuesto los cuidados, el juego y la educación. Refiere también que el dinero y el trabajo se han movido de lugar para él a partir de saber que será padre, y si bien no ha dejado de ser una preocupación, sí ha pasado a un segundo término, siendo lo primero el tener tiempo para pasar con su familia: “Es chistoso porque creo que también antes de tener ahora esta fortuna de ser papá como que el dinero tenía un lugar y ahora, eh..., mi hijo tiene un lugar, el dinero también pero mi hijo lo movió de lugar”.

No obstante, ser proveedor económicamente no es algo a lo que esté dispuesto a renunciar, pues reflexiona que aunque puede incorporar a su vida

aspectos como el cuidado, difícilmente podría dejar de cumplir con su papel como proveedor, no sólo por las necesidades económicas, sino porque gran parte de lo que significa ser varón está colocado allí:

Creo que, al estar tan, tan, tan marcado la cuestión de género, que pareciera que el dejar de ser proveedor, o dejarle de dar importancia creo que también tiene que ver con una cuestión como de dejar de ser, eh..., hombre. Como, o perder ¿no?, eh, tu valor de hombre, como que baja, y es luchar con eso, o sea, está cabrón, está muy cabrón, o sea, te das cuenta, que es un poco lo que te decía o sea..., darte cuenta de que eres machista, está cabrón.

Y si bien el entrevistado está en posibilidades de cuestionar este rol socialmente instituido, reconoce también que es muy difícil salir de ello. El ser proveedor es una definición fundamental de lo que significa ser hombre. Por lo que nuevamente se observa cómo conviven estos dos ideales, por un lado, el de ser un padre presente, involucrado, amoroso, y por el otro, el ser proveedor para poder validarse como varón y, también, como buen padre. El entrevistado menciona:

Por ejemplo, yo pensar en la posibilidad de, de no ser proveedor, ni siquiera lo, lo, lo imagino. O sea, es esa, no sé, no sé...., si no fuera proveedor, no sé qué sería ¿no?, como que estar tan, tan como inmerso en parte de ser hombre, como proveedor, que pienso y digo, no sé, no sé, ni me lo puedo imaginar.

En este sentido el participante reconoce que, aun teniendo un trabajo personal de cuestionamiento sobre su masculinidad, su verdadera prueba será ser padre. Es decir, de manera consistente con lo que se ha propuesto en la teoría (Olavarría, 2011), el entrevistado puede reconocer que ser padre pondrá en fuerte cuestionamiento los roles y estereotipos sobre lo que significa ser hombre y mujer, y el reto será cómo lograr algo equitativo y alejado de la masculinidad tradicional en las prácticas cotidianas. Una de las esferas en las que ha comenzado a aplicar y notar cambios es en su participación en las labores domésticas, menciona:

[Pareja] siempre me ha dicho que soy muy poco atento, que yo creo que sí soy atento, pero siento que ahorita no me tiene que decir nada..., este..., no

sé, cosas de la casa ¿no?, cosas que de repente yo puedo pensar que sí las hago pero realmente, señalo cuando las hago pero no es algo que lo hago cotidianamente, o a veces lo hacía cuando ella me lo pedía, o me decía: oye, haz esto, tal y tal... Ahora siento que hay cosas que las hago, o sea, que las hago porque las tengo que hacer, o sea simplemente, están los trastes, o la ropa, o la arena de los gatos, o sea creo que es algo que he notado mucho que ahora lo estoy haciendo, lo estoy haciendo sin necesidad de, finalmente el ver que se necesita hacer lo hago.

El nacimiento del bebé y los primeros cuidados trajeron también nuevas emociones y retos para OD. Entre otras cosas, despierta una gran ambivalencia y pone en cuestionamiento el ideal del entrevistado de ser un padre involucrado con su bebé y cuidador y varios de los nuevos significados que había estado construyendo en torno al trabajo y el dinero.

Durante la primera entrevista OD comenta que el planteamiento inicial era ambos regresar a trabajar en sus respectivos tiempos y dedicarse a la par al cuidado de su bebé, sin embargo, hacia la tercera entrevista esto cambia. La pareja de OD le comenta que a ella le gustaría quedarse más tiempo en casa para dedicarse completamente al cuidado del bebé, y se toma la decisión de que el sustento económico quede a cargo principalmente del entrevistado, mientras que el cuidado queda a cargo principalmente de su pareja. En este caso es posible observar nuevamente esta especie de retorno hacia un ordenamiento tradicional, aún en una pareja con un amplio cuestionamiento hacia lo que tradicionalmente se ha instaurado como propio de las mujeres y los varones. Cuando se pregunta al entrevistado sobre cómo se ha sentido con este nuevo acuerdo, menciona: “Pues es raro, porque es lo que te decía hace rato, es como ese decreto de que el hombre es el proveedor, y es algo que pesa, pues porque tienes que resolver eso como papá, como hombre”.

Este acuerdo ha generado que el entrevistado pase más tiempo fuera de casa trabajando, del que él deseaba o tenía planeado en un inicio, reduciendo el tiempo que puede dedicar a los cuidados de su bebé. El participante reconoce también

cómo esto ha tenido implicaciones en el vínculo con su hijo, llegando a sentirse distante:

Estoy mucho tiempo afuera y cuando regreso, ha sido una etapa interesante porque ese distanciamiento de [hijo], del vínculo papá- hijo, pues ha sido que al inicio me iba a trabajar, regresaba muy cansado, este, [pareja] estaba muy fastidiada ¿no? De estar todo el tiempo con [hijo]. Entonces me decía así como que pues órale vas y yo varias ocasiones me caché ¿no? que me sentía totalmente incapaz de transmitirle tranquilidad a [hijo], al contrario se ponía peor, más angustiado, casi, casi.

Esto genera en el participante sensaciones con las que fue difícil lidiar los primeros tres meses, como frustración, enojo y tristeza. Y aparece la fantasía de que él no es tan capaz de cuidar de su bebé como lo es su pareja. Que su relación padre-hijo no es tan sólida como la relación madre-hijo. Incluso, menciona haber comentado con su pareja en varias ocasiones: ¿será que mi hijo no me quiere? Esta crisis, como le llama el entrevistado, duró aproximadamente tres meses, pero algo que resultó muy significativo para él que le ayudó a dar cuenta de que sí existía el vínculo padre-hijo fue la mirada y el reconocimiento de su bebé:

Ya empieza a mirar ciertas cosas que le llaman la intención, este, que quiere agarrar y ya poco a poco, empezaba a darme cuenta de que ya me... me empezaba a ver, dije que por fin éste me va a pelar (risas). A partir de que ya empezaba a ver, que ya había conexión conmigo, de voltearme a ver, de mirarme.

Esto resulta interesante porque en las teorías sobre la crianza y los primeros meses de vida de los bebés se habla mucho de la mirada que ellos reciben de sus padres, pero muy poco sobre la importancia que reviste para los padres el recibir esta mirada de vuelta, el sentirse reconocidos por sus bebés, el dar cuenta de que son alguien especial para ellos aun cuando no se encargan de la principal labor de supervivencia, la alimentación. Pero resulta interesante también cómo se hacen estas comparaciones con la madre, parece que surge la envidia y la rivalidad con

ella. Es decir, tal parece que el entrevistado tenía una fantasía muy idealizada de cómo sería el vínculo con su bebé, sin embargo, comienza a comparar sus capacidades para dar cuidado y para relacionarse con las de su pareja, poniendo énfasis en aquello que ella puede hacer y él no: alimentarlo y, estrechamente relacionado, calmarlo. Al respecto menciona:

Yo como hombre, como papá, me siento como mucho más limitado a su mamá, siento que su mamá tiene mucho más aprendido, mucho más abierta a cualquier cosa que tenga que ver con la necesidad de su hijo. Siento que yo estoy aprendiendo, sigo aprendiendo mucho.

Esto genera sentimientos ambivalentes hacia su bebé y hacia el mismo hecho de la crianza. Por supuesto este alejamiento se ve favorecido por la organización en la que la madre se queda al cuidado y él sale a trabajar. Así mismo, se comienza a vivir esta dificultad en el vínculo como rechazo:

Ya de repente, pues, con mis rollos, con mis problemas personales, yo decía ese niño no me quiere, ese niño me rechaza. Entonces ya de repente cuando me doy cuenta ¿no? que es como una etapa, como un proceso, es ¡guau!

Al momento de la tercera entrevista, OD refiere sentirse mucho más tranquilo con la crianza y cómodo con su bebé, incluso mucho más apegado:

Entonces, lo que sí voy sintiendo que ahorita es un momento donde yo siento que el apego en mí, es más evidente. O sea, yo lo percibo más, siento que hace tres meses no lo percibía tanto, a lo mejor no se estaba dando tanto, pero ahorita yo siento que tanto él hacía mí, como de mí hacía a él, ahorita es un momento de apego potente.

Hacia este último momento de las entrevistas y posterior a la crisis referida, el entrevistado reflexiona que, desde su mirada, el vínculo madre-hijo fue muy fuerte desde el inicio en tanto el bebé necesita de su madre para sobrevivir, mientras que el vínculo del padre tuvo que irse construyendo poco a poco, no fue para él algo que surgiera con la misma fuerza desde el comienzo. Aunado a que, en la vivencia del

entrevistado, la paternidad comienza en el momento del nacimiento, es en ese momento cuando él logra tomar mayor consciencia de que es padre, mientras que la maternidad viene desde mucho más atrás, desde la gestación. Esto despierta en él la sensación de ser ajeno (en sus propias palabras). El regresar a la rutina laboral dos semanas después del nacimiento aún a ello, pues limita el tiempo que el entrevistado puede estar en casa y, además, abona a esta sensación de no ser indispensable o tan importante como la madre en la vida de su bebé:

Creo que el tiempo que estuve esas dos semanas, fueron semanas como enfocadas a como a adaptarnos, como mucho en la cuestión de... de cómo vamos a resolver las cosas ¿no? Pero como equipo, como más como familia, como colectivo ¿no? Y ahora que ya no estoy ahí y veo que resuelven cosas sin que yo esté ¿no? creyendo que yo voy a ser indispensable, no es cierto (risas).

A pesar de este reordenamiento en los roles y los nuevos acuerdos de la pareja, OD es un varón que dedica tiempo al cuidado de su bebé y que ha buscado tener una cercanía afectiva con él aun con las dificultades que encontró en los primeros momentos. Esta experiencia lo ha llevado a cuestionar nuevos aspectos de su masculinidad, por ejemplo, acercándose a su propia afectividad de una manera distinta. El entrevistado menciona:

No sé si le pase a todos los hombres, a mí me está pasando poco como...como que me he vuelto un poco más no sé cómo decírtelo, como menos hombre, pero de ese hombre masculino en el sentido de... cómo me ha formado a mí... no sé la manera de... de ver fútbol, o sea nunca había visto el fútbol de una manera tan distinta como ahora la veo, como antes con amigos, o pláticas con otros hombres. O sea, siento que la paternidad me ha hecho resignificar de una manera que todavía no sé cómo decirlo, mi propia masculinidad. No sé exactamente cómo, pero sí es algo que, que me ha hecho como darme cuenta de cosas que antes no, ni siquiera las registraba.

Llama la atención la frase que usa el entrevistado, en la que enuncia que se ha vuelto “menos hombre”, aludiendo me parece a que se ha alejado más de este ideal de masculinidad hegemónico en el que el ser cuidadoso, cariñoso y tierno, así como valorar otras cosas más allá del trabajo y el dinero, no tiene lugar. Lo interesante es que, en la vivencia del participante, no se vuelve un hombre distinto, sino menos hombre, lo cual hace pensar que el ideal y la valoración tradicional de lo que significa ser hombre sigue ahí arraigado en el Ideal del Yo, aun cuando conscientemente se busque hacer un alejamiento de éste. Dicho alejamiento parece tener una clara consecuencia: renunciar o perder algo de ese ideal. Justamente con respecto a la ternura, el entrevistado reflexiona:

En el inconsciente como que había ahí algo de pues como que la ternura tenía un prejuicio pues del que yo me acuerdo sobre el ser hombre. No pues son tiernos, si eres tierno pues no manches se van a aprovechar de ti, no lo sé. O sea, tenía esa idea. Pero ahorita disfruto mucho mi ternura, o sea es así algo que me impresiona porque digo ¡guau!, como van poniendo...formas para ser de una manera, yo creo que es una oportunidad la paternidad.

Este cuestionar su propia masculinidad y alejarse del ideal hegemónico es vivido además como una experiencia solitaria, sobre todo en relación con otros varones. OD reflexiona sobre la dificultad que ha sentido para compartir su experiencia con otros hombres y encontrar resonancia. Menciona:

Yo te puedo decir que amigos, eh..., no me entienden, o sea como que no saben de qué les estoy hablando. Entonces me da un poco de hueva ¿no? (...) El platicar con los hombres en, en esta etapa no escucho mucho eco, no hay mucho eco, se me hace raro. Bueno no ser raro, me gustaría como hablar, poder hablar más de eso pero no....

Cabe mencionar que OD es el único entrevistado que tuvo un hijo varón y, por lo tanto, surgen algunas reflexiones propias de este hecho. Él deseaba tener una hija, menciona que desde que supo que estaban embarazados él pensó que sería padre de una niña, pero, resultó que el bebé sería niño. Con todo lo que el



participante pone en cuestionamiento sobre la masculinidad y su relación con otros varones, esto parece poner sobre la mesa una gran pregunta sobre cómo va a educar a un varón bajo otros estándares sobre lo que significa la masculinidad. De alguna manera, tener un hijo varón lo enfrenta a eso que ha cuestionado y que ha podido ver en los varones de su propia familia, y le presenta el reto de construir una relación distinta con su propio hijo, e intentar construir un hijo con valores distintos.

Pasando a la relación de pareja, OD menciona que también ha atravesado por transformaciones, pero durante el embarazo identifica que estas han sido sobre todo positivas, en tanto se han sentido más cerca, compartiendo más tiempo juntos y mejor compenetrados. En este sentido ya con el nacimiento del bebé, el entrevistado refiere sentirse a gusto con la forma en la que la pareja ha logrado resolver la cotidianidad, pues menciona que ha podido cumplir con su intención de involucrarse en todo lo referente a los cuidados y ha sentido que realmente se ha logrado un trabajo en equipo. Para OD ha sido importante ver a su pareja ahora en su rol de madre y dar cuenta de que le gusta también el cómo es como madre:

La veo y digo me gusta que seas su mamá (risa). Entonces es una sensación como de... le he dicho ¿no? O sea, muchas veces se lo he comentado pero ahorita sobre todo por la cuestión de [hijo] le digo somos buen equipo, o sea creo que nos podemos entender bien, este... podemos hablar de muchas cosas.

Así mismo, reflexiona que ha sido sumamente importante para él tener espacios para hablar con su pareja sobre cómo cada uno se está sintiendo, y darle lugar también a los sentimientos negativos, como la frustración, la desesperación e incluso la tristeza, los cuales ambos han sentido a lo largo de este proceso. Aun así, el entrevistado percibe que ha habido cierto distanciamiento en la pareja, tanto afectivo como sexual, en tanto ambos se encuentran totalmente concentrados en los cuidados de su hijo. Es difícil para el entrevistado poner palabras a lo que esto genera en él, pero reitera “es complicado”, y pone sobre la mesa su intención de que esto vaya cambiando. Tal parece que este distanciamiento momentáneo se ve con mucha preocupación por parte de la mayoría de los entrevistados, quienes

probablemente se viven en cierta manera desplazados por el nacimiento del bebé y establecen cierta rivalidad inconsciente con él.

#### 4.1.5. Caso TH

TH es un varón de 35 años de edad, con estudios de licenciatura en el área de ciencias sociales y especialidad en temas de género. Durante el periodo de las entrevistas, TH no se encuentra laborando en un trabajo formal, sino desarrollando proyectos de forma independiente, como freelance. Lleva siete años de relación con su pareja y seis años viviendo juntos.

TH decide junto con su pareja tener un hijo después de mucho pensar y dialogarlo con ella. Es una decisión que en la forma en la que el entrevistado la relata, parece surgir más de un proceso reflexivo y de diálogo que de un deseo latente. El participante explica incluso que durante muchos años él fue muy consciente de que no quería ser padre y se lo repetía constantemente. Sin embargo, esto cambia a partir de la relación y el diálogo con su actual pareja, con la cual comienza a adquirir un sentido distinto el convertirse en padre y según menciona, comienza a convencerse a sí mismo de que puede quererlo. En este sentido, para TH la decisión de ser padre está muy vinculada a un proceso de pareja, es decir, parece que su deseo está colocado en construir una relación con su pareja y a partir de allí surge el deseo de tener hijos.

A partir de los diálogos con su pareja y con otras personas cercanas a él, en este proceso de reflexión previo a la decisión de ser padre, TH menciona dos motivos principales por los que comienza a resultar atractiva la idea de tener un bebé. Por un lado, la posibilidad de conocerse a sí mismo en otro rol y en otra faceta inexplorada de su personalidad que, según menciona, le puede ayudar a replantear sus prioridades y ver más allá de aspectos que ahora no resultan tan relevantes para él como lo fueron en otro momento, como el “éxito” laboral y el consumo. Por otro lado, surge en él la inquietud de poder reelaborar y reparar aspectos de su

propia infancia teniendo un hijo o hija con quien él pueda ser un padre distinto del que él tuvo. Durante la entrevista relata la siguiente conversación con un amigo:

Me decía él... iba hacia que sí, que tenía razón. Me dice: 'Cuando tuve un hijo me di cuenta de que la oportunidad misma de hacer todas esas cosas que no hicieron conmigo, dejaba eh... o sea, se convertían en la oportunidad, no sólo de hacerlos... de hacerlas con tus hijos –o sea, que es maravilloso para ti y para ellos- sino que de alguna manera se convertían en la forma de hacerlo conmigo. Pero con el migo así chiquito, con los ojos hinchados, ¿no? eeh... y entonces, empezó a ser una gran reconciliación con la vida'. Y cuando yo escuché eso dije: puta, no pues sí... yo sí... igual yo sí quiero eso. ¡Ja, ja, ja, ja!

Es decir, ser padre, abre para TH la posibilidad de ejercer una paternidad distinta y poner en cuestionamiento su ser varón, lo que se ha transmitido a lo largo de su historia y lo que él mismo ha podido cuestionar y deconstruir en los últimos años. Esto lo ha enfrentado a muchas dudas y cuestionamientos en torno a la masculinidad, la parentalidad y la relación con otros varones. Específicamente en este último aspecto, TH responde con enojo ante lo que él identifica como una incapacidad de otros hombres para acompañarse y ser parte de procesos como la paternidad. Al respecto refiere:

Han sido y son ausentes a lo largo de mi vida [refiriéndose a sus amigos varones], no saben qué hacer con esto, no saben cómo estar cerca. Sí, por supuesto que te felicitan y te dan un abrazote y me invitan una cerveza y luego se burlan y hacen cien chistes de eso [...]. Y eso a mí me... me... me... ha sido una gran frustración: el enorme silencio de los hombres.

Esto es una constante a lo largo de las entrevistas, las referencias a su enojo con otros hombres por no involucrarse, por mantenerse distantes ante todo lo relativo al cuidado y lo doméstico. Esto también porque él se vive de una forma muy distinta, en la que ha aprendido a compartir con las mujeres actividades como, por ejemplo, preparar la comida y llevar a cabo actividades domésticas. Pero no sólo

eso, sino tener conversaciones en las que se fomenta la intimidad y la expresión emocional.

Este enojo hacia los otros varones no es del todo actual, proviene de la historia del entrevistado, la cual estuvo marcada por la ausencia paterna y, en general, por una ausencia de figuras masculinas. El entrevistado reflexiona:

Mi papá no estuvo, mis papás, se separaron cuando era muy pequeño; hubo una paternidad ausente, no había papá; mi abuelo falleció mucho tiempo antes de que yo naciera, pero tampoco hubo un abuelo, ¿no? Eeeh.. mis tíos, en cuanto pudieron, salieron corriendo de casa y tampoco quisieron asumir – ni tenían porqué hacerlo- como el rol de ser una figura paterna, a pesar de que nos enseñan... me enseñaron cosas, y a mí me ayudaron mucho en la vida. Eeeh... Pero entonces como esta idea de ser papá, pus no tenía como mucha relación con... con mi historia de vida... y... y eso me ha generado profundas dudas.

Ante estas ausencias y la ausencia de referentes actuales (pensando en sus amigos y otros hombres con los cuales compartir sus dudas y compartir-se), es que surge una de las grandes preguntas del entrevistado: ¿cómo ser padre? Pregunta que, me parece, no es exclusiva de TH, sino común a todos los entrevistados que se han planteado cómo ser padres cercanos a sus hijos en los cuidados y afectivamente, pero a la vez, carecen de modelos de referencia.

Dentro de los acuerdos que TH ha establecido con su pareja a partir del embarazo, está uno completamente contracultural: durante los primeros meses de vida de su bebé, TH se quedará en casa como encargado del cuidado y el trabajo doméstico, mientras que su pareja será la proveedora principal económicamente hablando. Este es un acuerdo que tiene mucho sentido para TH en tanto él quiere experimentar su paternidad de la forma más alejada posible de lo tradicional y, además, se reconoce a sí mismo como buen cuidador y apto para las labores domésticas. En este sentido, TH se diferencia del resto de los entrevistados ya que se trata de un varón que se siente muy familiarizado con el ámbito de los cuidados

y el trabajo doméstico. Según relata esto es algo que ha hecho de tiempo atrás y con lo que se siente muy cómodo, por lo que no aparece esta angustia e incertidumbre tan marcada como en otros participantes con respecto a cómo enfrentarse a algo para lo que no estaban preparados. El entrevistado relata:

Eh... a mí me gusta mucho el cuidado que es muy... muy de todos los días, ¿sabes? Me gusta, no sé por qué, me gusta. Me gusta levantarme todos los días y hacer licuado, y hacer el desayuno, y preparar café, y tender la cama, y me gusta aspirar mi casa...

Es por ello que, durante los primeros días de la crianza, la perspectiva de TH es un tanto distinta a la del resto de los entrevistados, pues si bien reflexiona que se trata de un mundo completamente desconocido, a pesar de todo lo que se haya podido preparar previamente, no se siente menos capacitado que su pareja para llevar estas actividades a cabo. Por el contrario, cuando habla de la incertidumbre y las dificultades de la crianza, las coloca en el mismo lugar para ambos:

La recibimos como lo más preparados que pudimos, eh..., y también, eh... sin saber el millón de cosas que vas a ir aprendiendo poquito a poco junto con ellas ¿no? porque, la verdad no hay una manera de saber qué hacer, casi todos te pueden decir una cosa que tuvo que ver con su embarazo o su parto o su crianza y poco o nada tiene que ver con lo que tú puedas estar viviendo.

Muy importante resulta la reflexión del entrevistado sobre los efectos que ha tenido su participación en la crianza en la creación de vínculos con su bebé, pues a partir de ello es que ella lo reconoce, lo mira, y se siente cómoda con él. Es interesante porque lo que está diciendo el entrevistado es que el vínculo para él, como varón, se ha construido desde otro lado, no desde el cuerpo y la alimentación, sino desde el cuidado y la presencia, como se observa en el siguiente fragmento:

Hablé con un par de amigas y les decía 'oye, güey, me cae que esta cosa de que ves a tu bebé y te enamoras profundamente y cambia tu vida y la chingada, no es cierto (risas), para mí no lo fue' [...]. Tu aprendizaje con la paternidad no va por tu cuerpo, excepto, claro, eh..., estos momentos muy

lindos de cargar a un bebé, de cuando se duerme en tus brazos y sientes su calorcito, de..., de bañarla, eh, excepto de esos momentos en los que tu cuerpo está jugando un papel claro o en darle calor en la noche cuando va a dormir y observar que duerme mejor sí esta cerca de ti, eh..., todo lo demás creo yo que lo tienes que construir a partir de ciertas actividades, alimentarla en el caso de que utilices un poco de formula o de leche de su mamá, cambiarla, pañal se vuelve muy importante, cambiarla de ropa, bañarla, dormirla, pasearla por la casa, eh...

A partir de realizar estas actividades, TH no sólo ha podido hacer vínculo con su bebé, sino que también ha podido hacer vínculo con otras partes de sí mismo no tan exploradas. Reflexiona sobre cómo el dar cuidados ha transformado también profundamente su masculinidad:

Me ha permitido ser un hombre diferente, ser un hombre muy centrado en el cuidado, ser... me va a hacer llorar... encontrar esta parte muy... o sea, estar en una relación muy agradable con... pues con esta parte muy femenina en mí y disfrutarla mucho.

Hacia la tercera entrevista, TH reconoce la ambivalencia en dedicarse al trabajo de cuidados. Si bien manifiesta sentirse muy afortunado de poder vivirlo y dar cuenta del vínculo que está pudiendo crear con su hija a partir de cuidarla, también reconoce el cansancio, aburrimiento y falta de reconocimiento que implica dedicarse casi exclusivamente a ello. Esto resulta importante porque no se trata de romantizar el trabajo de cuidados, sino también de poder hacer visible la relación ambivalente que puede haber con ello, e incluso con la bebé, un ser que durante varios años dependerá prácticamente al 100% de sus padres. En este sentido TH reconoce que junto con lo placentero de tener una bebé, aparecen también sentimientos no tan placenteros: “Estábamos por fin con una copa de vino diciendo no mames, esto es una putiza, y nadie nos había dicho y qué chinga y aparte qué vamos a hacer con ese sentimiento de que ya no hay marcha atrás ¿no?”.

Toda esta reflexión que el entrevistado hace alrededor del valor de la crianza no quita la carga social de la proveeduría que cae sobre los varones. Hacia la segunda y la tercera entrevista, TH da cuenta de que si bien ha resultado placentero y muy satisfactorio para él el dedicarse al trabajo de cuidados, no deja de poner en cuestionamiento frente a otros y frente a sí mismo su masculinidad. Reflexiona sobre cómo este acuerdo genera tensiones con otras personas ajenas a la pareja, y genera tensiones en sí mismo, ya que aun cuando pueda haber un profundo cuestionamiento en él de lo que significa ser varón y padre, los discursos sociales no dejan de tener un peso en la subjetividad, menciona: “los hombres son buenos hombres porque sostienen económicamente a sus familias ¿no?, no porque conozcan a sus hijos”.

Particularmente, no tener un ingreso fijo que le permita aportar económicamente a la familia con regularidad se vuelve un tema que afecta emocionalmente al entrevistado en términos de su propia valoración. Entendiendo que en este ideal de la masculinidad en el que la proveeduría económica es un pilar fundamental, el no llegar, el no cumplir con ese Ideal del Yo, resulta en sentimientos de culpa y malestar:

Choca con la realidad social por un tiempo de decir no estás viviendo tu paternidad como lo son lo papás, y eso suena bien chingón cuando lo platicas con tus amigos, pero no suena tan chido cuando tienes que pagar la cuenta del pan, o tienes que hacer algo porque has estado acostumbrado a tenerlo o no has dependido de que alguien lo pague por ti.

Esta especie de censura hacia la forma en la que el participante ha decidido vivir su paternidad, alejada de los roles tradicionales, no proviene únicamente de él, sino también de diversos actores sociales que refuerzan que reprueban su trabajo como hombre que cuida y a la vez el que no provea: “No se siente bien las críticas, a veces no se detiene uno mucho a pensarlo, sólo no se siente bien... eh..., a veces me siento censurado, vigilado, supervisado, ¿sabes?, quizás eso me lleva a pensar en un tema del no reconocimiento”. No resulta tampoco fácil compartirlo con otros

hombres, cuya mirada al parecer le recuerda a TH que hay algo del ser varón con lo que no está cumpliendo:

La oportunidad misma de estar, a cargo de una bebé, a mí me parece maravilloso... Muy a contracorriente, muy del otro lado de, de lo que nos ha dictado la sociedad para hacer a los hombres y todavía conmovido por ello afectado, inseguro, todavía me puede costar mucho trabajo explicárselo a otros hombres, hay otros que no entienden, hay otros que no me preocupa explicárselos y hay unos que no quiero ni tocar el tema con ellos ¿no?

TH reflexiona sobre cómo al ejercer su rol de cuidador se ha tenido que enfrentar a la forma en la que los trabajos de cuidado se siguen organizando entre mujeres, aun cuando él sea el principal cuidador, las decisiones parecen tomarse entre mujeres, en una cuestión donde por supuesto se juega el poder. El entrevistado reflexiona: "literal, es castrante, de veras, en el sentido de quitarte el poder...". Ante ello reflexiona:

Hay una tremenda, yo ahora la llamo como una desaprobación de cuidado de los hombres para los bebés. Cada que yo salgo a la calle, recibo dos tres miradas de aprobación o desaprobación, de si está bien tapado el niño, o si no está bien tapada, sí come o no come, ¿no? siempre hay comentarios de tipo recomendación. Sí, neta es de 'no mames, no sé qué hubiera hecho sin esta recomendación' [en tono sarcástico].

En cuanto a la relación de pareja, el embarazo y la decisión de tener un hijo es vivida por el entrevistado como un proyecto conjunto, un nuevo proyecto además de otros que ya habían construido juntos anteriormente. Este proceso del embarazo le ha dado mayor lugar a la ternura, aspecto sumamente reprimido en los varones. El entrevistado relata:

Nos ha dado mucha ternura en el sentido de darte muuuchos rinconcitos en la vida para hacerlo manifiesto. Empieza a haber una barriguita, ¿no? Y entonces eso siempre es motivo de muchas cosas y de mucha ternura que yo agradezco



un montón, ¿no? (...) Muchos pretextos para ser mucho más tiernos de lo que pudimos haber sido antes.

Hacia la segunda entrevista, el participante reflexiona sobre las transformaciones por las que ha atravesado su relación de pareja ahora ya con la presencia de la bebé. Menciona que la dinámica ha cambiado de forma drástica en tanto cambian sus tiempos y el orden de casa y de sus vidas, y ambos se encuentran enfocados en el cuidado de la bebé, a momentos “cada uno por su lado”. Aunado a ello, reconoce que las sensaciones de cansancio, fatiga y preocupación han tensado en algunos momentos la relación de formas que no habían ocurrido anteriormente. Esta nueva etapa, implica para la pareja también un re-conocimiento, esto es, conocerse ahora desde un lugar distinto, desde una faceta y un rol que anteriormente no habían experimentado, como nuevas facetas de su personalidad. En participante explica:

Pienso que ella me ve muy distinto en algunos momentos ¿no?, supongo que es..., como yo mismo la veo ella muy diferente, es muy diferente ver a una chica con la que has estado mucho tiempo y has estado muy enamorado, viéndola ser mamá es muy sorprendente ¿no?, te ofrece nuevos rincones de las personas, yo le decía a ella que me siento y me siento a nosotros, eh, desdoblándonos ¿no?

En el ámbito sexual también se da una transformación y una suspensión de la actividad sexual ocasionada, por un lado, por los aspectos físicos y de recuperación, pero por otro y quizás incluso más importante, por las angustias, el miedo y la preocupación de poder lastimar a su pareja, por el cansancio o incluso por una disminución en el deseo de uno o del otro. Esta suspensión, reconoce el entrevistado, resulta para él comprensible, pero angustiante. Despierta miedos sobre cómo van a poder reanudar en algún momento su vida sexual, un espacio que para él ha sido sumamente importante en la construcción de la pareja. Al respecto reflexiona: “Sabes que las cosas están bien si la puedes pasar bien con tu pareja en la cama ¿no?, y el no tenerlo ahora, pero no saber qué está mal, es desconcertante”.

La vida sexual también se enfrenta a las inseguridades que nacen de las transformaciones que viven ambos tanto en sus cuerpos como en sus personalidades al desdoblar esta nueva faceta de padres. De alguna manera, el enfrentarse a la parentalidad también ha implicado para TH y su pareja el reto de re-conocerse, esto es, verse como las “nuevas” personas que son ahora:

Cuando nuestra relación se fue formando, me di cuenta que ella para mí, ella resultaba ser atractiva de una manera mucho más allá de una atracción física, ella me gustaba a mí, ella me resultaba, eh, muy atractiva a un nivel... personal, no sólo físicamente. Y entonces eso sí se ha preservado a pesar de que nuestros cuerpos cambian, a pesar de que el suyo cambia, ella me sigue gustando, ella me sigue resultando atractiva, y yo se lo trato de decir todo lo que puedo y ella trata de crearme todo lo posible sé que no siempre va a ser del todo.

Cabe mencionar en este análisis que el proceso de entrevistas con TH atravesó ciertas particularidades que vale la pena mencionar para analizar aspectos que salen a la superficie a partir de una fuerte crisis. Aproximadamente dos meses antes de que se llevara a cabo la tercera entrevista, ocurrió el sismo del 19 de septiembre de 2017, a raíz del cual la casa del participante quedó seriamente afectada, y se vio en necesidad de desocuparla de inmediato y encontrar un nuevo lugar para vivir. Este evento por supuesto rompió con una cotidianidad que la pareja apenas estaba construyendo con la llegada de su bebé, por lo que durante gran parte de la tercera entrevista se hizo referencia a este acontecimiento y sus implicaciones. Esta entrevista tuvo otra particularidad, se llevó a cabo en la casa del participante, mientras él cuidaba de su bebé, quien estuvo presente durante toda la conversación. Esto resultó interesante porque además de lo que TH verbalizó en esta ocasión, también fue muy valioso observar la interacción con su bebé. En varias ocasiones interrumpió la conversación para cambiarla de posición, alimentarla, cambiarle el pañal o simplemente dirigirle algunas palabras. Interesante resultó también el hecho de que su suegra estaba ahí en casa, y sin embargo fue TH el que se hizo cargo todo el tiempo de la bebé (durante la entrevista) e incluso

fue quien pudo calmarla durante un momento en el que ella comenzó a llorar y su abuela no era capaz de tranquilizarla. Este último evento TH se lo señaló a la entrevistadora, llamando su atención sobre la creencia de que las que saben calmar a un bebé son las mujeres, pero que en este caso es él quien sabe cómo hacerlo con su hija. La mirada de la entrevistadora ante esta situación probablemente resultó importante para TH en tanto se vive en un papel que tradicional o socialmente no le corresponde como varón y se vive poco reconocido por ello.

Volviendo al sismo, éste pone en cuestionamiento para TH la seguridad propia, la de su familia y la de su bebé, específicamente. Resulta importante detenerse en ello porque tal parece que eso es lo que él ha podido proveer durante este tiempo en el que no tiene un trabajo formal, es decir, no provee económicamente, pero provee seguridad y protección, lo cual lo acerca al rol masculino. Como ya decía esto se pone en cuestionamiento con el sismo, sin embargo, TH retoma su papel y es quien se encarga de buscar un nuevo lugar para vivir. Ejercer este rol parece ser algo muy importante para el participante en tanto reafirma algo de su propia identidad y valor. Menciona, refiriéndose al haber logrado conseguir un nuevo lugar para vivir: “para mí fue uf, central para poder estar yo, emocionalmente equilibrado (E: ¿tener su propio espacio?) y también aportarlo ¿no?”. Como se puede observar, esto es lo que TH puede aportar, otro tipo de “capital” como él lo llama, que no es económico, y que saber que lo aporta a él le permite tener cierta calma o estabilidad.

#### 4.1.6. Caso GM

GM es un varón de 33 años de edad con estudios de licenciatura y maestría en el área de ciencias sociales. Actualmente trabaja de tiempo completo en una ONG. Lleva siete años en la relación con su actual pareja y dos años de matrimonio.

Para GM el tener un bebé fue planeado y deseado. Según relata, desde que inicia la relación con su actual pareja para él se vuelve importante hablar de este deseo de ser padre y compartirlo con su pareja. Como se ha podido observar con varios de los entrevistados, para GM este deseo está estrechamente relacionado

con su propia historia como hijo, en la cual refiere haber tenido un padre que no compartió muchas de las actividades que le gustaban a sus hijos y que en sus intentos de estar presente tanto con los hijos de su primer matrimonio como con el del segundo, terminó siendo un padre predominantemente ausente en ambos. El entrevistado reflexiona sobre esta forma de ser y de estar de su padre en comparación con su madre con quien, según menciona, compartió muchas cosas y mantuvo una relación muy cercana. A partir de ello, él construye una imagen sobre qué tipo de padre quiere ser, donde lo principal es involucrarse desde temprano en la vida de su hija. Esto ha significado para él acompañar a su pareja a todas las citas médicas, participar en el curso de psicoprofilaxis, ser partícipe en el cuidado de su bebé y compartir con ella todos los aspectos de la crianza. En este sentido, parece que si bien GM cuestiona el modelo de paternidad que ha recibido de su padre, él se vive dispuesto a construir su paternidad bajo un modelo más cercano al materno.

El deseo de ser padre también parece estar asociado al narcisismo, como se ha visto en otros casos, donde el tener un hijo o hija representa la posibilidad de trascender, incluso de ser mejor a través de otro, donde también parece haber cierto componente de reparación, pero de lo que él mismo no ha podido ser:

Creo que pienso desde que me gustaría formar una persona de bien para este planeta, me gustaría no sé, como también ver una parte de mí que siga en la vida y que también pueda lograr cosas a lo mejor mucho mejores de las que yo he hecho y que pueda como trascender.

A pesar de ser un embarazo deseado y planeado, GM relata que se trató de una experiencia muy angustiante para él. Desde muy temprano aparece la angustia de poder perder a la bebé y el miedo frente a situaciones inesperadas o desconocidas. Esto trajo como consecuencias síntomas somáticos en GM, como mareos e insomnio que parecen estar asociados con la ansiedad que ha desatado en él el saber que será padre. El entrevistado relata:

Y el primer día no dormí, la primera noche más bien. Y [pareja] me decía que qué me pasaba y le platiqué todo lo que pensaba y me dice pues es que nadie sabe ser papá, irás aprendiendo e irás creciendo también con tu hija y desarrollando otras cosas. Y pues sí estoy claro en eso, pero eso no es como que ya diga ah ok, todo resuelto.

Más adelante menciona: “Es como eso el sentimiento que no me deja como dormir o no me deja tan tranquilo, pensar en que te gustaría tener todo resuelto y pues nunca está todo resuelto”. Sin embargo, cuando se indaga más con respecto a esto que le angustia, surge, además del miedo a que algo pueda pasarle a su bebé, el aspecto económico. El entrevistado relata:

Pues mira, yo creo que la que más me preocupa es el tema del dinero. O sea, es decir... me daría mucho miedo pensar que un día no le pueda dar algo porque no me alcanza. Y es desde educación, salud, hasta un día que me diga quiero ropa o quiero un juguete o hasta quiero un viaje ¿no? Esos en diferente medida, pero me preocuparía... ese es como que el tema que más inquieto me tiene, tener una restricción económica y tenerle que decir hijole, no, no puedo.

Resulta interesante que esta sea la principal preocupación del entrevistado aun cuando él mismo refiere que el sostén económico del hogar corre a cargo de ambos miembros de la pareja, repartiendo por la mitad todos los gastos, e incluso su pareja tiene un sueldo mayor al suyo. Por lo que esta preocupación parece tener más que ver con lo que psíquicamente implica para GM la posibilidad de no ser un buen proveedor, y de enfrentarse a esto que él enuncia con frecuencia como “no poder”, no poder dar todo lo que se le pida, no tenerlo todo. En otros términos, me parece que es posible pensarlo como enfrentarse a la castración, colocada simbólicamente en el aspecto económico.

Esto no cambia sustancialmente hacia el último momento de las entrevistas, donde el participante sigue refiriendo su angustia por la proveeduría como algo constante:

Yo creo que viene la única preocupación que hay y que ya había y que esa nunca ha cambiado y nunca cambiará ...risas... es la económica el decir este ojalá siempre tenga los recursos para darle lo que a mí me gustaría darle, se ha clamado un poco, no ha desaparecido.

Durante las dos semanas previas al parto, estas sensaciones de angustia y ansiedad se incrementan aún más y conectan a GM con afectos inesperados:

Era como... tenía cambios de humor muy cañones, este, de repente me daba mucha hambre, de repente no tenía nada de hambre, así también como trastornos alimenticios, me sentía súper abrumado. Antes de que naciera [hija], como desde dos semanas antes, no sé por qué, le contaba a [pareja], cómo llegaron los... como los recuerdos más tristes de mi infancia y me empecé a sentir súper, súper extraño con todo eso, me empezó a dar mucha ansiedad, demasiada ansiedad, cuando se acercaba la fecha.

No obstante, toda esta angustia y estas sensaciones de incertidumbre se aligeran una vez que nace la bebé. Frente a este acontecimiento, GM refiere sentirse fuerte y más seguro otra vez:

Cambió a partir del nacimiento de [hija], antes sí, sí me abrumaba, decía "no voy a poder", o sea "soy un inútil" (risa), este "me va a costar todo el trabajo del mundo" hasta me cuestioné y decía "¿por qué? ¿por qué la vida me dejó ser papá si no sé hacer nada?", no sé pensaba como que me pesaba, pero nació y no. O sea, cambió, cambió para, para todo, o sea ya es como estoy pensando en... la verdad es que muchos de mis pensamientos de antes de "no voy a poder" o "me va a costar trabajo", cambiaron a un "no sé si vaya a poder, pero veré la forma en la que pueda y no como una responsabilidad, sino porque quiero y porque me siento con las ganas de hacerlo, porque me siento capaz.

Sin embargo, toda esta vivencia trajo para GM una nueva relación con su afectividad que permanece hasta la tercera entrevista, como se refleja en el siguiente fragmento:

Bueno, desde que nació me he vuelto una Magdalena, lloro por todo ¿no? El otro día [pareja] me dijo, ni siquiera era la primera semana me acuerdo, yo estaba cargando a [hija] y me dijo "imagínate la primera vez que te diga papá", puta, me lo imaginé y lloré (risas) O sea, dije "no puede ser" (risas).

Sobre la organización de la esfera familiar, se ha planteado que ambos, tanto GM como su pareja, regresen a laborar después del nacimiento (cada uno en sus tiempos correspondientes) dejando a la bebé al cuidado de una de las abuelas, por lo menos durante los primeros meses. El resto del día, mientras no estén laborando, es intención de ambos repartirse equitativamente las labores de cuidado de la bebé. Durante la primera entrevista, poder dedicarse a los cuidados de su bebé es algo que tiene a GM muy entusiasmado, menciona: "es algo que ya hasta siento que me urge hacer, sí, estoy ansioso por hacerlo". Incluso, refiere con entusiasmo que le gustaría, si fuese posible y necesario, quedarse él como padre de tiempo completo para cuidar de su bebé durante algún tiempo. Menciona: "de hecho o sea en algún punto a [pareja] es a la que le va mejor profesionalmente y yo puedo dejar de trabajar pues dejo de trabajar para estar en la casa ¿no?". Ya para el segundo momento, cuando la bebé tenía entre dos y tres semanas de nacida, GM relata que efectivamente ha tenido una participación muy importante en los cuidados de su bebé y ha encontrado este proceso muy placentero. Reflexiona que estar allí frente a su bebé y darse cuenta de que es capaz de cuidar de ella ha transformado su vivencia inicial de angustia:

De alguna forma se calma cuando la cargo, entonces de repente en casa de mis suegros o aquí, yo llego de la oficina y la siento en el sillón y me la acuesto en el pecho, como que me huele y se duerme, este, y eso a mí también me da tranquilidad. O sea, de saber que ella está cómoda conmigo.

El estar presentes y el involucrarse desde un inicio en la crianza de su bebé, parece brindar a los varones una confianza en su capacidad de cuidar que resulta muy valiosa en su posterior participación en estas tareas. Como menciona GM, el dar cuenta de que es capaz de tranquilizar a su bebé lo tranquiliza a él, pero esto

sólo se ha podido construir a partir del vínculo (“como que me huele y se duerme”) que se construye estando presente en los cuidados.

A pesar de que el entrevistado participa en todo lo referente al cuidado de su bebé, algo que se vuelve angustiante para él es sentir que a pesar de que el trabajo se reparte lo más equitativamente posible, su pareja sigue siendo la que más trabajo lleva, en tanto ella amamanta y han decidido no emplear fórmula. Esto parece generar una sensación incómoda de impotencia: “Ahorita eso ha sido, yo creo que lo único que podría decir difícil de mi parte, decir yo estoy viendo que mi esposa está ... pues fundiéndose y no puedo hacer nada para ayudarla”

Aun así, GM es uno de los entrevistados que parece haber logrado un acuerdo y una organización más equitativa con su pareja, claro, sustentado en buena medida por el apoyo de la abuela de la bebé, quien la cuida todos los días mientras ambos padres trabajan. Sin embargo, según el relato del entrevistado, una vez que están en casa ambos se encargan tanto de las labores de cuidado como de las labores domésticas, siendo incluso GM quien dedica un poco más de tiempo al cuidado dado que él tiene un horario laboral más flexible.

Con respecto a la relación de pareja, durante el embarazo GM menciona sentirse en un muy buen momento, compartiendo nuevas cosas con su pareja e intentando comunicarse mucho acerca de sus miedos y expectativas alrededor de ser padres. Con respecto a esto, parece que ambos tienen muy claro en este primer momento que tener una bebé implicará transformaciones en la vida de pareja, con lo cual refiere el entrevistado: “Ella [pareja] me dijo: a ver, no vamos a dejar ni de ser esposos, ni de ser novios ni de ser amigos ni de ser nosotros, nos vamos a enfocar en nuestra hija pero también necesitamos nuestros espacios”.

Sin embargo, las transformaciones que se dan ya con la llegada de la bebé en cierta forma rebasan estas expectativas que GM se había creado anteriormente, y lo que empieza a suceder en la pareja desconcierta y angustia. Tres semanas después del nacimiento de su bebé, GM refiere:



La, la intimidad, no me refiero como sólo a sexual, sino la intimidad de pareja de platicar, de estar y de más, como que ahora es, cambió porque ya nunca estamos solos (risa), porque siempre está [hija], pero nosotros buscamos también como nuestro tiempo ¿no?.

Ya en la tercera entrevista, poco más de tres meses después del nacimiento de su bebé, GM reflexiona:

Es complicado. Siempre dijimos vamos a ser papás de [hija] pero no vamos a dejar de ser la esposa de GM y el esposo de [pareja] ¿Sabes? No queremos dejar nuestra relación de lado, pero... y lo hemos intentado pero... hay un punto en el que es inevitable ¿sabes?.

Cuando se le pregunta cómo se siente él con respecto a estos cambios y a esta sensación de que es inevitable dejar de lado su relación para hacerse cargo de un tercero, el participante menciona:

Pues es que es incierto ¿sabes? Porque la final del día la relación de pareja no se ha normalizado, si lo vieras así muy frío, como que nos estamos alejando como pareja, como que nos estamos acercando como papás de [hija] y nos estamos alejando como pareja este.... y ese sentimiento no nos gusta a ninguno de los dos y lo hemos hablado también y no es algo que me tiene tranquilo porque al final del día no sé qué sigue hacia adelante [...] entonces pues si hay un punto en el que te quedas esa cosquillita de si se puede regresar a eso.

Al enfrentarse a esta relación de tres, también han surgido sensaciones que generan ambivalencia, como los celos. Esto referido al vínculo que el participante observa entre su pareja y su bebé, el cual le ha hecho sentir por momentos envidia:

Creo que lo único que me ha costado trabajo es cuando le da mamitis y hay veces que la cargo yo y llora, llora, llora y hasta la carga su mamá y se calma me da un poco de celos (risas) pero el vínculo que tienen cualquier bebé con su mamá es único y es irrepetible ¿no? [...] Era como decir, por qué yo no

puedo hacer eso, porque yo no tengo ese efecto en [hija] si yo también la amo, la adoro. O sea, sabes, tal vez como que me sentía como al lado de ...no sé ... como que el amor de mamá es algo que se vive... el amor de papá es como... no es el amor de mamá... (ríe).

Incluso llegando a poner en duda el amor que le puede tener su hija frente a esta diferencia percibida en el vínculo:

Un día le dije, uno de esos días que me lloró tanto le dije a [pareja], yo siento que [hija] no me quiere tanto, no me quiere a mí, porque es que lloraba tanto que te juro estiraba la manita y como que me la ponía en la cara y me hacía así como que me alejaba ¿no?

No obstante, se ha sostenido en su deseo de estar allí y es a partir de ello que GM identifica que ha logrado construir un vínculo con su hija, incluso frente a discursos que, desde su mirada, tienden a subestimar el esfuerzo y trabajo que hace por cuidar a su bebé:

A veces te tienden como a ningunear un poco en ese esfuerzo que tú haces, porque el esfuerzo es de la mamá, pero definitivamente siento que este...estas ganas de involucrarme en su vida son las que hacen que nazca un vínculo que no se platica, que no es como muy común, que siento que yo no tuve tanto con mi papá.

Para GM la paternidad ha implicado una serie de renunciaciones que también ha sido difícil elaborar. Ya se ha mencionado en otros casos, pero en el caso de este participante, es muy claro cómo la paternidad implica acceder a otro momento de la vida y, en este sentido, implica también una pérdida, sobre todo de aspectos de la identidad del sujeto. En este sentido, tal parece que la paternidad también puede involucrar la vivencia de un duelo frente a esos aspectos que se pierden. Con respecto a ello el entrevistado menciona:

Pero le dije [refiriéndose a un amigo que está por ser padre]: la verdad creo que algo que vale mucho la pena es que busques tener una paciencia muy

cañona, porque la persona que eras antes de ser papá como que se desaparece, deja de existir cuando eres papá.

Menciona, además, la repartición del tiempo, que se ha organizado de forma muy distinta desde la llegada de su bebé:

GM: Son cosas que no te das cuenta [previo a la llegada de su bebé], cómo de tu tiempo ya no es tu tiempo, ya es 100% el de tu bebé”.

E: Y ¿cómo te sientes con eso?

GM: Mmm pues te diría que con resignación (ríe). Pero pues [hija] es una bebé que no está aquí porque ella quiso venir sino que yo decidí tenerla como familia y que soy su papá entonces es lo que tengo que hacer ¿no? Y al final del día bueno juego con [hija] y siempre y me llena el corazón de felicidad y vale todo absolutamente la pena ¿no?

Es interesante observar en este fragmento cómo algo muy importante que sostiene el atravesar por todas estas renunciaciones es el deseo. Finalmente, menciona GM, la llegada de la bebé estuvo apuntalada en su deseo y su decisión, y esto genera que los cambios se asuman desde otro lugar, diferente quizás al lugar desde el que se asumen cuando no hay un deseo detrás de la llegada de un bebé. Así lo piensa el entrevistado, quien reflexiona:

[Hay otras parejas que...] de forma circunstancial se embarazan y no estaba en sus planes embarazarse y hemos notado como un feeling de ‘es que yo sí quería seguir en la fiesta, es que yo sí necesito mis salidas sola’ ‘yo si necesito tal’ y como que [pareja] y yo, desde que decidimos embarazarnos, nos ayudó a estar en sintonía para decir sí nos gustaría, pero ahorita no es el momento y ahorita queremos estar haciendo esto.

Resulta interesante que una de las renunciaciones que implica la paternidad es la renuncia a pensar casi exclusivamente en sí mismo, algo que también se ha observado de manera reiterada con algunos de los entrevistados. En este sentido, GM menciona:

Entonces la verdad es que el hecho de ser papá dentro de poco me hace pensar en que solamente quiero ser un buen ejemplo para mi hija. [...] Y de verdad no lo hago así como “ay es que ya no lo voy a poder hacer”, sino que de verdad lo hago porque quiero ser un buen ejemplo y lo hago feliz y lo hago consciente. Ya no soy nada más yo.

Esa última frase “ya no soy nada más yo” es a la que me parece debe de prestársele mayor atención para pensarlo desde la forma en la que los varones son socializados. Como menciona Bonino (1999), hay una diferencia importante en la forma en la que varones y mujeres son socializados con respecto a la relación consigo mismos y con otros. Las mujeres han sido históricamente educadas en el “ser para otros”, esto es, dedicarse al bienestar y al cuidado de los otros. Mientras que los varones han crecido en el “ser para sí”, es decir, dedicados a ver por su propio deseo y bienestar. Sin embargo, con varios de los entrevistados esto se pone en cuestionamiento al llegar a la paternidad, donde al parecer se da un tránsito del “ser para sí” al “ser para otros”, el cual se ha observado particularmente en los varones que han sido socializados de forma más tradicional en los roles de género pero que a la vez buscan ser padres involucrados en el cuidado, lo cual, como revela el discurso de GM, implica dejar de verse a sí mismo para poder compartirse con otros y cuidar el bienestar de otros, no únicamente desde la proveeduría, que también puede considerarse como una forma de cuidado, sino del cuidado afectivo.

#### 4.1.7. Caso GS

GS es un varón de 38 años que tiene su propio negocio y a la par estudia una carrera universitaria relacionada con ciencias de la salud. Lleva seis años con su relación de pareja actual.

GS es uno de los entrevistados que más abunda en torno a su deseo de ser padre, sobre todo durante la primera entrevista, en la que habla con entusiasmo sobre la espera de su bebé y todo lo que ha fantaseado alrededor de su llegada. GS piensa por primera vez en querer ser padre cuando tiene alrededor de 20 años,

edad en la cual se encuentra estudiando una carrera universitaria que después abandona. Durante ese tiempo, varias de sus amigas cercanas se embarazaron, lo cual comienza a despertar en él la inquietud de ser padre. Menciona que le gustaba ser cercano a los bebés de sus amigas y disfrutaba cuidarlos, y refiere pensar con frecuencia “yo quisiera tener eso que tú tienes”, refiriéndose a los bebés de sus amigas. Esta enunciación apunta a que el deseo de GS de ser padre se apuntala en una identificación con lo femenino, con la maternidad más que con la paternidad. En consonancia con ello, el entrevistado refiere que prácticamente toda su vida fue cuidado por mujeres, mientras que creció con un padre muy ausente. Cuando se le pregunta qué es eso que veía en sus amigas embarazadas que él quería tener, el entrevistado responde:

Pues yo creía que se sentían contentas, porque te digo a pesar de que les provocaba un esfuerzo doble o triple de lo que normalmente hacían para ir a la escuela eh... pleitos en sus casas, a pesar de que si estaba con ellas el papá o no estuviera, de todos modos yo veía ahí en ellas una emoción de alegría de que es mi bebé y voy a tenerlo voy a cargarlo, entonces creo que ese... esa lucha entre lo aversivo de la situación contra el... la emoción o el amor de tener un bebé, siempre les sacaba lo positivo y yo decía yo quiero eso para mí.

Sin embargo, menciona el entrevistado, este deseo queda suspendido por el hecho de no tener una pareja estable con quien tener un hijo. Él menciona que no le interesaba tener un bebé con cualquier persona, sino poder hacerlo dentro del contexto de una pareja donde, además, el supiera que podría hacerse cargo y realmente ser partícipe de la vida y la crianza de su hijo. Actualmente, GS lleva cuatro años de casado con su pareja y hace tres años que tomaron la decisión de tener un bebé y comenzaron a intentar embarazarse, sin embargo, fue un proceso complejo. Por razones de salud, su pareja tuvo que estar en diversos tratamientos de fertilidad durante por lo menos dos años pero ninguno de estos dio resultado. Fue hasta que decidieron dejar el tratamiento y resignarse a que no podrían tener hijos que, sorpresivamente, su esposa quedó embarazada.

GS recuerda el momento de la noticia como un momento de mucha alegría, totalmente inesperado ante una situación en la que ambos ya se habían resignado a que no podrían ser padres. GS refiere haberse sentido muy presionado durante esta etapa previa al embarazo, dado que había cierta premura de lograrlo por la edad: ninguno de los dos quería dejar pasar más tiempo para llegar a la paternidad. Así mismo, en entrevistado refiere sentimientos de tristeza y depresión al ver que no eran capaces de lograrlo. En este caso, se trata de un deseo muy firme por parte de ambos, el ser padres se convierte en uno de sus principales proyectos de pareja. Sin embargo, cuando finalmente sucede y GS recibe la noticia del embarazo, lo que predomina es la incredulidad y la ambivalencia:

De inicio siempre fue bien ambivalente, siempre fue ¿será cierto? ¿De a de veras es cierto? ¿De a de veras es un bebé? Una vez digo creo que lo expresé mal pero le pregunté a mi esposa ¿de verdad es mío? Yo pensando en que no puedo creer que de a de veras esto sea para mí y ella lo tomó como pues ¿cómo? ¿Con quién más he estado?

Aquí se refleja, por un lado, esta fantasía en la pareja de que la madre tiene certeza de que el bebé es de ella, pero el padre no, el padre “nunca” tendrá certeza sino al ser nombrado como tal por la madre. No obstante, también hay otra lectura posible, que tiene que ver con lo irrepresentable. Con lo difícil que es para los varones representar la presencia de un ser dentro de otro, donde el que no pase de la misma forma por el cuerpo en hombres y mujeres es un factor fundamental. Esto se vuelve a hacer manifiesto en el momento del nacimiento de su bebé, donde GS refiere reiteradamente que a pesar de estar allí y estar observando todo el proceso, prevalecía la incredulidad y una sensación de no poder alcanzar a entender lo que estaba sucediendo. Tal parece que lo Real se presenta en estos momentos y no hay tejido simbólico que alcance a darle significado, y en ese sentido, lo irrepresentable del nacimiento. Y finalmente, en este último fragmento junto con el mismo hecho de no haber podido concebir durante varios años, es posible identificar la ambivalencia, entendiendo que puede coexistir el deseo de tener un hijo y lo opuesto, el de no tenerlo, de manera inconsciente.

Para GS en el momento en el que se sabe que hay un embarazo sus prioridades se resignifican y dos aparecen en la punta de la pirámide. La primera de ellas el aspecto económico, ser capaz de cubrir los gastos que generará la llegada de un bebé, cuando anteriormente las aspiraciones económicas no habían sido de vital importancia para él. Y, en segundo lugar, la protección, se capaz de cuidar de su pareja, protegerles a ella y al bebé. Al respecto menciona: “procuró que no utilice el servicio público, procuró que esté cómoda, procuró que no tenga que estar haciendo cosas pesadas, ummm... en la misma casa ¿no?”.

Retomando la preocupación que se coloca hasta la punta de la pirámide, el aspecto económico, el entrevistado menciona:

Entonces a mí sí me da un poco de preocupación en cuanto a cuando llegue el bebé si realmente vamos a... de alguna forma se tienen que subsanar pero... ¿cómo lo voy a hacer? Para pagar lo que tenemos que pagar, eso sí me ha llegado a preocupar fijate.

Llama la atención la frase “¿cómo lo voy a hacer?” dado que Gs refiere que los gastos de la casa corren de manera equitativa por ambos miembros de la pareja, y sin embargo, cuando habla de esta preocupación por el aspecto económico ahora que serán padres, lo hace de manera individual. Tal parece que, si bien la responsabilidad económica es de ambos, el mandato de ser suficientemente buen proveedor recae sobre él, y no necesariamente desde fuera, sino desde sus propios ideales. La capacidad de proveer que se pone en cuestionamiento con la llegada de un bebé no es la de la pareja, sino la suya, la del varón.

Con respecto a la paternidad, GS se visualiza desde un inicio como un padre para el que participar en las labores de cuidado y ser protagonista de la vida de su hija resulta fundamental. El entrevistado menciona:

Fíjate que a mí me gusta mucho la... el estereotipo de la nueva paternidad ¿no? Me encantaría verme con mi pañalera y con mi rebozo cargando a mi bebé en el metro y yendo por mi esposa ¿no? Ese estereotipo me está

agradando, no sé si sea porque te digo desde hace mucho lo quería, pero no se me hace algo... en lo que no me vea, vaya.

Se vive con incertidumbre ante el momento de llevar a cabo estas actividades, ya que, como varios de los entrevistados, se siente poco capacitado o hábil para cuidar de un bebé. El miedo que más menciona es a poder lastimarle accidentalmente. No obstante, refiere sentirse también emocionado y sobre todo con mucha disposición a aprender. La forma en la que GS se imagina su paternidad está estrechamente vinculada con la forma en la que él se vivió como hijo en relación con su padre. El entrevistado menciona, refiriéndose a su bebé: “quisiera poder transmitirle muchas cosas que yo hubiese querido para mí”. A partir de esta frase relata que su padre fue muy ajeno a la educación de sus hijos y que incluso se salió de casa cuando él nació. Menciona con nostalgia que le hubiese gustado tener un padre con el cual poder compartir cosas, sin embargo, tuvo un padre cuya presencia fue sumamente intermitente, incluso con largos periodos en los que dejaba de saber de él, llegando a verlo durante mucho tiempo como un extraño.

Tal parece que este abandono del padre, particularmente el que se da cuando GS recién nace, se vuelve una herida narcisista para el entrevistado que en su vivencia, se puede reparar teniendo él sus propios hijos y siendo un padre totalmente distinto al padre que él tuvo. Resulta interesante que con un padre que se va de casa en cuanto él nace, lo que a GS le genera ilusión es ver a sus amigas entusiasmadas por su embarazo, luchando por su bebé, justo lo que probablemente en la fantasía de GS su padre no pudo hacer o no sintió: ese deseo de luchar por él. Ahora él quiere vivir esta historia desde otro lugar, el del padre. En este sentido resulta interesante también cómo se ve involucrado el narcisismo y cómo en la procreación se ve la posibilidad de reparar algo de esas heridas tempranas, que son proyectadas en el bebé, pero que realmente tienen que ver con el yo infantil del sujeto.

En este sentido es muy interesante lo que GS relata sobre el nacimiento de su hija: “cuando por fin se abre su última capita y veo su, su cabecita, literal sentí como si yo estuviera naciendo con ella”. Frase que se puede interpretar en diversos



sentidos. Uno de ellos es como esta extensión del propio narcisismo o del propio yo colocado en el bebé, pero otra posibilidad tiene que ver justo con el hecho de ser padre. El nacimiento del bebé implica también el nacimiento de un nuevo Yo, un Yo distinto que tendrá que adoptar una nueva identidad. El entrevistado menciona: “Es tomar identidad de alguien que no eras y que ahora eres. Es como tener una versión punto cero de ti”.

Por otro lado, otra de las fantasías que se manifiestan en el discurso del entrevistado, estrechamente vinculada al deseo de tener un bebé, tiene que ver con el poder darle un hijo simbólicamente a su madre. Menciona:

Y te digo, yo quiero pensar que es como una extensión del cariño que me tienen, pero se me hace difícil el creer que lo quieran. Digo lo creo de mi mamá porque ella sí me habla mucho de mi bebé y seguido cuando la veo es de “ay, te tengo esto para mi bebé y compré esto otro para mi bebé” la veo muy emocionada como si ella fuera la madre, entonces de alguna manera a ella sí le creo con su comportamiento, este... veo que incluso esa sonrisa, ese brillo en sus ojos cuando habla de su nieto, si le creo que lo quiera...

Es interesante cómo el mismo entrevistado lo expresa: “la veo muy emocionada, como si ella fuera la madre”, y menciona también que su madre habla de su nieto como si fuera su hijo. Este hombre, atravesado por lo edípico, como todos, encuentra una forma de cumplir el deseo de la madre y completarla, dándole un hijo, aunque éste sea con otra mujer. Freud habla de la fantasía en la niña de tener un hijo del padre como una forma de “resolución” de lo edípico, pero tal parece que en este varón aparece una fantasía infantil similar, la de darle un hijo a su madre también como una forma de resolución de la conflictiva edípica. Esta fantasía además se vuelve aún más evidente por un hecho que sucede poco antes del nacimiento de la bebé: la madre de GS muere de forma repentina:

Fue muy triste porque tuve que todas mis ilusiones, pues se fueron con ella, yo le decía mucho a la gente que me preguntaba "no me duele tanto que se haya muerto, me duele más lo que ya no vamos a vivir, me duele más el hecho

de no poder llevar ahora a mi nena y que ni siquiera supiera ella que iba a ser niña.

Esto marca los últimos meses del embarazo y GS refiere además de la esperada tristeza por el duelo de su madre, haber perdido algo del sentido de tener una hija, en tanto gran parte de éste estaba en que su madre lo conociera y conviviera con ella.

Con respecto a la vida en pareja, GS menciona que la vida sexual se ha vuelto complicada a partir del embarazo. El entrevistado refiere que ha sentido mucha ternura hacia su pareja, pero lo sexual se ha complicado por mucho miedo a poder lastimar a su bebé o a su esposa durante el acto sexual. Esto se justifica en que durante los primeros tres meses el embarazo fue riesgoso, sin embargo, por lo que comenta el participante no hubo una recomendación médica explícita de evitar tener relaciones sexuales durante todo el embarazo, sino que esto ha tenido lugar en la fantasía del entrevistado. Resulta interesante cómo el entrevistado contrapone la ternura, la cual ha crecido, a la sexualidad genital, lo cual se ha dificultado. Esto hace pensar que más allá del miedo a lastimar a su pareja o su bebé, lo que aparece es una dificultad de integración entre lo tierno y lo pasional, donde parece que lo que le resulta difícil para GS es tener relaciones sexuales con su pareja ahora en la representación de madre.

Así mismo, ya con la llegada de la bebé, GS no reconoce con claridad qué es lo que siente con respecto a la nueva dinámica, pero menciona que un cambio para él importante es que ya no es una dinámica de dos, sino que, en sus palabras, “ahora sí hay algo en medio”. La pareja ha pasado de ser “inseparable”, en sus propias palabras, a una especie de compañerismo donde la prioridad ha dejado de ser ellos para comenzar a ser la bebé.

Previo al embarazo, GS hace referencia a sus miedos, los cuales se concentran sobre todo en el hecho de que su bebé pueda no nacer bien del todo, o nacer con alguna enfermedad, o incluso morir. Es algo a lo cual el entrevistado le da mucho peso y que revela también la ambivalencia que vive durante el embarazo,

con mucho entusiasmo y emoción por el nacimiento de su bebé, pero a la vez con mucho temor. Esto se agudizó sobre todo en el último mes, durante el cual su esposa comienza a presentar mayores molestias e incomodidad y el entrevistado reconoce que surgen otro tipo de sentimientos en él además del miedo y la preocupación, como el cansancio, la fatiga mental y desesperación. Aunado a ello, se suma la muerte de su madre, por lo que en estos últimos meses del embarazo el entrevistado se encuentra en medio de un duelo que para él fue muy importante y comienza a rondar aún con más fuerza el fantasma de muerte.

A partir del nacimiento de su bebé, GS comienza a sentir que sus intenciones de involucrarse con su bebé desde los primeros momentos y ser partícipe de todo el proceso desde el nacimiento en adelante, comienzan a verse coartadas y cuestionadas por los discursos de múltiples actores que intervinieron en el proceso y ante los cuales él se siente excluido. El primer escenario en el que GS vive esto es en el hospital. Comenta haberse sentido parte del proceso durante el nacimiento, donde él estuvo presente todo el tiempo y fue involucrado por el equipo médico, sin embargo, menciona que después de esto, todo se dirigió a la madre, los trámites, las pláticas, incluso el recoger a su bebé para salir del hospital, en sus palabras: “la sensación fue de ‘ah, tú eres el papá, pues qué bueno que estés aquí pero de todos modos, quien lleva la batuta es la mamá’, o sea, este, ‘te agradecemos que estés aquí como papá pero de todos modos pues tú eres un cero a la izquierda, eres un accesorio’. Estos discursos se suman en la experiencia de GS y realmente lo llevan a cuestionar su ideal de ser un padre presente, que se haga cargo de los cuidados. Pronto esta situación se hace evidente en casa, donde su suegra manifiesta su incomodidad en torno al hecho de que GS se haga cargo de actividades de las que tradicionalmente ella tendría que hacerse cargo (como preparar la comida, cuidar a su hija, bañar a la bebé, alimentarla, etcétera). Incluso su suegra le comenta en algún momento que si no debería de estar él trabajando. No obstante, el entrevistado menciona que ha sido un esfuerzo constante no ceder su lugar:

Por eso han sido los conflictos, porque yo no suelto mi lugar, en ese sentido siendo mi hija, pues..., por eso te decía, quien cambia a la bebé soy yo, quien

la baña soy yo, quien, quien..., mientras yo esté en la casa, ellos no pueden acercarse a la bebé y no es que no puedan, sino que simplemente también toman su distancia, que ah bueno, pues está él ¿no?

No obstante, estos mensajes han tenido repercusiones en la vivencia del entrevistado. Él reconoce que le ha generado dudas importantes en cuanto a si está ultrajando un lugar o haciendo algo que no debería de hacer al querer estar tan cerca de su bebé. Es interesante además cómo esto se ve confirmado en distintos entornos, en la universidad, en su proceso psicoterapéutico. De forma que todo parece decirle que lo que está haciendo está mal, que en estos primeros momentos la importante es la madre, y nada más. Esto, menciona el entrevistado, ha impactado su forma de relacionarse con su bebé, pues lo ha llevado a tener cierto distanciamiento por momentos:

Entonces yo ese día, digo, yo me vi en cuanto a mis comportamientos, no me dieron ganas de tomarle fotos, este, le decía a mis suegros si quieren bañarla, pue ahí les dejo el chance ¿no?, este, si fue un, un desapego que tuve con mi bebé, eh, fue una sensación de ruptura.

Hacia la tercera entrevista, GS ha seguido haciendo sus labores de cuidado aún con las dificultades que mencionaba anteriormente, sin embargo, es interesante porque reconoce con más calma que también hay cosas que él no puede hacer, que puede hacer sólo la mamá, refiriéndose específicamente al amamantamiento. Esto es algo recurrente en el discurso de los entrevistados, el hacer referencia a que ellos pueden hacer de todo y ser partícipes de todo pero llegar a ese “núcleo duro” en el la diferencia biológica se hace presente, diferencia que además implica cubrir una de las necesidades básicas del bebé: la alimentación.

No obstante, como mencionaba, en esta última entrevista GS lo plantea con mayor tranquilidad, reconociendo esa diferencia a pesar de que él puede hacerse cargo de su bebé y puede hacer muchas cosas por ella con respecto a los cuidados. Tal parece que hay un tránsito de la envidia y la rivalidad inconsciente con la madre (y las mujeres alrededor, como la suegra) por lo que ellas quieren y pueden hacer y

él no (haciendo referencia específicamente a la lactancia) a un reconocimiento de la diferencia, y de las posibilidades distintas que cada uno de los actores en la crianza tienen para ejercerla. De esta forma, GS parece reconciliarse un poco con su papel y el de los demás, y se mantiene alimentando un vínculo con su bebé a través del cuidado cotidiano. A la par, resulta interesante que, hacia este último momento de las entrevistas, el participante reconoce en sí mismo una sobreexigencia para ser “buen padre” que venía de tiempos anteriores y que ahora pone en cuestionamiento. Se trata, al parecer, de expectativas con mucho peso que ahora puede cuestionar.

#### **4.2. Análisis por fase**

Para este análisis se consideraron todas las entrevistas realizadas a lo largo del estudio, incluso las de aquellos varones que no completaron las tres fases, sino que únicamente participaron en la primera. Por ello, en el análisis de la primera fase de entrevistas se cuenta con los relatos de 10 participantes, mientras que en el de las otras dos fases, se cuenta únicamente con siete.

El objetivo de este análisis fue encontrar los puntos en común y los puntos contrastantes en el discurso de los entrevistados en cada una de las fases en las que se llevó a cabo el estudio. Para ello, se hizo una primera lectura de las entrevistas (por cada fase) y posteriormente, se elaboraron las categorías temáticas mediante las cuales sería posible analizar la experiencia de los entrevistados. Posteriormente, se analizaron las entrevistas y se fueron desarrollando aquellas experiencias comunes y contrastantes de los entrevistados. Como se podrá observar, las categorías presentan cierta variación de fase en fase, pues cada una hizo surgir nuevas temáticas que los participantes abordaron en las entrevistas. Éstas se organizaron de la siguiente forma:

**Tabla 3.**

*Descripción de las fases del estudio y las categorías específicas exploradas en cada una de ellas.*

<b>Fase</b>	<b>Categorías Específicas</b>
Uno  (Entre seis y ocho meses de embarazo)	a) Deseo de hijo/a b) El papel de la fantasía c) Pareja d) La paternidad como un nuevo lugar psicosocial e) El nacimiento
Dos  (Entre dos y tres semanas después del nacimiento)	a) La experiencia del nacimiento b) Paternaje c) Funcionamiento de la unidad doméstica y vida laboral d) Pareja
Tres  (Aproximadamente tres meses después del nacimiento)	a) Los primeros cuidados b) La formación de vínculos con el bebé c) El duelo d) Pareja e) Funcionamiento de la unidad doméstica y vida laboral

#### *4.2.1. Análisis primera fase de entrevistas (3 meses previo al nacimiento)*

En el texto “On becoming a father: reflections from infant observation”, Emanuel (2002) propone que convertirse en padre es un proceso complejo para el varón, conflictivo en sí mismo, en tanto le exige desarrollar nuevas facetas de su personalidad y establecer todo un nuevo orden de vida en el cual se ven involucradas fantasías infantiles conscientes e inconscientes y se reactivan antiguos conflictos psíquicos del pasado.

A partir de las entrevistas llevadas a cabo con 10 varones durante la etapa de embarazo en la espera de su primer hijo o hija, ha sido posible observar toda una serie de fenómenos que confirman la hipótesis de Emanuel (2002). Incluso cuando el bebé aún se encuentra dentro del cuerpo de la madre, representa el inicio de todo un trabajo psíquico y un reposicionamiento subjetivo donde no solamente se ven involucradas las fantasías infantiles y los conflictos psíquicos, sino también el peso de los discursos sociales y sus contradicciones. A continuación, se irán analizando algunos de los temas más importantes recuperados durante las entrevistas.

##### *4.2.1.1. Deseo de hijo/a*

La forma en la que se constituye el deseo paterno es uno de los temas menos explorados dentro de la literatura psicoanalítica, sobre todo en relación con el deseo materno, tema que ha adquirido un peso fundamental dentro de la teoría. El término de deseo, de acuerdo con la concepción freudiana más rigurosa, es de origen inconsciente dado que está ligado a los signos infantiles de satisfacción (Laplanche y Pontalis, 2004). En este sentido, probablemente sería incorrecto asumir que es posible acceder a él fuera de un espacio analítico propicio para dar lectura a las manifestaciones del inconsciente. No obstante, me parece que el relato de los entrevistados permite entrever algo de los orígenes del deseo de paternidad, aunque podamos ver su mera superficie y no necesariamente sus profundidades.

Desde esta posibilidad que nos brinda el discurso de los entrevistados, se ha identificado que uno de los aspectos fundamentales sobre los cuales se constituye el deseo de ser padre es la trascendencia. Tener un hijo o hija, representó para los varones entrevistados la posibilidad de trascender en el sentido de “pasar de una cosa a otra”, “estar o ir más allá de algo”, como lo define la Real Academia Española. ¿Qué es eso de lo cual se va más allá? Probablemente la muerte, la finitud del cuerpo y del ser. Uno de los entrevistados, IK, lo expresa como la posibilidad de ver algo de sí *más allá de él*, verse a sí mismo en otra persona:

La concepción de trascendencia está increíble, o sea... verte... ver pedazos de ti en otra persona está increíble, ¿no? Por ejemplo, en los ultrasonidos, tal vez no veas, pero ves así como su cara y entonces digo: “¡No manches! Esa bolita es parte de mí, esos huesitos son parte de mí.

Otro de los entrevistados, AN, asocia el deseo de ser padre con la posibilidad de que otro sienta lo que él ha sentido, viva lo que él ha vivido:

[Me gustaría] que vivan lo que uno ha vivido, sientan lo que uno ha sentido a su propia manera, y este... que encuentren que el mundo es un lugar bonito.

En este sentido, me parece que podemos pensar el deseo de hijo como un deseo predominantemente de origen narcisista, donde el hijo representa, como pensaba Freud (1914), una reedición del amor infantil dirigido al propio yo. Ya lo proponía Meler en 1998, el deseo de hijo en los varones se registra como un deseo de orden narcisista que, parafraseando a la autora, no se expresa tanto como ser padre sino como renacer. De acuerdo con la teoría freudiana sobre el narcisismo, en los orígenes los primeros objetos de amor para el bebé son él mismo y quienes satisficieron esas primeras pulsiones de autoconservación en el niño. Posteriormente, parte de esta investidura libidinal correspondiente al yo se va resignando para colocarse sobre los objetos externos, no obstante, ella persiste y el yo sigue siendo investido como un objeto de amor. Freud explica la ternura que



padres y madres dirigen hacia sus hijos como una reedición del narcisismo propio que tiempo atrás había sido resignado.

Para el momento en el que Freud escribe “Introducción del narcisismo” (1914), el autor relaciona el deseo de hijo en la mujer puramente con un deseo narcisista: “En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” (p. 86). Tal parece que desde lo que se evidencia en las entrevistas llevadas a cabo para este estudio, el deseo de hijo en los varones coincide con la primera explicación freudiana basada en el narcisismo, se trata de una parte de su propio yo al cual se puede amar como un objeto externo. Así lo muestra también el relato de GM, quien menciona lo siguiente cuando se le pregunta acerca de su deseo de ser padre:

Creo que pienso desde que me gustaría formar una persona de bien para este planeta, me gustaría no sé, como también ver una parte de mí que siga en la vida y que también pueda lograr cosas a lo mejor mucho mejores de las que yo he hecho y que pueda como trascender.

En este fragmento se pueden observar varios de los elementos ya mencionados, como la trascendencia, el ir más allá de la muerte (“ver una parte de mí que siga en la vida”), y un elemento más relacionado con el narcisismo: que pueda hacer cosas mucho mejores de las que yo he hecho. Es decir, este trascender en otro implica además una especie de compensación por aquello que no se ha podido hacer. Por supuesto todos estos elementos habrán de pensarse en relación con la castración, como se elaborará más adelante en la discusión.

Para este momento relativamente temprano de la obra de Freud, todavía no hay un abordaje más específico de la sexualidad femenina como ocurriría más adelante en textos como “La feminidad”, escrito en 1933, donde Freud entra de lleno específicamente al tema y lanza una nueva hipótesis según la cual el bebé es un representante fálico para la mujer, aquello que sustituye al deseo del falo paterno y que genera, temporalmente, la ilusión de completud. Siguiendo esta lógica, tal

parece que un hijo también se puede colocar como un representante fálico en los varones, si bien este parece adquirir otros sentidos.

Si pensamos que el deseo de hijo en el varón está más relacionado con el narcisismo mientras que el deseo correspondiente en la mujer tiene que ver con un sustituto fálico como lo plantea Freud, probablemente el reto para el varón ante el nacimiento y desarrollo de uno hijo o hija será distinto al de la mujer. Tal parece que, en la literatura psicoanalítica, el proceso por el que tendrá que atravesar una madre para dar lugar a la subjetivación de un hijo tendrá que ver con la separación del bebé, no por una cuestión natural, sino porque culturalmente se fomenta ese primer momento de unidad madre-bebé, ante lo cual la misma cultura impone más tarde la ley de separación. Sin embargo, en el varón no se favorece ni se propicia esa primera relación simbiótica con el recién nacido, por lo que para él la separación viene mucho más fácil (como lo reflejan algunos de los relatos de los entrevistados cuando regresan a trabajar), quizás en su caso el reto es de otro orden, el reto es la diferenciación. Retomo aquí nuevamente a Meler (1998), quien escribe:

Christianne Olivier destaca que la fantasía masculina ante la procreación es la de renacer, lo cual sugiere que el amor paternal se dirige a un doble del propio ser, o sea a sí mismo; mientras que la experiencia del embarazo y el parto permiten a las mujeres establecer un vínculo tierno que reconoce en mayor medida la alteridad del hijo. (p. 102).

Así lo deja ver uno de los entrevistados, quien en la primera entrevista (previa al nacimiento) habla de las fantasías que ha tenido con respecto a su hija, las cuales se centran en poder compartir con ella las cosas que le gustan a él: el deporte, jugar en el parque, jugar videojuegos, leer, etcétera. E incluso menciona un detalle curioso: ya ha comprado una patineta para su hija. Durante la segunda entrevista (dos semanas después del nacimiento), ocurre que, lo que él ha fantaseado durante el embarazo, se topa ahora con la realidad, y una de las cosas que reflexiona es alrededor de la patineta: él ya se la ha comprado, la tiene ahí esperando a que su hija crezca y pueda usarla, pero ahora se pregunta, quizás por primera vez, ¿y si no le gusta la patineta? ¿y si no le gusta el deporte como a mí? Nosotros podemos

interpretarlo como: ¿y si esta bebé con la que yo había fantaseado, resulta no ser una extensión de mí?

Por otro lado, Aulagnier (2010) ha propuesto que el deseo de paternidad siempre se encuentra en relación con el propio padre. En este sentido, ha resultado muy interesante en este estudio encontrar que, durante las entrevistas de la primera fase, ocho de diez entrevistados hicieron referencia a sus propios padres sin que esta pregunta estuviera incluida en la guía de entrevista. El proceso mismo de pensar alrededor de estar a punto de ser padres los llevó a hablar de la experiencia con sus propias figuras paternas. La mayoría de los entrevistados se refirieron a sus padres como alguien que quedó a deber, alguien a quien le faltó, principalmente en el ámbito afectivo, y con respecto a quien se cree que se lo puede hacer mejor ahora que están por ocupar ese lugar. Sin duda, es un lugar fundamental de referencia en la construcción de lo que significa ser padre para los varones, como ya lo había señalado Olavarría en 2001, y probablemente no sólo sea una cuestión de referencia sino de reelaboración o resignificación de la relación padre-hijo.

Un ejemplo de ello es el relato que hace IS sobre la relación con su padre y lo que él no quiere repetir en la relación con sus hijos/as:

No quiero ser también ... también está implicado esto, o al menos así lo percibo, este padre sacrificado, que a mí me tocó con mi papá: “No, ustedes cómprense, yo así me quedo” Yo de verdad que me parece que eso es muy vicioso, muy tóxico hacerlo de esa manera, pues porque o sea, parejo, igualdad, desde la más pequeñita, hasta el más grandote.

GS, por su parte, hace referencia a un padre muy ausente, con quien prácticamente no tenía relación y, a partir de ello construye lo que él quisiera lograr en la relación con su hija. El entrevistado relata:

Me imagino contándole historias [refiriéndose a su hija por nacer], contándole cuentos, poder transmitirle muchas veces cosas que yo hubiese querido para mí. Digo... mi papá no estuvo conmigo, mi papá fue muy, muy separado de la educación de sus hijos y cuando yo nací pues de plano salió

de la casa. (...) Me hubiera gustado que fuera un papá. Porque para mí eso de... yo lo veía... te digo yo pasé por todos los estadios, cuando era chico y como él venía nada más de visita a mí me daba miedo, cuando mi mamá se alejaba me daba miedo quedarme con él. Yo lo veía como un extraño. (...) Al final yo tenía mucho miedo de llegar a ser como él, a él yo lo veía solo, lo veía muy descuidado.

Ha sido posible observar que los varones expresan un ideal de paternidad construido en buena medida relación con lo que fue vivido como carencia con sus propios padres, abriendo así la posibilidad de reparar aquello en lo que el propio padre falló, reparación en términos klenianos (Segal, 1982). TH lo expresa con mucha claridad cuando se refiere a una conversación que tuvo con un amigo, tiempo antes de que se decidiera a ser papá:

Me dice: cuando tuve un hijo me di cuenta de que la oportunidad misma de hacer todas esas cosas que no hicieron conmigo, dejaba eeh... o sea, se convertían en la oportunidad, no sólo de hacerlos... de hacerlas con tus hijos –o sea, que es maravilloso para ti y para ellos- sino que de alguna manera se convertían en la forma de hacerlo conmigo. Pero con el migo así chiquito, con los ojos hinchados, ¿no? eeh... y entonces, empezó a ser una gran reconciliación con la vida. Y cuando yo escuché eso dije: Puta, no ps sí... yo sí... igual yo sí quiero eso.

Este nuevo ideal de paternidad involucra ser partícipe de las tareas de cuidado del hijo o hija, construir una relación afectiva intensa desde los primeros momentos y, en términos generales, ser un padre que está ahí día a día, no sólo para proveer económicamente, sino también para compartir, cuidar y disfrutar de sus hijos. Tal es el caso de GS, quien menciona:

Fíjate que a mí me gusta mucho la... el estereotipo de la nueva paternidad ¿no? Me encantaría verme con mi pañalera y con mi rebozo cargando a mi bebé en el metro y yendo por mi esposa ¿no? Ese estereotipo me está agradando, no sé si sea porque te digo desde hace mucho lo quería.

En torno a este mismo eje, JS refiere que para él es fundamental, además de la proveeduría, ser un padre que exprese sus afectos:

No sé, como más afectivo ¿no? Como más demostrativo. Sí, yo creo que me gustaría ser así. Como si bien no a cada rato, pero sí como estar ahí para mis hijas, decir pues aquí estoy, te escucho, te abrazo, tú sabes que te amo.

#### 4.2.1.2. El papel de la fantasía

Laqueur (1992), en uno de sus textos sobre paternidad, hace un análisis histórico sobre la forma en la que ésta se ha significado socialmente en diversas épocas. A partir de esta revisión, el autor sugiere que la forma en la que se ha naturalizado la maternidad y desnaturalizado la paternidad, no compete en absoluto a una cuestión biológica, sino a un tema de poder y legitimidad sobre los cuerpos y la descendencia. A partir de ello relata:

Hume sugiere que el interés y la acción morales están engendrados no por la lógica de la relación entre los seres humanos, sino por el grado en que han sido forjadas conexiones emocionales e imaginativas que conllevan amor y responsabilidad. El 'hecho' de la maternidad es precisamente el trabajo psíquico que hay que realizar para hacer esas conexiones, para apropiarse del feto y luego de la criatura dentro de la economía moral y emocional de la madre. El hecho de la 'paternidad' es de un orden semejante (p. 130).

Si el hecho de la paternidad, como lo nombra Laqueur, consiste en llevar a cabo un trabajo psíquico de realizar conexiones emocionales con el hijo desde que éste es apenas un feto, entonces uno de los principales mecanismos por el cual se puede llevar a cabo es mediante la fantasía. Para Freud (1908), la fantasía es un subrogado del juego del niño, es decir, son los remanentes del juego infantil al que el adulto ha renunciado, y donde encuentra la posibilidad de satisfacer deseos insatisfechos que únicamente puede elaborar y expresar por medio de la actividad fantasiosa. Para Aulagnier (1994), la fantasía de los padres en torno al bebé es uno

de los aspectos fundamentales a explorar respecto de la relación parental e incluso, uno de los aspectos fundamentales en la estructuración del sujeto. De acuerdo con esta autora, el bebé llegará a colocarse dentro de un discurso que le precede, elaborado por la pareja parental, y que lo determinará como sujeto de ahí en más.

Aulagnier observa que, en el caso de la mujer, la relación bebé-madre no espera al momento del nacimiento para existir, sino que ésta puede ubicarse en el momento de la fecundación o incluso antes. Este vínculo está sostenido por la fantasía y por ese discurso que se ha conformado en torno a la maternidad. Y me parece que, si bien la autora no profundiza en ello, queda claro que esa relación previa al momento del nacimiento, ese vínculo con el bebé aún antes de que exista, es también una característica de la paternidad que, igualmente, está apuntalada en la fantasía.

Es por ello que en el presente estudio resultó muy importante explorar las fantasías de los participantes en torno al nacimiento de sus bebés y el hecho de ser padres. Parece ser que el proceso de crearse un hijo/a imaginario/a es parte fundamental del trabajo de la paternidad y comienza mucho antes del nacimiento, incluso, en algunas ocasiones, antes de la concepción, como nos deja ver el relato de IK: *“Yo tengo mucha ilusión de enseñarle... muchas de las cosas que hice en la vida fueron pensando en ‘algún día se las voy a contar a mis hijos’”*.

IS refiere un momento que para él fue muy significativo durante el embarazo. Se trata de un día en el que venía de regreso de una especie de excursión fuera de la ciudad, y mientras se encontraba en el auto empieza a soñar despierto:

Esas dos imágenes me quedaron muy claras, por un lado esta [pareja], me imagino como en un circulito, -como en un video, llamémosle así- [pareja] pariendo, y este... yo la veo como en primera persona, y agarra y me sonrío y me da la mano. Entonces yo se la agarro y como que pasa otra imagen y veo, es un pasto, verde, un balón, y agarra y este... en ese momento, yo lo que vi fue un niño, y agarra y voltea –no tengo los rasgos muy definidos pero era un niño- y me dice: ‘¿Así, papi?’

De hecho, fue posible observar que quienes identifican un deseo anterior al embarazo y han planeado y decidido tener hijos, tienen mucho más elaborado un proceso fantasmático en torno al bebé. Incluso, para algunos de ellos el nombrar a su bebé fue previo al embarazo, es decir ese bebé ya tenía un lugar en la fantasía y en la economía libidinal de esos padres incluso antes de que fuese concebido. Tal es el caso por ejemplo de GM, quien refiere:

Queríamos ya ser papás desde que nos casamos, estábamos conscientes de que queríamos ser papás, y ya habíamos platicado lo de los nombres, cuando me dijo estamos embarazados ya sabíamos que si era niña se iba a llamar Antonella y que si era niño se iba a llamar Andrés y el día que me dijo que estábamos embarazados me puse a pensar hójole, es que Antonella me gusta mucho y es un nombre fuerte, y Andrés no tiene tanto punch entonces si una se llama Antonella y el otro Andrés como que Antonella va a tener mucha personalidad y Andrés no... ¡no sé ni si es niña o niño, no sé si voy a tener niño y niña, no sé si voy a tener dos niñas y yo ya estoy pensando en cómo van a sonar sus nombres!

Mientras que quienes únicamente han asimilado su llegada (mas no la han planeado ni decidido), parecen estar más invadidos por la angustia, lo cual dificulta de manera importante la formación de una relación imaginaria con el bebé que está por llegar. Como se ha mencionado en los análisis de caso, particularmente en el caso de AN, probablemente esta obturación del fantaseo se deba también a la gran ambivalencia hacia el nacimiento de un hijo no planeado, donde las fantasías agresivas hacia el bebé pueden mantenerse alejadas de la consciencia para evitar la tensión que representarían frente a los mandatos superyoicos. Otro ejemplo de ello es el caso de SV, quien menciona:

O sea, que no nos imaginábamos nada de cómo sería un día tener un hijo. Pero, o sea sí, este..., o sea ya lo teníamos en planes pero no, o sea, no estábamos preparados aún. Entonces sí ahorita se nos hace un poquito más complicado porque apenas estamos ahora sí que experimentando la llegada

de nuestro bebito. Entonces sí se me hace así como, como..., difícil ¿no?, de que viene un ser nuevo a la familia.

IK, por ejemplo, refiere durante la primera entrevista haber deseado tener hijos desde varios años antes de que esto ocurriera y relata que el proceso de embarazo fue algo planeado y ampliamente hablado con su pareja. A partir de ello, IK ha fantaseado mucho alrededor de cómo será convertirse en padre y cómo le gustaría vincularse con su hija.

Me he imaginado a mi hija chiquita, me he imaginado a mi hija ya niña, me he imaginado a mi niña ya adolescente, este... sobre todo me he imaginado compartirle cosas; este... enseñarle, jugar con ella, enseñarle el básquetbol, jugar Play Station juntos, leerle un libro, o sea, me imagino jugar en el parque. (IK)

Más adelante, IK refiere:

Por ejemplo en los ultrasonidos, tal vez no veas, pero ves así como su cara y entonces digo: “¡No manches! Esa bolita es parte de mí, esos huesitos son parte de mí. (IK)

Este último fragmento recuerda mucho a uno de los análisis de Piera Aulagnier:

[...] el sujeto hijo no es representado por lo que es en su realidad, un embrión en curso de desarrollo, sino por lo que en otro lugar he denominado *cuerpo imaginado*, es decir, un cuerpo completo y unificado, dotado de todos los atributos necesarios para ello. [...] Lo que observamos, desde nuestro lugar de simples observadores, es que sobre esa imagen, soporte imaginario del embrión, se vierte la libido materna. (Aulagnier, 1994, p. 285).

En este sentido, es posible observar que los varones entrevistados han llevado a cabo un trabajo psíquico en torno al hecho de ser padres, mediante el cual han podido construir un hijo imaginario sobre el cual verter la libido que más tarde invertirá al bebé nacido. Qué consecuencias tendrá este trabajo psíquico de



la paternidad sobre el desarrollo subjetivo del bebé, no lo sabemos aún, pero siguiendo los pasos teóricos de Piera Aulagnier, podemos pensar que será sumamente importante en los procesos de subjetivación del recién nacido. Y pensando en la propuesta de Laqueur, este proceso de fantaseo con el bebé va construyendo vínculos incluso antes de que éste nazca y le va dando un lugar en la economía psíquica del varón.

#### 4.2.1.3. Pareja

Como señala Emanuel (2002), la llegada de un bebé también requiere de importantes adaptaciones en la vida de la pareja, la cual se verá frente al reto de construir una nueva cotidianidad ante la presencia de un nuevo individuo. Este autor señala que uno de los fenómenos más comunes durante este ajuste radica en que el padre pueda sentirse rechazado y excluido de la relación madre-hijo, sensación que puede resultar intolerable para el varón en tanto reaviva su propia experiencia edípica en la infancia.

La vida de pareja y los cambios que ésta atraviesa durante el embarazo fue un importante tema a explorar durante las entrevistas. Cabe recordar que, si bien en esta primera etapa el o la bebé aún ha nacido, éste/a ya tiene una importante presencia en la vida de la pareja, tanto por los cambios que se dan en el cuerpo de la madre como por su presencia en la fantasía. En este sentido, lo que las entrevistas reflejan es que desde el embarazo los varones se enfrentan a la tarea de abrir un espacio en la relación de pareja para integrar a un tercero, como lo menciona IS: “Uno de los aspectos que me parecen más importantes es la cuestión de la pareja, ¿no? Ahí este... inevitablemente es necesario abrir para integrar una tercera personita”.

Por supuesto, esta llegada de un tercero implica para los varones entrevistados la necesidad de “negociar” con sentimientos de exclusión, rivalidad y envidia. El mismo IS. menciona:

También yo no quiero que haya esa rivalidad, porque también yo lo he visto, inclusive... no sé si te ha pasado, pero yo sí: que el papá vaya de la mano con la hija... muy felices y atrás la mujer, muy cultural, muuy psíquico, pero hay un detalle: ya están haciendo una rivalidad y no estás mirando tampoco a la pareja.

Si bien en esta primera etapa la rivalidad, la exclusión y la envidia no se hacen aún tan presentes como se comenzará a observar después del nacimiento, hay casos, como el de JS, en que desde estos primeros momentos el hijo ya es una presencia que marca una separación en la pareja. JS describe una situación interesante donde podemos observar cómo esto se va “cocinando” desde el embarazo. Este entrevistado relata que antes de que su pareja estuviera embarazada, ambos dormían en una cama individual donde cabían bien los dos, sin embargo, a partir del embarazo, su pareja prácticamente lo expulsa (desde la vivencia de JS) de la cama en la que ambos dormían: “*Ahorita sí ya fue como ‘ay ya no estoy a gusto, vete al sofá’*”. Es interesante pensar en la representación que puede adquirir este evento para el entrevistado, pues literalmente queda desplazado del lecho de la pareja para dar lugar al nuevo bebé a pesar de que éste aún esté en gestación. JS reflexiona:

Ahorita sí como que ya extraño ¿no? Y sí se lo decía el otro día como que pues extraño dormir a tu lado... y abrazarte... o a lo mejor que me despierte en la noche y poderte dar un beso... cosas así. Porque al principio pues sí dije bueno está bien, pero ya ahorita sí, así como que es un poco más complicado.

IK, otro de los entrevistados hace referencia al surgimiento de un sentimiento de envidia. Acá vale la pena retomar la forma en la que Melanie Klein conceptúa la envidia, como un sentimiento de enojo, molestia o desagrado hacia una persona que posee o disfruta de algo que resulta deseable para el sujeto, que el sujeto que envidia desearía tener. En este sentido, podemos comprender que en la envidia hay dos partes involucradas: un sujeto que desea poseer un objeto y otro sujeto que posee dicho objeto (objeto en el sentido psicoanalítico de la palabra). De acuerdo con Klein, este es uno de los sentimientos más arcaicos, dado que se

remonta a la relación más temprana y exclusiva que se tuvo con la madre (Segal, 1982). Así pues, IK refiere un sentimiento de envidia dirigido hacia su pareja, pues ella tiene algo que él desearía tener, esto es, una relación estrecha, literalmente de cuerpo a cuerpo con el bebé que se está gestando en su vientre. IK lo expresa de la siguiente forma:

Sí, hace poquito, fue por primera vez que lo sentí [refiriéndose a su bebé, aún en el vientre de su madre], me emocioné un buen, esteee... sí sí me ha tocado, ella lo siente todo el tiempo. Y además, hasta le envidio un poco esa parte de que ella pues la siente, le platica y está todo el día con ella y así, pues está increíble.

Y más adelante menciona:

Me doy cuenta de la conexión especial mamá-hijo, y... pues empiezas ahí yo no lo voy a tener nunca; tendré otra conexión que va a ser la mía con mi hija, pero esa se ve que está padrísima, sí se ve que está increíble.

La forma en la que los varones entrevistados experimentaron estos sentimientos de exclusión, envidia e incluso rivalidad y, sobre todo, la forma en la que éstos fueron elaborados está estrechamente relacionada con cómo se vincularon con el proceso del embarazo, es decir, cuál consideran ellos que ha sido su papel en todo este proceso. A partir del análisis del relato de los participantes ha sido posible identificar formas muy variadas de relacionarse con el embarazo, desde quienes lo han vivido como un proceso que le ocurre exclusivamente a la pareja, esto es, como algo completamente ajeno a ellos, hasta quienes apalabran y viven la experiencia como un proceso que los atraviesa a ambos, independientemente del aspecto biológico. Este último es el caso de IS, quien en diversas formas se incluye en el proceso de embarazo, desde como lo enuncia: "Vivimos... con mi pareja, esto, hace aproximadamente dese... enero de este año, antes de que supiéramos que estábamos embarazados". Hasta su vivencia física, corporal:

Yo en lo personal, me acuerdo muy claro en una ocasión –yo no soy de ascoste... entonces en esa ocasión yo llegué a notar, estaba guisando, me acuerdo muy claro: la moronga. ¡Uuuuy y de repente sí de! “¡Uuuuy pfff aaaascooo!, ¿no? Y así de ¡Tun, tun, tun, tuun!” (Simulando música de suspenso).

También se encontró algo similar en la vivencia de OD, quien igualmente enuncia el proceso de embarazo como “estamos embarazados” y manifiesta haber atravesado por síntomas somáticos comúnmente atribuidos a las mujeres en esta etapa:

Por ejemplo ella dejó de comer, pero ella todo lo que no se comía yo me lo comía pero así como de..., me dio un hambre, no sé si insaciable pero le decía “me como tu comida y no me lleno” ¿no?, o dormir, dormía muchísimo, me costaba mucho despertar, los parpados, como una especie de..., no sé si llamarle este..., como de transferencia de síntomas, algo raro ¿no?

Resulta interesante que fueron tres los entrevistados que mencionaron sentir síntomas físicos del embarazo y los tres tuvieron esa enunciación que se señaló anteriormente: estamos embarazados. Probablemente, esto se pueda pensar como una forma de identificación histérica en términos freudianos, esto es, una identificación con el síntoma del otro a partir de la identificación con su deseo. En contraste con la experiencia de otros entrevistados como AN, quien ha vivido el proceso desde un lugar mucho más ajeno: “Este yo por, ps, yo tenía más angustia por ps es... (inspiración) este como ella está embarazada, ps, yo no puedo ponerme tanto en su lugar porque ps yo no sé cómo se sentiría tener al bebecito en mí ¿No?”.

Otro ejemplo de esta vivencia más ajena lo encontramos en el relato de IK, quien se ha vivido como un testigo un proceso que vive su esposa:

Es muy padre ser testigo también de sus cambios, yo me doy cuenta que ella lo está viviendo, me doy cuenta del contraste que es para mí, porque ella de repente pues se cansa, no se cansaba nunca, de repente ya: “Aaah, (respiración agitada) deja me siento” De repente tiene reflujo, señal de que

está viviendo todo los días, para mí no es nada, yo solamente soy testigo de esa parte.

Finalmente, en esta relación con el embarazo, fue posible observar que la mayoría de los varones entrevistados sintieron que su principal función sería la de proteger a su pareja y a su bebé, al parecer, una faceta que resultó totalmente nueva para la mayoría de ellos:

Mi papel... muy sobreprotector. Porque pues así con el embarazo ya no quiero que le vaya a pasar nada y luego se agarra la panza y yo así de qué, qué, qué, qué pasa, y antes pues no era así. (FR)

De acuerdo con lo observado, asumieron automáticamente este rol de protección tradicionalmente asignado a los varones, junto con el rol de la proveeduría.

Continuando con la vivencia y las transformaciones en la relación de pareja, se encontró que la sexualidad es otro de los aspectos fundamentales que se ven trastocados durante el embarazo. A partir del relato de los entrevistados, se han identificado tres vertientes o tres procesos fundamentales por los cuales atraviesan los varones con respecto a la sexualidad.

En primer lugar, los varones tienen que lidiar con la existencia (o la idea de que existe) un tercero durante las relaciones sexuales, es decir, hay todo un imaginario sobre lo que podrá sentir el o la bebé cuando tienen relaciones sexuales y, sobre todo, temor a lastimarlo. Algunos de los entrevistados han podido mantener la vida sexual con su pareja a pesar de ello, elaborándolo, hablándolo, compartiendo su angustia con la pareja, llegando a acuerdos. Sin embargo, para otros ha resultado más difícil, la angustia ha predominado y ha dificultado la posibilidad de tener una vida sexual activa, como lo muestra el relato de GS: *“Y ella tiene muchas ganas pero yo sigo con esa barrera de ¿y si te lastimo? Y si... y si... ¿de alguna manera le provoco algo a mi bebé?”*. A partir de ello, pareciera que el cuerpo de la pareja se vuelve en cierta forma “extraño”, ya no es el cuerpo de antes,

conocido, sino uno nuevo, uno distinto con el cual puede costar trabajo relacionarse, particularmente, de manera erótica.

En segundo lugar, todos los entrevistados han mencionado que durante el embarazo ha surgido y tomado fuerza un nuevo aspecto de la vida en pareja: los sentimientos de ternura. Cuando se les preguntó sobre los aspectos que habían cambiado en su relación, la mayoría mencionó que ahora sienten mucha ternura, y esto, en ocasiones, contrapuesto al deseo sexual. Ya Freud (1905) advertía en “Tres ensayos sobre teoría sexual” que la libido con la que el sujeto invierte a los objetos del exterior es siempre de origen sexual, no obstante, por efecto de la represión esta puede seguir distintos caminos, sufrir modificaciones en su meta, fin y objeto e incluso terminar por ser casi irreconocible en su origen sexual. Uno de los caminos de la pulsión es precisamente la ternura, que para Freud es justo una satisfacción atenuada de las aspiraciones sexuales por efecto de la represión:

Sus metas sexuales han experimentado un atemperamiento, y figuran únicamente lo que podemos llamar la corriente tierna de la vida sexual. Sólo la indagación psicoanalítica es capaz de pesquisar, oculta tras la ternura, esa veneración y ese respeto, las viejas aspiraciones sexuales... La elección de objeto en la época de la pubertad tiene que renunciar a los objetos infantiles y empezar de nuevo como corriente sensual. La no confluencia de las dos corrientes tiene como efecto tantas veces que no pueda alcanzarse uno de los ideales de la vida sexual, la unificación de todos los anhelos en un objeto. (p. 182, 1905)

Parece ser todo un reto en la vida afectiva de los varones el poder combinar estas dos corrientes afectivas en una sola persona, logrando mantener mociones de ternura y deseo sexual hacia su pareja durante el embarazo, como lo refleja IS:

La cuestión del sexo, por ejemplo: ¿con cuál de ellas te acuestas? Te mueve simbólicamente, ¿no? Con la embarazada del bebé, de que lo he sentido como esta preocupacion de que: oye y si qué onda con la bebé, ¿no la lastimaré?

¿Sentiré? [...] O con la chica que te excita, ¿no? Es la misma por supuesto, pero cuál de ello, porque bien diferente, ¿no?

Esto que menciona IS resulta muy interesante en cuanto refleja la escisión de la pareja como objeto de amor al decir “*con cual de ellas de acuestas*”. Parece que es necesario pensar cómo esta dificultad para que la pareja siga siendo un objeto (en términos psicoanalíticos) erótico cuando se convierte en madre, se constituye también desde el lugar cultural que tiene la maternidad en México. Ya autores como Díaz-Guerrero (2003) o Martha Lamas (1995) han hablado sobre el lugar que ocupa la mujer que es madre en el imaginario de los mexicanos. “Madrecita santa” le llama Lamas (1995), refiriéndose al mito de la madre totalmente abnegada, entregada al cuidado y al amor hacia los hijos, prolífica, sacrificada, y prácticamente omnipotente, muy cercano, como menciona Díaz-Guerrero (2003) a la imagen de la Virgen de Guadalupe. Esta imagen de la mujer que se convierte en madre pareciera implicar una total desexualización, deserotización.

GS parece estar debatiéndose en esta escisión entre la ternura y el deseo erótico, aunado a la presencia del tercero (bebé) que mencionaba anteriormente:

A mi ella me provoca mucha ternura, el cómo le va creciendo su pancita me provoca un qué bonita te ves. Sin embargo, en cuanto a lo sexual ha sido un... un... no quiero decir trauma, pero ha sido difícil. Porque como te lo había mencionado hace rato hubo un riesgo de aborto, digo un par de hematomas que nos dijo el doctor, entonces yo le decía a ella que me daba miedo el hecho de lastimarla o lastimar al bebé, hablando de si llegas a un orgasmo yo sé que va a haber una cierta contracción, una respuesta de tu cuerpo y me da miedo que de alguna manera eso le provoque algo al bebé.

Por último, el embarazo implica también toda una serie de cambios físicos en la pareja. Los entrevistados abundaron mucho en este tema y por lo general respondían prontamente diciendo que les gustaba cómo había cambiado el cuerpo de sus parejas, sin embargo, como menciona Emmanuel (2002), las transformaciones del cuerpo y la forma en la que estas se viven y significan por

parte de los varones es un tema que también puede tener un impacto en la vivencia de la sexualidad. IK deja entrever un poco de ello:

Por ejemplo la parte sexual ha cambiado, obviamente... mmm... ella... está más *horney* pero no puede, ¿no?

E: ¿No puede?

IK: No ha podido porque... ha tenido cosas como que se deshidrata, entonces como que se seca y entonces, no puede... este le dolería. Y este... y... (silencio de tres segundos) no me toca más que ser paciente, ¿no?

O el caso de GM, quien se refiere a estos cambios físicos y reflexiona sobre la dificultad para comprender muchos de ellos:

Yo creo que como hombres estamos bastante estúpidos en lo que pasa con las mujeres y cuando estamos en la parte del embarazo como que no terminamos de entender toda esa cuestión física que les sucede a ustedes.

Enfrentarse al embarazo implica una serie de retos en la relación de pareja que fueron vividos de distintas formas por los entrevistados durante esta primera etapa. Sin duda, el cuerpo y sus transformaciones juega un papel importante, pero también, y quizás aún más, la elaboración que cada sujeto puede hacer a partir de la representación de su pareja como madre. En algunos esto generó distanciamientos en lo sexual, en otros mucha ternura, en otros sentirse muy compaginados y una especie de exaltación del enamoramiento durante esta etapa.

#### 4.2.1.4. El enfrentamiento con un nuevo lugar: lo que implica convertirse en padre

Como ya había mencionado anteriormente, ha sido posible identificar en los varones entrevistados un nuevo ideal de padre en el cual la afectividad y el deseo de participar en los cuidados del bebé juegan un papel fundamental. Sin embargo, esto no significa que el ser padre deje de implicar para la mayoría de los varones entrevistados cumplir con el rol proveedor, algo que sin duda genera angustia.



Es posible observar que muchos de los miedos que los participantes refieren con respecto a ser padres por primera vez giran en torno a lo económico, de forma que el mandato de cumplir con las necesidades de proveduría en la familia sigue estando sumamente fuerte e internalizado en los varones entrevistados, como es el caso de JS:

Yo creo que tengo más como miedos ¿no? Ahora que voy a ser papá, porque me pongo a pensar en todo eso... ehm... también me pongo a pensar en lo económico, y de repente pues a lo mejor aunque mi mujer ha cambiado un poco su visión en ese aspecto no deja de ser como exigente “es que no hay esto, es que no hay aquello, es que...” este... “¿Por qué no has comprado esto?” ¿No?, y pues yo no sé, es que de repente no sé... me gustaría contestarle algo pero no lo hago, decirle como oye pues no manches, yo nunca veo nada de tu parte y pues me reclamas esto y te doy lo que pides y... me da también miedo eso. digamos que... es como con una emoción como que oculta, pero yo creo que oculta por el miedo, por no saber qué hacer, por no saber cómo lo voy a afrontar.

AN, joven de 23 años que recién terminó su carrera, vive con sus padres y se encuentra en la búsqueda de trabajo, menciona sentirse sumamente angustiado por no saber cómo va a ser capaz de proveer a su familia:

Y a parte pues... eehh... como no teníamos un trabajo fijo en ese momento, pues terminando el servicio nos dejan de pagar y pues, todavía no teníamos el título como tal, en físico. [...] Siempre trato de... de aportar lo más que pueda para que ella no se tenga que exigir físicamente o para que coma bien, o para que descansa bien, para que tenga todo lo que ella y el bebé necesitan; entonces, el trabajo y este...el trabajo y el título de la [universidad], pues eran mi principal preocupación.

Más adelante, el entrevistado refleja cómo se debate entre la preocupación por su situación económica y el intentar estar tranquilo, sin embargo, refleja cómo

realmente el encontrar un trabajo con el cual sea capaz de proveer se convierte en un mandato para él ahora que será padre:

Una vez sí me puse un poco mal porque estaba muy estresado porque no conseguía trabajo, pues. Y pues... no vale la pena desgastarse por ese tipo de cosas, si ves que tu familia te está apoyando, si ves que la familia de [pareja] también nos está apoyando, entonces, eeh... lo más lógico sería pues enfocarse en, en ayudarla... en ayudarnos mutuamente y seguir adelante. Las cosas van a bien... entonces pues a echarle ganas. Y no hay nada más que... que pensar.

E: ¿Cómo fue esta ocasión que te pusiste mal? ¿A qué te refieres?

AN: Ah, pues me puse muy estresado ¡Ja, ja! Es que me desesperaba por no encontrar nada de chamba.

En este sentido, ha sido posible observar que junto con el ideal de una paternidad más cercana en términos afectivos y de cuidados, sigue conviviendo el mandato de la proveduría como uno de los ejes principales: para ser padre tienes que ser capaz de proveer, y me refiero a ser padre en el sentido del estatus que del que esta condición puede brindar a los varones, pues no tiene que ver con tener los suficientes recursos para mantener a un bebé, sino con el estatus de padre, y de hombre, que sólo se gana cuando se es capaz de cumplir un rol proveedor. Y este es uno de los principales cambios que viven los varones al ser padres, pues parece que es el hecho de la paternidad lo que los hace enfrentarse ya de lleno al papel social e históricamente asignado a ellos, el papel de proveedores.

Como ya mencionaba anteriormente, en todos los entrevistados esto se vuelve una preocupación que toma un papel fundamental, incluso en aquellos en los que hay un distanciamiento y un ejercicio crítico de los discursos tradicionales de género. Ejemplo de ello es el relato de IS, quien a partir de su trabajo y su formación ha tenido oportunidad de cuestionar los estereotipos de género y llevar a cabo un profundo proceso reflexivo en torno a la paternidad, y sin embargo, cuando le

pregunté sobre qué ha cambiado en él mismo a partir de saber que es padre, lo primero que surge es con respecto al rol proveedor:

Ya está cambiando, esteee... en aspectos muy generales, inclusive, pero también muy personales; este... uno de ellos, por ejemplo, que me he... que he notado ya, yo ta estoy también ya... no huyéndole a este rol de proveedor, de verdad, eh... tengo que responsabilizarme de mis necesidades, de las necesidades de mi familia.

Otro ejemplo es el testimonio de JS, quien tiene un trabajo estable y gana lo suficiente para sostenerse a él y a su familia, sin embargo, no lo suficiente como para ser validado por otros como un buen proveedor y, por lo tanto, un buen padre:

Para ellos [suegros] pues vivimos como una situación muy precaria... de hecho mi suegra llegó a decir ‘¿cómo es posible que no hayas pensado antes de embarazarte, van a traer a otra persona a sufrir al mundo?’ que no se qué. Porque pues ellos son mucho de la idea de... ellos son como muy desde mi punto de vista materialistas, entonces si no tienes los elementos, una situación bastante sólida pues para ellos no es como válido, o al menos así lo ven ellos.

O en esta otra situación: “El otro día recién que se había embarazado mi mujer yo le decía ay ojalá fueran gemelos. Y de repente mi suegra dice ‘ay, dice aparte de pobre, loco””.

Por otro lado, se ha observado que varios de los varones entrevistados identifican que convertirse en padres implica también una especie de renuncia, la cual parece estar muy anclada en los discursos sociales sobre lo que significa ser varón y que, por supuesto, adquiere un peso en su decisión de ser padres, pero que a la vez puede ser cuestionada a partir de su vivencia como un discurso social que no necesariamente coincide con su percepción.

Uno de los entrevistados, IS, refiere:

Queremos desbordarnos en este deseo, pero también están estas circunstancias, porque trabajamos, estudiamos, cada uno hace sus cosas

personales. También al final creo que ahí está, este... implicado: 'O es una, o es la otra' Pero parece que hoy en día no es tanto.

Con esto el entrevistado hace referencia a comentarios de sus padres como "aprovecha antes de tener hijos", "ahorita puedes hacer lo que tú quieras", "mejor viaja", "ten mujeres", "se libre", señalamientos que para él significaron que el ser padre sería una pérdida, y sin embargo, ha podido resignificar esos discursos y menciona:

Pues ya de verdad que sí puede ser una pérdida muy tremenda. Entonces este... sí yo creo que está presente, pero... como lo transitas sería la diferencia [...] Me parece hoy en día no es tanto, pero está ahí presente, ¿no? 'Esto lo tienes que dejar'. (IS)

De manera similar lo ha percibido TH, quien se refiere con molestia a este discurso que predomina, desde su punto de vista, en los grupos de varones:

Sí, por supuesto que te felicitan y te dan un abrazote y me invitan una cerveza y luego se burlan y hacen cien chistes de eso [...] Lo siento en los 200 mil chistes que hay alrededor de todo lo que perdiste por tener la noticia de que vas a ser padre, ¿no? De: ¡uuuy, no, despídete de tal y tal libertad. Olvídate de que te levantes temprano. ¡Ya no te vamos a ver...!

No obstante, hay también entrevistados que sí lo han vivido así, como una renuncia o una pérdida de una forma de vida para adentrarse de lleno a otra, sobre todo aquellos para los que el embarazo fue inesperado. Tal es el caso de SV:

Qué crees, que al principio se me hizo muy difícil porque pues a lo mejor uno está acostumbrado a irse, no sé, salir y son cosas que dices ahora ya no son tan frecuentes que las tengas que hacer porque más que nada un hijo, una responsabilidad. Y son cosas que han cambiado igual en tanto en el aspecto, este..., psicológico cuando empiezas a ver qué es lo que te falta, más que nada cómo vas a sacar a adelante a tu familia, son esos aspectos donde sí empiezas a ver todos esos aspectos.

FR, otro de los entrevistados, describe que antes de saber que su pareja estaba embarazada él era “un desmadre”, refiriéndose a que tenía una vida social muy activa, con menos preocupaciones que ahora. Y refiere cómo el ser padre ha implicado para él una renuncia: “Me acuerdo cuando les dije la primera vez, nadie me creía (risa) porque siempre fui el más relajado, y que nunca iba a sentar cabeza”. Y más adelante refiere: “Pues sí es un poquito complicado, es cuestión de cambiarte de chip, de que realmente sabes que ya no serán las cosas de antes y pues lo disfrutas, es una buena etapa, no es una mala vida”. Esto último, suena más a una racionalización, es decir, una defensa ante lo displacentero que probablemente resulta para el entrevistado pensar en esta renuncia.

Otro de los entrevistados, IK, refiere en un tono similar que para él la paternidad ha implicado dejar de pensar en sí mismo, dejar de ser prioridad para darle un lugar a la bebé que llega. Si bien menciona que al principio esto fue difícil porque igual que en el caso de IS fue vivido como una pérdida, actualmente ha implicado para él un proceso de resignificación en el que puede dejar de ser prioridad, dejar de verse exclusivamente a sí mismo para ver a otros como su hija y su pareja.

Por otro lado, este ideal de paternidad del que se ha hablado previamente en el que obtienen un peso fundamental el cuidado y el afecto, se topa de frente con los discursos sociales en los que se sigue privilegiando un rol paterno más tradicional. Esto por supuesto lleva a un choque y un conflicto para los varones que han tenido la oportunidad de cuestionar estos mandatos tradicionales y que buscan involucrarse, por ejemplo, en los cuidados del bebé, desde cambiarle pañales, darle de comer, bañarle, etcétera. Tal es el ejemplo que nos brinda IS en su relato:

En algún momento como mi sobrinita, como te comento tiene un año, entonces este... también la he disfrutado mucho; inclusive ha sido como un poco de práctica ¡ja,ja! Entonces me acuerdo en una ocasión así de: ‘Oye y ¿sí puedo cambiarle el pañal?’ mmmm, me voltearon a ver mi hermana y así como de: - Perdón la palabra, no- ‘¡Usted está loco!’ ¡Ja, ja! Entonces este... pero a pesar

de que somos, bueno, me dejaron por supuesto entrar, sí fue de 'Ay, tú no sabes'

En este tema de los discursos sociales que siguen predominando en torno a la paternidad, TH, un hombre que ha dedicado bastante tiempo de su vida a trabajar con temas de género y cuestionar su propia construcción de la masculinidad, expresa su molestia en referencia a la forma en la que otros varones se relacionan con su paternidad, los silencios en torno al tema y la falta de redes de apoyo entre varones. Refiere cómo con otros hombres es muy fácil ir por una cerveza y hablar de fútbol, pero cuando se quiere hablar de un tema como la paternidad, las puertas se cierran:

Y eso a mí me... me... me... ha sido una gran frustración: el enorme silencio de los hombres. [...] Eeh... teniendo discusiones con personas alrededor del tema de... pues de la paternidad; y con mucha frustración por... por... en ocasiones no encontrar como un diálogo que a mí me permita resolver un montón de dudas. [...] Entonces sí, sí es un camino solitario y la paternidad es un camino solitario también –Creo yo- tristemente, ¿no? Eeh... no hay muchas cosas pensadas para los hombres, para que los hombres se pregunten cosas. (TH)

#### 4.2.1.5. El nacimiento y la angustia de muerte

Para los varones entrevistados, el momento del nacimiento, que está próximo a llegar, representa también una situación angustiante en tanto aparece la posibilidad de la pérdida, tanto del bebé como de la pareja. Como menciona uno de los entrevistados, los afectos que se presentan durante el embarazo y mientras más se acerca el nacimiento son muy complejos, puesto que junto a la alegría y la vida, también está invitada la muerte, como fantasma y como posibilidad real. AN, por ejemplo, lo expresa así:

Pues... ps me da mucha angustia de que ella se vaya a poner mal y que por obvias razones el bebé también se vaya a poner mal; entonces, me he sentido tranquilo en el aspecto de que he podido estar con ella y acompañarla paso a paso durante todo el trayecto del embarazo.

FR menciona:

Pues... así como que miedo, la verdad mucho miedo a perder a la bebé ¿no? O sea, sí sí, no se.... A perderla y ese es mi miedo, que les pase algo a ellas, así muy enfocado a ellas a ellas, que estén bien, que coman bien, que el crecimiento del bebé y así, pero me da así mucho, mucho nervio, y miedo en cuestión de ellas.

GM refiere: "Pues que algo saliera mal, que algo pusiera en riesgo la salud de alguna de las dos, ese sería el miedo creo que más latente que tengo". Como se puede observar, los tres entrevistados refieren sentirse angustiados o con miedo ante la posibilidad de que algo le pueda pasar a sus bebés y a sus parejas, a lo largo de todo el embarazo pero especialmente durante el momento del parto. Como ya mencionaba, esto hace a los varones enfrentarse a una gran ambivalencia, donde conviven sensaciones de emoción y felicidad ante el nacimiento de sus bebés, pero también mucho miedo y angustia.

TH reflexiona:

A mí me da miedo porque tengo claro que es el momento de mayor riesgo. Es un riesgo real para... para nuestro bebé y para la vida de mi pareja. Hace poco yo lo hablaba con ella y le decía: "¡O sea, no mames! Verdaderamente te lo agradezco porque tú te estás jugando el pellejo en esto" [...] Es que es real, o sea, es real que [pareja] pueda morir en el intento. Es real, real, real... o sea, un buen día yo puedo regresar del hospital con un nene y sin mamá, o sin ninguno de los dos, y regresar solo en la vida, y... y me aterra, ¿no?

Este último fragmento remite de nuevo a la angustia que despierta la posibilidad de enfrentarse a una pérdida y, quizás, a quedarse sólo. Pero remite

también a la posibilidad de que junto con la angustia a parezcan sentimientos de impotencia. El entrevistado menciona “ella se está jugando el pellejo en esto”, ante lo cual él parece quedar como un espectador, que no tiene mucho que hacer más que esperar no perder. Frente a este miedo, una fantasía que surge en el entrevistado y que verbaliza durante la entrevista es la de poder haber sido él el que se embarazara. Haciendo referencia a la mayor fortaleza física que tiene y que quizás podría haber vivido con menos riesgo el proceso. Menciona: “Y si fuese una decisión de quién de los dos: Tú o yo, yo sí levantaba la mano, ¿no? ¿Por qué no?”.

Finalmente, GM propone como otro de los grandes miedos a los que se enfrenta con el nacimiento de su bebé, la posibilidad de no estar presente durante el nacimiento. Refiere que se dio cuenta de lo mucho que le angustiaba esto cuando en una sesión del curso profiláctico le pidieron seleccionar dentro de una serie de tarjetas aquellos miedos que representaran mejor lo que sentía frente al nacimiento de su bebé:

Y dijeron bueno platiquen qué otros miedos podría haber, y le dije a mi me daría mucho miedo no estar. Porque... en julio por la semana 36 más o menos tengo un viaje, no voy a estar en el país, me daría mucho miedo que fuera en esa semana, o sea, no me gustaría no estar, me gustaría estar, entrar con [pareja], acompañarla en todo momento y ver a mi hija en cuanto salga.

#### *4.2.2. Análisis de la segunda fase de entrevistas (entre dos y cuatro semanas después del nacimiento).*

##### *4.2.2.1. La experiencia del nacimiento*

Esta segunda fase de entrevistas se llevó a cabo poco después del nacimiento de el/la bebé de cada uno de los entrevistados. En promedio, las entrevistas ocurrieron entre la 2ª y la 3ª semana después del nacimiento. Si bien en el planteamiento metodológico original se propuso hacer la segunda entrevista una semana después del nacimiento, logísticamente no resultó viable hacerlas tan pronto pues los entrevistados estaban totalmente concentrados en lo que tenían que resolver en



esos primeros momentos con respecto a sus bebés y sus parejas, por lo que hubo que esperar un poco para que pudieran darse un espacio para conceder una cita.

Aun pasado este tiempo entre el nacimiento y la primera entrevista, los varones parecían tener un recuerdo sumamente vívido de lo que experimentaron durante este proceso y la mayor parte de sus relatos versó en torno a todo lo que les hizo sentir y pensar el nacimiento. De los siete entrevistados en la segunda etapa, cinco de ellos decidieron que el parto se llevara a cabo en un hospital privado y uno más optó por un parto en casa, lo cual les dio la posibilidad de estar presentes durante todo el proceso. Es importante mencionar que, de hecho, uno de los motivos por los cuales estos seis varones que no se atendieron en un hospital público decidieron hacerlo así aun contando con seguridad social, fue justamente su interés en poder presenciar el nacimiento de sus hijas. Hubo únicamente un varón que tuvo a su bebé en un hospital público y fue el único que no pudo presenciar el nacimiento. A pesar de que expresó su deseo de estar presente en la sala de partos, no contaba con los recursos económicos para acceder a otra opción que no fuera el hospital público.

A partir del relato de los entrevistados, ha sido posible observar que la vivencia del parto provocó diversas y muy intensas emociones. Todos refieren haber sentido una gran felicidad cuando por fin nació su bebé y sobre todo cuando pudieron tocarle y cargarle; sin embargo, esa felicidad se ve rodeada también por mucha angustia, la cual refiere a dos aspectos principalmente: por un lado, acompañar y ser testigos del dolor que enfrenta la pareja y con respecto al cual los varones se viven con impotencia y, por otro lado, lo referente a la aparición del fantasma de muerte.

Con respecto a la vivencia del dolor, se encontró en las entrevistas algo similar a lo que Emanuel (2002) refiere en su estudio sobre paternidad, esto es, que el nacimiento de un bebé genera un impacto fuerte en el psiquismo del padre, en parte por la sensación de impotencia y angustia que experimenta ante el dolor de la madre relativo al parto. Así nos lo permite ver IS, quien hace referencia al miedo y la

frustración que enfrentó al ver los montos de dolor que implicó la labor de parto para su pareja:

Creo que me empezó a pasar ¿qué hago para que no sienta esto? [...] Sí me estaba cagando de miedo... no sé qué chingaos hacer pero este es mi lugar, así lo pensaba, ¿no? (IS).

Más adelante, relata cómo conforme las contracciones fueron aumentando (cabe mencionar que fue una labor de parto que duró más de 48 horas) su angustia fue cada vez más grande:

En ese momento ya me entró la angustia porque la vi directamente, pues aquí, ¿no?, abrazándola y ya en el rictus del dolor, ya la contracción intensa, ahí sí fue ese aaagggrrr (sonido gutural como de exclamación). En otro momento me había sentido como muy confiado, en ese momento me faltó el aire [...], y lo sentía, a mí me dolía que le doliera y ya me estaba doliendo (IS).

Es muy interesante en este fragmento la referencia que el entrevistado hace al propio dolor y a la sensación de falta de aire. Aunque evidentemente, el proceso del embarazo y el parto no se llevó a cabo en su cuerpo, podemos ver cómo al acompañar tan de cerca el proceso de su pareja, también está poniendo el cuerpo allí. Algunas sensaciones se comparten, la angustia y el malestar experimentados adquieren un registro físico y finalmente, se ve involucrado el propio cuerpo del varón.

TH describe cómo esos momentos en los que se intensifica la labor de parto son los más difíciles de sobrellevar, y cómo si bien se encontraba preparado para lo que iba a suceder, presenciar el dolor de su pareja y el largo periodo por el que se extendió (también se trató de un parto humanizado, por lo cual no se emplearon medicamentos para acelerar el proceso) resultó en una experiencia que él describe como terrible:

Y en ese camino es súper difícil porque, suceden muchas cosas ¿no?, no sólo el, el cómo se aceleran todo el proceso de contracción, como el dolor pues va,

eh... adueñándose de [pareja], le va caminando poco a poco, de los pies hacia arriba, y adueñándose de ella ¿no?, de sus decisiones, de sus angustias, de no sabes... no sabíamos, no tanto que fuera a doler tanto, qué sí, sino, a mí me empezó a , a... a surgir a esta imagen que tengo de no sólo la intensidad del dolor que es enorme, sino la constancia, lo que es terrible ¿no? (TH).

Más adelante refiere:

Eso me preocupaba mucho, tratar de leer bien señales que fueran de riesgo y otras que no sabes si estás avanzando, te sientes muy perdido, y eso genera miedo y angustia, y a mí pus, en el camino pasé por preocupación, llanto, angustia, ¿no?, un poco de desesperación quizás. (TH)

AN habla también de cómo se sintió durante la labor de parto de su pareja pero pareciera que él lo vive desde un lugar distinto en donde predomina la angustia, la preocupación y la impotencia, pero a la vez hay una distancia, una dificultad para “sentir” en el propio cuerpo o incluso imaginar el dolor de su pareja:

Fue muy, muy preocupante porque veía que [pareja] estaba teniendo mucho dolor, mucho estrés, estaba sufriendo mucho por las contracciones [...]. Pues yo sentía muy feo porque trataba de entenderla o de ponerme en su lugar, pero no me imaginaba cómo se ha de sentir ese tipo de dolor. (AN)

Ante esta experiencia de dolor tan intensa que describen los participantes, ellos mencionan con frecuencia lo difícil que fue el verse enfrentados a la impotencia frente al malestar de su pareja, el sentir que no podían hacer mucho para ayudarlo a lidiar con el dolor y el sentirse a sí mismos débiles y angustiados. Situación que, además, los cuestiona en su ser varones, dentro estos preceptos de la masculinidad bajo los cuales todo hombre debe de ser fuerte, resistente, valiente y mantener a raya su afectividad. Ante el nacimiento, irremediabilmente se enfrentan a una situación que los conecta con afectos poco comunes y muy intensos.

Junto con ello, aparece también un intenso miedo a la muerte, lo que llamé anteriormente el fantasma de muerte. Uno de los entrevistados lo expresa en una

frase: “Sí, es un nacimiento, pero la muerte está invitada, ¿no?” (IS). El proceso que involucra el nacimiento de sus bebés implicó para varios de los varones entrevistados enfrentarse a una potente angustia ante la aparición de la posibilidad de la pérdida, tanto de la pareja como del bebé. Se trata pues de un proceso en el cual, si bien se espera la vida, aparece para los varones la posibilidad de la muerte. Como menciona uno de los entrevistados, algo que le generó mucha angustia fue la posibilidad de salir del hospital sin pareja ni bebé, experiencia que parece resultar bastante impactante. IS menciona al respecto:

De verdad empecé a pensar este... en la muerte. Sí fue un aspecto muy este... pues sí, muy intenso (tono preocupado) porque sí de verdad desde esto que se dice de ¿y qué hago sin ellas? (IS)

GM hace referencia a un sentimiento similar y deja ver muy claramente el papel de la ambivalencia que se hace presente en esos momentos, expresa:

No sé, yo soy de la idea de que en serio no viene con el instructivo y así, no lo quise externar, pero siempre piensas como en esa posibilidad de qué pasa si algo sale mal, que no sé si vaya a ser con [hija] o con [pareja], no sé qué pueda pasar, pero estaba muy feliz y al mismo tiempo pensaba en esa otra posibilidad de que pudiera suceder algo, que no quería externar, y no quería que pasara pero pues lo sentía así como latente.

GS tiene una vivencia del embarazo y el parto quizás todavía más cercana a la muerte por una situación que se presenta alrededor del 8º mes del embarazo: su madre muere de manera inesperada por un problema de salud que se ve agravado por una negligencia médica que lleva finalmente a la muerte. Esto tiene un impacto fuerte en el entrevistado y trastoca de forma importante su vivencia del embarazo y nacimiento de su hija que, hasta el momento de la primera entrevista, había sido una vivencia muy tranquila y sin mayores contratiempos. El entrevistado relata cómo hacia el final del embarazo, comenzó a aparecer la idea de muerte asociada al parto y a la pérdida de su madre:

Hubo cierto... cansancio... eh... cansancio, fatiga mental, más que cansancio físico, era como de "híjole, ¿qué? ¿Por qué se queja? [...]". Para mí, venía la asociación de híjole, mi mamá comenzó con dolores y murió ¿no? (GS)

A final de cuentas, lo que observamos es que el nacimiento requiere de los varones un trabajo psíquico importante para poder sobrellevar y elaborar todas las emociones y fantasmas con los que se enfrentan en ese momento. Algo digno de pensarse es ¿cómo tener recursos para atravesar por este proceso si justamente el ser varón en nuestra cultura pareciera implicar no sentir y mucho menos expresar sus emociones? (Figuroa y Franzoni, 2011). Así lo expresa uno de los entrevistados, IS, quien reflexiona sobre el reto que implicó como hombre educado dentro de ciertas expectativas de la masculinidad, enfrentarse a este proceso:

Al final a veces, como hombre, estás construido en esto de no sentir, o sea tienes que aguantarte, tienes que rifarte, y este... en esta, en esto del parto, creo que fue algo bien padre porque sentí, me sentí débil también (IS)

TH también menciona cómo a pesar de haber leído mucho y haberse informado todo lo que pudo para llegar al momento del parto, nada de eso fue suficiente, probablemente porque lo que se despierta en esos momentos es de otro orden, no del orden de lo racional, sino de lo afectivo:

Ya estábamos en labor de parto activa, y ésa es una pinche montaña rusa espantosa ¿no? (risas), nada te prepara para eso, todo el mundo miente y ninguna de las imágenes que teníamos en la cabeza, corresponde con la realidad, o sea ponle que estoy muy molesto, pero es muy sorprendente lo alejados que estamos como sociedad o personas del parto. (TH)

Por otro lado, a partir de los relatos de los entrevistados sobre el nacimiento de su bebé, resulta interesante observar que por más esfuerzos que hacen para describir lo que experimentaron durante el nacimiento, hay expresiones dentro de su discurso que hacen pensar que hay algo del orden de lo irrepresentable, que se intenta bordear mediante el lenguaje, pero que termina escapándose en estos intentos. Algunos de los relatos que evidencian este fenómeno son los siguientes:

Eso sí, fue increíble, sí fue una emoción... no sé, nunca la había sentido. Me puse a llorar de nuevo hasta... no sé, sí fue bien bonito. (IK)

Veía literal su cabecita tras un membrana, era como de ¿De veras estoy aquí? o sea, era una cierta, una cierta incredulidad o negación de pues de estar viéndolo, ¿De veras estoy viéndolo o estoy imaginándolo? ¿Estoy soñando? (GS)

Estas expresiones remiten la propuesta de Piera Aulagnier (1994), quien sugiere que, así como Freud propuso que la muerte era irrepresentable para el sujeto, también lo es el nacimiento de un hijo:

Freud decía que para el hombre, sea cual fuere el nivel, no hay probablemente representación posible de su propia muerte; yo me pregunto si hay una representación posible de lo que es el embrión, como punto original del hombre, en tanto 'vida'. Por lo tanto, estos dos puntos extremos, que al encontrarse se confunden para cerrar el cerco en el que se inscribe nuestro trazo, son, creemos, los únicos que pueden responder a la pregunta en la que el hombre compromete su existencia. (p.286).

Estos dos puntos extremos a los que refiere Aulagnier, la vida y la muerte, parecen tocarse de cerca en el momento del nacimiento. En este sentido, retomo un fragmento de la entrevista con GS, en el cual aparece de nuevo un poco de esto que resulta irrepresentable en el nacimiento de un hijo, pero también, a esta conexión con la dualidad vida-muerte del sujeto:

Cuando por fin se abre su última capita y veo su, su cabecita, literal sentí como si yo estuviera naciendo con ella. Fue algo hermoso, sublime diría yo, fue, fue una sensación de bienestar de ver a la bebé, la vi hermosa, la vi..., te digo, para mí fue como adquirir una nueva vida, como, como nacer con ella también. (GS)

Aunado a esto, parece que el nacimiento representa el momento en el que para los varones se inaugura la paternidad. Parece obvio, pero resulta no serlo en

tanto ellos mismos se sorprenden de esto. Mencionan que, a pesar de haber sentido a su bebé en la panza de su madre, haber hablado con ella o él y haber ya fantaseado mucho al respecto, se dan cuenta de que no se habían asumido por completo como padres sino hasta el momento de ver nacer a su bebé. IS menciona:

Me dice ya ¡Ya nació! Y yo así de, pues lo primero que hacen es agarrar a la bebé y se la ponen aquí en el pecho y yo así de... y la veo todavía así como su pielecita húmeda, peludita... De verdad que todavía no la creía, así de ¡Qué! porque creo que eso sí es bien importante como padre, pues todavía en la panza no te das, o sea creo que es imposible dar cuenta de verdad de que está un bebé ahí ¡Ja, ja, ja! La siente, platicas, pero no hay como esto es real.

OD también reflexiona al respecto y menciona que para él el momento del nacimiento fue el momento en el que para él comenzó el verdadero proceso de ser padre, ya que durante el embarazo se vivió más como un testigo que como un protagonista. Sin embargo, al momento de comenzar a interactuar con su bebé se materializa para él por primera vez el hecho de ser padre. Menciona:

Estábamos leyendo un libro que se llama creo que "Dar a luz con amor" y habla de todo el embarazo, entonces habla del apartado de la paternidad, dice que desde su punto de vista, que el hombre, el papá vive el embarazo hasta que el bebé nace. O sea, el shock, o sea, la mujer conforme va creciendo el embrión y va creciendo el fetito y ya se va formando y todo, le va creciendo la panza, o sea toda esa parte del embarazo de la transformación, lo vive la mujer, el hombre no, el hombre nada más es un testigo de eso. Pero cuando nace el bebé, según este, esta mujer o este libro, dice que a partir de cuando nace es cuando el hombre empieza a realmente como a vivir ese proceso (E: Y ¿a ti te hace sentido?) totalmente, o sea, totalmente porque me doy cuenta de que ha sido todo un proceso el acercarme a [hijo].

De forma tal que el nacimiento, con todo lo que implica y todo lo que pone en juego, parece ser el momento que inaugura simbólicamente la paternidad.

#### 4.2.2.2. El reto del paternaje

Después del nacimiento, los varones entrevistados se enfrentaron al siguiente reto: comenzar a hacerse cargo de sus bebés. Y lo menciono así porque todos los varones entrevistados refirieron el deseo de ser partícipes en los cuidados y la crianza de sus hijos, pero esto representó un reto para la mayoría de ellos en tanto reconocen no haber sido socializados para proveer cuidados a otros. Aunado a ello, tuvieron que enfrentarse a las tensiones que este deseo provocó con las expectativas y los mandatos sociales y familiares sobre el lugar que debe ocupar el varón en estos primeros momentos de la vida de un bebé.

Como proponen Eerola y Mikkänen (2013) así como Margaggia (2013), existe una tensión social y subjetiva entre los modelos de paternidad tradicional y los que ellos llaman “actuales”. Es decir, este nuevo ideal de un padre activo en la crianza, cuidador, empático y emocionalmente cercano entra en tensión con el modelo tradicional de padres pasivos, ajenos a la crianza, distantes emocionalmente y autoritarios. En los participantes entrevistados para este estudio ha sido posible observar cómo se juegan esas tensiones, en lo intersubjetivo, esto es, en la negociación con los discursos provenientes de los otros, pero también en lo intrasubjetivo, cuando los varones se preguntan si realmente son capaces de cumplir con ese ideal de padre que se han construido.

Tal es el caso de IK, uno de los entrevistados quien refiere sentirse “torpe” (en sus propias palabras) para manipular a su bebé y haber vivido estas primeras interacciones con miedo de lastimarla, sintiéndose inadecuado incluso en su corporalidad para llevar a cabo trabajos de cuidado:

Me doy cuenta que soy muy torpe y entonces me cuesta mucho trabajo la parte de manipularla, o sea, es muy chiquita... entonces, este... moverla y así esas cosas, pues sí me da miedo, me da mucho miedo. Este, pero pues ahí practicando. (IK)

Y un poco más adelante explica:



Eh... mi motricidad fina es muy mala; soy hábil en la motricidad gruesa, pero en la fina sí soy muy... o sea, desde mi letra es muy mala, y entonces... el saberlo, saber que soy muy torpe, me quita la confianza. Eh, por ejemplo, cuando me la pasa, se me enredan los dedos con la cobija y entonces ya no la puedo agarrar bien y cosas así. Y entonces, yo creo que me hubiera dado más tranquilidad ser más ágil, menos torpe con la manipulación sensible. (IK)

Al final, en un fragmento de entrevista de dos hojas, la palabra que IK repite con más frecuencia es “miedo”, miedo a que se le caiga, miedo a lastimarla, miedo a que pueda enfermarse, miedo a no saber cómo manipularla, miedo, incluso, a estar a solas con ella, sin la “supervisión” de una mujer como su pareja o su madre. Él mismo reconoce que este miedo lo ha llevado a evitar en algunas ocasiones los espacios en los que podría estar con su bebé. Relata cómo sobre todo en un inicio, ante el miedo prefirió evitar manipular a su bebé o estar demasiado tiempo en casa y se ocupó, durante su semana de permiso de paternidad, de hacer toda una serie de trámites que, al final, le dejaron muy poco tiempo para dedicar a los cuidados. Por supuesto realizar estas actividades es también necesario y la madre en esos momentos, recién habiendo parido, encuentra mayores dificultades para llevarlo a cabo, pero el mismo IK reflexiona que haberse ocupado en ello significó para él una forma de “evadir” las tareas de cuidado, que resultaron tan angustiosas para él en el inicio.

Me parece muy interesante retomar el testimonio de IK para pensar cómo se juegan los cuerpos en estos procesos de cuidado. ¿Es el cuerpo de un varón menos apto que el de una mujer para proveer de cuidados a un bebé? ¿O será que la vivencia del cuerpo y sus capacidades para proveer cuidados se ve atravesada por los discursos sociales sobre quién está capacitado(a) para hacerse cargo de un bebé? Si lo pensamos desde la teoría, específicamente desde la propuesta de Butler (2002) sobre la “construcción” de los cuerpos, podemos hipotetizar que las normas de género, a partir de su repetición en el discurso, se van materializando en cuerpos con ciertas características, en cuerpos que son percibidos como más o menos capaces de llevar a cabo ciertas tareas o interacciones, como es posible

observar en IK, quien al final de su reflexión nos remite de nuevo a las diferencias de género y la supuesta capacidad de unos y otras para proveer cuidados: “Parece para ella... pareciera que todo es muy obvio y muy común y normal. ¡Ja, ja, ja!” (IK).

TH, por su lado, manifiesta una vivencia muy distinta a la de IK y posiblemente tenga que ver con el trabajo que lleva varios años haciendo para cuestionar el orden de género y la forma en la que ha construido su propia masculinidad. Para él, las labores domésticas y de cuidado no fueron algo nuevo, pues ya desde tiempo atrás se encargaba de ellas, ese era el acuerdo con su pareja al ser él quien pasa más tiempo en casa. El entrevistado relata:

Para mí ha sido muy placentero, ha sido difícil sí, también creo que mi personalidad ajusta mucho con ello, con el cuidado, soy muy paciente, tengo una enorme capacidad para no angustiarme, entonces llora y pues llora (risas) y llora aquí y después de que llora un rato pues se calma y se duerme (risa) [...]. Entonces sí, ha sido muy placentero, y sobre todo ha sido muy afortunando para mí el que me dé tanta, que sean tan congruente con muchas cosas que de manera intuitiva yo he buscado la vida entera ¿no?, que es como ir a contracorriente. (TH).

En este fragmento de entrevista vemos una vivencia totalmente distinta, en la que TH se siente adecuado e incluso capacitado para dar cuidados, y así lo refleja en la calma con la que se refiere a cómo han sido estas primeras interacciones con su bebé.

Por su parte, IS también se sentía asustado por enfrentarse al tema de los cuidados; no obstante, poco a poco fue “construyendo” su capacidad de interactuar con la bebé y cuidar de ella desde los inicios. El entrevistado comparte una experiencia que para él fue especialmente significativa. Relata cómo desde el momento del nacimiento, una acción de las parteras (recordemos que fue parto en casa) que validó su capacidad de tranquilizar a su bebé adquirió para él un significado muy particular. Relata cómo inmediatamente después de que nació la bebé:

Estas tres chicas [parteras] se enfocaron en la sutura, entonces agarran y dicen ‘pues dásela a su papá’ y pues todavía traía la placenta, y entonces yo la cargo y creo que desde ese punto llegó, porque la empecé a sentir y estaba muy chiquitita, en parte cuidando la placenta también, empezó a llorar y me dice la partera “bueno pues hay una técnica, puedes meterle tu dedito, de todas maneras para que se vaya ambientando con el idioma de la familia” [hace el gesto de meterle el dedo meñique a la boquita de la bebé], entonces eso fue mágico (...) agarro y está llorando y le meto el dedo y se calla. Eso se ha inaugurado o inauguró algo muy interesante porque “Ay, puedo calmarla” ¡Ja, ja, ja! Porque creo que también es eso de “es que sólo la mamá puede”, para mí en ese momento, sentirla chiquita, tener esa precaución también, creo que también desde ahí se empezó a inaugurar ¡Ja, ja! Como en una confianza hacia mí. (IS)

Como menciona al final de este fragmento, establecer este vínculo de cuidados con su bebé ha implicado cuestionar la idea de que ella, su pareja, sabe (casi como si fuera de forma innata) y él no. IS reflexiona que, en realidad, ninguno de los dos sabe, y ambos son igual de capaces de aprender: “A ver yo soy hombre y también puedo, y si no sé pues le aprendo. Tampoco ella [pareja] sabe” (IS).

Esta experiencia en los varones de cargar a su bebé inmediatamente en cuanto éstos nacen tuvo un papel importante para varios de ellos. Así como en el caso de IS, para GM el cargar a su bebé instantes después de que hubiera nacido y darse cuenta de que era capaz de hacerlo, instauró también en él la confianza para poder acercarse con un menor monto de angustia a las tareas de cuidado. El entrevistado relata:

Yo siempre me dio ansiedad cargar a un bebé, y el pediatra me dijo así como: bueno, pues aquí está tu bebé, llévaselo a la mamá. Y me lo dio, y me acuerdo de haber tenido un pensamiento en ese momento que dije yo no sé cargar bebés; pero después dije ¡Ah, [hija] tampoco sabe cómo se debe cargar un bebé, entonces si la cargo mal no se va a enterar! (risas).

Varios de los entrevistados mencionan cómo en este proceso de comenzar a interactuar con su bebé y hacerse cargo de los cuidados, el discurso y la actitud de su pareja hacia ello se vuelve algo fundamental. GS reflexiona sobre cómo su deseo de estar ahí y ser partícipe de los cuidados ha jugado un papel fundamental para acercarse a su bebé, pero también la palabra de su pareja, quien ha abierto el espacio para que esto tenga lugar:

Ha sido bastante bonito porque ella me... me ha respetado mucho el que yo me involucre, el estar con mi bebé para mí ha sido como, cómo te decía, como un nacer de nuevo, como un motor de quiero hacer esto, quiero conocer, quiero entrarle, quiero involucrarme con ella, con la nena, y entonces mi esposa lo ha respetado y me ha apoyado en ese sentido. (GS)

Así ha sido posible ver que el aspecto relacional tiene un papel fundamental en la vivencia del cuidado. Además de si existe o no el deseo en los varones de involucrarse en las labores de paternaje y cómo se sienten ante ellas, también juega un papel importante la forma en la que la mujer se relaciona con el hecho de que la pareja sea parte del cuidado, como se puede ver en el fragmento de entrevista anterior y también como se puede observar siguiente fragmento de la entrevista con IK, para quien la vivencia con su pareja más bien ha dificultado su acercamiento a los cuidados:

En parte es miedo a [pareja], por eso te digo que quiero que se vaya, porque... ella como que encuentra la facilidad de resolver las cosas muy rápido, no sé así de: "¡Ah, sí a ver, ya está!" Y yo no. Y entonces como que siento que ella se fue... aplica la cosa de inutilizar ¿no?, así de: "Tú lo haces mal, yo lo hago bien, déjame que yo lo haga ¡Presta!" (IK)

Continuando con el caso de GS, el entrevistado hace referencia a lo importante que ha sido para él estar en casa cuidando de la bebé y mientras tanto enuncia una frase que resulta muy interesante:

Y yo me he sentido, como te digo, padre con respecto a la niña, porque también he tenido que dormirla, he tenido que, que, lo que más miedo me daba

era bañarla, precisamente ¿no?, sentía que se me caía, pero ya después de que la agarré en el hospital, toda llena de sangre y todo eso, pues fue una confianza el cargarla, voltearla, el levantarla, el tallarle su cabecita. (GS)

“Yo me he sentido padre con respecto a la niña”, enuncia el entrevistado. Frase que se puede interpretar como que se ha sentido satisfecho, que ha disfrutado el encargarse de los cuidados de su bebé, pero también en el sentido de que eso lo ha constituido como padre con respecto a su bebé. Es sumamente interesante porque devela algo que ya se hipotetizaba desde el principio del trabajo, la paternidad no tiene que ver únicamente con procrear un hijo, sino con muchas otras cosas, ser padre se construye, y es parte fundamental de esa construcción, de ese poder “sentirse padre” parece ser el cuidado. Así lo sugiere también la reflexión de TH:

Tu aprendizaje con la paternidad no va por tu cuerpo, excepto, claro, eh..., estos momentos muy lindos de cargar a un bebé, de cuando se duerme en tus brazos y sientes su calorcito, de..., de bañarla, eh, excepto de esos momentos en los que tu cuerpo está jugando un papel claro o en darle calor en la noche cuando va a dormir y observar que duerme mejor sí está cerca de ti, eh..., todo lo demás creo yo que lo tienes que construir a partir de ciertas actividades, alimentarla en el caso de que utilices un poco de fórmula o de leche de su mamá, cambiarle el pañal se vuelve muy importante, cambiarla de ropa, bañarla, dormirla, pasearla por la casa, eh..., y a partir de que vas repitiendo esas actividades, empiezas a notar tu relación con ella y su relación contigo. (TH)

En esta construcción de la paternidad, también adquieren un papel fundamental los discursos familiares y sociales que están desde mucho más atrás, pero se manifiestan con fuerza a partir del nacimiento del bebé. IS muestra con mucha claridad en su relato cómo ha lidiado con las expectativas de su familia y la de su pareja, quienes tienen una visión más tradicional de lo que corresponde a hombres y mujeres en torno al hogar y el cuidado de los hijos, y cómo esto ha implicado pérdidas e incluso “sanciones” sociales:

[Pareja] y yo platicamos por lo que estábamos sintiendo, por lo que creemos este... de que no queremos perforarle sus orejas a la niña por esto de los aretes, lo que platicamos bueno pues este... pues cuando ella quiera, ese plan... y este...y para mis papás, este, ha sido como una tradición para mi sobrinita de un año, ellos le compraron los primeros aretes, entonces ahí surge esto de que -“es que sus ideas pendejas” y este... y locas... eeh, como, entonces “-¿Cómo le vamos a comprar los aretes? (IS)

Incluso cuando se trata del cuidado de su pareja, parece que IS tuviera que luchar por un lugar en el que muestra que puede hacerse cargo de cuidar a otros, ante la desconfianza de, por ejemplo, su suegra:

Entre nosotros tres creo que está funcionando, pero llega la otra parte “cómo, cómo, cómo este... güey va a hacer la comida”, ¿no? “No mejor yo hago la comida”, me acuerdo bien claro, y no lo pienso como de la grosería, yo ese día le hago un caldo de pollo, este... le echo honguitos para que tenga ahí vitamina, verduras, esto... y llega su mamá con otro caldo. (IS)

GS ha manifestado estar en una situación parecida, donde él ha decidido hacerse cargo de los cuidados de su esposa en recuperación y su bebé recién nacida, sin embargo, los padres de su esposa se han instalado en su casa para ayudar, pero específicamente la madre de su esposa parece buscar desplazar a GS del lugar de proveer cuidados:

Pues fijate que... por eso han sido los conflictos, porque yo no suelto mi lugar, en ese sentido siendo mi hija, pues..., por eso te decía, quien cambia a la bebé soy yo, quien la baña soy yo, quien, quien..., mientras yo esté en la casa, ellos no pueden acercarse a la bebé y no es que no puedan, sino que simplemente también toman su distancia, que " ah bueno, pues está él" ¿no? (...) ese es el problema que hemos tenido mi suegra y yo. (GS)

Llegando su suegra en último término a cuestionar qué hace GS en casa cuidando de su esposa y su hija en vez de estar trabajando: “Entonces mi suegra

empezó a decirle que por qué yo estaba en casa tanto tiempo, o que por qué no me iba a trabajar, que qué onda con el dinero" (GS).

Esto parece confirmar lo planteado por Valdés y Godoy (2008), quienes refieren a partir de una revisión de varios estudios sobre paternidad con hombres chilenos, que si bien algunos varones han incorporado estas nuevas formas de ser padre y manifiestan su deseo de ser partícipes desde temprano en el tema de la crianza y los cuidados, esto también se encuentra con las resistencias que imponen las mujeres a crear un lugar al padre, resultando así un fenómeno dinámico donde ambas partes juegan un papel importante en la forma en la que unos y otros se incluyen en la crianza. Finalmente, como dicen Valdés y Godoy (2008), se trata de un fenómeno dinámico, en el que podría resultar sumamente fácil para los varones aliarse con los discursos sociales y familiares y dejar de librar esa "batalla" por ocupar un espacio en la crianza y ajustarse al rol tradicional del padre basado en la proveeduría, con los costos que eso puede implicar para un varón que desea ser otro tipo de padre. En este sentido, IK menciona:

Es fácil decir 'oye está llorando, ten', ¿no? ten y ya me olvido, ¿no? Entonces es una decisión muy simple, peeroo me doy cuenta que a la larga no está padre, la verdad no está padre porque pues yo, las expectativas que yo tengo como de papá no son esas, o sea, yo no quiero estar sentado frente al teléfono. Yo tengo muchas ganas de estar jugando, involucrarme; entonces, pues no... como que... el camino fácil no está padre, o sea, no lo veo como la expectativa de vida que quiero. (IK).

Resulta valioso retomar el siguiente fragmento de la entrevista con GM, quien comparte lo siguiente:

El otro día no me acuerdo qué estábamos platicando, que la invitaron a... ¿a dónde la invitaron? No sé, la invitaron a un lugar, pero era solamente a ella [pareja], o sea, no me invitaron a mi (risa), y me dijo así como 'oye, es que tal', y le dije 'ah, pues sí quieres ir, yo me quedo con [hija]', y me dijo 'ay no, pero cómo se va a quedar sola', dije 'no, con su papá, no se está quedando sola'.

Este último fragmento es muy interesante pues representa varios de los puntos que sobre los que se ha reflexionado a lo largo de este apartado. Por un lado, está el deseo de este varón de ser un padre involucrado en los cuidados de su bebé, y por el otro, está el discurso que invalida su capacidad para hacerlo e incluso invisibiliza su labor como cuidador. Discurso que está tan profundamente interiorizado que aparece casi en automático y de manera inconsciente. En este sentido la respuesta del entrevistado aparece como una forma de hacer visible su papel como padre y como cuidador.

GS nos muestra en su narración cómo estos discursos que excluyen al varón de la crianza y con los cuales se enfrenta aquel que quiere tomar un papel activo en este ámbito, se encuentran ampliamente difundidos y se reproducen más allá de las familias:

Debo contarte que en sesión justo fue esta semana, me llegó así como que... tuve una pequeña crisis, porque..., eh, eh... pasa justo esto de mis suegros , [...] le digo [refiriéndose a su psicoterapeuta] 'sabes qué, no puedo con esto, necesito verte, estoy en crisis' por, precisamente lo de mis suegros y me empieza a hablar mi terapeuta 'bueno, pues fíjate que en el desarrollo', shalalá, shalalá, shalalá 'y ahorita pues la bebé, pues es el foco de su atención va a ser mamá y por lo menos el primer año es completamente mamá y el papá y abuelos y todos esos, pues sí tienen un rol bien importante pero ahorita no, no es una relación tan significativa para el bebé para el desarrollo del ser humano', este, de alguna manera me lo dijo así como que suavemente, bonito, y... me empezó a caer el veinte ¿no?, y me decía 'bueno, en algún momento tú vas a tener tu importancia como la tiene mamá, en algún momento tú vas a tener esa importancia con la bebé, en su desarrollo [...] pero no es ahorita tu tiempo' [...] al día siguiente, el martes, lo mismo en clase "¡pum!" desarrollo del bebé y pasa esto pero mi terapeuta me lo dijo bien bonito ¿no?, 'no te preocupes, mira, tú tienes tu tiempo...' shalalá shalalá, y aquí en clase fue 'no, los hombres no sirven para nada' ¿no?, o sea, tú como papá eres basura, porque pues no te necesitan. O sea, tú simple y llanamente, así como en el



hospital eres un cero a la izquierda, y pues como que me conflictúa bastante, entonces yo ese día, digo, yo me vi en cuanto a mis comportamientos, no me dieron ganar de tomarle fotos, este, le decía a mis suegros 'si quieren bañarla, pue ahí les dejo el chance' ¿no?, este, sí fue un, un desapego que tuve con mi bebé, eh, fue una sensación de ruptura, diría yo. (GS)

GS se refiere al efecto de estos discursos, como una sensación de ruptura, de desapego con su bebé, al escuchar reiteradamente que él no es importante en estos primeros momentos de su vida, casi como si al querer ser partícipe de los cuidados y la crianza, estuviera usurpando un lugar que no le correspondiese. Para TH, por ejemplo, el vivirse ahora como cuidador primario y disfrutarlo y sentirse orgulloso de ello, ha implicado justamente poder trabajar de forma profunda con estos discursos y la carga que pueden llegar a representar:

Me ha permitido ser un hombre diferente, ser un hombre muy centrado en el cuidado, ser... me va a hacer llorar... encontrar esta parte muy... o sea estar en una relación muy agradable con... pues con esta parte muy femenina en mí y disfrutarla mucho. Y en ese estar a contracorriente, pues, eh... deberás saborearlo, completo... descargarte de muchas cargas sociales que tienen esas perspectivas sociales que están ahí muy dispuestas a treparte, treparse sobre tu espalda, y más bien relajarme. (TH)

Esto no significa, como el mismo TH menciona, que esta organización poco tradicional que tiene con su pareja y el asumir el rol de cuidador principal no represente dificultades en términos de lo socialmente esperado:

Todavía me puede costar mucho trabajo explicárselo a otros hombres, hay otros que no entienden, hay otros que no me preocupa explicárselos y hay unos que no quiero ni tocar el tema con ellos ¿no?, mmm, pero como suma de todas esas cosas, pues yo me siento muy, muy afortunado. (TH)

#### 4.2.2.3. Funcionamiento de la unidad doméstica y vida laboral

Durante esta segunda etapa en la que ya nació el o la bebé, fue posible conocer la experiencia de los varones en el proceso de ajuste a una nueva cotidianidad en la que hay que cuidar de un tercero. Dentro de estos procesos de ajuste, el ámbito laboral mostró tener un papel fundamental en la forma en la que los varones experimentaron estas primeras semanas.

De los siete hombres entrevistados en esta etapa, uno, TH, se encontraba trabajando de *freelance*, lo que le permitió estar al cien por ciento con su bebé y su pareja sin la presión de regresar a laborar a una oficina; similar al caso de GS, quien también trabaja de manera independiente, pero tuvo mayores limitaciones de tiempo para estar en casa puesto que está estudiando una licenciatura. Por su parte, AN se encontraba desempleado al momento del nacimiento de su hija, razón por la cual tampoco enfrentó la presión de regresar a laborar, más bien su presión consistió en encontrar un trabajo para poder aportar económicamente al sostén de su familia.

IS, IK, OD y GM tenían un trabajo de tiempo completo cuando nace su bebé. Todos decidieron pedir licencia de paternidad en sus trabajos, la cual consistió en un permiso de cinco días hábiles, a la cual algunos agregaron días de vacaciones para poder alargarla. Todos coincidieron en percepción de que cinco días fueron totalmente insuficientes para todo lo que requería el ejercicio de la paternidad durante esas primeras semanas de vida del bebé. IK, por ejemplo, se expresa con molestia con respecto al tema de las licencias de paternidad en su trabajo (oficina de gobierno):

Cinco días. Cinco días no es nada, se me hace un abuso, pero bueno... ¡Vas! Se me hace un abuso, se me hace machista, se me hace, este... cómo decirlo... se me hace gandalla para los hijos, ¿no? Porque pues los hijos también necesitan a su papá y no son vacaciones, ¿no? (IK).

Y explica:

Lo bueno que yo pude juntar las vacaciones, y en vez de que fueran diez días de vacaciones, diez días hábiles, pues fueron 15 días hábiles, ¿no? Sí ha sido una suerte, hemos podido hacer muchas cosas, hemos avanzado en como yo voy a cuidarla, aprender a cambiar pañales y todas esas cosas, ¿no?

En este último fragmento, se aprecia la importancia que ha tenido para IK tener un mayor tiempo en casa después del nacimiento de su hija para poder aprender todo lo que implica el tema de cuidados de una bebé y, como él menciona, poder hacerse cargo él solo cuando le toque cuidarla. En este sentido, resulta fundamental pensar el tiempo de la licencia de paternidad no únicamente como unos días para que los varones puedan disfrutar de sus hijos, sino como un periodo importante de aprendizaje de las labores de cuidado y paternaje, que puede tener una fuerte influencia más adelante en la repartición equitativa de tareas y roles. Esto aunado por supuesto a la importancia que tiene la construcción de esos primeros vínculos con el bebé que requieren presencia y tiempo, como ha propuesto ya anteriormente Rehel (2013). Al respecto GM menciona:

Después pensé: creo que la paternidad es muy corta. O sea, me parece absurdo que las mamás tengan tres meses y que de esos tres meses, este, dos meses, tres semanas esté sola ¿no? Este, creo que sí condiciona mucho la... de quién es el cuidado ¿no?

IS, que trabaja en una organización no gubernamental, relata cómo en su percepción la licencia de paternidad se sigue viendo más como un favor, algo que la institución da en “buena onda”, que como un derecho:

Ya al final también me dieron esos, esos este... cinco días de licencia de paternidad, honestamente me quedó más esa sensación como de favor más que de derecho; me acuerdo como, sí de manera cálida esto, pero fue como más este... “bueno, pues si tú lo dices y yo estoy a favor de la familia, bueno, chido, lindo”, o sea... es mi derecho... hoy lo pienso porque al final, también tomé mis vacaciones, entonces llevo dos semanas, este... acá en la casa. (IS)

Ante la misma sensación de que cinco días resultan insuficientes, IS decide también ocupar sus vacaciones para pasar más tiempo en casa dedicado al cuidado de su pareja y su bebé. En efecto, lo que muestra el discurso de estos dos varones que deciden tomar su licencia de paternidad es algo que ya es sabido al revisar las legislaciones sobre este tema en diversos países del mundo: en nuestro país estamos muy lejos de una política equitativa en cuanto al derecho de padres y madres para contar con una licencia de trabajo y ciertas facilidades alrededor del nacimiento de un hijo. Facilidades o, como lo menciona Figueroa (2010, 2011), derechos.

TH quien, como ya mencionaba, trabaja desde casa y será quien ocupe el rol de cuidador principal cuando su pareja regrese a laborar unos dos meses después del nacimiento de su bebé, menciona cómo para él ha sido sumamente valioso no tener que regresar a una oficina una semana después de nacida su bebé y las posibilidades que esto ha abierto para en su experiencia de la paternidad:

Ha sido muy gratificante tener la oportunidad de estar ahí ¿no?, es maravillosa, o sea yo me doy cuenta ahora de la enorme pérdida de los hombres en relación a la crianza y el cuidado porque ya de hace un tiempo tenía claro que una semana no servía para nada en términos de descansos en sus trabajos para poder estar ahí, ahora me parece un mal chiste, si yo hubiera descansando en un trabajo en una semana, apenas hubiera logrado estar en el parto, que nos llevó una semana (risa) ¿no? (TH)

A final de cuentas, aun cuando los varones ejercen su licencia de paternidad, si se encuentran inmersos en el ámbito laboral formal, viven una separación de sus hijos muy temprana, lo cual por supuesto tiene efectos. IK se expresa así cuando se le interroga sobre cómo se siente de volver al trabajo:

¡Aaaay, pues lo odio! Lo odio... lo odio porque pues tampoco está tan rico regresar a trabajar, también son mis vacaciones, al fin y al cabo ahorita estoy aquí, riquísimo con la bebé en los brazos, pero... y también no me gusta

pensar en que voy a estar lejos de la bebé porque aquí cualquier cosa que ha salido, pues he tenido la suerte de salir en corto para resolver. (IK)

Por su parte, IS manifiesta su preocupación por dejar sola a su pareja:

De verdad ya estoy preocupado, sí hay una preocupación: “¿Qué onda, qué va a pasar con [pareja]?” O sea, al final hay cuidados, no sé... le han dicho: “pues no te acerques al calor, no tomes esto frío, no bajes escaleras” y al final tratar de que tenga sus cuidados.

Con respecto a la organización de la unidad doméstica, esto es, la forma en la que en la experiencia y relato de los varones se reparten las tareas que implican el hogar y la familia, es posible observar que hay una tendencia en los varones entrevistados, por lo menos como un ideal y también como un ejercicio en estas primeras semanas, a una repartición más equitativa, sobre todo en cuanto a las labores de cuidado de los y las hijas. IK por ejemplo, relata como él ha pensado en una organización que define como “trabajo en equipo”, donde el trabajo de cuidado y de sostén del hogar se ve como un trabajo cooperativo:

Entonces, yo ahorita, yo creo que van a cambiar las cosas, ¿no? A la mejor yo voy a estar mucho más cocinando, algo así... me gusta cocinar, no tengo una bronca... este... vamos a tener que dividir las cargas, porque, por ejemplo, por los horarios que yo tengo de trabajo es muy difícil que yo haga compras, a menos que sean en fin de semana, pero si en fin de semana ella va estar entrenando y yo voy a estar cuidando a la niña, pues va a ser difícil, a menos que me la lleve... es lo que yo espero... ya que este un poquito más grande que la pueda tener en la silla del carrito del súper, algo así... hacer el súper yo o algo así... Pero ahorita sí va a haber que hacer el trabajo en equipo mucho. A ver cómo se pone. (IK)

IS relata:

Sí, desde ese primer día que nació, inclusive en el propio parto, a ver qué apoyo, qué hago, qué intención porque yo quería participar, o sea que en

verdad que me parecía tanto mi responsabilidad, como también mi gusto, como estar allí involucrado.

GS incluso menciona con orgullo cómo al haberse hecho él cargo de la mayoría de los aspectos del cuidado de su bebé recién nacida mientras su pareja reposaba y se recuperaba de la operación, se convirtió él en el que sabe, y su pareja le pidió apoyo para aprender a desempeñar algunas actividades de cuidado:

Me sentí halagado cuando ella me dijo: oye, es que yo también quisiera aprender a bañarla, enséñame ¿no? O sea ¿Cómo la agarro?, dime aquí cómo... y shalalá, shalalá, y dame chance de hacerlo. Pero el hecho de que ella me diga 'enséñame', fue como de 'Ay, qué padre' (suspira, risa), fue, no me tienes que estar jalando y moviendo con mi bebé, sino, más bien vamos a ayudarnos ¿no? (GS).

El caso de GS y TH tienen ciertas coincidencias en cuanto a una repartición de roles alejada de lo tradicional, dado que en ambos casos sus parejas regresarán a laborar en cuanto termine su licencia de maternidad y ellos se quedarán a cargo mayormente del cuidado de su bebé. Habrá que tener en cuenta para futuros análisis, que tanto esta tendencia hacia paternidades más involucradas en la crianza y cercanas afectivamente, están atravesadas también por la pertenencia a distintos sectores socioeconómicos como sugiere Rojas (2008), pues en este estudio, todos los varones entrevistados fueron de clase media.

Es interesante observar que el hecho de que algunos de los varones entrevistados manifiesten su deseo por ser partícipes de la crianza de sus bebés y ocupar esos roles que caracterizan lo que algunos autores llaman la "nueva paternidad", esto no significa que dejen de asumir como propio y fundamental el rol de proveedores. De forma que lo que se observa es que este "nuevo" ideal del padre involucrado en los cuidados y en la esfera afectiva no ha desplazado al ideal de proveedor, sino que coexisten, conviven y, no con poca frecuencia, entran en contradicción. Una muestra de ello es la respuesta del entrevistado IK cuando se le pregunta: "Y ahora que tu bebé ha nacido cuéntame, ¿qué se siente ser padre?":

¿Qué pasa? ¿Qué siento? Pues sí siento crecer una losa enorme en la espalda ¡La veo venir, o sea desde pensar en qué se siente ser papá: es estar preocupado porque tienes que darle de comer, porque tienes que llevarla a la escuela, porque tienes que pensar en su universidad... o sea, ya ve pensando en esas cargas son las que sí preocupan (IK)

La respuesta de IK hace referencia al peso del rol social de la proveeduría y cómo este se acentúa a partir de que se asume la paternidad. Si pensamos en términos de lo que representa socialmente para un varón convertirse en padre, habrá que comprender que en la actualidad, la paternidad sigue representando uno de los pasos fundamentales en el tránsito de la juventud a la adultez, como una especie de culminación de la masculinidad o de tránsito hacia ella, en tanto el ser hombre se reafirma ante el reconocimiento de un hijo, y la posibilidad de demostrar que se es capaz de dar sostén al otro (Olavarría, 1999, en Cruzat y Aracena, 2006). En este sentido, si bien se han incorporado los nuevos elementos que ya hemos mencionado al ideal de la paternidad, la proveeduría no deja de ser uno de los aspectos fundamentales de ser padre, este demostrar que se es capaz de dar sostén al otro, como menciona el autor y como lo podemos ver reflejado en el relato de IK.

#### 4.2.2.4. Pareja

Desde la mirada de los hombres entrevistados, la llegada de un bebé trastoca de manera importante la vida en pareja, por lo que un reto más al que se enfrentan consiste justamente en poder lidiar con esas transformaciones y crear una nueva forma de estar. En esta segunda fase de entrevistas, no todos hacen referencia a la vivencia en la relación de pareja. Esto tiene sentido si pensamos que la mayoría de ellos están totalmente volcados hacia las necesidades de la bebé y la construcción de un vínculo con él o ella, por lo que pareciera que para algunos la relación de pareja queda por un tiempo en pausa, principalmente en la faceta erótico-sexual. IS reflexiona sobre lo importante que ha sido en su vivencia poder encontrarse

eróticamente con su pareja incluso en esta etapa tan temprana después del nacimiento. Además, hace referencia a la posibilidad de llevar a cabo este reencuentro de otras formas que no necesariamente impliquen una relación sexual (coital). El entrevistado menciona:

Creo que bien importante estos espacios para cada uno, este, inclusive, ha habido muchos besos también entre [pareja] y yo, sí honestamente, estamos en este reacomodo (...) Ahorita, por ejemplo, este... sí el beso y el apapacho; ahorita por ejemplo por esto de la cuarentena, pero el deseo ya está muy presente, ¿no? Hemos estado haciendo también algunos juegos sexuales también, tratando también de disfrutar y tratándonos otra vez de reconectar (IS).

Y más adelante reflexiona:

Pues es que no solo somos papá y mamá” creo que es bien importante hacer uso de esas otra facetas, eeh... nosotros nos decimos, como... afectivamente “morrita y morrito”, entonces yo también soy ese morrito y ella también es esa morrita. (IS)

Para TH también ha sido un reto reencontrarse con su pareja en términos de su vida sexual y habla un poco sobre las reflexiones que ha hecho al respecto en estas primeras semanas después del nacimiento de su bebé:

Pienso que ella me ve muy distinto en algunos momentos ¿no?, supongo que es..., como yo mismo la veo ella muy diferente, es muy diferente ver a una chica con la que has estado mucho tiempo y has estado muy enamorado, viéndola ser mamá es muy sorprendente ¿no?, te ofrece nuevos rincones de las personas, yo le decía a ella que me siento y me siento a nosotros, eh, desdoblándonos ¿no?, es decir, como que descubres una parte en ti que no sabías que estaba ahí que se podría abrir tanto ¿no? y que de repente es el doble del tamaño que pensabas, eh, y así ha sido, entonces para nuestra relación de pareja sabemos que hay cosas que en suspensión y que vamos



a tener que ver qué hacer con ello, vamos a hacer algo, parte de ello, por supuesto pues es nuestra vida sexual que es un desmadre ¿no? (TH)

Y refiere cómo ha sido preocupante para él enfrentarse ante estos cambios y tener por el momento en suspenso la vida sexual con su pareja:

Yo estaba aterrado de que tuviéramos una suspensión de nuestra vida sexual, y qué iba a pasar con nuestra relación de pareja porque eso permitía afianzar cosas, no sé de una cierta manera indescriptible. Sabes que las cosas están bien si la puedes pasar bien con tu pareja en la cama ¿no?, y el no tenerlo ahora, pero no saber qué está mal es desconcertante, vamos a ver cómo sucede. (TH)

A partir de los relatos de estos dos entrevistados es posible observar que algo que se resiente de manera importante es el alejamiento en el ámbito sexual que implica el nacimiento de un hijo o hija. Esto angustia a los entrevistados en tanto se encuentran frente al reto de poder retomar su vida sexual más adelante, sin embargo, la gran pregunta que aparece es ¿cómo hacerlo? Por otro lado, es interesante lo que menciona TH sobre el desdoblamiento de sus personalidades, la de él y la de su pareja, al enfrentarse a la paternidad. Como menciona, se trata de facetas completamente nuevas e inexploradas de su personalidad que implican por lo tanto un proceso de re-conocimiento, es decir, conocerse el uno al otro desde este nuevo lugar que han decidido ocupar.

Este proceso es al que IK refiere cuando relata cómo la llegada de su bebé ha generado nuevas tensiones en la pareja y refiere que lo complicado ahora es que lo que se hace o se deja de hacer no repercute únicamente en los miembros de la pareja sino en un tercero: su bebé. No obstante, al reflexionar acerca de cómo se ha sentido con respecto a su pareja durante estas primeras semanas, menciona sentirse más unido a ella de lo que se sentía con anterioridad:

[la bebé] nos ha ayudado a estar más tranquilos, o sea, bueno, hasta ahorita, faltan los años; pero hasta ahorita como que sí nos ha hecho un poquito más unidos –Yo me siento más unido con ella por eso. (IK)

A OD descubrir esta nueva faceta de la personalidad de su pareja ha sido algo que ha reafirmado su gusto por ella. Reflexiona:

Algo que me he dado cuenta mucho es que me he sorprendido en muchos aspectos de una manera como muy, no, no solamente agradable, si no como confirmar que me gusta que sea la mamá de [hijo] ¿no? Es una sensación como de, o sea, hay ciertas cosas que cacho que... que no me gustan, o que yo haría de forma distinta, etcétera pero cómo es me gusta, la veo y digo ´me gusta que seas su mamá´ (risa).

Por otro lado, AN prácticamente no hace referencias a la vida en pareja a partir del nacimiento de su bebé, pues prácticamente todo su discurso a lo largo de la entrevista gira en torno a los retos que ha implicado para él la crianza, pero tiene este lapsus:

Fue muy excitante ver que del amor que nos tuvi... que nos tenemos [pareja] y yo, pues nació la bebé y pues los nueve meses en los que estuvimos cuidando a [pareja], checando a la bebé por los ultrasonidos, este... con las dietas, que durmiera bien [pareja], que comiera a sus horas, este... que todo eso pues sí dé fruto. (AN)

Habla del amor entre su pareja y él como algo que ocurrió en el pasado y que tuvo como fruto el nacimiento de un bebé, pronto corrige y se expresa en presente, sin embargo, me parece interesante cómo hay algo de la noción de la pareja que parece quedar en el pasado y que implica, como lo relatan los demás entrevistados, construir una nueva relación y un nuevo estar a partir de su ser padre y madre.

GM relata en este sentido que sí ha sentido una pérdida de intimidad con su pareja, en tanto los momentos que pasan solos se han reducido muchísimo, ahora que prácticamente todo el tiempo se trata de tres y ya no de dos:

La... la intimidad, no me refiero como sólo a sexual, sino la intimidad de pareja de platicar, de estar y demás, como que ahora es, cambió porque ya nunca

estamos solos (risa), porque siempre está [hija], pero nosotros buscamos también como nuestro tiempo ¿no?

Es por ello que comienza a pensar en cómo harán en cuanto sea posible para tener más momentos de pareja, cosa que tanto para él como para ella parece ser de vital importancia: no olvidar que además de ser padre y madre, son pareja.

#### *4.2.3. Análisis de la tercera fase de entrevistas (tres meses después del nacimiento)*

##### *4.2.3.1. La experiencia de los varones frente a los primeros meses de cuidado*

Figuroa y Flores (2012) definen conceptualmente el cuidado como “Una serie de prácticas que se realizan para satisfacer las necesidades (de carácter físico o emocional) de otras personas. Digamos entonces, que el cuidado debe cumplir con dos características básicas: que la persona esté interesada en el bienestar de otros, y que realice alguna actividad orientada en este sentido. Es decir, no es suficiente con tener una disposición, sino que ésta debe concretarse en acciones específicas destinadas a satisfacer algunas necesidades fuera de uno mismo” (p. 12).

Todos los entrevistados se enfrentaron durante estos tres meses, en mayor o menor grado, al reto de cuidar, es decir, se enfrentaron a la preocupación por preservar el bienestar de su bebé, pero también a la tarea de ejercer diversas actividades en pro de éste para cubrir sus necesidades diarias. Hay una coincidencia entre los participantes en esta tercera etapa, y es que todos se encontraban convencidos de su deseo de explorar una forma de paternidad más presente, donde el cuidado y el afecto representan un eje fundamental. Sin embargo, esto resultó un reto, ya que los entrevistados refirieron con frecuencia sentirse poco capaces para interactuar con el o la bebé, nerviosos, angustiados, con miedo.

Esto coincide con el planteamiento de Valdés (2009) sobre que, si bien existe un nuevo mandato moral en los varones, o un nuevo ideal de paternidad, como

prefiero llamarlo, donde aparece la necesidad de establecer relaciones más cercanas e íntimas con los hijos, muchos varones se sienten incapaces de responder ante ello, pues hay una fuerte ausencia de modelos de referencia. A final de cuentas, los varones a los cuales se entrevistó en este proyecto, refieren haber sido socializados aún dentro de modelos de masculinidad donde no se incluyen las experiencias de cuidado, por lo que, en buena medida, la angustia de varios de ellos se basaba en el hecho de que nunca antes en su vida habían tenido que cuidar de alguien, y mucho menos de un bebé. Esto se mostraba además en contraste con la percepción hacia su pareja, a quien ellos sentían más preparada para llevar a cabo estas tareas por las formas en las que fue socializada, donde a las mujeres se nos entrena desde muy pequeñas y de diversas formas para cuidar, mientras que a los hombres se les mantiene alejados de este ámbito. Esto coincide con los hallazgos de Rehel (2014), quien encuentra en su estudio con padres norteamericanos y canadienses una marcada sensación en los varones de estarse enfrentando ante algo para lo cual no cuentan con experiencia previa directa, en comparación con sus parejas.

No obstante, ha sido posible dar cuenta de que esto se puede transformar cuando los varones se involucran en los cuidados de su bebé desde los momentos más tempranos. Si bien comienzan con incertidumbre, temor y angustia, ha sido interesante observar sus reflexiones a tres meses o más del nacimiento de su bebé, ya desde un lugar de mayor seguridad y capacidad percibida para cuidar. Tal es el caso de AN, quien relata:

Ah pues ya me acostumbré, ¡es muy fácil! Prepara uno las cosas antes de cambiarla, los pañales... si se ensució la ropa, pues el nuevo cambio de ropa, los calcetines, este... la fórmula, su mamila, las onzas, cuánto tiempo la tenemos que calentar, probar qué tan caliente está con nuestra piel. (AN)

O el entrevistado IK, quien menciona:

Al principio no me cabía ni en las manos, entonces me era muy difícil hasta cargarla y ahorita ya, ya tengo las habilidades de papá entonces ya está mejor

[...] como cada vez ya paso más tiempo con ella y ella se acostumbra más a mí, también vi eso. (IK).

Resulta interesante la forma en la que este participante enuncia su vivencia con respecto a los cuidados: “ya tengo las habilidades de papá, entonces ya está mejor”. Con base en lo que comparte de su experiencia, el entrevistado refiere cómo a partir del contacto y la participación en el cuidado de su bebé, ha podido desarrollar no sólo las habilidades “manuales” necesarias, sino un sentido de capacidad para poder hacerlo. Podría decirse que a través de la participación en el cuidado, los varones adquieren un sentido de autoeficacia en la crianza, que consiste en sentirse capaces de hacerse cargo de otro y proveer los cuidados necesarios para que éste se mantenga con bienestar. En ello la presencia y la perseverancia se vuelven fundamentales, como menciona el entrevistado. De forma similar, IS manifiesta sorpresa al dar cuenta de que ha sido capaz de desarrollar ciertas habilidades con su bebé que de inicio no pensó que tuviese:

Por ejemplo, el dormirla en mis brazos... es... una sensación muy bonita, ¿no? Pero también se ve atravesado ahí: “¡Ay, yo puedo dormirla!”, ¿no? Tengo los recursos para poderlo hacer, ¿no? (IS)

De la misma forma, GM, quien durante el embarazo se sentía muy angustiado frente al reto de ser capaz de cuidar de un bebé, manifiesta también para este tercer momento un sentido de autoeficacia en la crianza a partir de haber participado en ella desde los primeros momentos, aunado a que el cuidado se vuelve incluso un aspecto placentero de la relación con su bebé. El entrevistado relata:

Saber que me reconoce como su papá saber que si le tengo que cambiar el pañal se lo puedo cambiar y sé que me va a dar patadas, y bañarla me encanta, acostarme con ella, hacerla que repita.

Otro de los entrevistados, TH, quien se ha quedado en casa para fungir como cuidador primario, enfatiza también lo novedoso que ha sido para él darse cuenta de que puede cuidar de su bebé. Mediante este proceso de aprendizaje, da cuenta de que tiene la capacidad de hacerlo y que, además, puede disfrutarlo:

Ay, para mí muy lindo [cuidar de la bebé] (risa) (E: ¿Sí?) ha sido muy oportuno, fíjate oportuno, en un momento muy bueno en mi vida ¿no?, la crisis que necesitábamos, yo no me sabía buen cuidador. Nunca había cuidado a nadie. (TH)

El caso de TH resulta muy interesante porque se trata de un varón que a partir de diversos cuestionamientos en torno a su identidad y su masculinidad, ha podido descubrirse a sí mismo como alguien capaz de cuidar de otros. Si bien en el fragmento anterior él se refiere específicamente al cuidado de su bebé, en entrevistas anteriores el participante señala haber descubierto su capacidad de cuidar de otros desde que comenzó su última relación de pareja, con una mujer también sensibilizada en temas de género, donde comenzó a poner en práctica distintos cuestionamientos en torno a la división sexual del trabajo y una visión binaria de las identidades. En este sentido, me parece que lo que podemos ver son lo que Burin y Meler (2000) denominan “subjetividades flexibles”, donde se da un paso más allá del ordenamiento de género binario y las polaridades rígidas para generar nuevos modelos (Figuroa y Flores, 2012).

Ahora bien, el hecho de que los varones comiencen a incorporarse en el ámbito de los cuidados no únicamente flexibilidad de su parte, sino también de parte de las mujeres cercanas, quienes han estado histórica y tradicionalmente encargadas del cuidado y pueden vivir la incorporación de los varones como una intrusión. Tal es el caso que relata TH, en la tercera entrevista y que han mencionado otros entrevistados como GS e IS en fases anteriores, donde su involucramiento en los cuidados implica enfrentarse a un lugar que las mujeres defienden para sí y donde constantemente se desautoriza a los varones. TH reflexiona:

Hay una tremenda, yo ahora la llamo como una desaprobación de cuidado de los hombres para los bebés. Cada que yo salgo a la calle, recibo dos tres miradas de aprobación o desaprobación, de si está bien tapado el niño, o si no está bien tapada, sí come o no come, ¿no? siempre hay comentarios de tipo recomendación (E: ¿En serio? ¿En la calle pasa alguien y te dice?) Sí,

neta es de "no mames, no sé qué hubiera hecho sin esta recomendación" (risas). [...] Literal, es castrante, de veras, en el sentido de quitarte el poder... Yo lo que le digo a ella [pareja] es: en esta sistemática de desaprobación del cuidado de los hombres, eh..., las cosas se organizan y se hacen entre mujeres, son las que organizan y deciden los tiempos... y tú te quedas así como ... [gesto de desconcierto y enojo]. (TH)

En este sentido, es posible observar que el ámbito de los cuidados es un espacio en donde se juega y se defiende de manera muy importante el poder de las mujeres. De los varones entrevistados, varios de los que han tenido un proceso de construcción de la paternidad que los ha llevado a buscar ser padres presentes, activos y encargados de los cuidados, se han encontrado con una gran barrera proveniente de las mujeres a su alrededor. Ante la valoración social que tiene la maternidad y la dificultad estructural que sigue existiendo para que las mujeres accedamos a posiciones de poder más allá de lo doméstico, posiblemente la intención de algunos varones de involucrarse en este ámbito sea vivida como una especie de despojo de algo sumamente valorado, ante lo cual hay que defenderse. Como menciona Izquierdo (2003), para las mujeres el trabajo femenino de criar y cuidar tiene dos caras. Por un lado, se genera un exceso de trabajo no retribuido; pero a la vez, hay un fuerte sentimiento de poder y realización, de forma que el cuidado es, para las mujeres, un privilegio, pero a la vez una trampa.

#### 4.2.3.2. La formación de vínculos con el o la bebé

El involucramiento en los cuidados del cual se viene hablando y la convivencia cercana con el o la bebé fueron generando en los participantes la noción de estar construyendo vínculos con su hijo o hija. Esto resulta interesante porque durante la segunda fase de entrevistas, varios de los participantes mencionan que hasta el momento del nacimiento se dieron cuenta realmente de que se habían convertido en padres, algo que al parecer era difícil de representar durante el embarazo. No obstante, esto no se instaura de un momento a otro a partir del nacimiento, sino que

los varones entrevistados han reflexionado sobre cómo la paternidad se va construyendo con el tiempo. GM menciona:

Yo creo que sobre todo como papá primerizo cuando recién tienes un neonato como que ya eres papá porque ya nació, pero como que todavía no eres papá, como que no sientes esas cosas, como que cuidas a un ente que está ahí llorando que necesita comida y atención.

En este mismo sentido OD menciona cómo para él el vínculo madre-hijo ya venía desde el embarazo, a diferencia del vínculo padre-hijo, que se ha tenido que ir construyendo con el tiempo a partir de la convivencia y que, según refiere, recién comienza a ver más claramente después de tres meses de nacido su bebé:

Pero también creo que yo quería, por ejemplo, eh... como querer vincularme igual que [pareja], o tener la misma confianza que él sentía con [pareja], y pues no, o sea chocaba con pared, no, no era posible, o sea, él y [pareja] ya habían tenido nueve meses ¿no? de conocerse y pues aparte la lactancia ¿no?

En esta tercera fase de entrevistas, los participantes mencionan la importancia que ha tenido para ellos el dar cuenta de cómo poco a poco su presencia ha ido generando una relación bidireccional con ese pequeño sujeto en formación. Y subrayo esto porque de acuerdo con el relato de los entrevistados, no se ha tratado únicamente de que el bebé ocupe un lugar en la economía libidinal del padre, sino de que el propio varón pueda reconocerse como un objeto importante en el mundo de su bebé, uno de los primeros objetos de amor. Esto construye un fuerte vínculo padre-hijo(a), que está fuertemente apuntalado en los cuidados. En este sentido IS comparte su vivencia sobre el reconocimiento mutuo con su bebé, un bebé que responde ante su presencia:

Ser mirado, de verdad que es algo tan grato; porque ahorita que me acordé, me vino a la mente, ¿no? El que te reconozca, no sé si haya este... libros y todo esto, ¿no? Pero me parece que en la experiencia es muy distinto, ¿no? No sé si sea papá o quién sabe quién sea ese, pero ahí hay alguien, alguien ya conocido, ¿no? (IS)



GS también hace referencia a este reconocimiento y lo gratificante que ha sido en su experiencia:

Ahorita ya está en la etapa de que me ve y se sonríe, ya no por reflejo sino ahora sí de que me conoce, entonces para mí es una explosión de oxitocina, me siento enamorado de ella, es la palabra. Me hace sentir muy satisfecho, comfortable, el ver su sonrisita.

En un sentido similar, IK reflexiona sobre lo gratificante que ha resultado para él, dar cuenta de que ha podido ir construyendo su propia relación con su bebé, distinta e independiente de la relación que se ha construido entre madre e hija. Menciona cómo desde su vivencia, la bebé espera cosas distintas de cada uno, y esto para él se traduce en que ha podido crear una relación padre-hija, otra forma de reconocimiento:

Ha sido super padre porque yo hago cosas distintas que su mamá, y aunque los dos estemos así como tranquilos y lo que sea, de mí espera cosas distintas la niña (...) me gusta tener mi propia relación con mi hija. (IK)

En este proceso de creación de vínculos, el tiempo que se comparte con el bebé resulta fundamental, es decir, estos vínculos solo logran construirse a partir de la presencia. En este sentido, GM reflexiona sobre lo importante que ha resultado para él no sólo estar presente, sino tener espacios en los que esté sólo con su bebé, espacios que además se han fomentado a partir de que su pareja reconoce que él es capaz de cuidar a su bebé. El entrevistado relata:

Pero se calma [refiriéndose a su propia angustia] de saber que hay cosas más, de mí y de [hija] que nadie más tiene. Y que el vínculo también con el papá es irreplicable y tampoco lo va a encontrar en otro lado (E: Como que han podido construir su propia relación digamos...) Exactamente y quiero... creo que eso se ha ido a base de que pasamos mucho tiempo solos también.

Otro elemento importante de la formación de vínculos ha sido el ser reconocido y nombrado por otros como el padre del bebé. En el siguiente fragmento IS relata

cómo el hecho de que otros reconozcan algo de él en su bebé con expresiones como “se parece a ti” le motiva involucrarse más, a sentirse parte del proceso de parentalidad:

La otra vez también lo platicaba con [pareja], ¿no? Qué se siente que te digan que se parece a ti, ¿no? [...] creo que alimenta mucho; creo que sí es: ‘Ay, estoy yo ahí’ y eso alimenta mucho... y este... de cierta manera, me parece que permite meterte más, ¿no? Porque es este... pus sí, o sea, es una cosita mía, ¿no? Que quiero cuidarla, quiero besarla, ¿no? (IS)

Ver algo de sí mismo en esa bebé “alimenta”, dice el entrevistado, su sentido de ser padre. Y me parece que esto lo podemos pensar por dos vías, por un lado, en términos narcisistas, y por el otro, en términos del reconocimiento de la propia paternidad donde, como menciona Flesler (2007), un sujeto es padre por ser nombrado y reconocido así por otros, su lugar, menciona la autora, se hace dependiente del nombre. En este sentido, el discurso de los entrevistados vuelve a recordarnos que la paternidad es un lazo fundado en lo social, no en lo sanguíneo.

Sin embargo, esta construcción intensa de vínculos y relaciones a la que refieren los participantes y que se da durante las primeras semanas de vida del bebé, se ve interrumpida rápidamente por el regreso de los varones a laborar tras cinco días de licencia de paternidad. Esto fue vivido por los varones como una primera experiencia de separación de su bebé, donde emociones como la angustia, el dolor y la preocupación se hacen presentes, pues se trata de un primer distanciamiento, en cierta forma “obligado”, del núcleo familiar. Cabe mencionar que en el relato de los entrevistados no solamente aparece la preocupación por la separación de su bebé, sino también de su pareja, para quienes todos los participantes se han considerado un apoyo muy importante durante los primeros días de ser padres. IS relata:

Yo ese día que regreso al trabajo, ¿no? Así bien preocupadísimo, también tengo la ventaja de tener un espacio muy contenedor, ¿no? Entonces este... pues cuando llego empiezo a platicarle así de: es que esa... ese corte... es

que tú regresas a tu dinámica, ¿no? Me mortificaba cómo se queda [pareja], ¿no? La niña me parece que estaba muy bien, o la veía así, ¿no? Al final, bajo el resguardo de [pareja], ¿no? Pero me preocupaba también [pareja], y este... pues sí empecé a llorar así como de: es que estoy preocupado, ¿no? Creo que ese primer día fue quizás el que más este... en ese aspecto difícil, ¿no? (IS)

IK, por otro lado, hace referencia a esta vivencia de separación también como algo que se vive muy tempranamente y que no le da tiempo ni posibilidad de elaborar todos los afectos y transformaciones de vida que se dan a partir de ser padre. El entrevistado menciona:

Pues regresar a trabajar... es que es muy raro porque estaba en shock, estaba más en shock de lo que... es un shock muy extraño porque para la gente es la cosa más normal del mundo, a todos les ha pasado y entonces dicen así de ahhh sí... una persona más con un hijo ¿no? Pero... para mí no era eso entonces yo estaba así como en navidad, estaba muy emocionado, no había forma de expresarlo. (IK)

Y más adelante menciona:

Me pesa no pasar más tiempo con ella a veces, la verdad es que tengo la oportunidad de venir a la hora de la comida y estar dos horas con ella y cuando me voy ya no quiero regresar (ríe) ya no quiero regresar al trabajo quiero quedarme ahí. (IK)

GM también hace referencia a este proceso como un momento complicado en el que es muy difícil despegarse por primera vez de su bebé y su pareja:

Y cuando regresé a la oficina, de hecho se lo dije a [pareja], a ver es complicado despegarte de tu bebé, a mí me tocó a los 5 días pero a mí me daba mucha tranquilidad saber que estaba con [pareja] y con mis suegros (...) y me costó muchísimo trabajo despegarme de [hija] pero estaba [pareja] y yo sabía que estaba con sus papás.

En este momento de la relación padre-hijo(a) parece que el vínculo para algunos de los entrevistados se encuentra bastante idealizado, pues la varios de ellos mencionaron únicamente aspectos positivos, divertidos, gozosos de la convivencia con su bebé, sin que aparezcan prácticamente aspectos “negativos” o ambivalentes. No obstante, otros han podido reconocer y expresar que en la relación con su bebé también han existido aspectos complicados, dudas y ambivalencias. Por ejemplo, IS resaltando sobre todo la frustración y el enojo como algo que también se presenta durante la crianza:

Ha sido muy bonito, ¿no? También complejo, también se atraviesan muchas circunstancias, ¿no? También ahí este... también en esta cuestión del vínculo hay frustración, ¿no? También... a veces también hay enojo, ¿no? También creo que es importante mencionarlo, ¿no? Porque si no se torna un ideal, ¿no? Así de: ‘ay, todo... todo... es bellissimo, todo hermoso’, sí lo es, pero también tiene sus otros matices, ¿no? (IS)

Otros entrevistados han coincidido en señalar que también han atravesado por momentos complicados en los que han dudado de su capacidad de ser padres y del cariño que sus bebés tienen por ellos. Para varios este ha sido un momento crítico y doloroso, el pensar por momentos que su bebé no los quiere. Así lo relata por ejemplo GM, quien refiere:

Un día le dije, uno de esos días que me lloró tanto, le dije a [pareja], yo siento que [hija] no me quiere tanto, no me quiere a mi (ríe) porque es que lloraba tanto que te juro estiraba la manita y como que me la ponía en la cara y me hacía sí como que me alejaba ¿no? Y yo decía, pero por qué ¿no?

Una experiencia similar refiere OD, quien menciona que, durante los primeros tres meses de vida de su bebé, hubo varios momentos en los que se sintió rechazado por éste, y eso generó dificultades importantes en la construcción del vínculo durante estos primeros momentos, las cuales se han revertido con el tiempo a partir de que el entrevistado ha sentido que ha logrado compaginar más con su hijo. Relata:

O sea, me llegaban como sucesiones de angustia, me angustiaba, me ponía triste, también me enojaba, muy, muy contrariadas ¿no? Porque sí tenía muchas ganas de llegar con [hijo], pero cuando ya estaba ahí y no estaba como yo quería, y eso era muy frustrante ¿no? [...]. Entonces ya de repente, pues, con mis rollos, con mis problemas personales, yo decía: ese niño no me quiere, ese niño me rechaza. [...] un sentimiento como de incapacidad, de inseguridad, o sea no solamente una cuestión de rechazo, una cuestión de decir: no me quiere este niño. Fue como decir ¿qué estoy haciendo mal? Hasta en momentos como dudar ¿no? de si iba a ser papá o no.

Resulta interesante que más adelante, el entrevistado reflexiona sobre el hecho de que este desencuentro pudo haber tenido que ver también cómo él se imaginó que sería el vínculo con su bebé, de una forma idealizada, en la que, además, había constantes comparaciones con el vínculo con la madre. De esta forma, el entrevistado termina por dar cuenta de que el vínculo era algo que llevaría tiempo construir, no algo que apareciera inmediatamente después del nacimiento.

#### 5.2.3.3. El duelo que atraviesa la paternidad

Algunos de los varones entrevistados hacen referencia a que estos primeros meses de ser padres han involucrado un proceso de elaborar las renuncias que la paternidad implica, condensadas principalmente en el hecho de que ser padre implica dejar de pensar únicamente en sí mismos y comenzar a pensar en otro que depende al cien por ciento de ellos. En este sentido hay una especie de renuncia narcisista, pero que tiene que ver también con cómo los varones han sido socializados en el “ser para sí mismos”, como refiere Bonino (1999). Aunado a ello, los participantes hacen referencia también a la transformación que se da dentro de ellos mismos, donde facetas de su personalidad quedan atrás para dar lugar a otras nuevas.

IK por ejemplo, plantea cómo el nacimiento de su bebé ha implicado estas renuncias en términos narcisistas:

Mentalmente reta, porque durante los... yo creo que desde que nacemos estamos acostumbrados a pensar en nosotros mismo totalmente, ¿no? Y hasta... o sea todo lo que haces es para mejorarte a ti mismo, para ir a la escuela, para ser mejor, lo que sea, entonces esta vez ya no es para ti. Y está muy padre, o sea es muy satisfactorio hacer cosas para alguien más todo el tiempo, o sea no pesa, pero sí tienes que saber que no eres prioridad absolutamente, o sea ni para ti mismo ¿no? [...] sí, ese cambio, ese chip de tú no vas primero, creo que es el que cambió más, eso es lo que ha representado más para mi, entenderme en segundo plano. A lo mejor soy egoísta ¿no? (IK)

Como es posible observar en el fragmento anterior, IK admite que ha representado para él un “cambio de chip” el ya no tenerse a sí mismo en primer plano, sino poner sus necesidades en un segundo lugar para ceder ese primer plano a su bebé. Y al final del fragmento aparecen los elementos morales, donde el entrevistado sugiere “a lo mejor soy egoísta, ¿no?”, sin embargo, a partir de lo escuchado en varios de los entrevistados, parece que IK está pudiendo expresar una vivencia compartida, donde, como ya mencionaba anteriormente, hay que sacrificar algo del propio narcisismo para invertir a ese/a bebé recién llegado/a y poder llevar a cabo toda la serie de actividades que implican su supervivencia. Así mismo, refleja cómo el ser padre le ha implicado también el dejar de pensar en sí mismo para comenzar a pensar en otro, transitando a partir de lo que implica la paternidad, del ser para sí, al ser para otros.

GM también hace referencia a estos aspectos de pérdida que remiten a un duelo. El participante menciona que, para él, ser padre ha implicado convertirse en otra persona, diferente a la que era anteriormente, para adaptarse a este nuevo rol social. Al respecto, menciona haber comentado con un amigo:

La verdad creo que algo que vale mucho la pena es que busques tener una paciencia muy cañona, porque la persona que eras antes de ser papá como que se desaparece, deja de existir cuando eres papá.

Algo similar refiere GS, lo cual hace pensar en el duelo inherente a estos tránsitos de vida tan significativos como, por ejemplo, la adolescencia: “Pues bueno, es un constructo difícil, ¿no? Es... es tomar identidad de alguien que no eras y que ahora eres. Es como tener una versión punto cero de ti”. Así, parece que la paternidad implica un tránsito en el que se ponen en juego aspectos centrales del yo y de la identidad

#### 4.2.3.4. Organización de la unidad doméstica y vida laboral

Durante las primeras dos fases de entrevistas, se solicitó a los participantes que hicieran una proyección sobre cómo funcionaría la unidad doméstica con la llegada del bebé. Ante este cuestionamiento, la mayoría de ellos mencionaron un arreglo equitativo, donde ambos miembros de la pareja trabajaran y participaran en los cuidados de manera equilibrada, e incluso hubo uno de ellos que refirió su intención de ser el cuidador primario durante los primeros meses de vida de su bebé mientras su pareja trabajaba y era la principal proveedora. En esta tercera fase, ha resultado interesante observar cómo estas proyecciones se han traducido ya en acomodos reales, más o menos apegados al acomodo tradicional de género según el cual el ámbito doméstico estaría asignado a las mujeres y el ámbito laboral a los varones.

En la mayoría de los entrevistados, ha sido posible identificar la existencia de un nuevo ideal de padre en el cual la afectividad y el deseo de participar en los cuidados del bebé juegan un papel fundamental. Y sin embargo, esto no significa que el ser padre deje de implicar cumplir con el rol proveedor; algo que sin duda genera angustia, probablemente en tanto pone en cuestionamiento razgos fundamentales de su identidad. Así pues, en la gran mayoría de los casos, para ser padre se debe de ser capaz de proveer, y me referiero a ser padre en el sentido del estatus que dicha condición puede brindar a los varones. Y éste es uno de los principales cambios que se viven al transitar a la paternidad, pues parece que es el hecho de la paternidad lo que los hace enfrentarse ya de lleno al papel social e históricamente asignado a ellos: el papel de proveedores.

Un caso interesante es el de IS, quien en un primer momento había proyectado que ambos, tanto él como su pareja, se dedicarían a trabajar y a cuidar a la bebé, recurriendo al apoyo de familiares y eventualmente, de una guardería. Cabe mencionar que se trata de uno de los varones que ha tenido un acercamiento importante a cuestionamientos de género y al trabajo sobre su propia masculinidad por el tipo de formación académica y el espacio laboral en el que se encuentra. Razones por las cuales el entrevistado planteó desde un inicio su interés por establecer una relación equitativa con su pareja en cuanto a los cuidados y el trabajo. Sin embargo, poco después del nacimiento de su bebé, los planes cambiaron a propuesta de su pareja, y al momento de la tercera entrevista, IS relata que su pareja, aun teniendo un sueldo mejor que él, decidió dejar de laborar para dedicarse al 100% al cuidado de su bebé, quedando IS en el lugar de proveedor principal:

Ha habido como ciertos cambios, ciertas transformaciones, este... ahorita ella... bueno, parte directamente de su decisión, pero se salió de trabajar, entonces este... ahora está con la niña todo el día; está ahí en la construcción de proyectos personales, ¿no? (IS)

Y menciona más adelante:

Inclusive había la propuesta de que yo me saliera de trabajar, al final ella trabajaba más dinero; o sea, este... yo me salía de trabajar y cuidaba a la niña, ¿no?

E: ¿Cómo fue que al final la decisión llegó a que ella se saliera de trabajar y no tú?

IS: Ajá, porque creo que atendía directamente a una de las... de las... de los aspectos así primordiales: ella quería estar más tiempo con su hija, ¿no? A mí me parece que no había tanto en mí la ansiedad, ¿no? (IS)

Resulta interesante lo que plantea IS en el fragmento anterior ya que, si bien su pareja tenía más ingresos que él, lo que señala es que la decisión no se tomó



con base en ello, sino con base en el deseo de su pareja de estar más tiempo con su hija, deseo que, menciona el entrevistado, él no comparte con la misma intensidad. Me parece que, para profundizar en el análisis, es necesario considerar otros aspectos que se pudieron haber jugado en esta decisión. Por un lado, vale la pena mencionar el estudio que elaboran Abril, et al. (2015) con parejas españolas, donde se encuentra un fenómeno similar a lo que se observó con los participantes de este estudio. Resulta que, si bien hay un ideal igualitario en la repartición de tareas domésticas y de cuidado, la transición al primer hijo o hija continúa constituyendo un momento en el que se agudizan las desigualdades de género, dado que en la realidad el reparto del trabajo sigue estando muy marcado por los roles y estereotipos de género y, sugieren los autores, en muchas ocasiones estas las preferencias y actitudes preconstruidas pesan más en la toma de decisiones que la racionalidad económica.

Esto es precisamente lo que fue posible observar en el testimonio de IS, donde la decisión no pasó por argumentos económicos sino de otro orden, probablemente identitarios. La pareja de IS expresa su deseo o “necesidad” de estar más tiempo con su hija, deseo que IS dice no compartir (o no con la misma intensidad). Y me parece que no se puede dejar de ver que el deseo también se construye a partir de la socialización y él parece asumir que es de esperarse que la madre quiera estar más tiempo con su bebé, en comparación con él, que no siente la misma necesidad. En este sentido, retomo lo que propone Izquierdo (2003), quien menciona que para las mujeres el trabajo femenino de criar y cuidar tiene dos caras. Por un lado, se genera un exceso de trabajo no retribuido; pero a la vez, hay un fuerte sentimiento de poder y realización, de forma que el cuidado es, para las mujeres, un privilegio, pero a la vez una trampa. A la vez que ser madre se ha constituido como un lugar sumamente valorado en nuestra sociedad, se vuelve también un aspecto identitario fundamental en muchas mujeres, así como la proveeduría para los varones. Como menciona Faur (2006):

Uno de los pilares que ha marcado la construcción social de las identidades masculinas y femeninas en las sociedades modernas ha sido la prevalencia

de una matriz de división sexual del trabajo que asigna al hombre adulto la responsabilidad de la provisión de ingresos familiares y a las mujeres las obligaciones de reproducción del mundo doméstico, incluyendo el cuidado de hijos e hijas. (p. 131).

No obstante, el entrevistado menciona estar interesado en que en esta lógica en la que él es el proveedor y su pareja se encarga del trabajo de cuidados, la vida no quede tajantemente dividida de esa forma, y expresa su interés por continuar siendo partícipe de los cuidados y el trabajo doméstico, por lo que si bien el ideal equitativo no se traduce en una realidad por completo, sí tiene una influencia en el ordenamiento de la vida en pareja:

Por ejemplo, yo me... me encargo de hacer el quehacer –lo hacemos una vez a la semana- pero yo, por ejemplo, trato, ya sea el sábado o el domingo, ¿no? De hacer quehacer, para que ella esté, esté... ¿no? con la niña. (IS)

Más adelante, el entrevistado manifiesta no sentirse muy cómodo con esta nueva asignación de roles. En el siguiente el fragmento explica que no le parece un retroceso la decisión que ha tomado con su pareja de que ella deje de trabajar y él se encargue mayoritariamente del ingreso económico, y al mismo tiempo menciona “al rol de proveedor no le saco”, sin embargo como se puede observar en la transcripción, el entrevistado trastabilla continuamente e incluso parece que se contradice, diciendo de inicio que no le gusta ese rol, pero que a la vez “no le saca”. De forma que más bien parece no sentirse muy cómodo con esta decisión que parece haber sido más unilateral que acordada, y menciona más adelante, se siente presionado al convertirse en el principal soporte económico de su familia:

En lo personal no me gustaría ese... ese rol, ese este... ¿Cómo poderlo decir? ¿no? Ese... aparente rol, ese rol de... de... de... proveedor, ¿no? Este... pues me parece que... bueno, tanto por lo que trabajo, ¿no? Por... esto no significaría para mí un retroceso, ¿no? Este... y no, o sea, yo quiero sí... al rol de proveedor no le saco, ¿no? (IS)

Por lo que podemos ver un choque entre este nuevo ideal de paternidad que tiende más hacia la equidad y los mandatos tradicionales sobre el ser varón, específicamente en el tema de la proveeduría, generando múltiples contradicciones en los varones en su papel como padres. Y de igual forma, podemos observar ese choque en varias de las mujeres, parejas de los entrevistados, quienes tienden a transitar de un ideal equitativo a la reproducción de roles ya establecidos. Algo similar se dio con el participante IK, quien de igual manera había proyectado que ambos miembros de la pareja trabajarían y aportarían económicamente al hogar; sin embargo, esto cambió con el nacimiento de su bebé. Su pareja decide dejar de trabajar por un periodo más largo de lo que habían pensado para estar con su bebé, y, al igual que en el caso anterior, IK queda como el único proveedor. No obstante, a pesar de tener un arreglo aparentemente “tradicional”, este participante tampoco ha desistido en su interés por ser partícipe de la crianza y las labores domésticas, menciona:

Entonces sí nos hemos alternado un poquito la carga, también para ella es una friega cuidar a la niña, no puedes comer, bueno o sea sí puedes pero con una mano, o sea... hemos tratado también para ella de balancear las cosas. Y eso sí ha aliviado mucho la carga para los dos. No se trata de que yo llegue a sentarme, tomar una cerveza y se acaba el día ¿no? Entonces bueno eso ha estado padre, y también baja la tensión entre [pareja] y yo, o sea el hecho de que nos hayamos organizado, cada quien con responsabilidades. (IK)

También refiere sentirse presionado por haberse convertido en el único proveedor y enfrentarse a ese lugar socialmente asignado a los varones:

Me preocupa para [la bebé], o sea, tendrá que ir a la escuela, no sé, esa parte sí me trae presionado respecto al futuro laboral, que no va tan mal por ahora. O sea, sí ha habido crecimiento y desarrollo, no me he estancado, pero pues sentir el peso de la responsabilidad, que sea solo mía, esa parte no me gusta. Sí me gustaría también compartirla. (IK)

Es posible observar cómo el hecho de la paternidad enfrenta de lleno a los varones a los roles de género tradicionalmente asignados a ellos, como lo son la proveeduría y la protección. Independientemente de la forma en la que cada varón lidie con ello, lo que parece ser un hecho es que la exigencia aparece, ya sea enunciada por otros o desde lo que el mismo varón ha internalizado, por lo que nos encontramos frente a mandatos que parecen anacrónicos, como propone Keijzer (2000).

En este sentido está también el relato de OD, participante que al igual que los dos anteriores había acordado junto con su pareja que ambos volverían a trabajar y encontrarían la manera de compaginar y repartirse los cuidados. No obstante, durante la tercera entrevista, el participante menciona que su pareja ha decidido no volver a trabajo después de los tres meses de paternidad, y permanecer un mayor tiempo en casa al cuidado de su bebé. Reflexiona sobre cómo el convertirse en el único proveedor le ha implicado pasar más tiempo fuera de casa trabajando, lo cual ha tenido como consecuencia el sentirse más distanciado de su bebé:

Pero por otro lado, pues también estoy poco tiempo en casa, yo quisiera estar más tiempo con [hijo], algo que he descubierto mucho también en esta cuestión de cómo los decretos, los decretos sociales, en la cuestión del rol que juega el papá, el rol que juega la mamá, está muy cabrón ¿no? O sea, yo si siento ahorita mucho esta parte, aunque no me pesa lo que trabajo [...] pues estoy mucho tiempo afuera y cuando regreso, ha sido una etapa interesante porque ese distanciamiento de [hijo], del vínculo papá- hijo.

En contraste, AN, padre joven quien durante el embarazo estuvo desempleado y angustiado por no contar con un trabajo, relata que poco después del embarazo, pudo conseguir un empleo y ello ha transformado su vivencia de la paternidad en tanto ya se siente capaz de ofrecer un sustento a su pareja y su bebé:

Pues estoy más tranquilo, como te decía la otra vez, siento que estoy más estable y ya con algo... con un sustento más para ofrecerle tanto a [pareja] como a la bebé lo que pueden llegar a necesitar, incluso lo que yo puedo llegar

a necesitar en algún momento, ropa, comida, vestimenta para la niña, la leche, las mamilas, pues o sea todas esas cosas que en un momento u otro se van requiriendo y necesita uno comprar para que la niña esté bien. (AN)

Y a la vez, AN parece ser uno de los entrevistados que ha logrado un acuerdo más equitativo con su pareja, donde según explica ambos trabajan y ambos cuidan de la bebé cuando están en casa, recurriendo al apoyo de terceros.

Un caso similar es el de GM, cuya pareja regresó a laborar en cuanto finalizó el tiempo de maternidad, e incluso se fue reincorporando a las actividades laborales antes de que terminara este periodo. GM relata que se trata de una persona que le da mucha importancia a su trabajo, por lo que para ella no fue una posibilidad (ni un deseo, al parecer) dejar de trabajar. Es por ello que ambos miembros de la pareja se han organizado para contar con apoyo para que alguien más cuide de la bebé durante las mañanas, mientras que ellos se encargan del cuidado durante las tardes. Se trata de una pareja que también ha logrado un acuerdo aparentemente equitativo, donde incluso GM cuida un mayor tiempo de su bebé, pues su jornada laboral es más corta.

Finalmente está el caso de TH, de todos los entrevistados el que ha establecido un acuerdo con su pareja más alejado de lo tradicional, en donde es él quien se ha quedado en casa a encargarse del cuidado y el trabajo doméstico mientras que su pareja es quien trabaja fuera de casa y es la principal proveedora. Para TH, éste era el acuerdo desde las primeras entrevistas y se ha logrado sostener a lo largo del tiempo. Para el participante ha sido muy significativo tener la posibilidad de vivir este acercamiento con su bebé y poder dar cuenta de sus habilidades para cuidar:

Entonces me di cuenta que yo podía hacerlo y luego me di cuenta de que podía disfrutarlo ¿no? Luego también me di cuenta del enorme privilegio de..., de conocer a tu bebé, de que te reconozca, de que sea capaz de estar junto contigo, de, pues, la enorme pérdida. Los hombres no tenemos ni puta idea

de lo qué es la crianza, y la oportunidad que yo tengo de... de vivirla ¿no?, que es maravillosa y que la estoy aprovechando. (TH)

No obstante, el mismo entrevistado reconoce cómo no dejan de pesar los discursos tradicionales, donde lo esperado de un varón es que sea un buen proveedor, no un buen cuidador:

Porque es enorme la cantidad de, o sea, cuando ya tu esquema o tu vida, te enfrenta a esos esquemas y roles y estereotipos en los que tienes, te enfrentas a ellos, porque siempre has escuchado el comentario de que los hombres son buenos hombres porque sostienen económicamente a sus familias ¿no?, no porque conozcan a sus hijos.

Tal parece que si bien el acomodo de TH con su pareja ha respondido a un ideal igualitario y ha sido fruto de todo un proceso de cuestionamiento sobre su propia masculinidad y su paternidad, el entrevistado se sigue enfrentando ante los discursos tradicionales de género, donde, como menciona Jiménez (2003):

La valoración de una mujer, su feminidad, está entretrejida con su desempeño como madre, esposa y ama de casa, no tanto como ciudadana. Mientras que la valoración del varón se sigue dando justamente en lo contrario: su masculinidad depende de sus logros laborales o públicos, y su desempeño como padre o amo de casa no cuenta. (P. 146).

Más adelante, TH menciona:

Choca con la realidad social por decir que no estás viviendo tu paternidad como lo son los papás, y eso suena bien chingón cuando lo platicas con tus amigos, pero no suena tan chido cuando tienes que pagar la cuenta del pan, o tienes que hacer algo porque has estado acostumbrado a tenerlo o no has dependido de que alguien lo pague por ti. (TH).

De nuevo, es posible observar cómo este cambio con respecto a los roles tradicionales de género no sucede sin consecuencias, e implica un fuerte

cuestionamiento para el varón entrevistado en tanto la proveeduría se sigue colocando como un elemento fundamental de la identidad de los varones.

Otro aspecto que se ha revelado como fundamental en la constitución de la paternidad y de la identidad de los varones es la protección. A través del discurso de los entrevistados, ha sido posible observar que junto con el rol de la proveeduría, el de la protección continúa siendo también un rol o una función profundamente interiorizada por los varones. A lo largo de las tres fases de entrevistas, prácticamente en todos los casos hay alguna mención hacia la importancia que tiene para ellos el ser capaces de proteger a su familia. IS por ejemplo refiere su preocupación en torno a ser capaz de proteger a su familia en los aspectos fundamentales, la salud y el entorno de inseguridad:

Por ejemplo, la salud: esta opción que te menciono del trabajo, en torno a tener, por ejemplo, entre otras cosas, ¿no? seguridad social, ¿no? si en algún momento pasa, ¿no? (IS)

La cuestión de la violencia en la que vivimos, ¿no? también este... por ejemplo, ahí de hacer planes de cambiarnos de domicilio, ¿no? este plan lo compartía desde antes, entonces este... pus se vendría también; lo que sí este... mmm...decirle a [hija]: estamos en un entorno este... problemático. (IS)

Me parece interesante detenerse a pensar en este punto si estas preocupaciones, planes y actividades que mencionan los participantes en torno a la protección no serán también una forma de cuidado. Figueroa y Flores (2012) proponen definir el cuidado como una serie de prácticas encaminadas a satisfacer las necesidades de otra persona, donde se juegan dos elementos básicos, el interés en el bienestar de otro y la ejecución de actividades para procurarlo. En este sentido me parece que la protección a la que refieren los varones es una forma de cuidado, en tanto busca satisfacer las necesidades de seguridad de su bebé y conlleva una serie de acciones para lograrlo.

Al respecto, Tronto (1993) propone una distinción más a fondo en torno a diversas formas de cuidado. La autora propone cuatro fases: preocuparse por

(reconocer las necesidades de otras personas e interesarse por éstas), encargarse de (tomar acciones dirigidas a cubrir las necesidades de esas personas, aunque no implique cuidar directamente de ellas), dar cuidado (actividades que implican contacto físico y directo con quien recibe el cuidado) y finalmente, recibir cuidado. Figueroa y Flores (2012) proponen que las primeras dos etapas se encuentran más masculinizadas en tanto se ubican con mayor facilidad en el ámbito público, mientras que la tercera es predominantemente femenina. De tal forma que podemos pensar la protección como un tipo de cuidado que los varones ejercen dentro de las dos primeras fases que propone Tronto (1993), en tanto los varones no se están refiriendo a actividades como cambiar pañales, alimentar a sus bebés o ese tipo de tareas que implican una relación cuerpo a cuerpo y que están directamente vinculadas a la supervivencia diaria del o la bebé.

El caso de uno de los entrevistados fue particularmente interesante en este sentido dado que, como ya se mencionó en el análisis por casos, entre la segunda y la tercera entrevista, sucedió el sismo del 19 de septiembre de 2017 que tuvo importantes consecuencias en la CDMX y en la vida de esta familia. A partir de estos hechos, el entrevistado reflexiona sobre cómo se vio cuestionada su noción de seguridad y, agregaría, su capacidad de proteger a su familia:

Fue muy rudo, inclusive ver que la condición de seguridad, o sea yo veía el cuarto de [hija] que había pintado, luego del sismo estaba me acuerdo que me decían estos güeyes "no si tú agarras vuelo de esta pared y te avientas así, sí la atraviesas"... y pues ese muro fracturado que está en... pues arriba de la cuna de mi bebé o de su cabeza ¿no?, está muy mamón (...) fijate, mi plan, no sólo se me destruyó el plan de seguridad ¿no?, la noción misma de seguridad que yo tenía construida, personal. (TH).

Podemos pensar que además de lo duro de los acontecimientos del 19 de septiembre de 2017, lo "rudo" para este entrevistado fue ver vulnerada su capacidad de proteger a su familia. Tratándose además de este participante que ocupa el rol de cuidador mientras que su pareja es la proveedora, el proteger se ha vuelto un eje fundamental para sostener su papel como padre y como varón.



#### 4.2.3.5. Pareja

El nacimiento de un bebé implica para los varones ciertas transformaciones en su vivencia de la relación de pareja, entre ellas, quizás la más evidente es la necesidad de abrir espacio a un tercero y, paralelamente, de poder reencontrarse con su pareja más allá del bebé. Al momento de la tercera entrevista, la mayoría de los varones reconocen que si bien es cierto que han sentido un desplazamiento en cuanto a los intereses de su pareja, que ahora están más centrados en el bebé, reconocen también que ellos están atravesando por una situación similar, en la que libidinalmente también se encuentran volcados hacia el o la bebé. Tal es el caso de IS, quien menciona:

Yo creo que ha estado... ha estado igual que siempre, ¿no? este... pero bueno, creo que sí se... que sí se transforma, ¿no? Porque también este... también porque yo también estoy directamente hacia la bebé, ¿no? (IS)

Esto coincide con la vivencia que relata IK, quien da cuenta de que ha dejado de ser, por lo menos temporalmente, el centro de atención de su pareja, pero refiere cómo él ha sentido lo mismo, al encontrarse por ahora enfocado en la bebé:

Yo ya no tengo toda la atención de [pareja] y [pareja] no tiene toda mi atención, sí se siente la diferencia de atenciones, pero también estamos como en el mismo rollo ¿no? O sea, así como que estamos pasándola muy bien con [bebé], nos estamos apoyando para nuestros proyectos personales el uno al otro, entonces he sentido más bien como que me he acercado más a ella. (IK)

No obstante, los entrevistados reconocen que no ha sido todo el tiempo fácil lidiar con ello y que por momentos aparece la angustia de que no sean capaces de reencontrarse con su pareja. Por ejemplo, IS reflexiona sobre cómo esta inclusión de un bebé en la relación afecta la vida de pareja, particularmente la vida sexual:

Pero también sí... no sé a lo mejor ha tenido una... una... ¿Cómo se le llama? Una... activamente, de estas relaciones sexuales; ahora distanciarlas así ya es de: 'Ah, ya no me quieres'. Sí, sí se siente, y creo eso también... a lo mejor

tú dices: 'Ay, bueno, no' pero 'Ay, ¿qué estará pasando', ¿no? Y creo que también ahí está lo depresivo, o sea porque también ahí pues se siente, como en esto que te digo de espacial de la cama: 'pues yo estoy acá y tú estás hasta allá' (IS)

GM refiere sensaciones similares cuando habla de su pareja y la forma en la que se ha llevado la relación ahora que son padres:

Es complicado. Siempre dijimos vamos a ser papás de [hija] pero no vamos a dejar de ser la esposa de GM y el esposo de [pareja] ¿Sabes? No queremos dejar nuestra relación de lado, pero... y lo hemos intentado, pero... hay un punto en el que es inevitable ¿sabes?

Esto coincide con lo encontrado por Salguero, Córdoba y Sapién (2018), quienes entrevistaron a padres de familia con hijos e hijas, y encontraron que uno de los cambios más significativos había sido en el ámbito de la sexualidad, donde las relaciones sexuales se fueron espaciando a partir del embarazo y aún más después del nacimiento. Como señalan los autores, tan parece que aparece la necesidad de postergar los encuentros amorosos y el placer.

Esto puede derivar en algunos casos en la presencia de sentimientos ambivalentes hacia el hecho de vivirse en una relación triádica, donde aparecen cuestiones como la envidia o el sentirse excluidos, como lo relata IS:

Inevitablemente también hay momentos donde la percepción está muy cercana a la... a la exclusión, ¿no? a la este... (E: ¿Tú te has sentido así?) Sí, sí hay momentos donde sí, eeh... bueno lo... lo... importante mencionarlo, ¿no? que también yo lo reviso, digo: bueno, no, no es exclusión. ¿No? Pero sí se siente, ¿no? (IS)

Sin embargo, tal parece que para la mayoría de los entrevistados es complicado identificar estas ambivalencias, pues la mayoría de ellos relató que si bien su vida sexual y de pareja sí se ha visto sujeta a importantes transformaciones

a partir del nacimiento del bebé, muy pocos mencionan los sentimientos negativos que esto puede despertar.

Finalmente, esta rivalidad que se puede sentir con respecto al bebé en tanto la atención de la pareja se encuentra colocada sobre él, también se ha manifestado en otro sentido, esto es, como una rivalidad con la pareja. Esto dado que se ha observado a lo largo de las entrevistas que con cierta frecuencia los participantes hacen comparaciones con su pareja sobre qué tan capaz es cada uno de cuidar de su bebé y calmarlo. Así lo refleja el relato de OD quien refiere:

De decir, chale no, o sea yo veo como [pareja] lo calma, como con [pareja] se duerme, como con [pareja], este, él está bien. Ese era como mi fantasía, y yo cuando lo tenía, no, o sea no está ahí bien conmigo ¿no?

O el de GM, quien menciona:

Fue el único día que me costó trabajo y a partir de eso, ese fue el día que más me frustré del llanto que decía es que yo no, yo no la puedo callar con leche o con boobie.

Finalmente, GS menciona:

Pues también una de las sorpresas que me llevé es que, aunque yo quiera involucrarme mucho, pues siempre el peso principal lo tiene en esta rutina la mamá.

Es interesante porque en esta comparación la mayoría de los varones se ubica en desventaja, y hacen referencia con frecuencia a que el hecho de que ellos no puedan amamantar. Además, parece que en esta vivencia se cuele la envidia, hay algo del ser mujer que los varones envidian al arribar a la parentalidad.

## 5. Discusión

El objetivo de este estudio consistió en conocer, analizar e interpretar desde una mirada psicoanalítica y mediante un estudio exploratorio, la forma en la que algunos varones de Ciudad de México construyen su paternidad alrededor del nacimiento de un primer hijo o hija, mediante la exploración de los elementos intrasubjetivos, relacionales y sociales (específicamente aquellos vinculados con el sistema sexo-género) que intervienen en la configuración de dicha vivencia.

En el apartado anterior, se han descrito a detalle las categorías que se analizaron a partir del procesamiento de las entrevistas realizadas a los participantes, y en este apartado se discutirán los principales hallazgos a la luz de la teoría.

### 5.1. La paternidad: un momento crítico en la vida de los varones

A lo largo de las entrevistas se ha constatado, en consonancia con lo planteado por autores como Emmanuel (2002), que convertirse en padre es un proceso complejo para el varón y conflictivo en sí mismo, en tanto lo enfrenta a diversos retos que tienen que ver con un reacomodo en lo social y en lo psíquico.

La paternidad implica para los varones asumir un rol que está fuertemente marcado por la división sexual del trabajo y que refuerza su papel hegemónico y de figura de autoridad en nuestra sociedad. Es decir, sigue siendo un rol determinado en gran medida por la expectativa de la proveeduría económica, que al mismo tiempo se vuelve el acceso a un lugar de poder altamente valorado en una sociedad patriarcal como la nuestra. A la vez, en términos intrasubjetivos, es un momento de fuerte cuestionamiento identitario, que implica el surgimiento de nuevas facetas de la personalidad que no siempre se encontraban ahí previamente, sino que se han tenido que ir construyendo y desarrollando en el proceso, y que ponen en juego las significaciones alrededor de la masculinidad y también la economía libidinal del sujeto.

A continuación, se problematizará sobre algunas de las tensiones que enfrentaron los entrevistados durante este tránsito identificando cada una de las temáticas que mayor peso tuvieron en la experiencia de los participantes y problematizando desde lo empírico y desde la teoría estas vivencias alrededor de la paternidad.

#### 5.1.1. El rol social

Ya lo mencionaba Olavarría (1999, en Cruzat y Aracena, 2006), la paternidad es un momento de culminación de la masculinidad en el que el varón se encuentra frente a la oportunidad (y la exigencia) de demostrar que es “suficientemente hombre”. Pero, como en toda oportunidad, también se enfrenta a la amenaza de fallar en acceder a dicho estatus ejerciendo de manera “insuficiente” “su rol” de proveeduría y autoridad. En la representación explorada en los entrevistados, quedó claro que esta imagen de ser suficientemente hombre está integrada por dos aspectos fundamentales, la capacidad de proveer y la capacidad de proteger, si bien estos han podido ser cuestionados por algunos de los participantes.

Como fue posible observar a lo largo del análisis de las entrevistas, si bien encontramos en los varones un ideal de paternidad que integra aspectos como la afectividad y el cuidado, a los cuales además cada vez se les da una mayor importancia, también fue evidente que éstos no han desplazado aquellos mandatos anacrónicos de la masculinidad como lo son la proveeduría y la protección, sino que ambos conviven. Varios de los varones entrevistados se encontraban preocupados por ser padres involucrados en la vida de sus hijos, pero a la vez tenía un peso muy importante en sus prioridades el ser capaz de proveerles y protegerles. Dicho aspecto, cabe mencionar, va más allá de la racionalidad en la cual cuidar de un hijo o hija implica ser capaz de hacerse cargo económicamente de él o ella, sino que tenía que ver con el estatus que brinda al varón su capacidad de generar recursos económicos para su familia. A mayor ingreso económico, mayor estatus y por lo tanto mayor cercanía a un ideal de masculinidad hegemónica que sigue siendo definido en buena medida por la proveeduría.

En este sentido nos encontramos con casos como el de TH, quien a pesar de tener un claro acuerdo con su pareja referente a que él sería el cuidador primario mientras que ella sería la proveedora principal, manifestó en reiteradas ocasiones sentir que no estaba cumpliendo con lo que socialmente se esperaba de él. Esto resulta un punto interesante para analizar pues hay un cruce muy importante entre lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo cultural. Efectivamente, estamos sumidos en una cultura en la que la valía de un varón depende en buena medida de su capacidad para generar recursos económicos, sin embargo, lo que revela TH en su relato (al igual que otros entrevistados) es cómo esto se incorpora de tal manera que termina siendo también un aspecto fundamental de la identidad de los varones.

Estos mandatos y expectativas van conformando a lo largo de la historia del varón un Ideal del yo donde la valoración del sujeto está anudada a su capacidad de producción económica, y cuando éste no es alcanzado, entonces aparece el malestar, la culpa y la angustia. Recordemos que, dentro de la tónica Freudiana, el Ideal del yo es una instancia que resulta del narcisismo infantil (yo ideal) y de las identificaciones con las figuras parentales, así como con los ideales colectivos. En este sentido, el Ideal del yo representará ese modelo (consciente e inconsciente) al cual el sujeto aspira, e intenta adecuarse, y que queda estrechamente relacionado con la valoración del Yo (mientras más cerca del Ideal del yo, mayor valoración del Yo, y viceversa) (Laplanche y Pontalis, 2004).

Además, esta parte del ideal del yo estrechamente vinculada a los ideales colectivos de la masculinidad, parece colocarse en un lugar demasiado alto, al que, de hecho, ninguno de los varones entrevistados parecía lograr acceder. Esto genera, como ya señalaba Freud (1932), un sentimiento de inferioridad resultado de la tensión entre el Yo y un Ideal del Yo inalcanzable.

Las consecuencias de no cumplir con este ideal no son únicamente intrasubjetivas (angustia, culpa), sino que aparecen también en la relación con otros a manera de sanción social. Como menciona Connell (2003), la masculinidad hegemónica se constituye como un ideal del cual algunos varones (blancos, occidentales, con alta capacidad económica) están más cerca que otros, lo cual les

confiere un estatus de poder que mantiene a las otras masculinidades en un lugar subordinado. Así pues, hay constantes recordatorios por parte de distintos actores sociales que hacen saber a los varones que no están cumpliendo con este ideal y reafirman su estatus de menor poder con respecto a otras masculinidades, su estatus de subordinación.

Siendo además la fraternía masculina muy importante para los varones, es decir, el ser reconocidos y validados por otros hombres por sus logros laborales o las conquistas sexuales, (I. Meler, comunicación personal, febrero 2019), fue posible observar que los varones entrevistados resienten la carencia de este tipo de reconocimiento por parte de otros varones en relación con otros aspectos de la paternidad que van más allá de lo económico, como el cuidado. Resulta particularmente difícil para los varones encontrar grupos de referencia y apoyo en los aspectos afectivos y de cuidado de la paternidad, quedando ésta colocada como una vivencia solitaria y poco valorada por otros varones.

Esta sanción social puede ser enunciada y actuada por otros varones, como muestra el caso de TH, quien refiere que encuentra mayores dificultades al compartir con otros hombres que está cumpliendo un rol de cuidador y no de proveedor. O incluso por otras mujeres, como menciona GS al hablar sobre la madre de su pareja, quien usa como un argumento para agredirlo y sacarlo de la esfera de los cuidados el cuestionar por qué no está trabajando y encargándose de llevar dinero a casa. Al final, como menciona Robaldo (2016), el prejuicio que señala que los varones no son capaces de procrear, criar ni educar hijos/as, no es sino un mecanismo de naturalización de la masculinidad hegemónica. Dentro del imaginario del cuerpo y la identidad masculina, menciona el autor, sólo hay lugar para la producción económica y la violencia, pero no para la producción de la vida.

Así mismo, es claro en estas experiencias compartidas por los varones, el entrecruzamiento que diversas feministas han señalado entre los sistemas patriarcal y capitalista (p.e. Mies, 1999). Si bien el sistema patriarcal que oprime a las mujeres preexiste al capitalismo y es mucho más antiguo que él, el capitalismo apuntalado en el trabajo doméstico no remunerado, perpetúa a las mujeres como

pilares de la acumulación, y a los varones, como los poseedores de tal acumulación. Generando una equivalencia entre acumulación de capital y poder, tanto fáctico como simbólico, acaparado predominantemente por los varones, a partir de la explotación del trabajo y el cuerpo de las mujeres. Y generando también una situación en la que la capacidad de acumulación de los varones se relaciona con la valoración de su masculinidad.

#### 5.1.2. El duelo en la paternidad

La paternidad implica asumir nuevos roles, exigencias y expectativas, pero a la vez, requiere despedir una parte del yo que se transforma y da lugar a otra nueva. Encuentro el paralelismo con la adolescencia, en la cual se lleva a cabo un duelo por los objetos de amor de la infancia y por el yo infantil. De forma similar, en la paternidad parece llevarse a cabo un duelo por una parte del yo que tiene que ser resignada para asumir un nuevo rol y una nueva función social, acompañado de desarrollar nuevas facetas de la personalidad. Este duelo, el cual es mencionado en varios de los entrevistados como JS, FR e IS está estrechamente relacionado con el narcisismo y con la construcción de la masculinidad.

Por un lado, los entrevistados hacen referencia al hecho de que la paternidad implica renunciar a pensar en ellos mismos y sus necesidades para dar lugar a otros. Esto en términos intrasubjetivos, implica un desplazamiento libidinal en el que el varón renuncia a algo de su propio narcisismo para investir a un objeto externo (tal como Freud lo exploraba en el enamoramiento). Sin embargo, este movimiento necesario para lograr la vinculación amorosa con otros, también puede tener implicaciones y dificultades en los varones relacionadas con la manera en que éstos han sido socializados.

Como ya se mencionaba en el análisis de resultados, Bonino (1999) propone que hombres y mujeres son socializados de manera distinta con respecto a la relación con ellos mismos y con otros, siendo los varones educados a lo largo de su vida en el discurso de “ser para sí”, en el cual las necesidades que importan y que



se colocan en primer lugar son las propias. Sin embargo, llegar a la paternidad y pretender asumir un rol de cuidado, implica una transformación en esta forma de ver el mundo, implica dar lugar a un “ser para otros”, entendido como la dedicación al bienestar y cuidado de otros, en lo cual los varones no han sido socializados históricamente. Probablemente, esa sea la razón por la cual esto se viva como una pérdida, y no como una especie de continuidad y funcionamiento esperado, como en el caso de las mujeres. Es posible además reforzar esta idea observando que los varones entrevistados que han sido socializados en un esquema más tradicional, según sus propios relatos, son quienes resienten más esta pérdida.

Un ejemplo de ello es el caso de IS, quien ha podido identificar que se enfrentó a múltiples mensajes y comentarios por parte de su familia y otros conocidos en los que se hacía referencia a todo lo que perdería al convertirse en padre. Mencionó, por ejemplo, que su familia le expresó en varias ocasiones sus cuestionamientos sobre para qué ser padre, e incluso, para qué comprometerse en una relación de pareja cuando podría estar viajando, gastando su dinero en él y conociendo mujeres. Todo un discurso alrededor de la masculinidad que le dice a él así como a muchos otros varones: “podrías estar viviendo para ti, en vez de ver por otros”, y, por supuesto, ser un hombre “exitoso”, acumulando dinero y mujeres.

Otros entrevistados también hacen referencia al hecho de que ser padres ha implicado renunciar a una forma de vida en la cual su prioridad era ellos mismos y su tiempo se regía a partir de su deseo y sus necesidades. Mencionan que el tránsito hacia la paternidad ha implicado renunciar a este funcionamiento, para dar lugar a otro en el cual lo que está en primer lugar son las necesidades de su bebé y de su familia, ya no sólo las propias. Refieren que esto no ha sido sencillo, sin embargo, lo que funciona como un sostén muy importante a lo largo del proceso es que esta transición haya estado apuntalada en su deseo.

Me parece importante resaltar a partir de esta reflexión que el hecho de que los varones hayan sido socializados en el “ser para sí”, no implica que no puedan hacerse cargo del cuidado de otros, pues como se vio a lo largo de las entrevistas, esto ocurrió en la mayoría de los casos. Pero la idea de “ser para sí” apunta a

priorizar sus propios deseos y necesidades sobre las de los demás, sobre todo cuando las necesidades de los otros van más allá de lo económico, aspecto que sabemos bien, ha sido un mandato fundamental para los varones: proveer económicamente a su familia. Aunado a ello, lo que se busca señalar es que este “ser para sí” promueve una forma de organización narcisística que complejiza el tránsito hacia la paternidad y la demanda que implica de poder cuidar de otros y poder dar lugar a las necesidades de otros, generando un proceso de duelo.

El duelo en la forma en la que podemos comprenderlo desde el psicoanálisis refiere al trabajo intrapsíquico que el sujeto habrá de llevar a cabo cuando se enfrenta a una pérdida, la cual puede experimentarse en lo material o en lo simbólico (Freud, 1915). En este caso estamos hablando de una pérdida que tiene que ver con los ideales del yo masculino. El duelo implicará el desinvertimiento de las representaciones ligadas a dicho ideal (por ejemplo, del hombre “libre”, mujeriego, sin compromisos ni ataduras a otros, centrado exclusivamente en sí mismo). Como todo duelo, implica un proceso de reorganización o reacomodo que casi siempre conlleva dolor, y del cual se sale mediante la renuncia al objeto perdido y la libidinización de nuevos objetos o ideales.

Es así que podemos entender que, en el caso de varones socializados dentro de los ideales mencionados sobre la masculinidad, la paternidad implica algunas pérdidas y renunciaciones para lograr asumir una nueva forma de vida, o bien, en algunos casos, lo que observamos es la imposibilidad de hacer esa renuncia y de dar lugar a otros.

### 5.1.3. El encuentro con una afectividad desconocida

También fue posible observar que el tránsito hacia la paternidad implicó para todos los entrevistados encontrarse con una afectividad que a la mayoría les era ajena hasta ese momento. Esto se observó principalmente en relación con el nacimiento, momento en el cual los varones expresaron haber atravesado por una “montaña rusa” de emociones, como lo metaforiza uno de ellos. Se vieron frente a la

necesidad de tramitar afectos ante los cuales no se sentían familiarizados como la ternura, la angustia de muerte, la vulnerabilidad y la impotencia.

La ternura tiene que ver con descubrir una forma de amor y de vínculo no erótico que se desarrolla con su pareja y con su bebé. La ternura no es algo que se fomenta en los varones, en tanto ha sido significado como un signo de debilidad y de poca virilidad. Sin embargo, esta adquiere un papel muy importante a lo largo del embarazo, el nacimiento y la crianza. Algunos de los entrevistados reflexionan sobre cómo el proceso de convertirse en padres ha implicado familiarizarse con la ternura y asumirlo como parte de sí mismo, así como dejar de avergonzarse de ella. Es en relación con aspectos como este que incluso uno de los entrevistados refiere que la paternidad lo ha vuelto “menos hombre”, pues lo ha alejado de varias de las exigencias propias de la masculinidad y lo ha encaminado a vivirse de una forma más cercana a lo estereotípicamente “femenino”, dando un lugar importante a sus emociones y atreviéndose a explorarlas e incluso disfrutarlas.

La angustia de muerte, la vulnerabilidad y la impotencia, son afectos generalmente calificados como “negativos”, a los que los entrevistados tuvieron que enfrentarse sobre todo durante el nacimiento. Por un lado, al ver el sufrimiento de sus parejas y no poder hacer mucho por solucionarlo, y por otro, al enfrentarse ellos mismos a la posible pérdida del objeto amado (pareja o bebé). Emanuel (2002) ya reflexionaba sobre el impacto que tiene sobre el psiquismo del varón el enfrentarse a estas sensaciones de impotencia que experimenta ante el dolor de su pareja, resultando sumamente angustiantes, lo que probablemente remite a la angustia de castración infantil, generando un retorno de la vivencia del niño impotente, frente a un peligro real exterior y frente a un peligro fantaseado. El que se angustia parece ser inconscientemente el niño que teme la pérdida del objeto, pero también la pérdida de su virilidad. Uno de los entrevistados, IS, hace referencia a ello de forma muy interesante, pues menciona que algo de lo cual sin darse cuenta huía como varón era la debilidad, y fue justo en el momento del parto que tuvo que encontrarse de frente con ella y a partir de eso dar cuenta de que también como hombre puede sentirse débil y aun así responder a las situaciones y recomponerse después. Esto

ha implicado para varios de ellos replantearse lo que significa ser hombre, pues en este ideal de masculinidad hegemónica, un varón es aquel que nunca se deja invadir por las emociones, siempre racional. Sin embargo, el mismo hecho del nacimiento ha tambaleado esta concepción de la masculinidad para varios de los entrevistados y ha dado por resultado cierta flexibilización y aceptación de su vida emocional.

Finalmente, como mencionó uno de los entrevistados, cuando se trata del nacimiento, la muerte también está invitada. Y es posible pensar esta afirmación en el plano real, biológico, médico, en el que efectivamente hay una brecha de riesgo en el parto, en la cual la madre o el bebé pueden perder la vida. Pero, sumado a ello habría que pensar en la muerte fantaseada por los varones entrevistados, de cualidad más inconsciente, pero que en prácticamente todos se dejó entrever: en el nacimiento hay algo que muere (o se pierde) o puede morir. A ello remite también la frase de uno de los entrevistados: “siento crecer una losa enorme en mi espalda”, metáfora que también alude al sepulcro, a la transitoriedad de la vida, al hecho de que, junto al júbilo por la llegada de una nueva vida, aparecen las ansiedades de muerte.

## **5.2. El deseo de paternidad**

A partir de este estudio ha sido posible explorar varios aspectos en torno al deseo de paternidad en los varones entrevistados, permitiendo aportar elementos interesantes a la teorización de éste. Este tema ha resultado fundamental en este trabajo ya que, desde la perspectiva psicoanalítica, los desarrollos sobre por qué un varón desea ser padre han sido casi nulos, quedando colocado el deseo de hijo/a sólo y exclusivamente en la madre. El propio Freud desarrolla a lo largo de sus obras cómo es que una mujer llega a desear un hijo y qué lugar ocupa ello en su psiquismo a partir del desarrollo de la sexualidad femenina, pero ¿qué lugar ocupará un hijo en el psiquismo del varón?

Primero que nada, vale la pena retomar el hallazgo de Rodríguez, Pérez y Salguero (2010), quienes a partir de una investigación con hombres que son padres,

encuentran que por lo general los varones piensan la posibilidad de iniciarse en la paternidad cuando hay una pareja con la cual se desea un hijo; contrario al caso de las mujeres en las que, de acuerdo con las autoras, el deseo se presenta con mayor frecuencia dirigido a un hijo y la pareja representa un papel terciario. Así fue posible constatarlo en el discurso de los entrevistados para este estudio, en donde se observó que para la mayoría (con sus excepciones, como GM), el deseo de ser padres estaba estrechamente ligado a la relación de pareja. Esto habrá de entenderse por lo menos en dos sentidos: uno, no se concibe ser padre sin una pareja estable con la cual llevar a cabo la crianza de los hijos, y dos, con frecuencia aunque el deseo de hijo haya podido surgir mucho tiempo antes, éste se fortalece, se enuncia y se le da un lugar real en el marco de la relación de pareja.

Profundizando en los motivos por los cuales los varones desean convertirse en padres, fue posible identificar cuatro ejes de análisis, los cuales se desarrollan a continuación.

#### 5.2.1. Narcisismo

El concepto de narcisismo tiene un papel muy importante en relación con el deseo de paternidad. Este es un concepto fundamental de la teoría de la libido de Freud. Según su propuesta, en el origen existen dos objetos sexuales de amor para el bebé: él mismo y la mujer que lo crio. Posteriormente, las primeras satisfacciones sexuales del niño (de tipo autoerótico), sirven como apuntalamiento para el principio de satisfacción de las pulsiones yoicas, las cuales más tarde se independizan de las primeras. Es por ello que los primeros objetos de amor son justamente quienes satisficieron esas primeras pulsiones de autoconservación. Así pues, originariamente, la investidura libidinal corresponde al yo, y si bien ésta se va cediendo a los objetos conforme se da un proceso de resignación de la libido yoica, en el fondo ella persiste, y el yo sigue siendo investido como objeto de amor.

De acuerdo con Freud, hay para las mujeres un único camino que lleva al amor pleno de objeto, un hijo: “En el hijo que dan a luz se les enfrenta una parte de su cuerpo propio como un objeto extraño al que ahora pueden brindar, desde el narcisismo, el pleno amor de objeto” (p. 86). Además, señala que la actitud de

ternura tanto de la madre como del padre habrá de discernirse como una reedición del narcisismo propio que tiempo atrás había sido abandonado.

A partir de ello, es posible discernir, como señala Freud, una reedición del narcisismo propio en el deseo de hijo en los varones expresado de dos formas que se han podido identificar en este estudio. La primera de ellas tiene que ver con esta última cita de Freud, en la que refiere que, en el caso de la mujer, el hijo aparece como un objeto extraño al propio cuerpo al que ahora se le puede brindar el pleno amor de objeto. Esto fue observado también en el caso de los varones, quienes en varias ocasiones mencionaron que el ser padres representaba para ellos el ver una pequeña parte de sí mismos en el mundo, al cual, podemos agregar nosotros, es posible brindarle el pleno amor de objeto al ser por lo menos en los inicios, una extensión del propio yo.

Por otro lado, fue posible observar que el deseo de hijo estaba estrechamente relacionado también con la idea de renacer y de trascender. Esto resulta consistente con la propuesta de Meler, quien menciona: “La mayoría de las mujeres comienza a desear un hijo sobre la base del deseo de ser madre. En los varones, registramos que el deseo de origen narcisista no se expresaría tanto como ser padre sino como renacer” (Meler, 1998a, p. 186). Y fue posible observarlo en casos como el de GS, quien literalmente expresó que cuando nació su bebé, él sintió que volvió a nacer. O el caso de GM, quien mencionó en las entrevistas que tener una hija representaba para él la posibilidad de trascender, esto es, de continuar en el mundo y dejar a alguien que pudiera ser mejor que él. De acuerdo con el diccionario de la Real Academia Española, trascender significa “pasar de una cosa a otra”, “estar o ir más allá de algo”. Si hablamos acerca de que el deseo de hijo en los varones está fuertemente ligado a la idea de trascendencia, habremos de preguntarnos qué es aquello de lo cual se quiere ir más allá. En este caso, un hijo representa la posibilidad de trascender la muerte, de la finitud del cuerpo y el ser. En este mismo sentido, Parrini (2000) propone que para un varón, trascender mediante un hijo representa la función que le permite sobrevivir simbólicamente.

En ambos casos, este deseo de origen narcisista parece conllevar un reto importante para los varones en el encuentro con sus hijos: el reto de la diferenciación. Como se mencionó anteriormente, si bien en la madre se fomenta en un primer momento la relación simbiótica con el o la bebé para después atravesar por un momento de separación en pro de la subjetivación de ese niño o niña, en el varón no parece propiciarse esa primera relación simbiótica. Por ello, la separación viene mucho más fácil, sin embargo, sí aparece con frecuencia en los varones la representación del hijo o hija como una especie de copia o doble de su propio yo, sobre el cual se colocan una serie de expectativas relacionadas con que “sea igual que yo”. En este caso el reto es la diferenciación, poder ver al otro como un sujeto distinto y particular, reconocer su alteridad.

#### 5.2.2. Identificación con lo femenino

De acuerdo con la propuesta de Meler (1998), el deseo de hijo en los varones también puede ser de origen preedípico y encontrarse apuntalado en la identificación con la madre. Así mismo, añade, tanto para el varón como para la niña las heces son el primer representante simbólico del parto, por lo que el varón crece también con el anhelo de embarazarse y parir, sin embargo, este será declinado más adelante por efecto de la represión.

Esto fue posible observarlo con uno de los entrevistados, GS, quien, al rastrear los orígenes de su deseo de ser padre, alude a haber visto a sus amigas embarazarse y tener un hijo y pensar “yo quisiera eso para mí”. En el relato del entrevistado analizado en el apartado de resultados es muy claro cómo este deseo se vincula con una identificación con lo femenino y el anhelo de embarazarse. En otro momento, el entrevistado refiere que cada vez que su bebé lo ve, siente “una explosión de oxitocina”, expresión que resulta interesante, en tanto la oxitocina es una hormona asociada con el parto y con la feminidad, lo cual nuevamente nos habla de una identificación femenina que, además, en este participante no es vivida como angustiante ni significada en términos de angustia de castración. Es posible que también a partir de esta identificación con el mundo de lo materno, para algunos

varones el cuidado resulte más familiar que para otros, para quienes verdaderamente pareciera un mundo sumamente extraño.

En GS también fue posible observar también una fantasía que no se manifestó en ningún otro de los casos, la de darle un hijo a su propia madre (recordemos que en el inconsciente no existe la contradicción, y que de lo más primario en la sexualidad humana es la bisexualidad infantil). En este caso, el hijo aparece como un representante fálico, pero adquiere un nuevo significado en el que a través de él se puede completar a la madre, antiguo anhelo edípico no renunciado que se puede realizar bajo la apariencia de una unión exogámica permitida culturalmente.

### 5.2.3. Reparación

Todos los entrevistados hicieron referencia en algún momento de la reflexión en torno a la paternidad a la relación con su propio padre. Esto resultó interesante porque además todas estas referencias tuvieron algo en común, la imagen de un padre que quedó a deber, que no fue lo “suficientemente bueno”, y con respecto a la cual, hay que mejorar ahora que ellos representarán ese papel. Esta imagen del padre estuvo marcada en el discurso de los entrevistados por dos aspectos fundamentales, por un lado, la ausencia, y por el otro, la falta de expresión afectiva.

Con respecto a lo primero, los entrevistados hacen referencia con frecuencia a haber tenido un padre que no dedicó tanto tiempo a estar con ellos y a cuidarles y que no estuvo presente en muchos momentos importantes de su vida. Tal es el caso, por ejemplo, de GM, quien refiere que su padre formó otra familia antes de la familia en la que él nació, por lo que a lo largo de toda la infancia de GM, su padre vivió en el intento de “repartirse” entre las dos familias, terminando por ser una figura ausente en ambas. GS también hace referencia a esto con respecto a su padre, quien se fue de casa en varios momentos de la infancia de GS, algunos especialmente significativos como cuando él nació, volviéndose casi un desconocido durante muchos años para el entrevistado.



Así mismo, varios de ellos señalan que vivieron con padres muy concentrados en cumplir con su rol de proveedores y poco ocupados de expresar y compartir afectos con sus hijos. Esto lleva a varios de los entrevistados a hablar de la importancia que tiene ahora para ellos hacerlo, como en el caso de GS, quien menciona que incluso ahora que su hija es una bebé, busca hablar continuamente hablar con ella y decirle cómo se siente para que, parafraseando sus palabras, cuando sea grande no piense que su papá es un robot ni se asuste cuando lo vea enojado o triste, sino que sepa desde ahora que su padre siente y que puede compartirlo con ella.

Si bien sabemos que en la subjetividad el padre casi siempre quedará en falta, incluso como parte de un proceso de destronarlo para que el varón pueda acceder a la posición de hombre adulto, también es importante considerar el aspecto real de estas carencias que los entrevistados refieren. Las estadísticas mencionadas en el marco teórico sobre la repartición de tareas en el hogar permiten corroborar que el tiempo que los varones dedican al cuidado es bastante menor en comparación con el que dedican las mujeres. Así mismo, los estudios sobre masculinidades repiten una y otra vez la dificultad de los varones, por la forma en la que han sido socializados, para expresar emociones y crear vínculos afectivos e íntimos con otros. Así que la falta inherente al padre se ve combinada con estos factores.

Y es en relación con todo esto que cuando los varones entrevistados hablan de su paternidad terminan por hacer referencia en reiteradas ocasiones a la reparación, entendida como la posibilidad de resanar algo del vínculo con el padre, de la imagen paterna y del propio narcisismo. En términos klenianos, habrá que entender este término como la posibilidad de restaurar y recrear los objetos internos que han sido a la vez amados y odiados (Segal, 1982). En este sentido, la paternidad significa para varios de los varones entrevistados la posibilidad de hacerlo en este nuevo vínculo y en este nuevo rol de padre. En la procreación se ve la posibilidad de reparar algo de las heridas tempranas que son proyectadas en el bebé, pero que realmente tienen que ver con el yo infantil del varón. Tener un hijo

abre la posibilidad también de ser un padre distinto al que se tuvo y así, reparar algo de ese objeto interno, inherentemente ambivalente.

### **5.3. La formación de vínculos a través del cuidado**

Un aspecto que resultó fundamental y que apareció con mucha claridad a lo largo de las entrevistas fue el papel del cuidado en la formación de vínculos entre el padre y su hijo o hija. Si bien los varones comenzaban a construir la representación imaginaria de su bebé desde que este se encontraba en el vientre, nombrándole, hablándole, imaginándose cómo sería al nacer, varios de ellos dan cuenta de que la paternidad se materializó hasta el nacimiento y durante los meses posteriores a este.

Algunos hablan sobre cómo incluso se sintieron desconcertados al ver que el vínculo con su hijo o hija tendría que construirse poco a poco puesto que, desde su mirada, no era algo que estuviera allí desde el principio como en el caso de la relación madre-bebé. Para los varones entrevistados, este vínculo se caracteriza por el reconocimiento mutuo. Por un lado, hay un padre que poco a poco va desarrollando su capacidad para reconocer las necesidades de su bebé y responder a ellas, de forma que sea capaz de calmarlo y mantenerlo confortable, pero también, hay un bebé que reconoce poco a poco a ese padre como un objeto de amor, que lo identifica, que lo mira, que le sonrío y que, eventualmente, podrá nombrarlo. De tal manera que el vínculo que se construye entre padre e hijo funciona de forma bidireccional y, como fue posible constatar en las entrevistas, este reconocimiento del hijo resulta sumamente significativo y nutritivo para los padres, pues reafirma su paternidad.

Es importante hacer énfasis en esta bidireccionalidad, ya que en muchas teorías sobre los primeros meses de vida de los bebés se coloca el acento en la mirada que el bebé recibe de los padres, pero en este caso, ha sido muy significativo ver la importancia que reviste el que el padre se sienta mirado y reconocido por su bebé. En cierta forma, la crianza se convierte también en una fuente de

narcisización para los varones, quienes pueden nutrir su propia imagen a partir de comprobar que tienen un lugar importante en la vida del otro y las capacidades para cuidarle.

Este complejo proceso de reconocimiento mutuo que pudo ser observado a lo largo de las entrevistas, se encuentra fuertemente apuntalado en los cuidados. Es más, pareciera que no hay otra forma de construir vínculo con el bebé sino a través del cuidado. Esto tiene sentido si lo pensamos en términos psicoanalíticos, dado que, como es bien sabido, el cuidado no únicamente tiene la función de satisfacer las necesidades biológicas del bebé y de mantenerlo vivo, sino también de pulsarlo, de libidinizarlo (Laplanche, 1972). Esto implica que la relación de cuidados, con la madre o con el padre, implica una relación donde el placer y el afecto están involucrados. Y es sólo a través de ello como el bebé podrá integrar como objeto de amor al padre, devolviendo hacia él como objeto externo algo de la libido con la que él mismo ha sido investido. Y esto implica pensar que en las relaciones familiares donde hay varones involucrados en los cuidados, éstos también son actores fundamentales en la libidinización del bebé y en la apertura de las zonas erógenas, proceso fundamental en la constitución del sujeto desde la teoría psicoanalítica. A pesar de que históricamente, han quedado como actores secundarios en ello desde la teoría psicoanalítica.

Este proceso de construcción de los primeros vínculos se complejiza por varios otros afectos, como lo son los sentimientos de envidia, rivalidad y exclusión, que surgirán casi irremediabilmente en esta nueva relación de tres de la que participan los varones al convertirse en padres. De eso se hablará un poco más adelante. Pero también se ve complejizada por la forma en la que los varones han sido socializados, en donde el cuidar de otros no adquiere un papel tan importante como en el caso de las mujeres. Varios de los hombres entrevistados lo manifiestan así, dando cuenta de que a lo largo de su vida no habían tenido que cuidar de nadie y pocas veces, si acaso, fueron entrenados para ello. Esto genera que se sientan incapaces e incluso torpes físicamente para participar en los cuidados.

Ha sido interesante poder observar cómo estos discursos sociales que excluyen a los varones de las labores de cuidado tienen un fuerte impacto en la representación de los cuerpos, como menciona Butler (2000), pues varios de ellos aludieron a que sentían que su cuerpo era poco apto para estas tareas. No obstante, conforme comienzan a involucrarse en ellas, los varones logran constituir en ellos algo que se nombró anteriormente como “autoeficacia en el cuidado”, es decir, poco a poco van logrando sentirse capaces de cuidar de otro, y de cuidarle específicamente (y esta distinción es muy importante), en el cuerpo a cuerpo (Figueroa y Flores, 2012).

Algo que hay que señalar aquí es que el cuidado requiere un recurso fundamental: tiempo, el cual nuestra organización social y legislación actual no brinda a los varones. Varios de ellos lo mencionan: cinco días de licencia de paternidad son totalmente insuficientes para adaptarse al cuidado de un bebé. Y esto tiene implicaciones importantes en por lo menos dos áreas. La primera, relacionada con lo que se ha mencionado en los últimos párrafos de este apartado, a saber, la formación de vínculos con el hijo o hija a partir de los trabajos de cuidado. Esto por supuesto requiere tiempo, y si bien el hecho de que haya licencias de paternidad más extensas no asegura que los varones se involucren en estos procesos, sí abre la posibilidad para que los padres interesados en ello tengan la posibilidad de aprender, hacerse cargo y construir vínculos con su bebé mediante el cuidado. En segundo lugar, el que haya una ventana de tiempo mayor para familiarizarse con los trabajos de cuidado del nuevo bebé coadyuva en la repartición equitativa entre padre y madre de las tareas de cuidado y domésticas, pues como se ha discutido anteriormente, la diferencia en tiempo que tiene una licencia de maternidad o de paternidad reproduce e institucionaliza la división sexual del trabajo, asignando la proveeduría al varón y el trabajo de cuidados (además invisibilizado y por supuesto no remunerado) a las mujeres.

Continuando con los fenómenos que se observaron en la construcción de vínculos a través del cuidado, a continuación, se problematizará la envidia y los celos como fenómenos intra e intersubjetivos que tienen lugar en la crianza.

### 5.3.1. Envidia

Se observó que la formación de vínculos con el bebé y el funcionamiento de una relación de triada (madre, padre, hijo/a) generó también sentimientos como la envidia en algunos de los entrevistados. Aquí se propone comprender la envidia en términos de Melanie Klein (1957), quien habla de ella como uno de los sentimientos primarios en el bebé que aparecen desde muy temprano y que complejizan necesariamente la relación con sus objetos de amor. Para Klein, en la envidia aparecen dos personajes, el sujeto y otra persona que posee algo que el primero quisiera para sí, algo deseable para el sujeto, y que, en tanto no puede quitárselo al otro, entonces se enfrenta al impulso de dañarlo. Klein ejemplifica el sentimiento de envidia remontándose hasta los primeros meses de vida del bebé, donde aún estaríamos hablando de objetos parciales y el objeto al cuál se envidia sería el pecho bueno. No obstante, como señala la autora, la envidia es un sentimiento que prevalecerá a lo largo de toda la vida y que se seguirá experimentando en múltiples formas.

Es interesante porque en varios de los testimonios de los entrevistados (por ejemplo en IK y en JS) es posible rastrear esta envidia (de cualidad predominantemente inconsciente) dirigida hacia su pareja. Los entrevistados mencionan entre bromas que les genera un sentimiento de envidia el dar cuenta de que su pareja cuenta con aspectos que hacen que su relación con el bebé atraviese por otros lados por los que, por lo menos al inicio, no atraviesa en el caso de los varones. Se trata finalmente de algo que ellos quisieran para sí, y así lo refieren en varios momentos enfatizando, por ejemplo, que ellos no tienen pecho para amamantar a su bebé y calmarlo de inmediato, o bien, que ellos no tuvieron una relación de tiempo completo con su bebé mientras éste se encontraba en el vientre. Por lo que parece que esos “objetos” envidiados en el otro son el embarazo y el pecho, específicamente en su función de amamantamiento. Es interesante porque la relación con el pecho de la madre es la relación primaria del bebé, siempre complicada en tanto el pecho a la vez que se necesita, pues es un objeto que alimenta y calma la angustia, también frustra y genera sentimientos agresivos.

Cuando los varones se enfrentan al nacimiento de su hijo o hija, parece que se encuentran de nuevo ante este objeto primario, ahora colocado en su pareja y observado en relación con su bebé. No obstante, estamos hablando del mismo objeto, que seguramente despierta reminiscencias inconscientes de la relación primaria con el pecho materno de la propia infancia.

En los varones entrevistados esta envidia era manejable, es decir, no se trataba de un afecto que los desbordara y por lo tanto parecía poder tramitarse por diversas vías sin que llegara a la búsqueda de destrucción del objeto. Así, los varones que hicieron referencia a ella también reflexionaron sobre su posibilidad de construir la relación con su bebé a partir de otras vías que no fuese el amamantamiento, por ejemplo, el bañarles, otro acto que se representa como muy íntimo. A partir de ello, los entrevistados pudieron ir construyendo su propio vínculo en el que, como ellos mismos mencionaron, el bebé espera cosas distintas de ellos que de su madre. No obstante, vale la pena mencionar que lograr esto implica desafiar o poner en cuestionamiento aquellos discursos sociales según los cuales el vínculo madre-hijo/a es inigualable y natural. Si se parte de esta premisa, es común que el padre se viva constantemente en un lugar secundario e imposibilitado para ser una figura importante en la crianza de su bebé. Para varios de los varones entrevistados fue muy importante dar cuenta de que, si bien el pecho y el acto del amamantamiento es propio de la madre, hay muchas otras formas en las cuales ellos pueden vincularse y construir una relación con su bebé, igual de importante e intensa que la que el niño puede tener con su madre. Dar cuenta pues, de que las relaciones padre-madre-hijo van más allá de lo biológico, y se construyen tanto en los actos de cuidado como en un plano simbólico.

### 5.3.2. Celos

Siguiendo a Klein (1957), los celos están basados en la envidia, pero implican una relación de tres, donde un sujeto que siente que le es debido el amor del otro, siente a su vez que éste le ha sido quitado o se ha visto amenazado por otra persona. En los varones entrevistados fue posible observar que el tránsito de una relación

diádica a una de tres lleva cierta complicación. De acuerdo con Chodorow (1984, citado en Meler, 1998), el varón elige a su compañera sobre el modelo de su primer objeto de amor, la madre, por lo que aspira a una unión dual exclusiva. La niña por el contrario ha debido cambiar de objeto libidinal en algún punto de su desarrollo subjetivo, pasando de su amor exclusivo hacia la madre a amar o preferir al padre, sin que uno de esos vínculos sustituya a otro, sino que éstos coexisten. Ella conserva su amor hacia la madre y desea al padre y luego a los hombres, sin renunciar totalmente a su primer afecto.

En consonancia con esta propuesta se podría pensar que los celos que aparecen en los varones con el nacimiento de un bebé se encuentran en relación con perder el amor de su pareja a causa de la presencia del bebé. No obstante, lo que se ha observado en las entrevistas es que la configuración es distinta. Los varones manifiestan sentir celos porque su bebé parece tener una relación más amorosa con su madre que con ellos. Es decir, la persona de la cual los varones se consideran merecedores de amor es el bebé, y quien interfiere o amenaza esa relación es la madre. Es posible que en esta configuración que aquí se propone influya el hecho de que la mayoría de los entrevistados eran varones que compartían este nuevo ideal de la paternidad en el que, al parecer, había una fantasía de poder ser igual de importante que la madre en relación con el bebé, y, también, un vínculo muy idealizado con este último. Lo que los varones descubrieron es que este vínculo tenía que construirse, no iba a estar ahí inmediatamente. Toda vez que los varones entrevistados lograban dar lugar a la diferencia, es decir, interiorizar que el vínculo padre-hijo/a puede ser distinto al vínculo madre-hijo/a y eso no lo hace más o menos importante o profundo, era posible que la relación madre-padre-hijo/a se viviera con una presencia menos intensa de celos.

#### **5.4. La crianza también es un espacio de poder**

En la esfera de lo doméstico también se generan relaciones de poder que tienden a ser invisibilizadas bajo los discursos idealizadores de la familia (Narotzky, 2004).

Esto se comenzó a evidenciar con los movimientos feministas en su esfuerzo por hacer visible que hacia dentro de la familia los varones también ejercen poder e incluso diversas formas de violencia, y que eso, lo que solemos llamar “privado”, también es político.

No obstante, como Foucault (1979) ha señalado, todos estamos subordinados a ciertos poderes, pero también todos estamos en posibilidad de ejercer poder sobre otros. En este sentido, a partir de este estudio se ha hecho evidente en el relato de los varones que la crianza también es un espacio de poder, específicamente, un espacio donde las mujeres ejercen y defienden su poder. Varios de los entrevistados que buscaron desde el inicio involucrarse en la crianza, se encontraron con una fuerte barrera por parte de las mujeres de su familia y de la familia de su pareja. Se trata de un espacio que ha sido dominado durante mucho tiempo por las mujeres, ante lo cual la participación de un varón se vive como una especie de intrusión o despojo, despertando fantasías de usurpación.

TH es uno de los varones que reflexiona con mucha claridad sobre esto. Él refiere que a pesar de ser él quien se encarga de los cuidados cotidianos de su bebé, constantemente se enfrenta a la descalificación de su capacidad como cuidador por parte de las mujeres a su alrededor, incluso de desconocidas que reproducen este discurso en los espacios públicos. Además, reflexiona sobre cómo el espacio de cuidado se organiza entre mujeres, no importando que, nuevamente, el cuidador sea él.

En este sentido, me parece que hay dos aspectos sobre los cuales reflexionar. Por un lado, es importante contextualizar este fenómeno en el cual las mujeres parecen cerrar filas en lo referente al cuidado y no dejan con facilidad que los varones se incorporen en él. Como menciona Lagarde (2003), no habrá que perder de vista que: “La condición de cuidadoras gratifica a las mujeres afectiva y simbólicamente en un mundo gobernado por el dinero y la valoración económica del trabajo y por el poder político” (p. 2). Así pues, en un mundo en el que las mujeres han estado históricamente despojadas del poder en los espacios públicos y del acceso al capital económico, como menciona Lagarde, el espacio de la crianza se



vuelve un bastión al cual muchas mujeres, sobre todo aquellas dedicadas exclusivamente a ello, no están dispuestas a renunciar (ni a compartir). Un espacio en el que ellas se sienten reconocidas y gratificadas, y donde, a su vez, pueden ejercer cierto poder en el ámbito de lo privado y las relaciones interpersonales. Por supuesto este poder no es comparable con la posibilidad que tienen los varones de ejercer el poder tanto el ámbito público como privado, beneficiados en ello por un sistema patriarcal que les permite subordinar a otros y otras. Como menciona Lagarde (2005): “Las mujeres están cautivas porque han sido privadas [históricamente] de autonomía, de independencia para vivir, del gobierno sobre sí mismas, de la posibilidad de escoger y de la capacidad de decidir” (p. 152), pero esto no significa, que no tengan también otros espacios de ejercicio de poder.

Fuller (s/f) refiere que: “la maternidad constituye la vía más efectiva para que las mujeres tengan acceso al status de adultas y al prestigio social. Este es el ámbito en el que ellas ejercen mayor poder y pueden negociar sus intereses frente a sus parejas e hijos” (p. 5). Resulta interesante porque si bien las tareas domésticas y relativas a la crianza son poco valoradas en nuestra sociedad en comparación con la productividad económica, en esos espacios las mujeres tienen la posibilidad de ejercer otro tipo de poder, el poder de los afectos (Dema, 2006).

Así pues, ante la valoración social que tiene la maternidad y la dificultad estructural que sigue existiendo para que las mujeres accedamos a posiciones de poder más allá de lo doméstico, la intención de algunos varones de involucrarse en este ámbito se vive por algunas mujeres como una especie de despojo de algo sumamente valorado, ante lo cual hay que defenderse. Por lo que hay que comprender que la forma en la que los varones se relacionan con la crianza se sostiene por múltiples ejes, uno de ellos como se ha podido ver a lo largo del estudio es su deseo, pero no menos importante es el ámbito social, y el relacional, donde la crianza se convierte en un espacio de disputa por el poder.

## 5.5. Los varones frente a la relación de pareja y la paternidad

Los varones entrevistados refieren con frecuencia que el ser partícipes del proceso por el cual sus parejas se convierten en madres, desde el embarazo hasta el nacimiento y la crianza, despierta en ellos sentimientos de ternura que resultan novedosos e inesperados. Como menciona Freud en “Tres ensayos sobre teoría sexual” (1905), la libido con la que se inviste a los objetos puede seguir distintos caminos por efecto de la represión, a partir de sufrir modificaciones en su meta, fin u objeto. Así, para Freud la vida amorosa está determinada por dos corrientes pulsionales, la sensual o erótica y la tierna. Una vida amorosa “exitosa” estará dada por la conjunción de ambas corrientes en una sola persona. No obstante, ya Freud señalaba que en los varones es difícil que ambas corrientes confluyan, sobre todo frente a la imagen de la pareja que se convierte en madre.

Este proceso intrasubjetivo tiene que ver con las pulsiones del sujeto y la represión frente a la imagen de la pareja-madre, pero también con ciertos significantes sociales compartidos. Como ya se mencionaba anteriormente, autoras como Martha Lamas (1995) han hablado sobre el lugar que ocupa la mujer que es madre en el imaginario de los mexicanos: santa, abnegada, sacrificada y entregada al cuidado; e incluso, desexualizada, como la gran representación de la madre mexicana, la Virgen de Guadalupe (Díaz-Guerrero, 2003). Esto que circula en el imaginario social junto con lo que en términos edípicos se pone en juego en cada varón al ver a su pareja convertirse en madre, ayuda a explicar las dificultades que algunos de los varones vivieron para continuar teniendo una vida sexual activa con su pareja durante y después del embarazo. Uno de los entrevistados incluso pone en cuestionamiento, refiriéndose precisamente a esta escisión, la dificultad de pensar con quién te acuestas, con tu pareja, o con la madre de tus hijos.

Para varios de ellos, encontrarse con estos sentimientos de ternura fue además algo que puso en cuestionamiento la forma en la que fueron socializados como varones, en donde la ternura no juega un papel importante e incluso tiene que ser excluida de la subjetividad masculina en tanto denota aspectos como sensibilidad y debilidad en el imaginario social. Y más aún, en la subjetividad

masculina la ternura parece estar fuertemente asociada a la feminidad, aquello que desde pequeños se suele enseñar a los varones que tienen que expulsar de sí (Chodorow, 1978). Uno de los entrevistados utilizó una frase muy interesante, refiriendo que el proceso de ser padre lo estaba volviendo “menos hombre”, en tanto implicó alejarse de esos discursos y acercarse a una parte más afectiva de sí mismo. Lo interesante es que este acercamiento hacia lo femenino, pudo no ser vivido como castrante, sino como una nueva “adquisición” en términos identitarios que enriquece al yo.

Por otro lado, hay cierto acuerdo entre los entrevistados con respecto a que la presencia de un bebé implica transformaciones importantes en la relación de pareja, una de ellas y probablemente una de las que más angustian es el enfrentarse a un cierto alejamiento, consecuencia de la necesidad de abrir espacio a un tercero. En la mayoría de los casos este es considerado un proceso normal e incluso esperado, en tanto ambos miembros de la pareja se encuentran volcados libidinalmente hacia el bebé, enfocados en cubrir sus necesidades. No obstante, se trata de un alejamiento y un cambio en la dinámica que ha generado angustia en la mayoría de los entrevistados. Además, esto implicó que los entrevistados lidiaran con sentimientos de exclusión, rivalidad, envidia y celos, de los cuales ya se habló anteriormente. Hacia la etapa final de entrevistas (entre tres y cuatro meses después del nacimiento), los varones siguen haciendo referencia a este alejamiento, con un poco más de tranquilidad con respecto a ello, pero sin dejar de mostrarse angustiados ante la posibilidad de que no logren volver a encontrarse con su pareja.

Esta necesidad de reencuentro con la pareja está relacionada también con el hecho de que acceder a la paternidad y la maternidad implica también el desarrollo o la expresión de facetas de la personalidad de ambos miembros de la pareja que antes no estaban ahí, o no de la misma forma. Por lo que varios de los participantes mencionan también la relevancia que ha tenido para ellos el conocer a su pareja en una nueva faceta y a la vez sentirse ellos re-conocidos en el mismo sentido.

Finalmente, el acceso a la parentalidad implica una fuerte reorganización en el funcionamiento de la pareja, la cual no únicamente tiene que ver con el tiempo,

sino con un ajuste en las representaciones imaginarias y simbólicas alrededor de la paternidad y la maternidad, tensiones internas y externas en cuanto a la imposición de los roles sociales preestablecidos, y un nuevo ordenamiento en el ejercicio de poder en la pareja.

## 6. Conclusiones

Como se mencionó desde el inicio de este trabajo, el tema de la paternidad ha despertado interés entre los científicos sociales latinoamericanos desde hace ya algunos años, y se ha estudiado fundamentalmente desde una perspectiva sociocultural, dentro de disciplinas como la antropología, la sociología y la psicología social. Sin embargo, muy poco se ha hecho este cruce con el psicoanálisis como una manera de aproximarnos a lo que se pone en juego de la subjetividad del varón alrededor de la paternidad.

Es por ello que a lo largo de este trabajo se ha hecho un esfuerzo importante para articular género y psicoanálisis, cultura y subjetividad, en vías de comprender a mayor profundidad la forma en la que los varones están viviendo la experiencia de la paternidad. Este esfuerzo ha implicado someter a cuestionamiento múltiples postulados teóricos del psicoanálisis que desde una lectura crítica y con perspectiva de género se muestran profundamente comprometidos con una mirada heteronormada, patriarcal y que naturaliza y hace un eje fundamental de la teoría la diferencia sexual y la subordinación de las mujeres. Como mencionan autores como Preciado (2020), el discurso psicoanalítico como muchos otros ha sido un dispositivo que ha ayudado a normalizar y perpetuar los sistemas de poder en los que se asienta nuestro sistema social, y por lo tanto, se trata también de un sistema de pensamiento que reproduce la opresión de aquello que sale de dichas normatividades, tanto en su teoría como en su práctica.

No obstante, el psicoanálisis es también un aparato teórico que nos permite dar sentido y comprender la subjetividad. Mediante conceptos como el superyó, el ideal del yo, el yo ideal, las identificaciones y el narcisismo, entre otros, es posible comprender y comenzar a teorizar cómo es que los discursos y estructuras sociales son incorporadas a tal profundidad en la subjetividad de las personas que terminamos reproduciéndolos y materializándolos no solamente en nuestros actos, sino también en nuestros propios cuerpos.

En este sentido, lo inconsciente, uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis y también de lo más propio, único y particular del sujeto, no funciona más allá o de manera independiente de lo social, por el contrario, está *conformado* también por la cultura y los discursos sociales hegemónicos, tanto en nuestras elaboraciones teóricas como en el sujeto. Es sólo así, mediante esta interconexión entre lo sociocultural y lo psíquico, que podemos comprender muchas de las contradicciones que los varones viven al acceder a la paternidad. Podemos comprender, por ejemplo, por qué un hombre que ha podido ver, entender y cuestionar la manera en la que se construye la masculinidad puede aún así sentirse culpable y desvalorizado por no ser el proveedor principal de su familia. Porque los mecanismos de control del sujeto no únicamente se encuentran en las instituciones, las leyes, y los discursos, sino que están también incorporados en lo más profundo del tejido social y del propio sujeto. ¿Y qué es la cultura si no el cúmulo de todo ello?: los modos de vida, los sistemas de valores, tradiciones, creencias y símbolos que regulan las relaciones humanas.

Una de las propuestas que más se repiten, pero que a la vez más se discuten dentro de los estudios psicosociales, sociológicos y antropológicos, es que ha habido un cambio en la forma en la que culturalmente se comprende la paternidad, y que poco a poco van ganando lugar las “nuevas paternidades”, caracterizadas por un ideal donde el involucramiento afectivo y el cuidado de los hijos son un elemento fundamental (p. e. Olavarría, 2001; Montesinos, 2004; Valdés y Godoy, 2008). A lo largo de la revisión de la literatura, no hay información contundente sobre la prevalencia de estas “nuevas” formas de paternidad, ni sobre qué tanto se trata de prácticas o sólo de ideales. Lo que se ha podido observar en diversos estudios es que estos ideales varían de manera importante en relación con la edad, el nivel socioeconómico y educativo de los varones, siendo específicamente en los varones jóvenes, urbanos, de clase media y con estudios (Rojas, 2008; Valdéz, 2009) en donde ha habido un desplazamiento de aquella imagen del padre centrado exclusivamente en el trabajo, distante afectivamente y cuyo papel principal era la proveeduría y el ejercicio de la autoridad.

A través del discurso de los entrevistados se observó que, en mayor o menor grado, todos compartían una noción del padre que querían ser en la cual se enfatizaba el interés por ser partícipes de los cuidados de su bebé y ser cercanos afectivamente. Sin embargo, lo que se pudo observar es que este ideal convive con mandatos anacrónicos de la masculinidad, como el ser proveedor y protector. Así, ser padre no deja de implicar para todos los varones entrevistados el mandato de cumplir con la proveeduría.

ser proveedor se ha convertido en un componente fundamental del ideal del yo con el cual constantemente el sujeto se está comparando de forma consciente o inconsciente, por lo que, no lograr serlo, resulta sumamente amenazante para la identidad y autovaloración del varón. Vale la pena recordar además que, como menciona Moss (2012), en la subjetividad del varón la masculinidad siempre parece estar en duda, siempre puesta en cuestionamiento y siempre en busca de la reafirmación de los otros para poder acercarse a ese ideal casi inalcanzable de un “verdadero hombre”, en el cual el imperativo de la proveeduría y la posesión siguen siendo fundamentales (Izquierdo, 2006).

Por otro lado, no habrá que olvidar que el ingreso a la parentalidad implica un reordenamiento de poderes hacia dentro de la familia, donde tradicionalmente el varón ha quedado en una posición de superioridad con respecto al resto de los miembros. Implica acceder a una posición simbólica de poder sumamente valorada en una cultura patriarcal como la nuestra, organizada en función de la figura del padre y su ejercicio del poder (Parrini, 2000). Pero dicha posición se sostiene en gran medida a partir de la capacidad de dar sostén económico. Por lo que en esta angustia que se presenta en los varones con respecto a la proveeduría, no podemos ignorar que se trata también de una cuestión de estatus frente a su familia y frente a la valoración hecha por otros externos a ella, se trata de la posibilidad de ostentar o no una posición de poder sobre otros y prestigio (Faur, 2006).

Ser protector es otro de los ideales anacrónicos que conviven con el ideal del padre afectivo y partícipe de los cuidados. El rol protector en la masculinidad ha tenido que ver históricamente con proteger a las mujeres de los otros “predadores

masculinos” (Stanley, 2007). Si bien no lo vemos así en lo que los entrevistados refieren con respecto al embarazo, sí observamos que continúa siendo identificado por ellos como una de sus principales funciones en relación con su pareja y con el hecho de convertirse en padres. Además, ser capaz de proteger se asocia a toda una serie de atributos altamente valorados de la masculinidad como la fuerza, la valentía y el estoicismo (Cohen, 2007).

Fue posible observar que con todo y estos “nuevos” ideales entorno a la paternidad, en la mayoría de los casos entrevistados la organización de la esfera familiar terminó con un ordenamiento tradicional: el varón encargándose casi de manera exclusiva de la proveeduría económica y la mujer encargándose mayoritariamente del cuidado. Si bien este arreglo generaba cierto malestar en algunos varones porque no correspondía con el ideal del que ellos se habían planteado inicialmente, esto terminaba aceptándose, pues todo estaba dado en la estructura social y económica para que esas fueran las condiciones más “funcionales”. Hubo algunos otros participantes que lograron un acuerdo en apariencia más equitativo, en el que ambos miembros de la pareja se reincorporaron a la vida laboral y se encargaban en sus horarios no laborales del cuidado y las labores domésticas, recurriendo a terceras personas fuera de la pareja que se hicieran cargo del cuidado en sus horarios laborales, generalmente, las abuelas, cuyo trabajo de cuidado tampoco suele ser remunerado. Y hubo solamente un caso en el que se llegó a un acuerdo “contracultural”, en tanto el padre quedó completamente a cargo del cuidado mientras que su pareja adquirió el rol de proveer económicamente a la familia, esto trajo sus propias dificultades precisamente al tratarse de un acuerdo contrario a lo socialmente establecido.

Más allá de evaluar en qué medida este ideal se traduce o no en prácticas (no fue el objetivo de este trabajo determinarlo), lo que parece claro es que hay una necesidad social de repensar la paternidad, tanto en lo académico como en la vida cotidiana. Ese padre que antaño se pensaba poder máximo intocable ya no es el padre actual, y más que dar lugar a un nuevo modelo, me parece que ha dado lugar a múltiples cuestionamientos, que abren nuevas posibilidades, como por ejemplo,



la de una repartición más equitativa de los trabajos domésticos y de cuidados, o la posibilidad de ser padre que cuida y que construye vínculos amorosos con su familia.

Estas posibilidades que se ven reflejadas en lo cotidiano y permiten ahora encontrarnos con hombres que se cuando se acercan al mundo de los cuidados se descubren buenos cuidadores, exploran sus propias vulnerabilidades y afectos, y comienzan a defender su derecho al vínculo con sus hijos y a la ternura. ¿Será que podamos acompañar esos atrevimientos también desde nuestras teorías? Como mencioné desde el inicio, el psicoanálisis ha venido cargando una deuda teórica importante no con la figura del padre, la cual ha sido sumamente exaltada, sino con el sujeto varón, padre. ¿Cómo constituye un varón su deseo de ser padre? ¿Qué fantasías edípicas remueve la paternidad? ¿Qué lugar ocupa un varón frente a su hijo/a como objeto primario? ¿A qué dificultades y afectos se enfrentan los varones al convertirse en padres? ¿Cómo influye esto en su participación en la crianza? ¿Qué efectos tiene la participación del varón en la crianza sobre la subjetivación del bebé, y sobre la subjetividad del mismo varón? ¿Qué se pone en juego de su identidad a partir del contacto y el cuidado cuerpo a cuerpo? ¿Cómo atraviesa la paternidad el cuerpo de los hombres? Son algunas de las preguntas que vale la pena seguir problematizando y para las cuales se espera que este estudio haya podido asentar un precedente.

Se ha descrito a lo largo del estudio una tensión irresuelta entre el deseo de algunos varones de construir una paternidad distinta a la tradicional que pone en cuestionamiento la división sexual del trabajo que ha predominado en nuestra cultura, y las prácticas institucionalizadas que siguen ejerciendo una fuerza de empuje muy importante hacia el acomodo tradicional y desigual entre varones y mujeres. Si bien encontramos cada vez más varones que se están rebelando contra este dispositivo ancestral y es importante visibilizar y valorar dichos esfuerzos, no podemos dejar de ver que seguimos viviendo en un sistema que reproduce, alimenta e institucionaliza la desigualdad. Me parece que es importante en este punto retomar una vez más la crítica de Guevara (2008), quien señala que el

problema con el gran énfasis que se ha colocado sobre las “nuevas masculinidades” es que estas transformaciones queden colocadas como esfuerzos individuales, invisibilizando que el problema de la desigualdad va más allá de lo individual, en tanto se trata de configuraciones sociales y prácticas institucionalizadas que siguen reproduciendo una diferencia en el acceso y ejercicio del poder entre hombres y mujeres.

Así es posible verlo, por ejemplo, con el tema de las licencias de paternidad en nuestro país, las cuales oscilan entre los 5 y 10 días de licencia. Tiempo completamente insuficiente si se tuviera el objetivo de promover una participación más igualitaria en la crianza y en el trabajo doméstico. También con la imposibilidad hasta el año 2019 de que los padres fueran partícipes del nacimiento de sus propios hijos, o con la normativa que les impedía tener derecho a guarderías.

Observamos así la forma en las que se siguen institucionalizando las creencias culturales sobre la división sexual del trabajo, y promoviendo la exclusión de los varones del campo de la crianza y lo doméstico. Y a la vez, nos encontramos con cómo estos discursos se reproducen también en lo cotidiano, en las relaciones. Fue así que en algunos casos nos encontramos con la enorme resistencia de las mujeres a la incorporación de los varones en el cuidado y la crianza, en tanto esta es vivida como la invasión de un espacio que les pertenece y dónde pueden ejercer cierto poder.

También se observó en otros casos la queja por “el silencio de los hombres”, como lo mencionaba uno de los entrevistados, aludiendo a la dificultad que enfrentan los varones para encontrar y establecer redes de apoyo con otros hombres cuando se enfrentan a la paternidad. Lo cual denota que se sigue significando a la crianza como una actividad feminizada, que difícilmente tiene lugar en los espacios que se comparten entre varones, y que un mandato importante de género sigue siendo que los varones se vivan como ajenos e incluso extraños a todo lo que tiene que ver con lo doméstico, la crianza y la expresión de afectos. En este sentido, la paternidad puede ser una experiencia muy solitaria, particularmente cuando se busca vivirla por fuera de los mandatos tradicionales de género.

No obstante, no deja de ser importante hacer visibles los esfuerzos de aquellos varones que buscan resistir a los discursos dominantes los retos a los que se enfrentan. Justamente una de las sensaciones que encontramos con frecuencia en los entrevistados fue que su papel en la crianza de sus hijos y los procesos subjetivos por los que atraviesan como hombres y como padres quedan con frecuencia invisibilizados. Esta búsqueda de reconocimiento de su capacidad e interés para hacerse cargo del cuidado de sus hijos resultó muy importante para los varones, así como resultó importante sentirse validados por sus parejas, sentir que, como mencionaba uno de ellos, su pareja le “daba la mano” para incorporarse juntos en un terreno nuevo para ambos.

Me parece relevante volver a señalar la importancia de comprender que el varón sólo se hace dentro de la especificidad de determinadas relaciones, lo cual implica darle un peso importante al contexto y su especificidad, así como a la variabilidad de las experiencias (Parrini, 2007). En este sentido, quisiera resaltar nuevamente que los varones entrevistados para este estudio eran heterosexuales, pertenecían a una población urbana, con un nivel de ingresos medio y con un nivel de estudios mínimo de preparatoria concluida, teniendo a algunos que incluso habían estudiado o estaban estudiando un posgrado. Además, algunos de ellos, por diversas circunstancias, habían estado expuestos académicamente o desde su ámbito laboral a temas de género y desigualdad. Habrá que preguntarse pues qué particularidades adquirirá la vivencia de la paternidad en otros contextos, por ejemplo, en poblaciones rurales, en varones con un nivel de ingresos más bajo, o por el contrario, en varones con una posición económica privilegiada, en varones sin estudios y en hombres que deciden tener hijos en el marco de una relación homosexual.

Metodológicamente esta investigación representó varios retos, pero también varias aportaciones. Por un lado, como ya mencionaba anteriormente, el objetivo del estudio estuvo en consonancia con la estrategia empleada (entrevistas a profundidad), en tanto lo que se buscaba era conocer la experiencia de los participantes y darle un peso fundamental a lo inter e intra subjetivo para

comprender no sólo los aspectos sociales de la paternidad sino también los psíquicos, y cómo los discursos socioculturales en torno a la masculinidad y la paternidad se asientan e instalan en la subjetividad de los varones. Por otro lado, el ejercicio de hacer un seguimiento a través de tres momentos de la experiencia de los varones al ser padres por primera vez permitió analizar la paternidad como un proceso, con sus retos muy particulares en cada etapa (antes del nacimiento y posterior a este), pero también con sus contradicciones. Esto permitió observar, por ejemplo, que a veces el ideal igualitario al que los hombres hacían referencia en la primera entrevista no necesariamente terminaba siendo puesto en práctica hacia el último encuentro.

Me parece importante también dentro de los aspectos metodológicos, hacer una breve reflexión sobre por qué de los diez entrevistados que participaron en la primera etapa, tres ya no continuaron con el proceso de entrevistas. Me parece que en los tres casos se trató de varones con pocos recursos para autoexplorarse y hacer un ejercicio reflexivo en torno a sí mismos. Lo cual no tenía que ver con una carencia personal, sino con cómo habían sido socializados como varones, en una especie de alejamiento del ejercicio introspectivo. Eran, de hecho, los más cercanos a una masculinidad tradicional y quienes menos cuestionamientos se habían hecho en torno a su vivencia sobre la paternidad, pero también como varones. Queda como un reto a futuro preguntarse y trabajar sobre cómo fomentar el ejercicio reflexivo en estos varones y cómo poder acercarnos a su experiencia subjetiva.

## Referencias

- Abril, P., Amigot, P., Botia, C., Domínguez-Flogueras, M., González, M., Jurado-Guerrero, T., Lapuerta, I., Martín-García, T., Monferrer, J. y Seiz, M. (2015). Ideales igualitarios y planes tradicionales: análisis de parejas primerizas en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 150, 3-22.
- Aguayo, F., Barker, G. y Ekimelman, E. (2016). Paternidad y cuidado en América Latina: ausencias, presencias y transformaciones. *Masculinities and Social Change*, 5 (2), 98-106.
- Álvarez-Gayou, J.L. (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa*. México: Paidós.
- Animal Político. (2013, 10 de mayo). Amplían en el DF permiso por paternidad de 8 a 15 días. *Animal Político*. [Consultado el 7 de abril de 2018]. Recuperado de: <https://www.animalpolitico.com/2013/05/amplian-en-el-df-permiso-por-paternidad-de-8-a-15-dias/>
- Aulagnier, P. (1994). *Un intérprete en busca de sentido*. México: Siglo XXI.
- Aulagnier, P. (2010). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Badinter, E. (1993). *XY La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2009). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bliss, K. (1999). Paternity tests: fatherhood on trial in Mexico's Revolution of the family. *Journal of Family History*, 24 (3), 330-350.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Burin, M. (2007). Precariedad laboral, masculinidad, paternidad. En: M. Burin, Jiménez, M. L., Meler, I. *Precariedad laboral y crisis de masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*. Buenos Aires: Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.
- Burin, M. (2018). Psicoanálisis y estudios de género: articulaciones complejas. En: A. Briseño, R. bueno, S. Rodríguez y L. Rossi (eds.). *Sobre género y psicoanálisis*, pp. 5-20. México: Sociedad Psicoanalítica de México.

- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones: género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4 (3), 321-336.
- Cámara de Diputados del H. Congreso de la Unión. (2019). *Ley del Seguro Social*. Recuperado de: [http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf\\_mov/Ley del Seguro Social.pdf](http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf_mov/Ley_del_Seguro_Social.pdf)
- Carballeira, Y. (2009). La evolución del lugar del padre a través de la historia y en la consulta terapéutica. Cambios en la estructura psíquica del niño actual. *Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*, 48, 147-166.
- Cazés, D. (2006). El tiempo en masculino. En G. Careaga y S. Cruz (eds.), *Debates sobre Masculinidades*, pp. 67-86. PUEG: México.
- Chodorow, N. (1994). *Feminites, masculinities, sexualities. Freud and beyond*. USA: The University Press of Kentucky.
- Cohen, L. (2007). Masculinidad y erotismo: placer y deseo, poder y rol. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria*, 3 (4), pp. 425-436.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. California: University of California Press.
- Connell, R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.). *Masculinidad/es. Poder y Crisis*. Pp. 31 – 48. Santiago: Isis Internacional/ Flacso Chile.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. México: PUEG-UNAM
- Connell, R. W. y Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic masculinity: rethinking the concept. *Gender and Society*, 19 (6), 839-859.
- Correa, F., García, L. y Saldívar, A. (2013). Estereotipo de la paternidad e identidad de género en adolescentes de la Ciudad de México. *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 6 (1), pp. 41-50.

- Cruzat, C. y Aracena, M. (2006). Significado de la paternidad en adolescentes varones del sector sur-oriental de Santiago. *Psykhé*, 15(1), 29-44.
- De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En E. Tuñón (coord.), *Género y Salud en el Sureste de México*, 67-81. México: ACOSUR/UJAD
- De Keijzer, B. (2000). Paternidades y transición de género. En: N. Fuller (coord.), *Paternidades en América Latina*, 215-240. Perú: Pontificia Universidad Católica de Perú.
- Dema, S. (2006). *Una pareja, dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas y Siglo XXI.
- Díaz-Guerrero, R. (2003). Bajo las garras de la cultura, psicología del mexicano 2. México: Trillas.
- Dio Bleichmar, E. (1991). *El feminismo espontáneo de la histeria*. Madrid: Siglo XXI.
- Doherty W., Erickson M. y LaRossa, R. (2006). An intervention to increase father involvement and skills with infants during the transition to parenthood. *Journal of Family Psychology*, 20(3), 438-447.
- Eerola, P. y Mykkänen, J. (2013). Paternal masculinities in early fatherhood: dominant and counter narratives by Finnish first-time fathers. *Journal of Family Issues*, xx(x), 1-28.
- Emanuel, R. (2002). On becoming a father: reflections from infant observation. En: J. Trowell y Etchegoyen, A. *The Importance of fathers*, 131-146. New York: Brunner-Routledge.
- Erikson, E. (1985). *EL ciclo vital completado*. Buenos Aires: Paidós.
- Esteinou, R. (2004). El surgimiento de la familia nuclear en México. *Estudios de Historia Novohispana*, 31, 99-136.
- Faur, E. (2006). Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo. *Nómadas*, 24, pp. 130-141.
- Feinberg, M. (2002). Coparenting and the transition to parenthood: a framework for prevention. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 5(3), 173-195.
- Figuroa, J. G. (2010). Algunos dilemas éticos y políticos al tratar de definir los derechos reproductivos en la experiencia de los varones. En: Comisión

Nacional de Derechos Humanos (ed.), *Masculinidades, género y derechos humanos*, pp. 41- 62. Comisión Nacional de Derechos Humanos: México.

Figueroa, J. G. (2011). Algunas consideraciones éticas, teóricas y metodológicas al investigar políticas públicas y equidad de género en la experiencia de los hombres: el caso México. En: IV Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades Montevideo, 2011. *Estudios sobre Varones y Maculinidades para la Generación de Políticas Públicas y Acciones Transformadoras*, pp. 15-24. Imprenta OnLine: Montevideo.

Figueroa, J. y Flores, N. (2012). Prácticas de cuidado y modelos emergentes en las relaciones de género. La experiencia de algunos varones mexicanos. *La ventana*, 35 (1), 7-57.

Figueroa, J. y Franzoni, J. (2011). Del hombre proveedor al hombre emocional: construyendo nuevos significados de la masculinidad entre varones mexicanos. En Aguayo, F. y Sadler, M., *Masculinidades y Políticas Públicas. Involucrando Hombres en la Equidad de Género*, pp. 64-82. Chile: Universidad de Chile.

Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Buenos Aires: Paidós.

Freeman, T. (2008). Psychoanalytic concepts of fatherhood: patriarchal paradoxes and the presence of an absent authority. *Studies in gender and sexuality*, 9(2), 113-139.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo VII. Amorrortu editores: Buenos Aires.

Freud, S. (1908). El creador literario y el fantaseo. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo IX. Amorrortu editores: Buenos Aires.

Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo XIV. Amorrortu editores: Buenos Aires.

Freud, S. (1915). Duelo y melancolía. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo XIV. Amorrortu editores: Buenos Aires.

Freud, S. (1923). El yo y el Ello. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo VII. Amorrortu editores: Buenos Aires.



- Freud, S. (1932). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo XXII. Amorrortu editores: Buenos Aires.
- Freud, S. (1933). La feminidad. En Freud, S. (2008). *Obras completas*. Tomo XXII. Amorrortu editores: Buenos Aires.
- FULLER, Norma. s/f. *Identidad femenina y maternidad: una relación incómoda*. [Consultado el 8 de mayo de 2018]. Recuperado de: <http://red.pucp.edu.pe/wp-content/uploads/biblioteca/081008.pdf>
- García, B. y Oliveira, O. (2001). Fatherhood in urban Mexico. En T. Locoh y M. E. Cosío Zavala (Presidencia). Sesión 88, Gender roles at change and population outcomes. *XXIV General Conference of IUSSP*. Conferencia llevada a cabo en Salvador, Bahía.
- García, C. (2014). Un estudio sobre el género en la tragedia griega (logos, polis y genos). *Byzantion Nea Hellás*, 33, 67-83.
- García, J. y Mendizábal, G. (2015). Análisis jurídico de la paternidad con perspectiva de género: una visión desde la masculinidad. *Revista Latinoamericana de Derecho Social*, 30, 31-59.
- García-Hernández, G. (2016). *Mi hijo, lo mejor que me ha pasado en la vida: una aproximación a los significados de las trayectorias sexuales reproductivas de madres adolescentes en contextos de pobreza*. México: Instituto Mexicano de la Juventud, Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gerson, S. (2004). The relational unconscious: A core element of intersubjectivity, thirdness, and clinical process. *Psychoanalytic Quarterly*, LXXIII, 63-98.
- Gonzalbo, P. (1992). "La familia" y las familias en el México colonial. *Estudios Sociológicos X*, 30, 693-711.
- Guevara, E. (2008). La masculinidad desde una perspectiva sociológica. Una dimensión del orden de género. *Sociológica*, 23 (66), 71-92.
- Gutiérrez, J. (2004). El método de investigación psicoanalítico y el proceso conversacional en la investigación social cualitativa. *EMPIRIA, Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 7, 77-98.

- Gutmann, M. (1997). Machos que no tienen ni madre: la paternidad y la masculinidad en la Ciudad de México. *La ventana*, 6, 118-163.
- IPPF/WHR y PROMUNDO. 2017. *Estado de la paternidad en América Latina y el Caribe 2017*. Nueva York: IPPF/RHO, Washington D.C.: Promundo-US. 129 p.
- Izquierdo, M. J. (2003). Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización. *Emakunde*, 1-30. Recuperado de: [https://www.researchgate.net/publication/267362830\\_Del\\_sexismo\\_y\\_la\\_mercantilizacion\\_del\\_cuidado\\_a\\_su\\_socializacion\\_Hacia\\_una\\_politica\\_democratica\\_del\\_cuidado](https://www.researchgate.net/publication/267362830_Del_sexismo_y_la_mercantilizacion_del_cuidado_a_su_socializacion_Hacia_una_politica_democratica_del_cuidado)
- Izquierdo, M.J. (2006). ¿En qué consiste la masculinidad?: De lo privado a lo público, de lo personal a lo relacional, de lo psíquico a lo social. En G. Careaga y S. Cruz (eds.), *Debates sobre Masculinidades*, pp. 237-262. PUEG: México.
- Jenkins, I. (1998). *La vida cotidiana en Grecia y Roma*. Madrid: Ediciones Akal.
- Jiménez, L. (2003). Dando voz a los varones: sexualidad, reproducción y paternidad en algunos mexicanos. México: UNAM.
- Jiménez, M. L. (2012). Algunos aspectos del conflicto entre los géneros. La sexualidad, la reproducción y la paternidad desde la perspectiva de algunos varones mexicanos. Un referente del conflicto. *Sociotam*, XXII (1), 131-167.
- Johansson, T. y Klinth, R. (2008). Caring fathers: the ideology of gender equality and masculine positions. *Men and Masculinities*, 11 (1), 42-62.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidades, poder y crisis*. Santiago: Isis internacional.
- Klein, M. (1957). Envidia y gratitud. Recuperado de: <http://www.psicoanalisis.org/klein/index2.htm>
- Kraemer, S. (1991). The origins of fatherhood: an ancient family process. *Family processes*, 30, 377-392.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en investigación cualitativa*. Madrid: Morata.
- Lagarde, M. (2003). Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción. *Emakunde*, vol. 53, pp. 10-13.

- Lagarde, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas* (4ª ed.). Universidad Nacional Autónoma de México: Ciudad de México.
- Lamas, M. (1995). Madrecita Santa. En: E. Florescano, *Mitos Mexicanos*, s/p. México: Aguilar. Recuperado de: <http://www.mty.itesm.mx/dhcs/deptos/ri/ri-802/lecturas/lecvmx329.html>
- Lamas, M. (2016). Una mejor división del trabajo implica más igualdad en la calidad de vida. En: Consejo Económico y Social de la Ciudad de México (ed.), *El descuido de los cuidados*, pp. 23-54. México: STyFE y CESC DMX.
- Laplanche, J. (1972). *Vida y muerte del psicoanálisis*. Amorrortu editores: Buenos Aires.
- Laplanche J. y Pontalis J. B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laqueur, T. (1992). Los hechos de la paternidad. *Debate Feminista*, 6, 119-141.
- LaRossa, R. (2004). The culture of fatherhood in the fifties: a closer look. *Journal of family history*, 29 (1), 47-70.
- LaRossa, R. (2007). The culture and conduct of fatherhood in America, 1800 to 1960. *Japanese Journal of Family Sociology*, 19 (2), 87-98.
- Lévi-Strauss, C.; Spiro, M. E. y Gough, K. (1956). *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama.
- Lincoln, Y.; Lynham, S. y Guba, E. (2011). Paradigmatic controversies, contradictions, and emerging confluences, revisited. En: Denzin N.K. y Lincoln, Y.S. (eds.), *The sage handbook of qualitative research*, 97-128. Los Angeles: Sague.
- Magaraggia, S. (2013). Tensions between fatherhood and the social construction of masculinity in Italy. *Current Sociology*, 61 (1), 76-92.
- Manzo, M., Vázquez, I., Jacobo, M. y Tenorio, B. (2011). Maternidad y paternidad: una reflexión desde el psicoanálisis. *Uaricha Revista de Psicología*, 8 (16), 1-11.
- Meler, I. (1998). El pasaje de la pareja a la familia. Aspectos culturales, interpersonales y subjetivos. En: M. Burin e I. Meler, *Género y familia*, 163-192. Buenos Aires: Paidós.

- Meler, I. (1998b). Parentalidad. En: M. Burin e I. Meler, *Género y familia*, 99-128. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2002). Mujeres y varones frente a la experiencia de dolor. En Rodolfo D'Alvia (comp.), *El dolor, enfoque psicosomático* (pp. 133-143). Buenos Aires: Paidós.
- Mena, P. y Rojas, O. (2010). Padres solteros de la Ciudad de México. Un estudio de género. *Papeles de Población*, 66, 41-74.
- Mies, M. (1999). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*. Traficantes de Sueños: Madrid.
- Micolta, A. (2008). Apuntes históricos de la paternidad y la maternidad. *Prospectiva*, 13, 1-24.
- Millings, R, y Acosta, C. (2012). El clítoris. Un acercamiento al tema. *Primer Congreso Virtual de Ciencias Morfológicas*. Recuperado de: <http://www.morfovirtual2012.sld.cu/index.php/morfovirtual/2012/paper/viewPaper/317/379>
- Montesinos, R. (2004). La nueva paternidad: expresión de la transformación masculina. *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, 2 (4), 197-220.
- Mora, M. (2005). Emoción, género y vida cotidiana: apuntes para una intersección antropológica de la paternidad. *Espiral*, XII (34), 9-35.
- Narotzky, S. (2004). *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Olavarría, J. (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto*. Chile: FLACSO-Chile.
- Olavarría, J. (2007). Distribución del trabajo en las familias y las (nuevas) masculinidades. En CEPAL, *Reunión de especialistas futuro de las familias y desafíos para las políticas públicas*. Recuperado de: <https://dds.cepal.org/eventos/presentaciones/2007/1122/Resumen.JoseOlavarría.pdf>

- Paciuk, S. (2008). De intrapsíquico a intersubjetivo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 107, 137-153.
- Parrini, R. (2007). Un espejo invertido: los usos del poder en los estudios de masculinidad: entre la dominación y la hegemonía. En A. Amuchástegui e I. Szasz (coords.), *Sucede que me canso de ser hombre: relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, pp. 95-117. México: El Colegio de México.
- Preciado, P. (2020). *Yo soy el monstruo que os habla. Informe para una academia de psicoanalistas*. Anagrama: Barcelona.
- Ramírez, B. (2009). Paternidades negadas: aplicación del enfoque de género a las normas de investigación de paternidad extramatrimonial. *Encuentro académico latinoamericano de justicia, género y sexualidad organizado por la Red Latinoamericana de Académicas/os del Derecho (Red Alas) y el Centro de Derechos Humanos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile*. Recuperado de: [https://www.academia.edu/4127934/Beatriz\\_Ramirez\\_-\\_Paternidades\\_negadas.\\_Enfoque\\_de\\_genero\\_y\\_normas\\_de\\_investigacion\\_de\\_la\\_paternidad](https://www.academia.edu/4127934/Beatriz_Ramirez_-_Paternidades_negadas._Enfoque_de_genero_y_normas_de_investigacion_de_la_paternidad)
- Ramírez, J. C. (2006). ¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión. En G. Careaga y S. Cruz-Sierra (Eds.), *Debates sobre masculinidades* (pp. 31-56). México: PUEG-UNAM.
- Rehel, E. (2014). When dad stays home too: paternity leave, gender and parenting. *Gender & Society*, 28 (1), 110-132.
- Robaldo, M. (2016). Aportes en torno a la paternidad y el cuerpo reproductivo masculino a partir de los hallazgos de tres estudios sobre varones y cuidados en Chile y México. *Revista Punto Género*, 6, 61-72.
- Rodríguez, R., Pérez, G., Salguero, A. (2010). El deseo de paternidad en los hombres. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 28 (1), 113-123.
- Rojas, O. (2008). *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Roudinesco, E. (2006). *La familia en desorden*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Salguero, A. (2008). Identidad de género masculino y paternidad. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 13 (2), 239-259.
- Salguero, A. (2014). Reflexiones sobre sexualidad, reproducción y paternidad en estudiantes universitarios en México. *Gazeta de Antropología*, 30 (3), s/p.

- Salguero, A. y Pérez, G. (2011). *Dilemas y conflictos en el ejercicio de la maternidad y la paternidad*. México: FES Iztacala.
- Salguero, A., Córdoba, D. y Sapién, S. (2018). Masculinidad y paternidad: los riesgos en la salud a partir de los aprendizajes de género. *Psicología y Salud*, 28 (1), 37-44.
- Santos, L. (2009). *Masculino y femenino en la intersección entre el psicoanálisis y los estudios de género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Saxe, F. (2015). La noción de performatividad en el pensamiento de Judith Butler: queerness, precariedad y sus proyecciones. *Estudios Avanzados*, 24, 1-14.
- Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Barcelona: Paidós.
- Scott, J. (1986). El género: una categoría útil para el análisis histórico. Recuperado de: <http://www.herramienta.com.ar/cuerpos-y-sexualidades/el-genero-una-categoria-util-para-el-analisis-historico>
- Secretaría Del Trabajo Y Previsión Social. (2017, 18 de junio). Tienen padres trabajadores derecho a cinco días de licencia por paternidad, Boletín No. 920. [Consultado el 15 de abril de 2018] Recuperado de: <https://www.gob.mx/stps/prensa/tienen-padres-trabajadores-derecho-a-cinco-dias-de-licencia-por-paternidad?idiom=es>
- Sefton, A. (2006). Paternidades en las culturas contemporáneas. *Ventana*, 23 (02), 37-69.
- Segal, H. (1982). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. España: Paidós.
- Sonnabend, R. (s/f). ¿Existe un deseo puro en relación a la paternidad?. Recuperado de: <http://www.arakis.es/~rambla12/articles/doss4.pdf>
- Sullerot, E. (1993). *El nuevo padre, un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona: España.
- Sosenski, S. (2014). La comercialización de la paternidad en la publicidad gráfica mexicana (1930-1960). *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 48, 69-111.
- Stanley, R. (2007). Violencia sexualizada en tiempos de guerra: discursos hegemónicos y orden de género. *Cuadernos de Antropología Social*, Vol. 25, pp. 7-27.

- Sullerot, E. (1993). *El nuevo padre, un nuevo padre para un nuevo mundo*. Barcelona: España.
- Téllez, A. y Verdú, A. D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, 80-103.
- Téllez, H. (2009). *La incorporación legislativa de la licencia de paternidad como mecanismo para fortalecer la equidad de género*. Tesis de Maestría. FLACSO-México.
- Torres, L., Ortega, P., Reyes, A. y Garrido, A. (2011). Paternidad y ruptura familiar. *Enseñanza e investigación en psicología*, 16 (2), 277-293.
- Torres, L.; Ortega, P.; Garrido, A. y Reyes, A. (2008). Dinámica familiar en familias con hijos e hijas. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, Vol. 10, n°2, pp. 31-56.
- Tovar, D. M. y Tena, O. (2015). Discusiones en torno al entronque patriarcal en la configuración de la masculinidad en el Centro de México. *Fronteras*, 2, 29-52.
- Tronto, J. (1993). *Moral boundaries, a political argument for an ethic of care*. EUA: Routledge.
- Tronto, J. (2005). Care as the work of citizens: a modest proposal. En: Friedman, M. (ed.), *Women and Citizenship*, Oxford: Oxford University Press. Pp. 130-145.
- Tubert, S. (1999). Masculino/Femenino; Maternidad/Paternidad. En: González, de Chavez, M. A. (coord.), *Hombres y mujeres: subjetividad, salud y género*, 53-76. España: Universidad de las Palmas de Gran Canaria.
- Tubert, S. (2003). *Del sexo al género, los equívocos de un concepto*. Buenos Aires: Cátedra.
- Valdés, X. y Godoy, C. (2008). El lugar del padre: rupturas y herencias. Representaciones de la paternidad en grupos altos, medios y populares chilenos. *Estudios Avanzados*, 6(9), 79-112.
- Valdés, X. (2009). El lugar que habita el padre en Chile contemporáneo. *Polis*, 8 (23), 385-410.
- Vázquez, L. (2018). Licencias de paternidad, un reto en la agenda legislativa para la igualdad sustantiva. *Cuadros Analíticos de Propuestas Legislativas No. 29*. Ciudad de México: Instituto Belisario Domínguez, Senado de la República.

- Velázquez, M. A. (2004). La paternidad en el proyecto de vida de algunos varones de la Ciudad de México. *Mneme Revista Virtual de Humanidades*, 11(5), 1-14.
- Vergara, J. (2013). Familia y educación familiar en la Grecia antigua. *Estudios sobre Educación*, 25, 13-30.
- Willing, C. (2012). *Qualitative interpretation and analysis in psychology*. New York: McGraw Hill.
- Willing, C. (2013). *Introducing qualitative research in psychology*. New York: McGraw Hill.